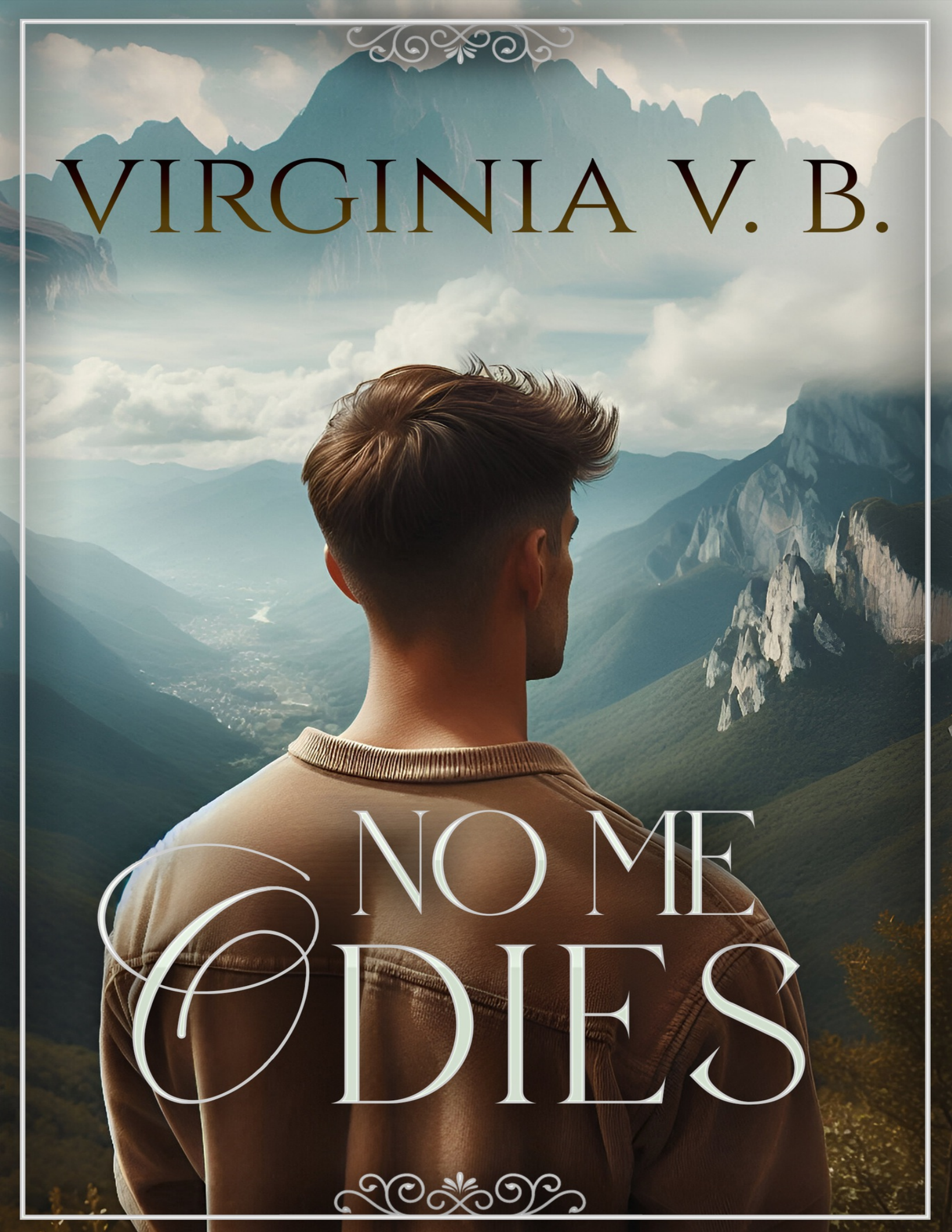


A man with short brown hair, seen from the back and side, looking out over a vast mountain landscape. The scene is filled with green hills, a valley with a small town, and jagged mountain peaks under a cloudy sky. The overall tone is cinematic and contemplative.

VIRGINIA V. B.

NO ME
ODIES

No me
Odies

Virginia V. B.

© Virginia V. B. 2024
1era edición, mayo 2024
Portadas: EdicionesK
Corrección. Llyc.correcciones
ISBN:
Sello: Independently published.
Todos los derechos reservados.

*A ti, si es la primera vez que visitas este maravilloso pueblo, GRACIAS
por la oportunidad. Espero que disfrutes de la estancia. Si, por el
contrario, ya formas parte de esta comunidad de vecinos, GRACIAS por
seguir aquí y quedarte con nosotros. Ya sabéis que esto no sería posible
sin ninguno de vosotros.
Se os quiere.*

SINOPSIS

Nial

El día había llegado. La operación encubierta en la que llevábamos tanto tiempo trabajando estaba en marcha. Y tenía la gran suerte de formar parte de ella. Una pérdida muy importante para mí. Muchos meses de investigación. Y, al fin, se sabría toda la verdad. Yo me encargaría de ello.

Mountain Brooks pudo ser mi hogar. Allí me enamoré por primera vez siendo un adolescente. Y, ahora, regresaba con una misión: descubrir al culpable de que nuestra vida se hubiera trastocado.

No conté con que la misión traería de vuelta parte de lo que perdí en el camino.

Ruby

Las despedidas siempre eran tristes. Incluso las provocadas por una traición. Tres años de mi vida tirados a la basura. Enamorada y engañada. Pero no debería recordar a mi ex, sino al señor Brooks. Una gran persona. Un buen hombre al que acabábamos de decir adiós. Para siempre.

En cuanto a Paul..., bueno, estaba decidida: ¡que le dieran a él y al amor! Tenía a mi familia, a mis amigas y mi trabajo. No necesitaba nada más para ser feliz. Al menos eso creía.

No conté con que el nuevo ayudante de Arizona Graham me provocara tantas cosas.

CAPÍTULO 1

Ruby

Abrí las contraventanas y me quedé contemplando el exterior; el día había amanecido como lo habíamos hecho todos los habitantes del pueblo después de la última noticia recibida: desapacible, triste y, por mi parte, sin ganas de nada. El señor Brooks fallecía anoche tras una larga enfermedad y ahora ya descansaba en paz. Podía imaginarme a la perfección cómo se sentirían en la granja, sobre todo mi amiga Lizzy, que quería a su abuelo con locura. En realidad, todos le teníamos un cariño especial; era un buen hombre, y como decía mi padre, se hacía querer.

Suspiré, retirándome de la ventana.

Nosotros habíamos pasado por lo mismo, dos años atrás, con la abuela Holly; ella no sufrió, simplemente una mañana ya no se despertó. Fueron días duros, difíciles, pero la vida continuaba y había que seguir adelante; algo que me tocó aprender y entender, cuando, con apenas quince años, perdimos a Steve y tuvimos que trasladarnos a vivir aquí, cambiándome la vida por completo. De eso ya había pasado mucho tiempo, aunque lo recordase como si hubiese sido ayer mismo.

Me recogí el pelo en una cola de caballo y fui a la cocina.

Mientras se hacía el café y me preparaba algo que llevar al estómago, sin muchas ganas, pensé en lo complicado que me había resultado entender que Steve, el hombre que estaba casado con mamá y al que yo llamaba papá, no lo era. Su matrimonio había sido por conveniencia para ayudarse cuando más lo necesitaron; siempre habían sido amigos y ambos tuvieron que marcharse del pueblo a la vez, pero por circunstancias distintas. Ya hacía mucho que sabía de sus adicciones y de lo que estas supusieron en nuestras vidas; por desgracia, sufrí en carne propia el pago de sus trapicheos con aquella banda de delincuentes que buscaban en todo Tennessee, y, aunque ya lo tenía superado, seguía poniéndoseme la piel de gallina de solo pensarlo. Nunca olvidaré lo que sufrió la abuela Holly con todo aquello. Steve era su único hijo, y no poder estar a su lado en los peores momentos de su vida, cuando más se necesitaba a una madre, fue un peso que, desde entonces, siempre llevó sobre los hombros; no obstante, eso no impidió que siguiera adelante, lo que me llevaba de nuevo a lo dicho antes; para bien o para mal, la vida seguía y había que vivirla como tocara, por muchos giros que diera y estos te tumbaran.

Me sobresalté con el par de toques en la puerta, saliendo de golpe de los recuerdos.

Abrí y sonreí al ver a mi padre. Sí, mi padre, el verdadero. Jack Miller, el único amor de mi madre y con el que estuvo a punto de casarse hacía un millón de años, pero que dejó en la estacada por motivos que no me gustaría volver a rememorar.

—Buenos días, cariño —saludó entrando en casa—, tu madre te ha llamado un montón de veces y se ha preocupado al ver que no respondías a ninguna de ellas. ¿Va todo bien?

Cerré la puerta tras él, cogiendo el teléfono del bolsillo del pantalón.

—Lo siento, papá, debí de quedarme sin batería anoche después de chatear con las chicas en el grupo. Me dormí enseguida y ni me enteré —expliqué, enchufándolo al cargador.

Se apoyó en la encimera, observándome.

—Pero ¿va todo bien? —insistió.

—Sí, todo lo bien que pueda ir, dadas las circunstancias. Lizzy nos necesitaba, y como ya era tarde para acercarnos a la granja, pues...

—Ya, yo también he hablado con Maverick, y tu madre con Arizona. La pérdida de un ser querido es muy dura, ya lo sabes, y necesitarán todo nuestro apoyo.

—Se lo daremos. Siempre lo hacemos, ¿no? Por eso destaca Mountain Brooks, por ser una gran familia.

—Cierto. —Carraspeó—. ¿Has vuelto a saber algo de ese idiota?

Sonreí para mis adentros.

Ese idiota al que se refería era mi exnovio Paul, al que había dejado hacía unas semanas porque, sí, era un idiota, además de otras muchas cosas de las que me fui dando cuenta a lo largo de una relación que duró tres años.

«¿Seguro que el idiota es él?».

—¿Ruby? —exclamó al ver que no respondía.

—Me escribe un montón de mensajes al día, papá, pero como si no lo hiciera. Ya no me interesa nada de lo que tenga que decirme —manifesté, sirviéndonos un par de tazas de café.

Le di una y bebí de la otra.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Paul es agua pasada, de verdad.

Y lo decía en serio.

Había estado enamorada de él, y no negaba que aún lo quisiera, al fin y al cabo, nuestra relación duró bastante tiempo y pensé que era el hombre de mi vida; no obstante, ahora ya sabía a ciencia cierta que también lo era de muchas otras, así que él por su camino y yo por el mío. ¿La ruptura había dolido? Muchísimo. ¿Derramé lágrimas? A mares. ¿Le daría otra oportunidad? Ni loca. Por mucho que él insistiera en que no era lo que parecía, sí que lo era. Yo misma lo vi con mis propios ojos y nadie iba a convencerme de lo contrario.

Mi padre suspiró, dejando la taza encima de la mesa y abrazándome a continuación.

—Me alegro, porque tú te mereces un hombre que sepa valorar lo maravillosa y especial que eres, hija, y ese gilipollas no lo hacía.

—¡Papá! —protesté.

Me dio un beso en la frente.

—¿Pasamos a recogerte de camino a la granja?

—No, iré por mi cuenta, por si después nos quedamos con Lizzy y eso, ya sabes. ¿La abuela Annabel...?

—Ya está allí —me interrumpió—. Pasó la noche con Anne.

—Pobre Anne.

—Sí, es un trago muy duro de pasar. —Asentí, siguiéndolo hasta la puerta—. Llama a tu madre antes de que me vuelva loco o le dé un infarto.

Me guiñó el ojo y se fue, no sin antes volver a besarme en la frente, algo que solía hacer con frecuencia.

A sus cincuenta y tres años, mi padre seguía siendo un hombre atractivo y tenía un corazón enorme y muy generoso. No supe de su existencia hasta que no me tocó venirme a vivir al pueblo, y cuando me enteré por una fotografía que Lizzy me mostró que era mi padre, no podía creerlo; era una adolescente pasando una época difícil y tuve un arrebató del que podía haber salido más perjudicada; gracias a Dios no fue así. Tardé algún tiempo en aceptar que era mi progenitor, no mucho, porque siempre sentí por él algo diferente. Lo cierto es que lo adoraba, igual que él nos adoraba a mamá y a mí. Ambos formaban una pareja envidiable.

«Tienes mucha suerte de tenerlos a los dos, Ruby Miller».

Sí que la tenía, sí, era muy consciente de ello.

Me duché, me vestí y cogí un paraguas antes de salir de casa; esas nubes grises anunciaban agua y pronto se pondría a llover. Me cercioré de que la persiana del colmado estuviera bien cerrada y me subí al coche que mis padres me regalaron hacía como trececientos años, cuando terminé el instituto e ir a la universidad estaba a la vuelta de la esquina. Fotografía, Diseño Gráfico y Audiovisuales, en eso me especialicé. Y, desde la muerte de la abuela Holly, me encargaba del colmado que ella regentó durante toda su vida aquí. Con esto, y con la página web en la que me hacían encargos varios, me iba genial; con los tiempos que corrían, no podía quejarme, me daba para vivir y con eso tenía más que suficiente.

No encendí la radio cuando enfilé la carretera general.

La congoja con la que me había despertado se me acrecentó en el pecho al ir viendo que los negocios del pueblo, incluido el Anny's, estaban cerrados a cal y canto. Hoy todos llorábamos la muerte del fundador de Mountain Brooks. Y no me cabía duda de que, en un momento tan duro, todos estaríamos arrojando a la familia en la granja, donde se oficiaría el velatorio para, posteriormente, llevarlo al cementerio junto a los suyos.

Me sequé una lágrima con el dorso de la mano, suspirando.

«Así es la vida, nos guste o no».

Busqué un hueco en el que meter el coche, y, a lo lejos, vi a mis amigas paseando cogidas de la mano; no dudé en ir a su encuentro y abrazarlas a las dos; sobre todo a Lizzy, que a leguas se notaba que estaba destrozada por la pérdida.

—Lo siento mucho, cielo —musité—, te acompaño en tu dolor.

—Gracias. Tus padres acaban de llegar, están dentro con todo el mundo.

Asentí.

—Sé que es una pregunta estúpida, pero ¿cómo estás?

Sonrió con tristeza.

—Bien, dentro de lo que cabe. Aunque nos duela, estando como estaba el abuelo, es lo mejor que podía pasarle, así ya no sufre y descansa en paz.

—¿Has comido algo?

—Solo bebí unos sorbos de una infusión —respondió Caroline—. Es una cabezota y dice que tiene el estómago cerrado.

—Es que no tengo hambre, de verdad.

—Lizzy...

—Por favor —me interrumpió—, no insistáis más, ¿vale?

Nos miró a cada una y siguió caminando.

—¿Nate no ha venido? —le pregunté a Caroline en susurros.

Frunció los labios, negando con la cabeza.

Nate era el novio de Lizzy y vivían juntos en Nashville.

—No cree que pueda venir, ya sabes, demasiado trabajo.

—¿Qué dices? —exclamé, ofendiéndome.

—Chicas, puedo oíros, ¿sabéis?

Apreté los labios y luego dije, señalando hacia la casa:

—Voy dentro y enseguida vuelvo, ¿me esperáis aquí?

—No —contestó Lizzy—, mejor te acompañamos y me aseguro de que mi hermano no esté haciendo ninguna de las tuyas.

Desanduvimos los pasos, dirigiéndonos a la casa, en silencio y cabizbajas. Una vez dentro,

en cuanto divisé a sus padres y a Anne, me acerqué a ellos para darles el pésame. Arizona y Maverick estaban tristes pero tranquilos, sin embargo, la pobre mujer..., bueno, decir que estaba desolada era quedarse corta. La relación que mantenía con el señor Brooks era peculiar, más que eso, diría yo; siempre como el perro y el gato, odiándose pero con cariño. Para ser sincera, siempre pensé que entre ellos había algo más de lo que aseguraban, y me constaba que no era la única que lo creía. Le hice compañía durante un buen rato, sentándome a su lado y susurrándole palabras de consuelo mientras la abuela Annabel hacía no sé qué en la cocina. Un consuelo que, por experiencia propia, sabía que solo llegaba con el tiempo; no obstante, también por experiencia propia, sabía que esas palabras serían bien recibidas y apreciadas.

El día fue lúgubre y el tiempo no pasó rápido, como siempre sucedía en estos casos; nadie los queríamos, pero, tarde o temprano, siempre tocaba pasar por ellos.

Al volver del cementerio, la gente comenzó a dispersarse y Caroline, Lizzy y yo quedamos rezagadas a la entrada de la granja.

Fue la primera quien rompió el silencio al exclamar en voz baja:

—¿Y ese tío de ahí?

Miré por encima del hombro, siguiendo el gesto de su cabeza, y el estómago me dio un vuelco al chocar con unos ojos oscuros y rasgados. Juraría que era la primera vez que lo veía, no obstante..., ¿por qué tenía la sensación de que, en realidad, no era así?

«¿Quién eres?».

CAPÍTULO 2

Nial

Contemplé al sargento Beghe con los nervios a flor de piel, temiendo que diera marcha atrás a todo y no me permitiera participar en la investigación, formando parte del operativo encubierto.

Resopló, observándome a su vez.

—¿Estás seguro de esto, Irwing? —exclamó.

—Sí, señor, lo estoy. Conozco la zona mejor que ninguno de mis compañeros. De hecho, nadie de la brigada ha estado allí antes.

—¿Eres consciente de que puedes echarlo todo a perder por el conflicto de intereses?

—Soy un profesional, señor, y estoy capacitado para ejercer mi trabajo sin que los sentimientos influyan en este.

Volvió a resoplar sin quitarme los ojos de encima, poniéndome aún más nervioso, si eso era posible, claro. Las gotas de sudor me resbalaban por la espalda empapándome la camiseta y mentalmente crucé los dedos.

—Está bien, pero te mantendrás en contacto en todo momento, y como la cagues, te juro por todos los dioses del universo que esta será la última operación encubierta en la que participes y que te tendré rellenando informes el resto de tu vida laboral, ¿te queda claro?

—Cristalino, señor.

—Bien. En cuanto llegues, te reunirás con la máxima autoridad de allí y le entregarás esto —explicó, dándome una carpeta de datos—. Él te ayudará en todo lo necesario y te facilitará todo lo que necesites.

—¿Usted ya se ha puesto en contacto con él, señor?

—Hemos hablado, sí, y te espera para última hora del día de hoy, así que ya te estás dando prisa, chaval.

—Ya mismo, señor —dije poniéndome en pie de inmediato.

Beghe era un buen jefe y muy legal, pero tenía un carácter de mil demonios y no me gustaría tener que vivirlo en mis propias carnes. Cogí todo lo que había encima de la mesa, y que pertenecía a la investigación, antes de abandonar el despacho.

—Buena suerte, Irwing, ten cuidado ahí fuera.

Sonreí de medio lado.

—Gracias, señor, estaremos en contacto.

Y me fui.

Todavía seguía latiéndome el corazón a mil por hora al subirme al coche y meter la llave en el contacto. Por desgracia, este caso me tocaba muy de cerca y tendría que andarme con pies de plomo si no quería meter la pata donde no debía y mandar a la mierda el trabajo realizado durante todos estos meses.

Conduje hasta casa, estacioné en el aparcamiento y entré.

Mi madre planchaba unos trapos sobre la mesa de la cocina y sonrió al verme cruzar la puerta de esta.

La abracé.

—¿Va todo bien, cariño? —preguntó algo inquieta.

—Sí, mamá.

—¿Por qué estás aquí tan temprano? ¿Ha ocurrido algo en el trabajo?

La miré a los ojos e inspiré hondo.

—Estoy dentro de una investigación importante y he venido a por algunas de mis cosas. Tendré que estar fuera durante un tiempo y...

—¿Adónde vas? —inquirió, perspicaz.

—Sabes que no puedo decírtelo, mamá. Nada de detalles ni información de las investigaciones, ¿recuerdas?

Desvió la mirada, desenchufando la plancha.

—Vas a Mountain Brooks, ¿verdad? —musitó.

Tragué saliva, temiendo su reacción.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

Se encogió de hombros.

—Lo sospeché cuando hace unos días vi los recortes de periódico sobre tu cama. Los que hablan de papá.

En un segundo recordé aquel momento en el que nuestra vida dio un giro de ciento ochenta grados, trastocándose para siempre, bastantes años atrás; también de los meses posteriores a aquello y de cómo terminó para mi padre. El día que lo enterramos prometí que no descansaría hasta descubrir al culpable que nos hizo añicos; al culpable de que el pobre hubiera acabado con los huesos en una celda; al culpable de que hubiera muerto allí dentro, rodeado de barrotes y delincuentes de los de verdad. Mi padre era inocente y cada vez estaba más cerca el día en que yo demostraría ese hecho, aunque ya fuera tarde para él.

—Ni se te ocurra decírselo al tío Percy, ¿estamos? —advertí.

—Pero, Nial... —protestó obligándome a ponerme serio.

—Pero nada, mamá. Han pasado muchos años de aquello y ya no soy un adolescente. Nadie me reconocerá. Además, tampoco es que estuviéramos viviendo allí tanto tiempo como para eso.

—Fuiste al instituto en Kingston unos meses, hiciste amigos en el pueblo y estaba aquella chica, ¿la recuerdas?

¿Cómo no iba a acordarme de ella si aquel fatídico día unos hombres la secuestraron delante de nuestras narices sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, joder? Me gustaba muchísimo y empezábamos a salir. Ojalá hubiera podido despedirme de ella. Ojalá hubiera estado allí cuando consiguieron liberarla y detuvieron a aquella gentuza. Albanokosovares, pertenecientes a una banda que buscaban en todo el estado; prestamistas, secuestradores y asesinos.

Inhalé hondo.

—Por favor, mamá, prométeme que te quedarás callada y no hablarás del tema con el tío.

—¡Pero si él ya no vive allí, Nial!

Volví a coger aire y a soltarlo despacio.

—Mamá, soy un inspector de la Brigada de Inteligencia de Nashville, la información es confidencial y podrías poner en peligro todo el operativo y lo conseguido hasta ahora con solo pronunciar una palabra.

Torció el gesto.

—Entiendo.

—¿Seguro?

—Sí, me quedaré callada, y cuando me pregunte por ti, solo le diré que estás fuera.

—Gracias.

—¿Cuánto tiempo...?

—El que sea necesario —la interrumpí—. Ya sabes cómo van estas cosas.

—¿Podré llamarte?

Negué con la cabeza.

—Yo me pondré en contacto contigo, ¿de acuerdo? A no ser que ocurra algo y sea urgente, entonces irás a hablar con el sargento Beghe y él se encargará de hacer lo que sea necesario. Por nada en el mundo quisiera que te pusieras en peligro por mi culpa, mamá.

—Daría la vida por ti, Nial Irwing.

—Lo sé, por eso te lo digo.

Pasé el brazo por encima de sus hombros, resguardándola.

—Tendrás cuidado, ¿verdad?

—Siempre.

—Te quiero muchísimo, hijo. Nunca olvides que eres lo más importante de mi vida.

—Y tú de la mía —aseguré.

Sonrió, acariciándome la mejilla con ternura.

—Algún día una chica me quitará ese puesto. Y yo estaré encantada de cedérselo.

Ahogué una carcajada y la besé en la frente sin hacer mucho caso de sus palabras.

—Yo también te quiero, mamá.

Una hora y cuarto más tarde, enfilaba la autopista en dirección al pueblo en el que una vez creí que podía ser feliz y que resultó ser todo lo contrario, por circunstancias ajenas a mí. Así era la vida, te llevaba y te traía por donde le daba la gana; a veces, por la calle de la amargura, y otras, por la de la felicidad. Solo esperaba que ahora me llevara por el único camino de la verdad; después, que fuera lo que Dios quisiera. Como siempre.

Con cada kilómetro recorrido, la ansiedad y la impaciencia fueron ganando terreno, hasta el punto de obligarme a parar en una estación de servicio y estirar las piernas por la zona. Mi trabajo era muy importante para mí, máxime cuando se trataba de algo que me afectaba personalmente. Siempre me impliqué en todas las investigaciones en las que participé hasta el día de hoy, y en esta no sería distinto; sin embargo, debía mentalizarme para que el sentimiento de venganza e impaciencia no me hicieran cometer errores que pagaría caros, sí o sí.

Alcé la mirada al cielo, lleno de nubarrones oscuros que presagiaban un día pasado por agua.

«Mente fría y adelante, Nial. Tú puedes con esto y con todo lo que se te ponga en el camino».

Darme ánimos a mí mismo no era lo mío, pero era lo que tocaba si quería tranquilizarme de una puta vez, así que volví a repetirme las mismas palabras como si fueran un mantra, hasta que el nudo enraizado en el pecho se fue aflojando, tanto que casi desapareció. Casi.

De nuevo en el coche, encendí la radio y activé los limpiaparabrisas; los nubarrones de ahí arriba habían pasado de presagiar lluvia a dejarla caer sin consuelo alguno sobre lo que pillara; menos mal que apenas había tráfico, que si no... Tarareé la melodía de una canción de la que no me sabía la letra, pero que me sonaba muchísimo; como si ya la hubiera escuchado un millón de veces. No era muy bueno para estas cosas, lo reconocía. Para otras, sí. Había algunas que se me daban a las mil maravillas, eso podía jurarlo. Estiré el brazo hacia el asiento del copiloto y cogí una chocolatina que desenvolví apoyando la mano en el volante. El primer mordisco me supo a gloria; el segundo, a delicia; y el tercero, a poco. Muy muy poco. Por eso me comí otra. Y otra más.

Ronroneé de placer con el último bocado.

El chocolate contenía teobromina, una sustancia semejante a la cafeína que, al estimular la serotonina, la hormona del buen humor, producía una inmensa sensación de bienestar. Por eso se

decía que el chocolate era el sustituto del sexo.

«¿Toda esa parrafada para decir que no mojas el churro desde hace cuánto?».

Un siglo o dos, para qué engañarnos. Adoraba mi trabajo, sí, pero este no ayudaba mucho a que mi vida sexual estuviera al día, de ahí la puñetera sequía.

Fui reduciendo la velocidad del coche cuando divisé la salida que debía coger. Pisé el embrague y bajé una marcha y luego otra, hasta que leí perfectamente el cartel que anunciaba:

«Querido viajero: bienvenido a Mountain Brooks».

Entrecerré los ojos.

¿Desde cuándo estaba ahí el letrero de marras? Porque no recordaba haberlo visto hacía años, cuando salía cada día del pueblo para ir al instituto.

«Estabas centrado en otra cosa».

Cierto.

Más que en otra cosa, en alguien.

Qué verdes eran aquellos ojos, joder, me traían loco. ¿Qué habría sido de ella? De corazón esperaba que el secuestro no hubiera hecho mella y le quedaran secuelas de por vida. Y también de corazón esperaba que, estuviera donde estuviese, fuera feliz. Se lo merecía después de todo lo vivido. Cuando la conocí, solo éramos unos adolescentes que se enviaban notas de amor y esas cosas; nuestros sentimientos empezaban a florecer cuando la fatalidad de la vida nos separó.

Acceleré un poco hasta llegar a la carretera general, quedándome pasmado al no encontrar un alma a la vista. ¿Dónde narices estaba todo el mundo? ¿Acaso me encontraba en un pueblo fantasma o qué coño pasaba?

Escuché el sonido de las campanas de la iglesia y lo seguí. Un montón de gente se concentraba en el cementerio. Tristeza, lágrimas y murmullos quedos.

No me bajé del coche.

Lo hice un buen rato después, tras seguir a la comitiva hasta una granja un poco apartada.

Metí las manos en los bolsillos sin atreverme a cruzar la portilla de la entrada.

Y ocurrió.

El estómago me dio un vuelco cuando crucé la vista con la chica que me miraba con tanta intensidad.

«Dios mío..., ¿Ruby?».

CAPÍTULO 3

Ruby

Noté el rubor en las mejillas al instante, sintiendo que hacía algo indebido al mirar a aquel tío con tanto descaro; pero, caray, bastó girar la cabeza y verlo para tener esa sensación tan familiar de que ya lo conocía, aunque eso era imposible. ¿Qué hacía ahí plantado? ¿Y por qué me observaba con tanta concentración?

«Tú estás haciendo lo mismo».

Desvié los ojos, volviendo a girarme.

—¿Le conoces de algo? —indagó Caroline con interés.

—No —balbuceé—, es la primera vez que lo veo, ¿por?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Me ha dado la sensación de que era todo lo contrario.

¿Y a ti, Lizzy?

Esta echó la vista atrás por encima del hombro sin hacernos mucho caso.

—Ni siquiera me he fijado, puede que conozca al abuelo y por eso esté aquí. Es muy guapo, ¿no?

Sí que lo era. Al menos desde esta distancia lo parecía. Un poco desaliñado para mi gusto, pero, sí, nuestra amiga estaba en lo cierto.

—Eh, que tienes novio, chiquilla —advirtió Caroline.

—¿Y qué? ¿Acaso no puedo decir que un tío está bueno solo porque ya esté pillada por alguien? No soy ciega, «chiquilla» —imitó su voz al pronunciar esta última palabra—. Y siempre he tenido buen gusto.

—Cierto. Y hablando de novios, Ruby...

Comencé a caminar hasta la casa, ignorando a propósito el cambio de tema. Lo que menos me apetecía ahora era ponerme a hablar de Paul y de nuestra mierda de historia, llena de infidelidades y a saber cuántas cosas más.

Enseguida me alcanzaron, poniéndose a la par y enlazando sus brazos con los míos, una por cada lado.

—¿Has vuelto a saber algo de él? —insistió Caroline—. ¿Le has visto?

Qué pesadita era con el tema, jolines. Conociéndola, no cejaría en su empeño y seguiría dándome la turra hasta que no dijera algo al respecto.

—No, no he vuelto a verle desde el día que le dije que se fuera a tomar por saco y que habíamos terminado. Y, sí, todos los días llama y envía tropecientos mensajes.

—¿Sigue diciendo lo mismo? ¿Que no era lo que parecía?

—Supongo. No leo sus mentiras, las envío directamente a la papelera.

—Bien hecho —opinó Lizzy—. ¿Tú estás bien?

—Lo estaré —aseguré.

Con el tiempo, pasaría página y volvería a ser yo misma.

Entramos en casa y, antes de cerrar la puerta, comprobé si él seguía allí, igual que lo hacía esa sensación en mi interior; hormigueo, cosquilleo, no sabía cómo explicarlo con exactitud, pero era raro.

El tío guapo se había ido.

«¿El tío guapo?».

Estuvimos toda la tarde en la granja, a ratos en el cuarto de nuestra amiga, consolándola cuando lo necesitaba y charlando de trivialidades cuando la ocasión lo requería; y a ratos, abajo, con todo el mundo que tuvo la amabilidad de quedarse a acompañar a la familia. Era muy evidente la tristeza que se respiraba en el ambiente; no obstante, cuando Anne comenzó a compartir anécdotas del señor Brooks y de aquella juventud vivida hacía bastantes años, llegamos a soltar alguna que otra carcajada. Ese halo de tristeza se distendía por momentos, haciéndonos sentir a todos algo mejor.

Anochece cuando mis padres anunciaron que ya se marchaban.

—¿Te llevamos a casa, mamá? —le propuso papá a la abuela.

—¿Tan pronto? Anne...

Me acerqué a ellos, sabiendo lo que ella quería.

—Yo puedo llevarla más tarde, papá.

—¿Seguro?

—Si a la abuela no le importa, por mí no hay problema.

—Gracias, tesoro —musitó la abuela complacida—. Creo que hoy también voy a quedarme a pasar la noche aquí, hijo, Anne me necesita y no quiero dejarla sola.

—Pero no está sola, mamá, y tú...

—Jack Miller —interrumpió la abuela en murmullos—, he dicho que me quedo y me quedo.

Punto.

Él levantó las manos, sonriendo.

—Vale, vale, fiero, tú mandas.

—Qué bobo eres, hijo.

—No te acuestes tarde y acuérdate de tomar las pastillas del colesterol, que nos conocemos y sé que te vas a poner las botas en cuanto salga por esa puerta.

Si las miradas matasen, la abuela acabaría de cargarse a papá con la suya.

—Jack, cariño —intervino mi madre—, ¿no crees que es mayorcita? Déjala en paz, que sabe cuidarse de sobra. Y sabes que aquí siempre está en buenas manos.

—Eso, escucha a tu mujer y déjame en paz, pesado.

—Está bien, las dos ganáis. —Le dio un beso en la mejilla—. Mañana me paso por la granja y compruebo que todo esté en orden. Ya me llamarás tú cuando quieras volver a casa.

—No te enfades, hijo.

Papá sonrió.

—Dios me libre.

Se despidieron del resto de los presentes, que no se habían perdido detalle de la discusión, como era costumbre en este pueblo, y se marcharon cogidos de la mano. Ellos eran mi pilar y el espejo en el que mirarme. Un ejemplo a seguir, sin duda. Quería para mí lo que ellos tenían. Que me miraran como ellos se miraban. Que me quisieran como ellos lo hacían. No me conformaría con menos.

El timbre de la puerta sonó al poco, cuando volvía de dejar unos vasos en la cocina.

—¡Ya abro yo! —grité para que me oyeran.

Y ahí estaba él. Sí, el tío guapo.

«Madre mía, de cerca es incluso más guapo».

Contuve la respiración y luego la solté poco a poco.

—Hola —saludó.

«Joder, qué voz».

¿Y dónde leches estaba la mía?

Nial

No fue hasta que se cerró la puerta detrás de ella que pude volver a respirar con normalidad. ¿Era posible que la dueña de esos ojos verdes fuera Ruby? Joder, pues claro que lo era, no tenía ninguna duda. Esos ojos eran los que me habían cautivado cuando era un mierdecilla y, al parecer, seguían haciéndolo ahora que ya habían pasado unos cuantos años.

«Quién te lo iba a decir, ¿eh?».

Sonreí.

Ya te digo.

Giré sobre los talones, volviendo al coche. Me senté detrás del volante, cogí el teléfono y le marqué al sargento Beghe. Necesitaba asegurarme de que no se hubieran trastocado los planes y que todo siguiera adelante. No tenía muy claro que presentarme hoy ante el *sheriff* de Mountain Brooks fuera buena idea, la verdad.

—Irwing —graznó como siempre.

—Señor, ¿va todo según lo previsto? —tanteé.

—No tengo noticias de lo contrario, ¿por qué?

—Verá, cuando llegué al pueblo, todo el mundo estaba en el cementerio. Alguien importante para esta gente ha muerto y no sé si es buena idea que me entreviste hoy con el *sheriff*.

—¿Dónde estás exactamente, Irwing?

Agaché la cabeza, mirando por la ventanilla.

—En el resort de los Brooks, aunque parece una granja.

Escuché el sonido de unos papeles al removerse.

—Ahora te llamo.

Y colgó, dejándome como un pasmarote.

Tamborileé con los dedos en la palanca de cambios mientras esperaba a que volviera a ponerse en contacto conmigo. Pasaron cinco minutos. Diez.

«Me cago en todo con este hombre, ¿a que se ha olvidado de mí?».

Sonó el móvil.

—¿Señor? —respondí de inmediato.

—La persona que ha muerto es Anthony Brooks, fundador del pueblo y suegro de Maverick Jackson, el *sheriff*. Al parecer, hacía tiempo que atravesaba por una grave enfermedad.

—¿Y entonces qué hago? ¿Busco un hostel donde pasar la noche y espero a mañana para entrevistarme con él?

Más ruido de papeles y alguna que otra voz de fondo.

—No, espera a que se vaya la gente que esté acompañando a la familia y ve. Te recibirá a pesar de las circunstancias.

—Vale.

—Estamos en contacto, Irwing.

—Sí, señor.

Regresé al pueblo, buscando un sitio en el que comer; pero todos los establecimientos permanecían cerrados, por lo que me dediqué a dar vueltas con el coche, fijándome en los cambios y en lo que había crecido el lugar. No es que yo me acordara mucho de cómo estaba todo en el escaso tiempo que pasé aquí, los adolescentes no teníamos en cuenta ese tipo de cosas, sino otras mucho mejores. Sí que recordaba el Anny's y las partidas al billar con las chicas; los besos furtivos y a escondidas detrás de la iglesia; y la máquina expendedora pegada a la panadería.

Frené de golpe.

Ahí estaba, justo delante de mis narices. Bocadillos, latas de refresco y chuches varias. El paraíso al alcance de las manos y unos cuantos dólares. No me lo pensé y bajé del coche, cartera en mano; hacía demasiado rato que las chocolatinas ingeridas durante el camino me habían dejado un hueco del tamaño de un camión en el estómago; era lo que tenía atiborrarse de hidratos de carbono, que el azúcar se evaporaba en nada y el hambre regresaba voraz.

«Tú siempre tienes un hambre voraz».

También era cierto.

Deambulé por las callejuelas, masticando trozos de un bocadillo de pavo, queso y mostaza, y dándole sorbos al botellín de agua que llevaba en la otra mano. La carpintería seguía en el mismo sitio y se habían construido viviendas nuevas cerca del colmado y la oficina de correos, que no parecía tener mucho tiempo tampoco. Me llamaron la atención la enorme casa que se veía desde el camino que llevaba a la iglesia y la caravana situada enfrente. Por no hablar del restaurante, especializado en carne a la parrilla, la tienda de congelados, la pastelería y el estanco.

Miré el reloj, pensando en ir a echar un vistazo al campamento *hippie* en el que viví durante un tiempo.

No lo hice.

Anochece ya cuando volví a aparcar el coche en la entrada de los Brooks, no pareciéndome correcto hacerlo en el aparcamiento que se veía desde aquí; no al menos hasta que estuviera más vacío.

Saqué el libro que guardaba en la guantera e, iluminándome con la linterna del teléfono, leí unos pocos capítulos; trama trepidante que me tenía enganchadísimo. Leer era una de mis pasiones; sobre todo *thrillers* llenos de acción y misterio.

Una hora y pico más tarde, tras ver que la gente se iba marchando y eso, decidí que era el momento de llamar a esa puerta.

Estaba un pelín nervioso cuando lo hice. Hasta me sudaban un poco las palmas de las manos.

Alguien gritó desde dentro:

—¡Ya abro yo!

Y flipé cuando la vi a ella y esos ojazos se agrandaron como platos. Joder, seguían siendo impresionantes y preciosos. De cerca, muchísimo más. Dios, en serio, la emoción que me embargaba era inexplicable. La tenía ahí, delante de mí, y no podía decirle que era yo, Nial.

Tragué saliva.

—Hola —saludé.

Tardó varios segundos en responder, como si se hubiera quedado sin palabras o algo así.

¿Me había reconocido?

Carraspeó.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Inspiré hondo y asentí.

—Soy Adam Ruzek y busco a Maverick Jackson.

Ya estaba.

Nueva identidad.

Y operación en marcha.

«No me odies, Ruby».

CAPÍTULO 4

Nial

Me echó una ojeada de pies a cabeza sin cortarse un pelo; como si no se fiara de mí o algo así; o como si no supiera qué hacer tras anunciarle que a quien quería ver era al *sheriff*. Seguro que se preguntaba quién demonios era y qué hacía allí, en la puerta de un hombre que no pasaba por su mejor momento, perturbando una reunión tan difícil para ellos.

Empecé a impacientarme.

Entonces escuché pasos que se acercaban y otra voz que indagó:

—¿Quién es, Ruby?

Miró en esa dirección, poniéndose colorada e, imaginaba que creyendo que no la vería o lo entendería, formuló solo con los labios: «El tío guapo».

«Vaya... Así que tío guapo, ¿eh?».

Sonreí para mis adentros, creciéndome.

—¿Quién? —Se extrañó la voz.

Una cabeza, pelo rubio y ojos azules, aparecieron de golpe a su lado; luego vino el resto del cuerpo.

Creía saber quién era, pero no recordaba su nombre.

Levanté las cejas a modo de saludo.

—Busca a tu padre —susurró Ruby—, pero no me parece que sea un buen momento para recibir visitas.

—Puede que venga a presentar sus respetos por lo del abuelo.

—¿Tú crees?

—No lo sé.

Carraspeé.

—Sabéis que puedo oíros, ¿verdad? —exclamé.

Se sobresaltaron, como si no esperasen que fuera a hablar.

—¿Buscas a mi padre? —preguntó..., joder, ¿cómo se llamaba esta chica?

—Lizzy, ¿ocurre algo, cielo?

«Lizzy, eso es».

—Ah, papá, alguien pregunta por ti.

—¿Sí? ¿Quién?

Tres pares de ojos se clavaron en mi cara y los nervios aumentaron.

«Al lío, chaval».

—Soy Adam Ruzek, señor —anuncié con la mano extendida hacia él.

La estrechó, asintiendo.

—Maverick Jackson, encantado de conocerte, Adam. Acompáñame, por favor —dijo, haciéndose a un lado—. Lizzy, cariño, dile a Sahale que vaya al despacho del abuelo.

—Vale.

Ruby cerró la puerta en cuanto puse un pie en el interior y seguí al *sheriff* por un pasillo ancho, notando que llevaba esos ojazos verdes clavados en la nuca. La froté sin darme cuenta, sintiendo que el vello de la zona se me erizaba.

«Mierda, Nial, relájate y céntrate en lo que has venido a hacer».

El despacho en el que entré era enorme, y exceptuando la pared de las dos grandes ventanas, el resto eran estanterías repletas de libros y muebles caros, pero con aspecto comfortable. Maverick se sentó detrás de la mesa y yo hice lo propio del lado contrario.

—Siento mucho su pérdida, señor.

Sonrió, apesadumbrado.

—Gracias, Adam.

—Mi nombre real es Nial.

—Lo sé, no obstante, para evitar cualquier desliz, lo mejor es que por aquí nos acostumbremos a llamarte Adam.

No escuché el ruido de la puerta, pero sí que noté la presencia a mis espaldas.

—Sahale, te presento a Adam Ruzek. Adam, él es Sahale Granville, mi ayudante.

Me acordaba de él, un tipo solitario y callado que siempre montaba sobre una yegua preciosa.

No pronunció palabra, solo me miró e hizo un gesto insignificante con la cabeza a modo de saludo. Se cruzó de brazos, posicionándose al lado de su jefe y, por lo que se podía apreciar a simple vista, uno de sus mejores amigos.

—El sargento Beghe ya me ha puesto al corriente de la situación —habló el *sheriff*—. Imagino que tienes claro lo que implica que estés aquí, tratándose de ti, ¿no?

—Sí, señor, y estoy preparado para ello.

—¿Seguro que puedes mantener tus sentimientos a raya para que no interfieran en la operación?

—Seguro, señor, llevo mucho tiempo dedicándome a esta investigación. Es cierto que el tema me toca muy de cerca y ansío poder atrapar a esa persona. Tampoco niego que no vaya a disfrutar cuando eso ocurra, teniendo en cuenta cómo acabó la vida de mi padre por su culpa.

—Entiendo. Y, por favor, deja de llamarme señor. Cada vez me hace menos gracia esa palabra.

—¿Te sientes viejo? —masculló su ayudante con un toque de recochineo.

Resopló, fulminándolo con la mirada.

—Si vas a abrir la boca para hacer preguntas estúpidas, entonces es mejor que sigas con ella cerrada.

—A la orden, «señor» —se burló el otro.

A mí casi se me escapó la risa. Casi.

—Esta es la carpeta que el sargento Beghe me dio para usted —intervine, interrumpiendo el duelo de miradas.

«Vaya dos».

—Aquí nos tuteamos, Adam, hazte a la idea.

Abrió la carpeta, ojeando su interior por encima. Imaginé que porque ya sabía de sobra de qué iba el tema y el tipo de información que contenía.

—¿Por qué estáis tan seguros de que el sujeto vuelve a operar desde aquí?

—No lo estamos, lo intuimos. Y por eso estoy aquí, para averiguarlo.

—¿Piensas que vive en el campamento? —continuó indagando.

—No. Y tampoco creo que lo hiciera por aquel entonces.

—Hace años sospechamos de ciertas personas que parecían buscar el lugar adecuado para plantar marihuana. Resultó que solo estaban de paso, ¿lo recuerdas, Sahale?

—Sí. Perfectamente.

—Deberíamos empezar por hacer un recuento de las personas nuevas que se han instalado en el pueblo. Sahale, encárgate tú de ir al ayuntamiento de Kingston a comprobar el censo de la zona. Que alguien de allí haga una copia y me la envíe por correo electrónico.

—Con todos mis respetos..., Maverick, pienso que esa copia debe ser entregada en físico. La piratería informática está a la orden del día —me atreví a decir.

—Nuestras bases de datos están encriptadas y...

—Las bases de datos, sí, pero no tu correo electrónico. Ya puestos, el de ninguno de nosotros. No se les llama piratas informáticos por nada.

—Tienes razón, no había pensado en ello.

—Y otra cosa, no estamos hablando de marihuana, sino de algo mucho más contundente —afirmé, dirigiéndome al ayudante.

—¿Cocaína? —exclamó este.

—Y ketamina.

—¿Hablas del anestésico para caballos? —inquirió con el ceño fruncido.

—Sí, de ese mismo.

—Joder, la juventud cada vez está peor —masculló Maverick.

—Y tú quejándote de ser viejo.

—Vete a la mierda, Sahale.

—La mercancía que le incautaron a mi padre aquel día era ketamina. En solución líquida. A él le dijeron que era lejía. Estaba sin blanca, se había quedado sin trabajo meses atrás y necesitaba el dinero para darle de comer a su familia. Le dieron una dirección de entrega, que resultó ser un almacén destartado. Nadie le creyó cuando lo pararon en aquel control de alcohol y drogas y aseguró que no tenía ni idea de lo que, en realidad, transportaba.

—¿Mucha cantidad?

Miré a Sahale.

—La suficiente para enchironarle unos cuantos años.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no estaba implicado en el asunto?

Apreté los dientes, sin acabar de acostumbrarme a que siempre me hicieran la misma jodida pregunta cuando se hablaba del tema.

—En esa época, no solo cayó mi padre, lo hicieron tres personas más. Mismo estado de vulnerabilidad y necesidad, y mismo *modus operandi*. Esas tres personas vivían en los alrededores de Kingston y Knoxville. Y las tres murieron entre rejas cuando estaban a punto de hacerles una revisión de condena. Igual que mi padre. ¿Casualidad? No lo creo.

—Pero dices que no conocían al sujeto en cuestión, ¿no? Nadie llegó a verlo en persona.

—Exacto.

—¿Por qué matarlos entonces?

—Porque sí conocían a la persona que les ofreció el trabajillo —respondió Maverick.

—Eso es.

—Ya entiendo.

—Por lo pronto, empezaremos con la comprobación del censo. Y tu tapadera, Adam, la proporcionará mi mujer. Trabajarás con ella como un ayudante personal. Ya sabes. —Gesticuló con las manos—. Haciendo recados y esas cosas para que puedas moverte libremente por el pueblo sin que haya sospechas.

—Me parece bien.

—Hoy dormirás en una de nuestras cabañas. Sahale te acompañará hasta ella. He hablado con un buen amigo y está de acuerdo en alquilarte una casa que tiene en el pueblo. Para que aún

tengas más libertad de movimientos. Le he dicho que eras el hijo de un conocido y que necesitabas ayuda. Mañana te dejaré las llaves y las indicaciones en el colmado.

—¿No quiere conocerme primero?

Sahale suspiró y gruñó:

—Tranquilo, en cuanto pongas un pie en el pueblo, y sin que te des ni cuenta, lo hará todo el mundo. Eso sí no te cruzas con la pelirroja antes.

—¿La pelirroja? —inquirí con curiosidad.

Maverick se rio.

—Es mi mujer —admitió el ayudante—. Si la ves, huye de ella, de lo contrario, te sacará hasta tus más oscuros secretos.

Se me escapó la risa.

—No es broma, chico. Esa mujer es muy hábil. Cíñete a tu papel y corre en la otra dirección si la ves.

Miré a uno y a otro, esperando la confirmación de que se estaban burlando de mí o algo así.

No llegó.

—Nos reuniremos aquí todos los días. Ni se te ocurra aparecer por la oficina, ¿de acuerdo?

«¿En serio?».

¡Ni que fuera tonto, joder!

No hice ningún comentario, no merecía la pena.

Los tres nos encaminamos hacia la puerta, recorrimos el pasillo y salimos al vestíbulo.

Ni rastro de ojazos verdes.

Una vez fuera, fui al coche a por la bolsa de viaje y seguí al silencioso tío que iba delante de mí hasta una cabaña de madera. Me dio una llave que sacó del bolsillo y, despidiéndose con la mano, dijo:

—Cogeremos a ese cabronazo.

No tuve dudas de que así sería.

Inspeccioné la cabaña por dentro: pequeña, sencilla y confortable. Dejé la bolsa sobre la cama y de ella cogí lo necesario para darme una ducha. La tensión que llevaba acumulando todo el día se distendió con el agua caliente; aunque no del todo. Enrosqué una toalla en las caderas e inhalé hondo, expandiendo los pulmones. Al fin estaba donde quería estar. Haciendo lo que debía hacer; darle caza al culpable de que mi padre ya no se encontrara entre los vivos y hubiera muerto entre rejas. Cada vez viendo más cerca el cumplimiento de la promesa que me hice a mí mismo.

Me di un festín con la comida que encontré en el frigorífico; todo preparado para que solo tuviera que calentarlo en el microondas y zampármelo. La lasaña estaba de muerte y el bizcocho de arándanos me supo a gloria; también me bebí un par de cervezas y un café. No llamé al sargento ni le envié mensaje alguno antes de meterme en la cama. Ya se encargaría él de enterarse por su cuenta de que la operación ya estaba en marcha.

Dormí como un lirón.

Arizona Graham vino a verme a primera hora de la mañana para conocerme y hacerme más fácil todo lo que estuviera en su mano.

Poco después, conduje hasta el pueblo, que ya parecía otra cosa. Seguí por la carretera, aparcando enfrente del colmado. En cuanto vi a la persona que subía la persiana, sonreí.

«Buenos días, Ruby».

CAPÍTULO 5

Ruby

Dejé la taza dentro del fregadero; ya le daría un aclarado más tarde cuando subiera a por otro café o a comerme algo. Mi madre no soportaba que hiciera eso, que fuera dejando las tazas sin recoger; tampoco que no me llevara nada sólido al estómago antes de comenzar la jornada laboral. Siempre intentó cambiar ese hábito en mí. Nunca lo consiguió. Solo desayunaba cuando me levantaba con tiempo; me gustaba hacerlo con calma y disfrutando de cada bocado.

Salí por la puerta de atrás, rodeando la casa.

Al agacharme para levantar la persiana del colmado, vi el sobre. Lo cogí, escudriñándolo por ambos lados. La letra era de mi padre que, como siempre que tenía que salir del pueblo a ejercer su profesión o cualquier otra cosa, me pedía que le hiciera un favor.

«¿Qué será esta vez?».

Unas llaves me cayeron encima de la mano cuando abrí el sobre; eran las de su antigua casa. Me explicaba que alguien vendría a por ellas y me pedía que se las diera y que fuera amable cuando se la enseñara. Como si yo no tuviera nada mejor que hacer que andar de aquí para allá a su antojo. Los lunes siempre eran ajetrechos en el colmado y estaba cansada de decírselo.

«Para lo que sirve...».

Guardé el sobre en el bolsillo y levanté la persiana hasta la mitad, llevándome el susto del siglo antes de que me diera tiempo a entrar cuando la voz de alguien, que creí que no volvería a ver en la vida, dijo a mis espaldas:

—Buenos días.

Me giré con rapidez, sobresaltada. Y cabreada. Que se me acercaran con tanto sigilo me sacaba de quicio. Sí, tenía superado aquel fatídico episodio de mi vida, pero había cosas que se quedaban grabadas para siempre y que ya nunca se olvidaban.

—¿A ti qué coño te pasa? —chillé, llevándome la mano al corazón.

Me daba igual que fuera el tío guapo y estuviera tan cerca de mí que percibía con total claridad el olor de su colonia.

—Lo siento. ¿Te he asustado?

—¿Tú qué crees, lumbrera? Casi me da un infarto —mascullé entre dientes—. ¿Qué quieres? Aún falta un buen rato para que esté abierto.

Reculó un par de pasos, frunciendo el ceño.

¿Le parecía mal que le hablara así? Pues que se fastidiara. La próxima vez que se lo pensara dos veces antes de acercarse a alguien con tanto sigilo; sobre todo por la espalda.

Levantó ambas manos en el aire.

«¿Por qué te mira así?».

—Discúlpame, de verdad que no pretendía asustarte. Soy un idiota.

Resoplé, empezando a sentir algo de lástima por él, que ya tan temprano se encontraba con una chiflada que le pegaba cuatro gritos.

«Casi te mata del susto. No lo olvides».

—¿Y bien? —inquirí un poco más calmada.

Tampoco es que quisiera quedar como una borde con él. Seguro que ya pensaba que era una

arpía y que estaba amargada.

«Pues problema suyo».

También era cierto que luego una era demasiado blanda y así de adornada tenía la frente.

«Puto Paul».

—Verás, voy a quedarme una temporada en el pueblo y Maverick, que era conocido de mi padre, me dijo que podía pasarme por aquí a recoger las llaves de la casa que uno de sus amigos iba a alquilarme.

Caray, ¿iba a quedarse una temporada en el pueblo? Porque para nada me importaría tenerlo de vecino. El tío alegraba la vista de cualquiera, no hacía falta ni jurarlo.

—¿Entonces eres tú? —musité a media voz.

Enarcó una ceja.

—¿Si soy yo el qué?

—La persona que va a quedarse en casa de mi padre.

Se encogió de hombros.

—Pues eso parece, sí.

Qué boca más bonita tenía, ¿no? Labios gruesos, bien perfilados y marcados...

«¿Y qué piensas de esa sonrisa?».

—Mmmm —ronroneé.

—¿Perdón?

Ay, ostras, ¿me había oído? El peso de los cuernos debía estar haciéndome papilla las neuronas, porque no me lo explicaba.

—Mmmm, nada, solo meditaba. Ya sabes... Mmmm, mmmm.

Tuvo la decencia de no reírse en mis narices.

«Qué puto desastre, Ruby».

Volví a bajar la persiana y le enseñé las llaves.

—En fin. —Suspiré, azorada, no sabiendo dónde demonios esconder la cabeza—. Vamos y te enseño la casa y eso.

—No es necesario, seguro que tienes un montón de cosas que hacer.

—Pues sí, pero mi padre me dejó instrucciones precisas al respecto, así que vamos allá.

—Detrás de ti —dijo.

Dimos unos cuantos pasos en silencio, sin que me atreviera siquiera a mirar en su dirección; bastante había hecho ya el ridículo, gracias.

—Entonces... —pronunció él—. ¿Ahora vives aquí?

Entrecerré los ojos, siempre con la mirada hacia adelante.

«¿Ahora?».

Sacudí la cabeza.

¿Se refería al pueblo o a la casa?

Daba igual.

—Siempre viví aquí.

Funció el ceño como dudándolo, pero no dijo nada al respecto.

Cruzamos la carretera, doblando la esquina del edificio de enfrente e internándonos en una de las callejuelas.

Un minuto después le señalé la casa.

—Es esa de ahí —dije.

—¿La que está junto a la carpintería?

—Sí, la del balcón de madera oscura.

—Pero ¿eso no pertenece al carpintero?
—Es mi padre.
Debió de fruncir el ceño, porque preguntó extrañado:
—¿Tu padre?
Metí la llave en la cerradura, poniéndome a la defensiva.
—Sí, Jack Miller es mi padre, ¿pasa algo?
Carraspeó antes de responder:
—No, no, por Dios. ¿Qué iba a pasar?
—No lo sé, dímelo tú.
Nos clavamos la mirada, desafiantes.
Y, justo en este momento, volví a sentir que ya le conocía.

Nial

Pero ¿qué cojones me estaba pasando? ¿Podía cagarla más? Se suponía que tenía que interpretar el papel de una persona que nunca había estado en este lugar, y ya era la segunda o la tercera vez, en escasos quince minutos, que dejaba caer una palabra que insinuaba todo lo contrario.

«A este paso te cargas la misión tú solito, campeón».

Tenía que centrarme, joder.

Inspiré hondo, dispuesto a disculparme otra vez.

—Oye, siento si te pareció que cuestionaba tu parentesco con el carpintero, no era así. Solo fue una pregunta, nada más. Los silencios me ponen incómodo. Sobre todo, los tensos. Y creo que contigo ya la he cagado más que suficiente.

Se cruzó de brazos, torciendo el gesto.

A veces me miraba de esa manera tan rara...

—El carpintero se llama Jack —enfaticó.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cómo te llamas?

Suspiró.

—Ruby. Me llamo Ruby Miller.

Extendí la mano hacia ella.

—Encantado de conocerte, Ruby Miller. Ya sabes que yo soy Adam Ruzek, que soy nuevo por aquí y que voy a quedarme en casa de tu padre una temporada.

—Pues qué bien —masculló.

Parecía dar la impresión de que no le gustara mucho la idea de tenerme como vecino y eso me producía algo de resquemor; también me alentaba a hacerla cambiar de opinión. Un reto al que no le diría que no, vamos.

Tardé en sentir el calor de esa mano estrechándose con la mía.

¿Siempre había sido tan borde? Porque no la recordaba así de arisca. ¿Estaba cegado en aquel entonces por el amor de adolescencia? Probablemente. Con aquellos años todo se magnificaba y se vivía de otra manera; sin embargo, no, no la recordaba así, para nada.

Intensificó el apretón de manos.

—Bienvenido a Mountain Brooks, Adam, ¿puedo enseñarte ya la casa?

Sonreí.

—Claro, adelante.

Y eso hizo durante, al menos, quince minutos más.

Dos habitaciones, cocina, salón y baño; no muy grande pero sí funcional. Amueblada con muy buen gusto, no le faltaba ni un detalle. El contador de la luz, el del agua y el generador de emergencia en el sótano.

—Aunque ya no suelen usarse mucho —dijo—. Desde que Arizona Graham llegó al pueblo, hizo infinidad de reformas. Entre ellas, la red eléctrica y de alumbrado.

Asentí.

—¿Cómo vais de fibra óptica? —indagué con interés.

Parte de mi trabajo lo hacía a través de la red y me jodería mucho estar limitado en ese aspecto; no obstante, y en otras circunstancias, podía asegurar que no lo echaría de menos. Por muy útil que fuera, odiaba Internet y toda esa mierda de las redes sociales; si la gente entendiera hasta qué punto exponían sus vidas, dejarían de colgar la mayoría de sus publicaciones. Ahora todo estaba ahí, al alcance del ojo que todo lo veía y la mano que todo lo manipulaba.

—La fibra hace ya unos años que nos la pusieron, aunque no siempre va bien. —Chasqueó la lengua—. Por mucho que lo hayan modernizado, Mountain Brooks no deja de ser un pueblo, y si hay tormentas o un día de los de mucho viento, a tomar por saco todo.

—Lo tendré en cuenta.

—Bueno, pues creo que ya está todo. Si tienes alguna duda, ya sabes dónde encontrarme. El teléfono de mi padre está pegado al frigorífico.

—¿Qué sitio me recomiendas para comer?

—En todos se come genial, pero el Anny's es el mejor.

Ya lo sabía. Al igual que también sabía que era su lugar favorito para quedar con sus amigas. Y que las hamburguesas de allí le encantaban.

—Gracias —murmuré.

No dijo nada, solo levantó la mano, alejándose.

Dejé de verla al doblar la esquina.

Y cerré la puerta, apoyándome en esta.

¿Así que Jack Miller era su padre? ¿Cómo era eso? ¿Y desde cuándo lo sabía ella? Porque, cuando viví aquí aquellos meses, todo el mundo creía que su progenitor era Steve, el hijo de la dueña del colmado. ¿Cuántas cosas más me había perdido? ¿Cuántos acontecimientos?

«Solo eras un niño, Nial».

Cierto.

Me encaminé al salón y rebusqué en la bolsa de viaje hasta dar con el teléfono de prepago; el que utilizaría, a partir de ahora, para uso personal.

Hablé con mi madre; una conversación corta y directa; estaba en el pueblo, instalado y en perfectas condiciones. Ella también me aseguró que estaba bien. Tras colgar la llamada, dispuse la habitación en la que no iba a dormir como despacho para el trabajo. Mejor ahí que no tenerlo todo desperdigado por el salón. Pasé el resto de la mañana enfrascado en los documentos de la investigación. Poco antes del mediodía, me rugieron las tripas.

Hostias, ¿cómo era posible que aún no me hubiera llevado nada a la boca después del desayuno en la granja de los Brooks? ¡Si ya habían pasado unas cuantas horas!

«¿Porque no tienes comida aquí?».

Sonreí para mis adentros.

Eso se solucionaba yendo al colmado a hacer la compra, ¿no?

Estaba cerrado.

Y entonces fui al Anny's.

Fue entrar e invadirme un millón de recuerdos. Recuerdos que me apretaron un poco el pecho. Un tío cachas estaba detrás de la barra. Lo reconocí, a pesar del tiempo transcurrido; de aquella, era un par de años mayor que yo. Y ya estaba en la academia militar. ¿O era en la marina?

«Tucker Jones».

CAPÍTULO 6

Nial

En la cocina de la granja de los Brooks siempre había algo que llevarse a la boca. Con el rollo ese de que este era un lugar vacacional, donde respirar aire puro, relajarse y hacer cosas de montaña y tal, había un cocinero y una ayudante que se encargaban de que no faltara de nada. Y luego estaba la señora Anne, claro. Esta mujer tenía unas manos para la cocina que válgame el Señor; sobre todo con los dulces.

Me chupé el último dedo de la mano y alcé la vista. La susodicha me miraba desde el extremo más alejado de la isla, donde ayudaba a trocear las verduras para una tortilla vegetal.

Debí de ruborizarme porque sonrió.

—Da gusto verte comer, me recuerdas a Maverick. ¿Estaba bueno?

—¿Usted qué cree? —respondí mostrándole el plato vacío.

—Creo que brillan más los dedos que la porcelana —se burló.

Me miré las manos y reí.

—Aún hay un par que están algo pegajosos.

Siguió con los labios curvados hacia arriba.

—¿Te gusta el pueblo? —curioseó.

—Me encanta, sí.

Aunque era más bullicioso que antaño, seguía siendo tranquilo en comparación con la ciudad. Podría acostumbrarme a vivir aquí sin problema. En apenas unos días, ya me sabía las rutinas de algunos de los vecinos y tenía controladas las cámaras de seguridad de la carretera general y de ciertas callejuelas. Al parecer, parte de ellas las habían colocado cuando ocurrió lo del secuestro de Ruby, y, aunque el pueblo llevaba desde entonces en calma, a Arizona Graham y al *sheriff* les gustaba tenerlo todo controlado, por si las moscas.

—¿Y Arizona? ¿Es buena jefa?

Entrecerré los ojos.

¿A qué venía tanta pregunta?

—¿Tiene complejo de policía, Anne? —exclamé con retintín.

Se encogió de hombros, como si nada.

—Se me habrá pegado desde que vivo aquí.

Ya, claro, como si fuera a crearme esa patraña. En estos escasos días, también me había dado cuenta de que por estos lares todo se sabía y que Sahale no había exagerado en cuanto a eso. Y, no, todavía no me había encontrado a la pelirroja esa.

Suspiré, dándole el último sorbo al café.

—Es buena jefa, sí. Estoy a gusto.

—Me alegro. Te dejaré preparado en el frigorífico envases con comida para que te lleves a casa. Por cierto, ¿Jack es buen casero? Su madre es mi mejor amiga, ¿sabes? Y Holly, que en paz descansa. Qué buen equipo formábamos las tres... La echo de menos, y al cascarrabias de Anthony también.

Sollozó, sacando un pañuelo del bolsillo del delantal.

Cuando me presentaron a la gente que vivía en esta casa, creí que Anne era la viuda del

señor Brooks y madre de Arizona. Me quedé alucinado cuando Tucker, con el que empezaba a entablar amistad, me sacó del error y me contó su historia. No me cabía duda alguna de que estaba rodeado de buenas personas; al menos en su mayoría.

Me puse en pie, me acerqué a ella y la abracé, susurrando:

—Lo siento mucho, Anne.

Sorbió por la nariz, limpiándose las lágrimas.

—Eres un buen muchacho, Adam Ruzek.

Esas dos últimas palabras me hicieron clic en el cerebro. La pobre mostrándose vulnerable en uno de sus peores momentos, y yo mintiéndole a la puta cara con mi identidad. En realidad, mintiéndoles a todos ellos, que me habían acogido como a uno más, sin siquiera conocerme. Qué mal me sentía por ello, joder. Y cuánto iban a odiarme cuando supieran la verdad.

«Recuerda que es por una buena causa».

Sí, lo tendría en cuenta.

La dejé allí tras cerciorarme de que estaba bien y me fui a seguir con el paripé de mi vida, haciéndoles ver que le hacía los recados a Arizona.

A última hora de la tarde, como acostumbrábamos, me reuní con Maverick y Sahale en el despacho del primero.

—¿Alguna novedad? —pregunté sin más.

—El ayuntamiento por fin ha tenido la amabilidad de tener listo el comprobante del censo y dárselo a Sahale. Te he hecho una copia —respondió Maverick entregándome unas hojas.

—Inútiles —rezongó el otro por lo bajo.

—Como puedes ver, no son muchas las personas que se han mudado.

Pasé la mirada por el listado.

—Tampoco pocas para tratarse de un pueblo pequeño —dije—. ¿Quieres que lo compruebe? —ofrecí.

—Sí, tú te encargarás de eso mientras él y yo nos ocupamos de una disputa de terrenos.

—¿Necesitáis ayuda?

—No.

Qué tajante era este tío, hostias.

Sahale alzó una ceja, como si supiera lo que estaba pensando.

—Sería interesante verificar también quién de los vecinos más antiguos del pueblo trabajaba en el campamento.

Fruncí el ceño, mirando a Maverick.

—Nadie que no perteneciera al campamento entraba en él. Por aquí no se comulgaba con esa forma de vivir, ¿lo recordáis? Algunos hasta quisieron echarlos de allí. Cuando nosotros nos instalamos, había mejor rollo, pero ni por asomo se mezclaban; por lo menos los adultos.

—¿O sea, que el contacto era de dentro?

—Seguramente —intervino Sahale.

—Yo no lo tengo tan claro, para qué mentiros. Tiene que haber alguna manera de...

Resoplé, interrumpiéndolo.

—Mi madre. No es que me guste mucho la idea, no obstante, ella puede ayudarnos.

—¿Seguro? —El ayudante me escudriñó con interés.

No fui yo el que respondí:

—No perdemos nada por intentarlo, ¿no?

No, no se perdía nada, pero a mí me daba un cague de la hostia implicar a mi madre en esto.

«No hay más remedio, Nial».

Ya, eso parecía.

Ruby

Entré en el Anny's y busqué a mis amigas en el rincón de siempre; no estaban allí.

—No han llegado —anunció Tucker, limpiando la barra.

Genial, y yo pensando que llegaba tarde y me echarían la bronca por ello. Odiaba ser impuntual, pero trabajando de cara al público, en un pueblo en el que las horas de apertura y cierre no se respetaban gran cosa, pues...

—¿Te pongo lo de siempre?

Le sonreí.

—Sí, gracias.

Me dirigí a nuestra mesa, cerca del billar y un poco más apartada del resto. Desde que tenía uso de razón, recordaba elegir siempre la misma; de esa manera, nuestros padres no podían controlar todas nuestras conversaciones y teníamos más libertad, creyéndonos mayores.

Qué ilusas. Ellos lo controlaban todo.

Tucker dejó sobre la mesa la consumición y un bol de cacahuetes, guiñándome un ojo. Era un tío encantador, aunque no siempre había sido así. Por aquí todos sabíamos que su conducta de adolescente obligó a su padre a alistarlo sin tener la mayoría de edad. Por lo visto, su currículum de delitos ya era bastante extenso por aquel entonces. Cuando un accidente lo trajo de vuelta al pueblo, le compró el Anny's a su prima Maggie y aquí estaba, poniendo copas y aguantándonos a todos. Ah, y también ayudaba a sus padres, que ya eran mayores, con la granja.

Le di un sorbo a la caña tostada y cerré los ojos con placer.

«Por fin un poco de relax...».

Cuando volví a abrirlos, deseé que la tierra me tragase de un bocado; Adam, el tío que se había convertido en el nuevo ayudante personal de Arizona, porque su padre era amigo del padre de Lizzy y este le hacía un favor ayudándolo, me observaba con intensidad desde la puerta que daba a los baños.

«Mierda, ¿cuánto tiempo lleva ahí?».

Fruncí los labios, mosqueada, sin entender por qué narices me ponía tan nerviosa cuando me encontraba en su presencia; no parecía yo, maldita fuera.

Desvié los ojos cuando se encaminó a la mesa. Afortunadamente, las chicas llegaron antes de que él pudiera decir ni mu.

—Eh, ¿esperas desde hace mucho? —Caroline dejó el bolso en la silla vacía, igual que Lizzy.

—Diez minutos o así —contesté.

—Lo sentimos, atasco en la autopista.

Le sonreí a Lizzy.

—¿Habéis ido a la ciudad?

—Sí, mañana vuelvo a Nashville y Caroline y yo teníamos algo que hacer.

—Ah, ¿sí? Pues espero que ese «algo» sea mi regalo de cumpleaños, porque, si no, os mato.

—¿Ya vuelve a ser tu cumpleaños?

—Ja, Caroline, muy graciosa.

—Chicas... —Tucker saludó, dejando sus consumiciones al lado de la mía.

Le dieron las gracias, sin apenas mirarlo. No tenía ni idea de cómo lo hacían, porque a mí me dejaba atontada e incapaz de dejar de hacerlo la mayoría de las veces. Era un tío

impresionante, las cosas como eran. Y esa leve cojera que le había quedado tras el accidente aún lo hacía parecer más sexi, si eso era posible.

Caroline me chasqueó los dedos delante de la cara.

—¡Aquí Tierra llamando a Ruby! ¿Hola?

No era a Tucker a quien miraba en este momento, para mi desgracia.

Ambas se rieron en mis narices.

—Por si te interesa, él tampoco te quita la vista de encima.

—Pues no, Carol, no me interesa.

Chasqueó la lengua.

—Ya, claro, y yo me chupo el dedo.

—Mientes fatal —intervino Lizzy.

—Que os den a las dos. ¿Me habéis comprado un regalo o no?

—Sí, pero no te lo daremos hasta que lo celebremos, así que no insistas, petarda.

—Pero si te vas mañana, ¿cuándo...?

—El próximo fin de semana —me interrumpió—. Haremos una fiesta por todo lo alto, aquí, ¿te parece? Caroline se encargará.

—¿Seguro que podrás venir?

Me sonrió con cariño.

—No habrá nada que pueda impedírmelo, te lo prometo.

—¿Te parece que es buena idea? Solo hace unos días que murió tu abuelo y por nada del mundo quisiera que hicieras algo que no te apetece. Mucho menos que te sintieras en la obligación. Hay tiempo de sobra para celebrarlo.

—Deja de preocuparte, Ruby, estoy bien, de verdad que sí.

—Vale.

—¿Alguna persona *non grata*? —exclamó Caroline, con recochineo.

No hizo falta que pensáramos la respuesta. Las tres gritamos al unísono:

—¡Paul!

—Espero que no hayáis comprado un gorro. —Me señalé la cabeza—. No podré ponerlo por culpa de los cuernos.

Caroline se atragantó con la cerveza y Lizzy me dio un manotazo en el brazo.

—Qué idiota eres.

Me reí a carcajadas.

—Pero es la verdad, ¿no?

Estar con ellas me venía tan bien... No tenían ni idea del apoyo que me daban. Las adoraba por encima de todo; de hecho, mi ex no las podía ni ver por ese mismo motivo.

Pedimos un par de rondas más, enfrascadas en una conversación que nos llevaba de un extremo a otro: trabajo, cotilleos varios, relaciones. Había siempre tanto de qué hablar, que nos faltaba tiempo para llegar a ponernos al día en una sola quedada.

—Esos dos están hablando de nosotras —susurró Caroline cuando estábamos a punto de marcharnos ya.

Miré por encima del hombro un poco achispada, chocando, de pleno, con los ojos del tío guapo.

Sonrió de medio lado, guiñándome uno de ellos.

¿Por qué no sentía este cosquilleo cuando eso mismo me lo hacía Tucker?

Me negué a saber la respuesta.

CAPÍTULO 7

Ruby

Aún no había amanecido cuando me senté delante de la pantalla del ordenador; un café a la derecha y el teléfono a la izquierda, siempre en silencio; preparada para continuar con el otro trabajo que nada tenía que ver con regentar el colmado de la abuela Holly; que sí, que estaba contenta y encantada, sin embargo, lo que de verdad me apasionaba era esto otro. La página web que Caroline me ayudó a crear, a ella se le daba genial la informática y todo eso, había tardado en arrancar. Y, ahora, unos cuantos meses después, era cuando de verdad empezaba a dar sus frutos. Tenía varios encargos, tres ya empezados y otros dos casi a punto de terminar y que tenía que entregar este fin de semana como muy tarde: la portada para una novela erótica y el cartel de promoción para el mercadillo medieval que todos los años se realizaba en Kingston. Abrí el archivo de este último y lo observé con atención. Me gustaba como estaba quedando, pero tenía la sensación de que le faltaba algo. Me puse manos a la obra, cambiando la combinación de las letras, agrandando un poco el castillo, dándole más color y destacando ciertos objetos; cuando quise darme cuenta, ya habían pasado un par de horas y el trabajo estaba finiquitado. Me metí en la ducha satisfecha y orgullosa, con energía renovada y con la mente puesta en esa portada que, en un principio, tampoco me convencía; solo había leído la sinopsis y, por lo que se podía apreciar, las escenas de cama iban a estar aderezadas con bastante picante. No fue hasta que empecé a aclararme el pelo que me di cuenta de a quién me estaba imaginando como protagonista; labios gruesos, mandíbula perfilada, barba, nariz recta y con personalidad, ojos rasgados y oscuros... El aro pequeño y dorado en la oreja...

Ahugué una exclamación.

«¡Madre mía! ¿Qué estás haciendo? ¡Para!».

Pero no podía hacerlo, de verdad que no. La mente iba a lo suyo y lo de la imaginación ya pasaba de castaño oscuro, caray. Recuperé la cordura cuando el agua fría, la rosca del grifo se me había resistido, me dio de lleno en la cara, espabilándome.

«¿A ti qué leches te pasa, tía?».

Y, justo en este momento, desnuda y chorreando agua por todas partes, se me ocurrió la idea que haría que esa portada fuera perfecta.

Sonreí, todavía sofocada.

«Gracias, imaginación. No sé qué haría sin ti».

Para cuando alcé la persiana del colmado, ya eran dos los trabajos que tenía finiquitados y estaba la mar de contenta.

La mañana transcurrió dentro de la normalidad; preparar pedidos, revisar facturas pendientes, llamar a proveedores, reponer mercancía...

El teléfono sonó cuando estaba a punto de echar la llave.

—El colmado de Holly, ¿en qué puedo ayudarte?

Nada al otro lado, ni un ruido.

—¿Hola? —insistí.

Un carraspeo.

—Quería... hacer un pedido —pronunció la voz al otro lado, poniéndome nerviosa.

Sí, la reconocí por el tono grave y el cosquilleo que me recorrió la columna vertebral. Me cabré por reaccionar así a alguien que solo había visto en contadas ocasiones. Bufé.

—¿Quieres hacer un pedido a la hora del cierre? ¿En serio?

Volvió a aclararse la garganta.

¿Parecía nervioso o la imaginación seguía haciéndome de las suyas?

—Yo... yo...

Solté el aire de los pulmones.

—Dime lo que necesitas, anda.

Anoté los artículos que fue enumerando y se los leí de vuelta, repasando la lista.

—¿Seguro que no quieres nada más? Aún estás a tiempo, ya que estamos... —repliqué con ironía.

La línea se quedó en silencio.

—Oye, no me habrás colgado, ¿verdad?

—Eso es todo, gracias. Y perdona.

Entonces sí que la línea se quedó muda del todo.

Contemplé el teléfono con el ceño fruncido, sin entender nada.

«No hay nada que entender. Eres una gruñona, Ruby Miller».

Lo estaba siendo, ¿verdad?

Mierda.

Antes de salir por la puerta y dirigirme a casa de mis padres, dejé el pedido listo para que Cooper se lo llevara a primera hora de la tarde.

Mi madre me recibió con los brazos abiertos.

—Hola, cariño, hoy llegas un poco más tarde.

—Sí, el tío guapo llamó haciendo un pedido a última hora —respondí sin pensar.

Fui consciente de lo que había dicho en cuanto ella enarcó una ceja.

—¿«El tío guapo»?

La pasé de largo, entrando en la cocina.

—Huele de maravilla, mamá, ¿qué has cocinado?

—Ruby...

Suspiré, resignada.

—Adam Ruzek, el tío que alquiló la casa de papá.

—Ya veo. Aún no le he conocido. ¿Te parece guapo?

—Como un cañón, para qué mentirte.

—Interesante...

La fulminé con la mirada.

—No empieces, ¿vale? Solo hace unas semanas que rompí con Paul. Además, que un tío me parezca guapo no significa que quiera tener algo con él.

—Tonta eres.

—¡Mamá!

Se rio, abrazándome.

—Albóndigas de pescado y huevos en salsa, eso he cocinado.

Puse los ojos en blanco.

Sí, era tremenda. ¿A quién iba a salir yo si no?

Comía con ellos dos o tres días a la semana y luego pasaba a ver a la abuela que, a sus setenta y siete años, se empeñaba en seguir viviendo en la granja que ella y el abuelo levantaron.

Papá llegó cuando estábamos tomando el café, disculpándose. Al parecer, el nuevo cercado de la granja de Jo se le estaba complicando más de la cuenta, y su yerno, el que se estaba haciendo cargo de renovarlo todo, «era un gilipollas», palabras textuales de mi padre, no más.

Los dejé haciéndose arrumacos en la mesa.

Y enfilé la carretera a buen paso, temiendo que empezara a llover antes de que llegara a la granja de la abuela.

Mi gozo en un pozo.

Iba a calarme hasta los huesos.

Nial

Me quedé sentado como un pasmarote mirando el teléfono. ¿Qué demonios me pasaba? Era un tío cabal, joder. Un tío que se mantenía frío en las peores circunstancias y que así lo requerían. Un tío al que no le temblaba el pulso por nada. ¿Y me ponía a tartamudear como un idiota, nervioso por hablar con ella a través de un aparato?

«Patético».

Ya te decía yo que sí, que lo era y mucho.

Me puse en pie, mesándome la barba, pensativo y dejando de lado mi extraña forma de actuar con ojazos verdes; acercarme a ella era lo último que debía hacer y tenía que refrenar los impulsos de provocar todo lo contrario si no quería cagarla a lo grande.

Busqué sobre la mesa la hoja que imprimí esta madrugada, cuando no podía dormir. Hacía dos días que había hablado con mi madre pidiéndole ayuda, y no tardó en hacer una lista con las personas que ella recordaba del campamento y enviármela. Ahora, una vez en mis manos, la observé con atención y cautela. No me sonaban para nada aquellas personas, pero, claro, imaginaba que, siendo un adolescente, poco había tratado con ellas. Podía ser que al *sheriff* o a su ayudante le sonaran más que a mí, por eso la doblé y la guardé en el bolsillo trasero de los pantalones, con intención de llevarla a la reunión de esta noche y escudriñarla juntos, punto por punto.

Salí a la calle, cerrando la puerta con llave.

Una vez en el coche, que volvió a tardar en arrancar lo suyo, salí a la carretera general. Mi plan del resto del día, después de haber estado pegado a la pantalla del ordenador toda la mañana, era deambular por el pueblo y comprobar si veía algo raro o fuera de lugar por los alrededores. Por norma general, como decía el sargento Beghe, y yo estaba de acuerdo con él, solíamos centrarnos en buscar pistas en los lugares más recónditos, teniendo las más evidentes delante de las narices. Por ejemplo, decía: «La mejor forma de robar en un supermercado es pasar por la caja con el producto en la mano. La persona de la caja ni se dará cuenta de lo automatizado que tiene su trabajo a la hora de pasar los productos por el escáner». Y tenía razón, me había fijado y lo había comprobado.

Giré a la derecha, dejando atrás la iglesia.

El camino que seguía no tenía salida, por eso me apeé del coche y lo hice a pie, llegando a la entrada de un gran terreno; el que veía siempre desde la carretera y que estaba ocupado con una preciosa casa y una caravana. Según tenía entendido, pertenecía a Garrett Brown, dueño del bufete de abogados que estaba al doblar la esquina del edificio que colindaba con el nuevo restaurante. Una mujer morena, guapa, de unos cuarenta y pico, me salió al encuentro.

—¿Te has perdido? —preguntó, brusca.

Sonreí para tranquilizarla.

—No, nada de eso. Siempre veo la casa desde la carretera y solo estaba echando un vistazo. Es fantástica.

—Gracias. Eres el nuevo ayudante de Arizona, ¿verdad?

—Sí, Adam Ruzek.

Extendí la mano.

—Aiyan Granville. —La estrechó.

—¿Granville? ¿Entonces tú y Sahale...?

—Somos hermanos.

¿Todo el mundo estaba emparentado por aquí? Porque, si no me equivocaba, ella era la mujer del hermano de Betsy, la enfermera del pueblo y que, a su vez, estaba casada con el doctor Nathaniel. Vivían al otro lado de la cerca, así que sí, todo quedaba en familia.

«Joder, qué lío».

—Encantado de conocerla —expresé con sinceridad.

—Lo mismo digo.

—Perdón por molestarla, no era mi intención.

—Tranquilo. Y tutéame, por favor.

Asentí, despidiéndome.

—Ya nos veremos por aquí.

De vuelta en el coche, cogí la dirección contraria.

Una que llevaba posponiendo demasiado tiempo y que ya era hora de enfrentar.

Reduje la velocidad cuando empezó a llover a cántaros y el parabrisas no daba más de sí. Esta era otra de esas típicas tormentas de finales de verano que igual que empezaban, terminaban, y aunque pensé en esperar a que amainara, no lo hice.

Y menos mal, porque, de haberlo hecho, no la hubiera visto.

Caminaba deprisa, empapada de pies a cabeza.

Me puse a su altura, bajando un poco la ventanilla.

—¡Eh! —grité para hacerme oír.

Giró la cabeza sobresaltada y el agua cayéndole a chorretones por la cara.

—¡Te estás empapando, sube al coche!

Hizo visera con la mano y chilló también.

—¡Ya estoy empapada, listillo!

—¡Sube!

No lo hizo sin protestar un poco más.

—¿Adónde vas con la que está cayendo? —exclamé, con el corazón repicándose en la caja torácica.

¿Podía ser más preciosa? Lo dudaba mucho.

—Yo podría hacerte la misma pregunta.

Chasqueé la lengua.

—Ya, la diferencia es que yo voy en coche, y tú, andando.

Se cruzó de brazos, taladrándome con la mirada.

—La granja de los Brooks no está por aquí.

—Ah, ¿no? —disimulé—. Me habré perdido.

—Sí, claro, como el pueblo es tan grande...

Tragué saliva.

¿Era posible que me siguiera gustando después de tantos años?

«Aléjate de ella, Nial».

—Tus ojos son impresionantes, ¿lo sabías? —murmuré.
Sus pupilas se dilataron, sonrojándose.
Clavé la vista en el labio inferior y en la lengua que lo humedecía.
Se me cortó la respiración.
«¿Qué parte de “aléjate de ella” no entiendes, tarugo?».

CAPÍTULO 8

Nial

Desvié la mirada, repitiéndome en la cabeza esas tres palabras: «Aléjate de ella». «Aléjate de ella». «Aléjate de ella». Así, los segundos suficientes y las suficientes veces como para que se me quedara grabado en la puta mollera. No tenía claro que lo consiguiera en realidad, pero, bueno, al menos lo estaba intentando. Tampoco es que ayudara mucho tener esos ojos clavados en la cara y que mantuviera el pico cerrado. ¿No estaba siempre protestando? Pues ¿por qué no lo hacía?

Tragué saliva, aclarándome la voz.

—¿Y bien? ¿Adónde decías que ibas?

—No lo dije —ladró.

—¿Y a qué esperas? Tengo más cosas que hacer, ¿sabes?

Gruñó por lo bajo:

—Yo no te pedí que hicieras de buen samaritano.

—¿Me lo vas a decir o no?

Apretó los labios y achinó los ojos, poniéndose roja de rabia.

«Menudos humos...».

Sí, y todo por mi culpa. Qué idiota era, joder.

—La granja de mi abuela, ahí es adónde me dirijo. Sigue recto y coge el desvío de la derecha en el cruce de caminos.

Sonreí, mirándola de soslayo.

—¿Ves cómo no era tan difícil?

Resopló, casi enseñándome los dientes.

«Y a ti te encanta, ¿verdad?».

Pues sí, lo reconocía; aunque me sintiera culpable, empezaba a gustarme esto de ser capaz de sacarla de quicio con tanta facilidad. ¿Eso no tenía algún significado o algo?

Mantuvimos silencio durante unos minutos que, al final, rompí por incomodidad y porque tenía ganas de saber más sobre su vida. Otra cosa ya sería si ella participaba en la conversación o no.

—¿Desde cuándo te haces cargo del colmado de tu abuela?

Ni mirada chungueta ni respuesta alguna, pero sí mandíbula apretada.

Sonreí para mis adentros, sintiéndome como un capullo a punto de perder la cabeza. El sonido de la lluvia podía ser muy relajante y tal, no obstante, a mí empezaba a ponerme de los nervios y, a la vez, me estaba divirtiendo con toda la situación.

«Te llevarías el premio al más tonto si te presentaras a un concurso, macho».

Giró la cabeza cuarenta y cinco grados, escrutándome con mucha atención.

—¿Cómo sabes que el colmado era de mi abuela?

Se me revolvió el estómago al instante.

«Mierda, ya estás metiendo la pata».

Entonces recordé aquello de que por aquí todos sabían lo de todos, y, encogiéndome de

hombros, respondí como si nada:

—Supongo que lo escuché en alguna parte.

—Ah, ¿sí? Qué extraño, porque no es reciente y es algo de lo que se dejó de hablar hace bastante tiempo. A no ser que alguien preguntara, claro.

—No lo hice, no pregunté. ¿Por qué iba a hacerlo? —me ofendí.

—No lo sé, dímelo tú.

—Relájate, solo estaba tratando de entablar una conversación, ¿vale?

—Ya. Es esa casa de ahí.

Seguí con la vista la indicación de su dedo y me acerqué todo lo que pude a la portilla.

—Bueno, pues... —No me dejó terminar, abrió y salió del coche. Bajé la ventanilla, chillando—: ¡De nada, Ruby Miller!

No miró atrás.

Y me hizo tanta gracia que tuve que reírme a carcajadas.

Pensé en ese trayecto, de apenas diez minutos, toda la tarde. Y, cada vez que lo hacía, me descojonaba. Ahí lo dejaba por si a alguien le quedaba la duda de que más patético no podía ser.

Di vueltas por los alrededores sin poder bajarme del coche y, evidentemente, sin ver con claridad nada de nada; seguía diluviando. Odiaba perder el tiempo de esta manera, pero, quién sabía, igual sonaba la flauta.

No lo hizo.

Terminé el día en la granja de los Brooks, reunido con Maverick y Sahale.

—¿Así que ocho caravanas y tres casas móviles? —preguntó el primero tras leer dos veces el papel que saqué del bolsillo.

—Sí, una de ellas la ocupábamos nosotros. El tío Percy nos la prestó.

—¿Tu tío sigue viviendo en el campamento?

—No, él se fue a trabajar fuera y ya nunca regresó, por eso nos dejó su caravana.

—¿Por qué destacaban estas cuatro familias de aquí? —Quiso saber el segundo.

—Mi madre dice que eran los que llevaban los temas de normas, convivencia y todas esas cosas. Allí no se hacía nada si antes no se hablaba con ellos.

—¿Como una secta?

—Ni eran una secta ni lo son ahora, Sahale, solo creen en cosas diferentes a las nuestras.

—¿Como por ejemplo?

Suspiré.

—Yo qué sé. La religión, la ciencia, la alimentación... Hay un sinfín de mierdas de esas.

—¿Cuál era la vuestra?

Apreté los dientes hasta hacerme daño en la mandíbula.

—¿No tener dónde caernos muertos te vale?

—Lo siento —afirmó.

Me erguí en la butaca.

—Mira, estoy acostumbrado a que se dude de que mi padre no tuvo nada que ver en aquella movida y que también se dude de mi palabra, pero todo es cierto. No estoy aquí por mi cara bonita, ¿sabes? Subestimas al sargento Beghe si crees que es así.

—Estoy de tu parte —dijo.

—Pues no lo parece, joder.

—Ya te dije que lo siento.

—Los dos, ¡basta! Somos un equipo y remamos en la misma dirección, ¿entendido?

Ambos asentimos sin dejar de mirarnos.

—¿Conocemos a algún miembro de estas familias?
—Tendría que comprobarlo —respondió Sahale—. Aunque dudo que quieran hablar con nosotros si es así.
—Bueno, siempre hemos convivido en armonía y respetándonos, ¿no?
—Eso no importa si, de la noche a la mañana, empezamos a hacer preguntas. Además, seguramente, la mayoría de ellos trapicheara para esa persona.
—Eso no lo sabemos —añadí—. No generalices.
—Es lo más probable y lo sabes.
—Si mis padres estaban en aquella situación, ¿por qué no los demás también?
Ni me miró, solo resopló.
—Comprobaré a ver si en la base de datos del condado tenemos algo de los Worth, Thompson, Perkins o Cotton. —Se dirigió a su jefe—: ¿Hemos terminado?
—Si no hay nada más que añadir, sí. Recuerda que mañana tengo que declarar en un juicio en la ciudad y que no estaré disponible hasta la tarde, más o menos. Te quedas al mando.
—Por supuesto.
—Bien, pues no hay más que hablar.
Nos despedimos y salimos los dos juntos.
Estaba a punto de subirme al coche cuando él me apoyó una mano en el hombro, impidiéndolo.
—No soy tu enemigo. —Su voz sonó seca, rotunda—. Ni pretendo serlo. Solo hago mi trabajo. Igual que tú.
No respondí.
Un minuto después ya recorría el trayecto en dirección al pueblo.
Parar en el Anny's y tomar una cerveza era una obligación. Echarme una parrafada con Tucker, un tío que me caía de puta madre, también. Hasta podía ser que volviera a encontrarme con ojazos verdes y todo.
«No tientes a la suerte, chaval».
No lo hacía, pero si me caía la breva...

Ruby

Cabreada como una mona había estado toda la tarde por culpa de ese imbécil; tanto que teniéndole preparado el pedido, no se lo envié. Si no tenía qué comer ni con qué ducharse, que se fastidiara.

Me cepillé el pelo con tanta fuerza que hasta me hice daño.

No entendía por qué una persona a la que acababa de conocer tenía la capacidad de sacarme de mis casillas tan rápido. Era algo extraño, y eso, para mi desgracia, en lugar de pasar del tema y dejarlo estar, me mosqueaba mogollón; hasta el punto de llegar a obsesionarme con ello.

Preparé una ensalada para cenar: rúcula, espinacas, queso de cabra y frutos secos; todo con movimientos mecánicos y sin apenas fijarme en lo que hacía. Cuando me quise dar cuenta, estaba sentada en las escaleras de atrás llevándome el tenedor a la boca.

Bebí un sorbo de agua.

Sí, por lo visto también había cogido un vaso y estaba a mi lado en el escalón.

Respiré hondo. Mucho. Y exhalé.

A continuación, seguí comiendo, obligándome a masticar despacio y a degustar la mezcla de sabores antes de tragarlo como un pato. Lo conseguí bocado a bocado y con mucha

concentración. Necesitaba relajarme de una maldita vez y dejar de pensar en tonterías. Y eso solo conseguiría hacerlo si veía unos capítulos de mi serie favorita de toda la vida: *Crónicas vampíricas*. Descubrir a Damon Salvatore era lo mejor que me había pasado en mi adolescencia.

«Eso y Nial».

Ostras, Nial... ¿Qué habría sido de él? Cuando aquellos malditos me secuestraron, estaba en su compañía y salíamos del campamento *hippie*. Nunca más volví a saber de él ni de ningún miembro de su familia; como si, de repente, la tierra se los hubiera tragado a todos sin dejar ni rastro. Aún guardaba en una caja que me talló mi padre las cartas de amor que me enviaba cuando ni siquiera me había fijado en él; con lo guapo que era y yo ignorándolo por completo... Qué tonta fui y cuánto me hice de rogar. Hasta llegué a ser una borde, igual que lo era ahora con ese zoquete de Adam Ruzek. Fue una pena perder el contacto con Nial, me gustaba muchísimo. Como solía decir la abuela Holly, que en paz descansara: «El primer amor nunca se olvida». Y no lo había hecho.

Cogí el bol y el vaso y entré en casa, cerrando la puerta con llave. Lo dejé todo sobre la encimera de la cocina, dispuesta a relajarme con el más guapo de todos los vampiros y sus tejemanejes.

En ello estaba cuando me sonó el teléfono.

—Hola, petarda —saludé con una sonrisa—, ¿el viaje a Nashville bien?

—De maravilla.

—No parece que lo digas muy convencida.

—Ya os echo de menos.

—Y nosotros a ti, Lizzy. Piensa que nos veremos el fin de semana y que, además, celebraremos mi cumpleaños. Por cierto, ¿Nate viene contigo?

No me caía nada bien su novio, las cosas como eran.

—No lo creo, está demasiado concentrado en su nuevo proyecto.

—Mejor, así solo seremos nosotras tres.

—Y la gente del pueblo —replicó.

—Ya, bueno, sabes lo que quiero decir.

—¿Qué hacías? —indagó.

—Te vas a reír cuando te lo diga.

—Sorpréndeme, anda.

—Preparaba una cita con Damon Salvatore.

No disimuló la risa que le entró.

«Capulla».

—¿Por qué estás estresada, Ruby? —Quiso saber cuando cesó tanta carcajada.

Sí, me conocía como a la palma de su mano.

Y, claro, se lo conté todo con pelos y señales.

—Pues a mí me parece un tío majo —rebatí mis quejas.

—Ya, porque no te saca de quicio igual que a mí.

—A lo mejor le gustas.

Fue mi turno de reír. Mucho. Hasta saltárseme las lágrimas.

—¿A que no sabes en quién estaba pensando? —exclamé, aún entre risas, desviando la conversación.

—Ni idea.

—En Nial.

—¿Qué? ¿Nial... Nial? ¿Tu Nial?

—Sí.

—¿En serio?

—Como te lo cuento.

—¿Qué crees que habrá sido de su vida?

—Me encantaría saberlo —admití, suspirando.

Y lo decía en serio.

Muy muy en serio.

CAPÍTULO 9

Ruby

No me gustaba correr, pero sí salir a caminar a paso ligero. Los paseos de ese tipo, sobre todo al atardecer y cuando tenía la cabeza como un bombo, me ayudaban a oxigenar la mente; estaba bloqueada. Una pequeña empresa de productos de cultivo se había puesto en contacto conmigo para que les realizara los carteles de la nueva promoción de la temporada y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Estaban empezando en el mercado y aún no eran muy conocidos en el sector, por lo que debía hacer algo distinto y original que llamara la atención; algo se me ocurriría, estaba segura; sin embargo, me preocupaba no ser capaz de captar esa «atención» requerida para los compradores. «Siempre te pasa lo mismo y luego lo clavás, cariño», me había dicho papá cuando le hablé de la inseguridad que me creaba el nuevo encargo; mamá estuvo de acuerdo. Y yo sabía que ambos tenían razón, pero, ahora mismo, estaba agobiadísima con el tema, para qué engañarnos.

Giré a la izquierda en la bifurcación, internándome un poco más entre los árboles, acelerando el ritmo y buscando en una aplicación un pódcast que me enganchara y que también me ayudara a dejar de pensar en el tema.

«Puedes llamar a Caroline y hablarle de la idea que Lizzy tuvo el otro día».

Pues sí, era verdad. Podía buscar su contacto en el móvil, presionar la tecla de llamada y contarle que hacía unas noches, en concreto la del día en la que Lizzy regresó a Nashville, las dos habíamos estado recordando aquellos tiempos en los que, de adolescentes, yo tenía un novio que se llamaba Nial y que, al rememorar todo aquello y preguntarnos qué sería de su vida, Lizzy había sugerido que ella podía obrar su magia y buscarlo en Internet o algo. Sencillo y fácil, ¿verdad? Vale, pues no me atrevía; hurgar en la vida de los demás no era lo mío; y quién sabía, podía descubrir algo que no me gustara y echar por tierra los bonitos recuerdos que atesoraba de aquella época. Sí, por supuesto que me encantaría volver a saber de él, no obstante, no estaba segura de que hacerlo de ese modo fuera lo correcto. Justo entonces me sonó el teléfono, iluminándose la pantalla con el nombre de mi amiga, como si tuviera el poder de leer mentes o algo así.

Sonreí al responder:

—Justo estaba pensando en ti.

—¿No me digas? Pues espero que esos pensamientos no fueran guarros, tienes la respiración muy agitada.

Ahogué una exclamación.

—Serás idiota, estoy caminando y por eso respiro así.

—Ya, ya, lo que tú digas.

—¡Caroline! —protesté.

Se desternilló de risa unos segundos y luego anunció:

—He hablado con Lizzy.

—Genial, yo hablé con ella el...

—Lo sé —dijo sin dejarme terminar la frase—, por eso te llamo. Necesito una fotografía de Nial.

Frené en seco, frunciendo el ceño.

—¿Por qué ibas a querer una fotografía de...?

—Lizzy me ha contado vuestra conversación del otro día —me interrumpió de nuevo—, y he decidido ayudarte.

No tuve muy claro si el corazón me rebotaba en el pecho por la intensidad de la caminata o por lo que ella acababa de soltar.

—¿Ayudarme con qué, exactamente? —balbuceé al preguntar.

—A buscarlo, tonta.

Negué con la cabeza, incrédula.

—No quiero buscarlo, Caroline.

—Sí que quieres, tú misma se lo dijiste a Lizzy.

—¿Qué? Eso no es cierto, nunca hice tal cosa.

Resopló con fuerza, como si estuviera perdiendo la paciencia conmigo.

—¿Dijiste o no dijiste que te gustaría saber qué fue de su vida, Ruby?

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con querer buscarlo?

—¿Todo?

Fue mi turno de resoplar y de casi chillar.

—Ni de coña. —Me cerré en banda con los labios apretados.

—Escúchame, Ruby, he buscado en redes sociales, Google y alguna página web más, pero los Nial Irwing que encuentro no tienen nada que ver con tu Nial, al menos eso espero. Por eso necesito una fotografía suya. Te prometo que no haré nada ilegal con ella.

Para mi desgracia, comenzó a picarme el maldito gusanillo, aun así, farfullé:

—No tengo ninguna fotografía suya.

—¡Serás mentirosa! Sí que la tienes. Existen varias de aquel día que fuimos al río y llevaste una de las cámaras de tu madre, ¿recuerdas? Tú misma las revelaste después en su estudio.

Era cierto, lo recordaba ahora que ella lo mencionaba... ¿Dónde tenía metido el álbum de ese verano? Seguramente en casa de mis padres, en alguno de los cajones de mi habitación.

Algo me cosquilleó en el vientre.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Me he descargado una aplicación de reconocimiento facial. Es una que usan en algunos casos de desapariciones, ¿sabes? Te da la opción de hacerte una idea de cómo ha ido cambiando una persona con el paso del tiempo. No es exacta, pero nos serviría para hacernos una idea y, ya con eso, buscarlo de forma más profesional —explicó.

—¿Existen aplicaciones para eso?

Suspiró.

—Ahora existen aplicaciones para todo, Ruby. Tú trabajas con unas cuantas.

Pues sí, las utilizaba para realizar los trabajos de diseño, y sabía que había infinidad de ellas, pero jamás se me pasó por la cabeza que existieran las de reconocimiento facial; salvo las que usaba la policía, claro.

—Está bien, la buscaré.

—¿Nos vemos más tarde en el Anny's y me la llevas?

—Sí, nos vemos luego.

Guardé el teléfono y reanudé la marcha, preguntándome si no estaríamos a punto de cometer una locura. La imagen que encontré al salir al claro, junto a la peña del río, impidió que fuera capaz de responderme.

«¡Madre de todos los dioses habidos y por haber! ¿Estás viendo eso?».

¡Caray!

¿Que si veía al imbécil de Adam Ruzek sin camiseta, con ese pecho marcado, el abdomen definido y haciendo flexiones con la piel brillante de sudor?

Tragué saliva.

¡Vaya que si lo veía!

Nial

Me agaché, até los cordones de las deportivas y, cuando me incorporé de nuevo, me mareé. Respiré hondo varias veces, mirando el reloj con dos dedos en el cuello contando las pulsaciones. Todo estaba bien. Seguro que lo del mareo era por falta de azúcar o algo de eso.

«O porque te has levantado demasiado rápido».

También podía ser, sí.

Guardé las llaves en el pequeño bolsillo del pantalón y salí a la calle, donde hice un precalentamiento antes de comenzar a dar zancadas como un loco. No me machacaría mucho, solo lo suficiente para quedarme exhausto y conciliar bien el sueño; además, hacía demasiados días, justo desde que había llegado al pueblo, que no salía a correr, y estaba seguro de que el parón me pasaría factura. No era mi intención quedar tan hecho polvo que las agujetas no me dejaran moverme mañana; no estaba tan chiflado.

Enfilé la carretera general hasta casi el final, doblando la esquina del edificio donde se encontraba la oficina de Maverick y siguiendo el camino que llevaba a un bosque no muy denso y que terminaba en el río. La respiración se me aceleró a los pocos minutos de empezar la carrera, aun así, apreté el ritmo un poco más; lo necesitaba. La reunión con Sahale y Maverick había ido como siempre, más o menos. El primero había sabido que un par de mujeres de la época, Helena y Florence, creía recordar que dijo que se llamaban, eran las que se encargaban de hacer el mantenimiento de las zonas comunes del campamento; y ninguna de ellas vivía en él, como yo había pensado en un principio, sino que eran de aquí, del pueblo. Tirando un poco por lo alto, calculábamos que ahora tendrían unos sesenta y pico años. Una de ellas, no sabría decir cuál, padecía demencia senil y su hija se encargaba de cuidarla; la otra hacía tiempo que se había ido del pueblo y, por lo que Sahale pudo averiguar, al parecer, vivía en una residencia para ancianos en Kingston, por lo que el siguiente paso era tratar de hablar con alguna de ellas; aunque auguraba que poco se podría sacar de esa conversación. En mi caso, estaba en un punto muerto al no encajarme nadie de la lista del censo en el perfil que buscábamos, y eso, aun teniendo claro que la investigación no iba a ser fácil cuando rogué que me permitieran formar parte de ella, me frustraba bastante. Lo de dar palos de ciego al principio de una investigación era una puta mierda, pero era lo que había hasta dar con algo que arrojara un poco de luz al asunto y nos llevara por el camino correcto.

«Paciencia».

Sí, no me quedaba otra.

El sudor ya me empapaba la camiseta cuando divisé el claro del bosque; no me la quité hasta que no estuve junto a la peña del río, donde la dejé caer de cualquier manera mientras hacía otro tipo de ejercicios: sentadillas, abdominales y unas cuantas flexiones. Con estas últimas estaba cuando noté ese cosquilleo en la base de la nuca, poniéndome el vello de punta y advirtiéndome de que algo o alguien me observaba. Subí y bajé veinte veces más, alzando los ojos con disimulo para escudriñar lo que alcanzaba a ver desde esta posición; árboles, piedras, hierba, algún arbusto, unas zapatillas deportivas fucsia. Tardé un segundo en retroceder la vista. ¿De qué me

sonaban esas zapatillas tan llamativas? ¿A quién demonios se las había visto?

«¡Hostia!».

Sonreí para mis adentros, poniéndome en pie de golpe.

Ojazos verdes estaba plantada en el camino con la vista clavada en mí, embelesada. ¿Le gustaba lo que veía? Porque a mí, sí. Joder, me encantaba, aunque no debiera. Se me fue calentando la sangre con el repaso de esos ojos y curvé los labios hacia arriba cuando llegaron a la altura de los míos.

Enarqué una ceja, desafiante.

—Puedes acercarte, no muerdo —dije.

La voz me había salido demasiado ronca para mi gusto.

Sonreí más al ver que Ruby abría la boca y que no era capaz de pronunciar palabra alguna. Ella, que siempre tenía algo que decir o por lo que protestar, se había quedado muda. ¿Eso era bueno o malo? Giró sobre los talones y corrió en la dirección contraria en cuestión de un segundo.

«No sé yo qué decirte».

Recogí la camiseta del suelo y me la puse, sintiendo aún ese cosquilleo recorrerme parte de la espalda. No debería estar gustándome tanto sentir esto, pero ¿qué podía hacer?

«Nada».

Exacto.

Inspiré hondo, me sequé el sudor de la frente con el bajo de la camiseta e hice unos estiramientos sin poder apartarla del jodido pensamiento.

De regreso al pueblo, ya más relajado, encontré tirado en el suelo el estuche de carga de esos auriculares inalámbricos que se usaban ahora.

«Ruby llevaba puestos unos de esos hace un rato».

Me reí.

Sí que los llevaba, sí.

Y devolverle el estuche a su dueña iba a ser la mar de divertido.

CAPÍTULO 10

Nial

Una vez en casa, me duché, me vestí y me comí un paquete de galletas rellenas de chocolate y vainilla de una sentada, bebí un vaso de leche y fui a cepillarme los dientes antes de salir de casa. De camino al Anny's, saludé a unas pocas personas y me fijé en que la vivienda encima del colmado tenía todas las luces apagadas; fue entonces cuando me toqueteé el bolsillo de la cazadora, dándome cuenta de que había dejado sobre la encimera de la cocina el estuche de carga de los auriculares. Regresé a por él por si sonaba la flauta y me encontraba a su dueña de charla con sus amigas en el bar; no es que fueran a diario, pero quién sabía, igual era mi día de suerte y todo. Le eché un vistazo al par de cámaras de seguridad de la carretera general, frunciendo el ceño, y luego empujé la puerta para entrar en el Anny's.

«Joder, chaval, pues es tu día de suerte».

Sonreí.

Eso parecía, sí, porque Ruby estaba sentada a la mesa de siempre y en compañía de su amiga... ¿Caroline? Creía recordar que se llamaba así, pero no estaba muy seguro que dijéramos. Ambas con las cabezas agachadas, riéndose por algo que observaban con demasiada atención y que iban señalando con el dedo.

«¿Qué será eso tan gracioso?».

No me pasó desapercibido lo tensa que se puso en cuanto me vio; tampoco del tono que tiñó sus mejillas, de un intenso color escarlata. Su amiga cuchicheó algo por lo bajo y ella la mandó callar en murmullos. Como si yo no tuviera ojos en la cara, vamos.

Me acerqué a la barra y saludé a Tucker, que me chocó el puño en cuanto me acodé en esta.

—¿Qué tal, tío? —preguntó poniéndome enfrente una birra y unas almendras.

—Bien, sin novedad en el frente. ¿Y tú?

—Ya ves, haciendo un poco de limpieza en los estantes de las botellas y aprovechando para reponer y eso.

—Qué trabajo más duro, ¿eh? —Me reí.

Entrecerró los ojos, pasando el trapo por encima de la madera, murmurando socarrón:

—¿Me lo dices tú, que te pasas el día haciéndole los recados a la jefa?

Por aquí todo el mundo llamaba así a Arizona Graham. Y no lo entendía, porque, sí, ella era dueña del pueblo, pero, que yo supiera, no de los locales; de la mayoría, al menos.

Me llevé la mano al pecho, dramático.

—Eso ha dolido, tío.

Se encogió de hombros, guiñándome el ojo.

—Ya sabes, donde las dan... ¿Vas a querer algo de la cocina?

Resoplé.

—No sé para qué preguntas si ya sabes la respuesta.

No miré la carta, directamente pedí unas alitas de pollo, unas bolas de queso y jalapeños y unos nachos bañados en salsa ranchera.

—Joder, ¿dónde diablos metes todo eso que comes?

Chasqueé la lengua después de masticar el puñado de almendras que me había llevado a la

boca y solté con guasa:

—Lo quemo todo con los trabajos forzosos que me ordena la jefa, ya sabes.

Se carcajeó desapareciendo en la cocina.

Aproveché el instante para acercarme al gran ventanal; me había quedado un poco rallado con las putas cámaras y quería volver a echar una ojeada a las que alcanzaba a ver desde aquí, que solo eran esas dos.

«¿Por qué huevos no tienen encendida la diminuta lucecita verde?».

—Se fue la luz de madrugada en todo el condado y tardarán un par de horas en volver a estar en funcionamiento.

Me sobresalté al escuchar la voz de Tucker justo detrás de mí.

¿Me había hecho la pregunta en alto? No, no lo había hecho, maldita fuera. Entonces...

Miré por encima del hombro y repuse, negando con la cabeza:

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Ladeó la cabeza, mirándome suspicaz.

—Sí que lo sabes, sí. Te fijas en ellas antes de entrar, al salir y siempre que pasas por la calle.

«Mierda, Nial».

—Ah, ¿te refieres a las cámaras de seguridad de ahí fuera? —Disimulé señalando al frente y quitándole importancia—. Siento curiosidad, eso es todo. Como es un pueblo tan tranquilo y tal...

—Ya, si tú lo dices.

Las chicas se descojonaron al fondo y ambos miramos en esa dirección.

¿Salvado por la campana?

«Por las carcajadas, más bien».

—¿Qué les pasa a esas? —farfullé aún tenso.

Tucker recogió un par de vasos de una de las mesas.

—Están mirando fotografías y recordando viejos tiempos.

—Pues se lo están pasando pipa.

—Sí, eso parece.

Me dio la espalda, rodeó la barra y entró de nuevo en la cocina.

¿A qué mierda venía esa desconfianza? ¿Había hecho algo para merecerla sin ser consciente de ello? Porque fijarme en las cámaras de seguridad del pueblo no era ningún delito, ¿no? Me pasaron fugaces, por la mente, los sucesos acaecidos por aquí hacía unos cuantos años, incluido el secuestro de Ruby delante de mis narices, y, teniendo en cuenta todo eso, sí, podía llegar a entender que se desconfiara de todo el puñetero mundo que llegara a este lugar.

Solté el aire de los pulmones y me encaminé al baño.

«Relájate, todo está bien».

Eso esperaba, porque no me gustaría tener en mi contra y a la defensiva a la única persona que me daba palique y que me caía tan bien.

Me lavé las manos y tiré la toallita de papel al cubo después de secármelas.

La cena me estaba esperando sobre la barra cuando regresé.

—Buen provecho —me deseó.

Lo miré a los ojos y susurré:

—No soy un mal tío, Tucker.

—Ya nos hemos llevado sorpresas muy desagradables por aquí y...

Extendí la mano y apreté su antebrazo, interrumpiéndolo:

—Te lo juro.

Asintió.

—No olvides a qué me dedicaba antes de estar detrás de esta barra, Adam, puedo hacerte mucho daño si me lo propongo.

—Lo sé.

—Perfecto.

—¿Estamos bien? —indagué.

—Claro, tío, ya sabes, las cosas claras...

—Ya, y el chocolate espeso.

Comí en silencio, rumiando para mis adentros lo que acababa de pasar; una advertencia en toda regla de que tenía que andarme con más cuidado para no cagarla y echarlo todo a perder.

«Joder, y esto solo acaba de empezar».

Tragué la última bola de queso y bebí del botellín de cerveza, prestando atención a la conversación que se mantenía unos metros más allá, en la mesa de las chicas.

—¡Madre mía, no lo recordaba así! —decía la rubia.

—¿Así cómo?

—No sé, ¿tan guapo?

—Sí que lo era, ¿verdad? Fíjate en esos labios.

—Anda que no te pegabas a ellos como una lapa.

Un montón de risas.

—Eres una exagerada, solo éramos unos críos.

—Unos críos que os dabais el lote a la mínima oportunidad.

—Igual que tú con el tío aquel que venía a pasar los fines de semana a casa de su abuela, ¿no te fastidia?

—¡Ay, es verdad! ¿Cómo se llamaba? ¿Ricardo? ¿Santiago? Solo recuerdo que era medio mexicano, ¿no?

—Ni idea.

Yo sí que lo recordaba, y eso que no había coincidido mucho con él, pero, sí, su nombre era Ricardo y lo llamábamos Richi.

Enarqué una ceja, inquisitivo.

¿Significaba eso que los labios a los que Ruby se pasaba el tiempo pegada como una lapa eran los míos?

Noté el peso en el estómago. Y no era por toda la comida que me acababa de zampar.

—¿Qué crees que hubiera pasado si a Nial no se lo hubiera tragado la tierra de la noche a la mañana?

Pegué un brinco al escuchar mi nombre, llamando la atención de Tucker.

—¿Estás bien, tío?

—Sí, sí, creo que me estaba quedando dormido. —Enrojecí de vergüenza.

Se le escapó la risa y siguió pendiente de la partida de cartas que se jugaba en una de las mesas.

¡Hostias, sí que hablaban de mí! ¿Y eso por qué? ¿Coincidencia tal vez? ¿También sospechaban algo?

—No sé qué hubiera pasado con nosotros, pero sí puedo asegurarte que lo eché mucho de menos cuando volví a casa después de aquello —respondía Ruby con pesar.

Se me encogió el corazón.

«¡Mierda de vida!».

—Tendrías media docena de críos —aseguró su amiga.

Me atraganté con mi propia saliva, tosiendo como loco.

Los ojos de Tucker me buscaron de nuevo.

—¿Adam?

Le resté importancia con un movimiento de la mano.

—Estoy bien, estoy bien, tú a lo tuyo —farfullé como pude.

—Entonces, ¿solo tienes que escanear la fotografía e introducirla en la aplicación esa de reconocimiento facial? —exclamaba Ruby, bajando la voz.

Se me nubló la vista *ipso facto*. ¿Qué me había perdido? ¿Y qué narices pretendían hacer?

—Sí, pero no te aseguro que vayamos a dar con él ya, ¿vale? Solo es para hacernos una idea, así que no te hagas ilusiones.

Empecé a ponerme nervioso.

¿Dar con quién? ¿Hacerse ilusiones con qué? ¿De qué estaban hablando ahora y por qué me ponía yo más tenso que Robocop en una tienda de imanes?

«Hora de que interrumpas la conversación, Nial. ¡Pero ya!».

Me puse en pie, sacando del bolsillo de la cazadora el estuche de marras; era de lo único que podía tirar para acercarme a ellas y tratar de averiguar a qué se referían con toda esa palabrería a la que le había perdido el puto sentido.

Guardaron silencio en cuanto vieron que me dirigía a su mesa.

Ojazos alzó la cabeza, orgullosa, desafiante.

—¿Podemos ayudarte en algo? —masculló de malos modos.

Sonreí de medio lado, extendiendo la mano hacia ella.

—Creo que esto es tuyo —pronuncié con chulería—. Se te debió de caer en el bosque antes, cuando te pillé mirándome embelesada y echaste a correr.

Y ahí estaba ese bonito rubor otra vez, dejándola en evidencia.

Carraspeó antes de hablar, negando con la cabeza:

—Eso no es... No es... mío.

—Pero sí que es tuyo, Ruby, Paul te regaló esos auriculares cuando...

—¡Caroline! —le gruñó, haciéndome reír.

Fulminó a su amiga con la mirada y esta se echó hacia atrás, tapándose la boca con una mano. Ojeé la mesa entretanto, capturando en la retina lo que había sobre ella. Luego, con parsimonia, y rozándole el lóbulo de la oreja con los labios, susurré:

—Eres una mentirosilla, Ruby Miller. Y me gustas. Mucho.

No sé a quién se le erizó primero el vello de la nuca, si a ella o a mí. Salí del Anny's con el paso lento y el corazón acelerado, dejándola con la boca abierta y, probablemente, cagándose en toda mi puñetera estampa.

Y, por lo que había en aquella mesa y el último retazo de la conversación que interrumpí, todo apuntaba a que pretendían buscar al novio de adolescencia. No el de Caroline, sino el de Ruby.

Buscaban a Nial Irwing.

Me buscaban a mí.

CAPÍTULO 11

Ruby

Un escalofrío me recorría entera cada vez que recordaba de qué manera me había susurrado ese imbécil al oído que era una mentirosa y que le gustaba. ¿Qué era exactamente lo que le gustaba? ¿Que fuera una mentirosa o yo? ¿Y por qué me hacía esa pregunta si ni siquiera me importaba la respuesta?

«¡Ja!».

De «¡ja!» nada, era la verdad. ¿Por qué iba a importarme lo que decía alguien que apenas había visto unas cuantas veces y que siempre me sacaba de mis casillas?

«¿Por lo que sentiste?».

Vale, sí, reconocía que ni Paul había conseguido que se me erizara así la piel con un susurro en los tres años que duró nuestra relación, eso era cierto, pero de ahí a que me importara había un buen trecho.

«Entonces, ¿por qué no puedes dejar de pensar en ello y darle vueltas?».

Ojalá tuviera una respuesta.

«¿Y qué me dices de lo que viste en el claro del bosque?».

Cerré los ojos con fuerza, cansada de no ser capaz de revivir, una y otra vez, ese momento en el bosque; harta de estar perdiendo el tiempo y debatiendo conmigo misma, tirando por tierra mi empeño en hacerme creer lo que no era. Dios, ¿qué narices estaba pasándome? Me cago en la leche, sí que estaba embelesada mirándolo, y se había notado a leguas como para que creyera todo lo contrario.

Pegué un brinco con el primer timbrado del teléfono.

Sonreí al ver que era mi madre.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo en cuanto respondí—. Que tengas un gran día y que cumplas muchísimos más.

—Gracias, mamá. Felicidades a ti también, ya sabes, por los empujones y eso.

Se rio.

—Qué cosas tienes, hija.

—Pero es cierto, ¿no? Si no fuera por tu esfuerzo, yo no estaría aquí.

—Te quiero infinito.

—Yo más.

—Lo dudo mucho. Papá quiere decirte algo también.

Escuché que carraspeaba antes de cantarme, emocionado, el cumpleaños feliz. Siempre le pasaba. Y a mí también. Suponía que los dos pensábamos lo mismo y que, a pesar de que quise a Steve con locura, lamentábamos no habernos conocido como padre e hija los primeros años de mi vida. No culpábamos a mamá, sus razones había tenido, y lo hecho, hecho estaba.

—Gracias, papá —susurré—, cada año te superas.

—¿Verdad que sí?

No pude contener una de las lágrimas y me la limpié con el dorso de la mano.

—Te quiero un mundo.

—Yo sí que te quiero un mundo, princesa. Nunca lo olvides. Nos vemos esta noche en la fiesta. ¡No faltes!

Me reí con ganas.

—Allí estaré.

Hablé con mamá un poco más y luego aparté de una patada las mantas de la cama; ya iba siendo hora de ponerse las pilas y todo eso que hacíamos las personas adultas para ganarse el pan.

Suspiré frente al espejo.

«Veintiocho primaveras, Ruby Miller».

Qué rápido pasaba el tiempo, ¿eh?

Las siguientes en llamar fueron Lizzy y Caroline; las dos se mostraron emocionadas y con muchas ganas de celebrarlo esta noche; miedo me daban estas dos. Paul también llamó, pero a él no se lo cogí ni leí ninguno de sus mensajes; no me interesaban. A ver si captaba de una maldita vez que lo que tenía que hacer era dejarme en paz y seguir con su patética vida, algo que parecía estar costándole mucho comprender.

Saqué las llaves del bolsillo y abrí el colmado; los sábados, aunque no lo pareciera, siempre había bastante trabajo por hacer.

Cooper entró detrás de mí, canturreando:

—Feliz cumpleaños, jefa.

Tenía veinte años y era el nieto de Jo y Alice; él, junto a sus padres y su hermano Brady, se habían instalado en la granja de los primeros cuando Alice había fallecido. ¿O era porque se había ido a pique la empresa de su padre? No tenía muy claro si esto último había sido solo un rumor o no, la verdad.

—Mi madre ha horneado estas magdalenas para ti —anunció dejándolas sobre el mostrador.

—Oh, qué detalle, Coop, luego la llamaré y le daré las gracias.

Débora, su madre, era un encanto de mujer y muy querida en el pueblo; en cuanto a su padre..., bueno, al mío le parecía un gilipollas, así que...

La mañana pasó volando y, afortunadamente, sin que perdiera el tiempo pensando en quien no debía. Después de comer, me eché una buena siesta, luego me di un baño y me arreglé para asistir a la superfiesta que mis amigas me tenían preparada.

Llegué al Anny's muy nerviosa, y eso que conocía a todo el mundo que iba a estar allí dentro. La decoración era preciosa; todo estaba lleno de globos plateados y rosas, serpentinas de múltiples colores, música de fondo y había comida por todas partes. Sí, en Mountain Brooks éramos un poco exagerados para todo y lo más nimio lo celebrábamos a lo grande. Fue imposible no emocionarse y lloriquear cuando todos gritaron a la vez:

—¡Felicidades, Ruby Miller!

Tampoco cuando abrí el regalo de las chicas; un tratamiento completo en cualquier *spa* que hubiera en no sabía cuántos kilómetros a la redonda; ¡con lo que a mí me gustaban esas cosas...!

Abrazos, besos, carantoñas... Esta era mi gente, mi familia; no todos de sangre, pero familia, al fin y al cabo. Siempre habían estado ahí para mí y siempre lo estarían. Decir que estaba agradecida era quedarse corta.

Me hormigueó la piel cuando una mano, fuerte y cálida, buscó la mía para estrecharla.

¿Qué demonios hacía este imbécil en mi fiesta? ¿Y por qué mi cuerpo seguía reaccionando así a cualquier contacto con el suyo?

Caroline y Lizzy me evitaron la mirada.

—¿Puedo darle yo también un beso a la cumpleañera?

Adam Ruzek torció los labios con una sonrisa socarrona.

Se me cortó la respiración; aun así, fui capaz de pronunciar:

—Ni se te ocurra. Si valoras algo lo que te cuelga entre las piernas, claro.
Dejé caer la mano, soltándole y devolviéndole la sonrisa.

—Que te diviertas, capullo.

Y me separé, yendo en busca de mis amigas y dejándolo con la palabra en la boca.

¿O debería decir traidoras?

Las arrinconé en el extremo más apartado del bar, cerca de la puerta de los baños.

—Lo sentimos —balbuceó Lizzy.

Caroline puso los ojos en blanco, cruzándose de brazos.

—Habla por ti.

Apreté los labios, fulminándola con los ojos.

—¿Qué? —mascullé.

—Que yo no lo siento, ¿vale? Ese tío te gusta, Ruby.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto chiflada?

Enarcó una ceja.

—¿Olvidas que fui testigo de lo que pasó el otro día aquí mismo?

Me tragué un exabrupto.

—¿Qué pasó el otro día? —preguntó Lizzy con muchísimo interés.

La arpía de Caroline no tardó ni un minuto en ponerla al corriente.

—¿Y por qué no me lo habías contado? —exclamó, flipando.

—¡Porque no tiene importancia!

—¿Que no qué? —chillaron a la vez.

Resoplé, perdiendo la paciencia.

—¿Podemos dejar el temita de las narices y celebrar mi cumpleaños?

—Pero ¿Ruby? —inquirió Lizzy.

—Ya sabes que es una cabezota. No sé ni para qué insistes.

—Traidoras de pacotilla —refunfuñé.

Las abracé, claro, eran mis amigas y las quería. ¿Qué iba a hacer? ¿Matarlas y quedarme sin ellas? Quizá más tarde, ya vería; de momento, iba a olvidarme de su traición y a divertirme como una enana.

Y eso hice. O hicimos, más bien.

Comimos y bebimos hasta hartarnos; también bailamos un montón e, incluso, cantamos unas cuantas canciones en el karaoke de Tucker. No fuimos las únicas que nos animamos a hacerlo; mi padre, mi madre, la abuela, Anne, Arizona y hasta el respetado doctor Walls dejaron escuchar sus voces a pleno pulmón. Nos reímos lo que quisimos y más. Estaba siendo la fiesta de cumpleaños más divertida de mi vida.

Luego estaban los cruces de mirada con el imbécil ese que, para mi desgracia, cada vez eran más seguidos; como si temiéramos perdernos de vista o algo así. Quién lo entendiera que me lo explicase, porque yo ya estaba harta de intentarlo y no conseguir nada con ello.

Lizzy me chasqueó los dedos delante de la cara.

—Para no gustarte, parece estar muy pendiente de él, ¿no?

Giré la cabeza, mirándola.

—Anda, petarda, ¿qué dices? ¿Ya se te ha subido la bebida a la cabeza o qué?

Inspiró hondo y sonrió.

—Que nos conocemos, Ruby.

Vale, sí, el tío me ponía, jolines. ¿A quién no? Solo había que verlo; todo lo tenía perfecto. Hasta el puñetero sonido de su voz daba gusto. ¿Y esa sonrisa? Caray, era una pasada. El culazo

íbamos a dejarlo para otro día, no fuera a ser que subiera la temperatura más de la cuenta y me pusiera enferma.

Chasqueé la lengua.

Lástima que fuera tan idiota.

—Déjala —musitó Caroline—, a la pobre le cuesta reconocer lo que para nosotras es tan evidente.

Ambas bebieron de los cócteles especiales que Tucker nos había preparado. Los llamábamos «bomba» porque eran explosivos. Y, no, no era por el alcohol que llevaban, que también, sino por el sabor dulce y picante que te dejaban en el paladar.

—A él tampoco le eres indiferente, que lo sepas.

—¿Tú crees? —pregunté con demasiado énfasis.

Entrechocaron las copas.

—¿Ves lo que te decía, Liz?

—Lo veo.

Me fui al baño y ahí las dejé, a las muy asquerosas, partiéndose de risa y divirtiéndose a mi costa.

—Ten amigas para esto —mascullé, cerrando la puerta detrás de mí.

Pero, sí, estaban en lo cierto. Las dos. Adam Ruzek empezaba a gustarme. Bastante.

«Asusta, ¿eh?».

A eso de medianoche, cuando los más mayores ya se habían ido y solo quedábamos unos pocos, a Caroline se le ocurrió jugar una partida al billar, como hacíamos antaño.

—¿Os apuntáis? —les preguntó a Tucker y al imbécil.

El primero se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Qué dices tú, Adam? ¿Les damos una paliza?

Este me miró a mí.

—¿Seguro?

¿Quería mi consentimiento para jugar?

Tragué saliva y asentí.

—Adelante. A ver quién le da la paliza a quién.

Tenía que haberme negado.

¿Cómo era posible que una simple partida al billar se convirtiera en algo tan excitante y sexi? ¡Por Dios, cómo le quedaban de bien esos pantalones! Los roces casuales, al igual que las miraditas de antes, fueron aumentando de nivel a un ritmo impresionante. La picardía en esos ojos al rozarme con la cadera para que me apartara; la burla en la sonrisa cuando el puto rubor me cubría la cara; la forma en la que frotaba la tiza en el taco, mordiéndose el labio inferior... ¿Era muy erótico todo o solo me lo parecía a mí?

«¡Madre mía, qué sudores!».

Tenía la garganta seca, y eso que acababa de darle un trago a la copa.

De repente...

—¿Ruby?

«¡Zas!».

El rollo se me cortó de golpe, sin creermelo que estuviera escuchando esa voz.

Me giré despacio.

¡Puto Paul!

CAPÍTULO 12

Nial

Como una moto, a todo gas, me estaba poniendo con la dichosa partida al billar. Cardíaco perdido. La sangre no me fluía por las venas a un ritmo normal; las galopaba. No debí aceptar jugar a esto, y tampoco empezar con la tontería de las miraditas y los roces; pero ¿quién podía evitarlo teniendo esos ojazos verdes desafiándome? La mente me aconsejaba que no fuera más allá, que no me pasara e, incluso, que guardara las distancias, sí; sin embargo, el cuerpo y esta atracción que se había despertado en mí podían más que toda la jodida cordura; esta se hacía humo cada vez que la tenía cerca.

«Eres un poco masoquista».

¿Solo un poco?

Cogí la tiza sin apartar la vista del taco, frotándola con mucha parsimonia, mordiéndome el labio inferior y pensando en lo mucho que me apetecía comerle la boca a esta mujer. De pronto, alguien pronunció su nombre, haciendo que todos guardaran silencio y miraran a la puerta.

La tensión se notó en el ambiente al instante, llenando la estancia.

Alcé los ojos y los entrecerré.

¿Quién cojones era este tío que se atrevía a mirarla con ojos de cordero degollado?

Apoyé la cadera en la mesa de billar y, con mucho interés, esperé a ver qué ocurría a continuación. No me pasó desapercibida la manera en la que Ruby cuadró los hombros, irguiéndose. ¿A la defensiva tal vez?

—¿Qué haces aquí, Paul? —masculló con acidez.

«Eso, Paul, explícanos qué coño haces aquí».

El tipo era alto, no más que yo; guapo, un poco fornido y con aspecto intelectual. No había que ser un lumbrera para darse cuenta de que estaba nervioso; y podía ser que un poco pálido también.

«No te llega ni a la suela del zapato, tío».

Sonreí para mis adentros.

Por supuesto que no.

—Te... te... he llamado, escrito y dejado un montón de mensajes en el contestador, Ruby —tartamudeó el pobre diablo.

«De pobre diablo nada, fíjate bien en él».

Y lo hice.

No como un hombre al que acabaran de fastidiarle el plan, sino como poli.

Enseguida lo vi.

En esa mirada no había nada de calidez, su porte no era humilde y, aunque su voz sonó temblorosa en un principio, tuve la sensación de que estaba fingiéndola así para causar pena o algo por el estilo.

Caroline dio dos pasos al frente, igual que Lizzy. Una a cada lado de su amiga.

—¿Y no te dice nada que no se haya molestado en responderte, Paul? —inquirió con inquina la primera.

—Nadie te ha dado vela en este entierro, así que cierra el pico y no te metas, ¿vale?

¿Qué mierda estaba pasando con este?

Ruby miró a su amiga e hizo un gesto con la cabeza que apenas se notó.

—Por favor, nena, hablemos, ¿sí? —rogó el gilipollas.

Ese «nena» me supo a bilis rancia.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, Paul. Está todo dicho. Márchate.

—No es cierto, nada está dicho. ¡Maldita sea, no dejaste que me explicara! —se sulfuró.

Ruby sonrió con desdén y soltó con cierta ironía:

—Te estabas follando a otra en la misma cama en la que yo dormía cuando me quedaba en la ciudad contigo, Paul, y lo vi con mis propios ojos. ¿No crees que sobran las explicaciones?

«¡Hostia puta!».

¿Este caraculo salía con ella y le puso los cuernos? Uf, el puñetazo en la boca iba a ser de lo más placentero.

Dejé el taco de billar sobre la mesa y me adelanté.

—Solo quiero que hablemos, Ruby.

—Y yo acabo de decirte que no.

El muy mamón se atrevió a extender el brazo para tocarla; craso error. No tardé ni una milésima de segundo en devolverlo a su sitio de un empujón.

Apreté los dientes.

—¿Qué parte de ese «no» no entiendes, colega?

—Adam.

Dios, que pronunciara mi nombre por primera vez en estas circunstancias me repateaba el hígado; aun así, joder, qué bien sonaba.

—¿Y tú quién coño eres? —Se envalentonó su ex.

Porque era su ex, ¿verdad?

«Obvio».

—Soy el que va a sacarte los dientes como vuelvas a intentar tocarla —amenacé como si nada.

—Y yo el que te partirá las piernas si no sales ahora mismo por esa puerta, capullo —me secundó Tucker—. No eres bienvenido en Mountain Brooks. Ya no.

Me fulminó con la mirada y luego la desvió hacia ella.

—¿Ahora tienes guardaespaldas, Ruby?

—No tiene guardaespaldas, tiene amigos. Amigos capaces de todo si no la dejas en paz —replicó Lizzy—. Y por si eso no fuera suficiente para que captes el mensaje, no olvides que mi padre es el *sheriff*.

—Esto no va a quedarse así —se atrevió a decir el fante de los cojones.

No lo pensé dos veces y, sin que se lo esperara, le apoyé la mano en uno de los hombros, presionando con fuerza.

—Ya lo creo que va a quedarse así, machote, de lo contrario, ya sabes lo que pasará. ¿Verdad que lo sabe, Tuck?

—Por supuesto que sí, Adam, yo he sido claro, ¿tú no?

—Diría que cristalino.

Apartó la mirada, encogiéndose de dolor y, en cuanto lo solté, me atrevería a jurar que estuvo a punto de traspasar la puerta sin abrirla siquiera.

Tucker asintió en mi dirección.

Inspiré hondo y exhalé, buscando los ojazos verdes de Ruby.

—¿Estás bien? —exclamé.

Movió la cabeza de modo afirmativo.

—Gracias. A los cuatro.

Sus amigas la abrazaron.

No fue necesario anunciar que la fiesta había terminado. Además, ya no quedaba nadie aparte de nosotros y unos chavales, así que...

—Me voy a casa —musitó Ruby.

—Espéranos —pidió Lizzy—, recogemos y nos vamos contigo.

No hubo respuesta por su parte. Buscó sus cosas y se marchó, dejándonos aquí plantados, mirándonos los unos a los otros.

—¿Crees que Paul se atrevería a estar esperándola en la puerta de casa? —le susurró Caroline a su amiga.

Salí disparado del Anny's sin perder un solo segundo.

Más le valía a ese payaso haberse largado del pueblo, porque, si no..., le iba a faltar bosque para esconderse.

«Y a ti te sobraría tiempo para encontrarlo».

Ni lo dudaba.

Ruby

¡Maldito Paul y maldita toda su estampa! Con lo bien que me lo estaba pasando y tuvo que venir a fastidiarme la fiesta. A mí y a todos, claro. Le odiaba, sí. Y también tenía ganas de darle tortazos hasta dejarlo sin sentido. Hacerlo pedacitos y que se lo comieran las ratas tampoco era una mala opción; de hecho, era la mejor idea que se me había ocurrido en mucho tiempo.

«¡Cabrón!».

Si solo fuera eso... ¡Aj, qué asco le tenía!

Me asusté en cuanto escuché los pasos detrás de mí.

«Ay, mierda, que no sea él, por favor».

No tenía fuerzas para enfrentarme a ese patán.

No lo era.

Frené en seco, llevando las manos a las caderas.

—No necesito que me acompañes a casa —solté más borde de lo que pretendía.

El imbécil se encogió de hombros.

—Y no lo hago, solo camino en la misma dirección.

—Ya, como si yo fuera tonta.

—¿Lo eres?

—¿Y tú?

Sonrió, dándome vidilla.

—A veces, pero no muchas —respondió.

—Reconocerlo te honra.

Chasqueó la lengua.

—No te creas.

—Te lo digo yo, que soy muy lista.

Se carcajeó.

—No lo había notado.

—Ya, es que no presumo mucho de ello.

De lo único que presumía últimamente era de tener los cuernos más largos que los de un

venado. Así de jodidas tenía las cervicales. El fisioterapeuta iba a frotarse las manos cuando me las pusiera encima.

¡Puto Paul!

Se me estaba yendo un poco la pinza porque era preferible eso a dejar que me afectara la mirada de Adam; aunque, en vista del cosquilleo en la nuca, pudiera ser que ya fuera tarde para evitarlo.

Pasaron unos cuantos segundos antes de que uno de los dos rompiera el silencio.

Fue él.

—¿Seguro que estás bien?

Negué con la cabeza.

—Lo estaba, pero después de lo que acaba de pasar ahí dentro... —Señalé con el dedo a su espalda, hacia el Anny's.

—Lo siento.

—No es tu culpa.

—Me gustaría poder haberlo evitado.

—Imposible, Paul y el don de la oportunidad van de la mano, ¿sabes? Es un gilipollas.

—Eso pensé en cuanto lo vi. Y lo confirmé según fueron pasando los minutos.

Me reí.

—Sí, bueno, a mí me costó trabajo darme por enterada.

Comenzamos a caminar. Pasos lentos. Uno al lado del otro. Hombro con hombro y casi mano con mano.

¡Ay, Dios, qué sensación tan inexplicable!

Carraspeó.

—¿Estuvisteis juntos mucho tiempo? —Quiso saber.

—Tres años. —Silbó—. ¿Demasiado? —inquirí.

—No, si hubiera merecido la pena —murmuró.

Suspiré.

—Tardé en darme cuenta de que no la merecía. Ya lo escuchaste, lo pillé en la cama con otra tía. Y, hasta donde yo sé, hay un par más.

—Ahí fue cuando confirmé que era un gilipollas.

—¿Sí?

Me clavó la mirada sin perder el paso.

Se me aceleró el pulso.

—Hay que serlo para poner los ojos en otra mujer teniéndote a ti.

Frené en seco, tragando saliva.

«¡La leche, qué seca tenía la garganta!».

—¿Qué? —balbuceé sin ser consciente de ello.

¿Se me estaba haciendo papilla el cerebro por el peso de la cornamenta? ¿Por qué le brillaban tanto los ojos? ¿Y por qué parecía que el corazón se me había pasado de revoluciones?

—Que conste que no lo digo por hacerte sentir bien. Lo digo porque es la verdad. —No me aparté cuando vi su intención de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja—. Mírate..., eres preciosa y tienes los ojos más increíbles que he visto en mi vida.

¡Caray! ¿Lo decía en serio? Porque estaba a un tris de creérmelo, vaya. ¿Quería yo que lo dijera en serio? Uf, ni confirmaba ni desmentía.

—Ya hemos... —Me aclaré la garganta—. Ya hemos llegado.

—Lo sé —susurró.

—¿Quieres...? —No fui capaz de terminar la frase.

Él lo pilló de todos modos.

—Es mejor que me vaya a casa.

¿Eso era lo mejor? Sí, por supuesto que sí.

—Vale.

Hice el amago de pasar a su lado, nerviosa y con tembleque de rodillas; no obstante, me detuvo con delicadeza, enredando los dedos alrededor de la muñeca.

Me perdí en la intensidad de esos ojos rasgados y oscuros al instante y sin remedio.

—¿Puedo darle ahora el beso a la cumpleañera?

No me dejó darle una respuesta.

El beso fue lento, sensual y húmedo.

Terminó más rápido de lo que me gustaría.

Y pasé toda la noche en vela por su culpa.

CAPÍTULO 13

Ruby

Estuve parte de la mañana del domingo en Babia, perdida en las sensaciones que me había provocado ese beso, que apenas duró unos segundos; ¡pero qué segundos, Dios mío! No sabía explicar de dónde narices salió toda esa electricidad que me recorrió la espina dorsal. Fue como si una descarga eléctrica, de un voltaje altísimo, me despertara, espabilara o yo qué sé; lo cierto era que nunca me había pasado nada igual. Los besos de Paul me gustaron en su momento, por supuesto; sin embargo, con Adam, uf, había sido algo como de otro mundo. Y, no, aunque lo pareciera, no estaba siendo una exagerada.

Me recliné en la silla y suspiré.

Tres horas sentada delante del ordenador para nada. Enviar un par de correos electrónicos con los trabajos terminados fue lo único para lo que me dio la mente; eso y pensar en el imbécil. Una pérdida de tiempo en toda regla.

«Sí, claro, una pérdida de tiempo. ¡Ja!».

Enfurrugada conmigo misma, cogí el teléfono de encima de la mesa y busqué el contacto de Paul con rabia, bloqueándolo de mi vida y de la lista de contactos para siempre. La reacción a la aparición sorpresa en mi fiesta de cumpleaños, después de que Adam me acompañara a casa, fue inexistente; hasta eso había eclipsado el puñetero beso. Ya ni siquiera estaba cabreada con ese infiel; solo hastiada de que insistiera en hacerme creer que lo que había visto no era lo que parecía. ¡Venga ya, hombre, que se comprara una vida, se perdiera en ella y me dejara en paz de una maldita vez!

Suspiré, mirando el reloj.

Solo eran las diez de la mañana y el día ya se me estaba haciendo eterno. ¡Qué asco!

Lo preparé todo para darme una ducha, a ver si así espabilaba algo, de lo contrario, a saber qué sería de mí. Abrí el grifo del agua caliente y, cuando estaba desnudándome, me llegó un mensaje de Lizzy.

Petarda1: «¿Duermes?».

Yo: «No, noche en vela».

Petarda1: «Me lo imaginaba. ¿Quieres hablar?».

Yo: «No fue por lo que tú crees. Luego os cuento a las dos. Ducha».

Petarda1: «Vale, ya has conseguido intrigarme. Esta tarde en el Anny's».

Yo: «Sí, allí nos vemos».

Dejé el teléfono en el lavabo y terminé de quitarme la ropa.

La ducha me sentó de maravilla; me relajó tanto que me quedé dormida en el sofá y llegué tarde a comer a casa de la abuela. Me llevé una buena regañina. Menos mal que tuve la disculpa de haberme acostado muy tarde por la celebración del cumple, que, si no, hubiera sido peor. La abuela Annabel no se llevaba nada bien con la impuntualidad; yo tampoco, pero ¿qué podía hacer si me había quedado frita? No iba a contarles que pasé la noche en vela por un beso de nada, ¿no?

«¿Ahora es un beso de nada?».

Me senté a la mesa y papá me escudriñó con demasiada atención.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? Solo he llegado veinte minutos tarde, papá, no es para tanto.

—¿No tienes nada que contarme?

Contuve la respiración.

«Vaya por Dios. ¿A que te vieron morreándote anoche con el imbécil y ya le fueron con el cuento?».

¡Mierda, seguro que sí, que era eso!

Mamá me llenó el plato de cordero y salteado de verduras mientras la abuela me echaba agua en el vaso.

—Gracias —balbucí.

—¿Ruby? —insistió papá.

Bebí del vaso con avidez.

—Si te digo la verdad, no, no pasó nada que...

—Entonces, ¿Paul no se presentó ayer en el Anny's?

¡Ah, que era por eso...!

Respiré con alivio, relajándome por fin en la silla.

¿Quién demonios le había ido con el cuento? Hice un repaso rápido de las personas que estábamos allí cuando él llegó y, aparte de nosotros cinco, que recordara, solo estaban los nietos de Jo, Brady y Cooper, con unos amigos.

«Seguro que lo vio alguien más desde alguna ventana».

Sí, probablemente.

—¿Quién te lo dijo? —indagué llevándome el tenedor a la boca.

—Eso no importa. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Hizo algo que te molestara?

Negué con la cabeza, masticando.

—Solo quería hablar, ya sabes, convencerme de que no vi lo que vi y todo eso.

—¿Y qué hiciste tú, cariño?

—Nada, mamá, pedirle que se marchara y me dejara en paz.

—Bien hecho, tesoro.

Le sonreí a la abuela.

—¿Te faltó al respeto o algo?

—No, papá.

—¿Seguro?

Suspiré, rezando para que nadie le contara lo del empujón, las amenazas y todo eso. Una oración en balde, lo sabía, no obstante, no perdía nada por intentarlo.

—Seguro —afirmé.

Fin del tema.

Recogí la mesa cuando terminamos, puse el lavavajillas e hice tiempo para dejarlo todo colocado y que la abuela no tuviera nada que hacer, salvo relajarse y ver una de sus telenovelas.

Vi el mensaje de Caroline cuando me subí al coche de papá.

Petarda2: «Así que noche en vela, ¿eh? ¿Tan bueno es Adam? Ya me lo imaginaba. Solo hay que verlo...».

Se me escapó la risa y mamá me miró por encima del hombro.

—Tonterías de Caroline —dije.

—¿Has quedado con ellas?

—Sí, ahora.

—Bien.

Pasar las tardes del domingo en el Anny's era sagrado; sobre todo cuando había partido; y hoy empezaba la temporada de la NFL y no podíamos perdérselo ni de coña. Televisaban el encuentro entre los Tennessee Titans y los Dolphins, y allí estábamos todos para verlo. No faltaba nadie.

Saludé a todo el mundo y me dirigí a la mesa en la que ya me esperaban las chicas. Se les notaba la impaciencia a leguas.

—No has respondido a mi mensaje —me echó en cara Caroline.

—Lo leí hace un segundo y ya venía hacia aquí.

—¿Y bien? —apremió.

—Sí, eso, cuéntanos —secundó Liz.

—¿Una cerveza, Ruby? —preguntó Tucker desde la barra.

—Sí, gracias —le respondí, aumentando la expectación.

Iban a flipar cuando lo supieran.

Las conocía tan bien...

Me quité la chaqueta, colgué el bolso del respaldo de la silla y me puse cómoda, esperando a que Tucker me trajera la consumición. Una vez la tuve, le di un sorbo pequeño al botellín.

—¡Por Dios, Ruby! ¿Quieres soltarlo de una vez? —exclamó Carol perdiendo la paciencia.

Inhalé y exhalé, soltando de golpe:

—Me besó.

Caroline abrió la boca y Lizzy frunció el ceño.

—¿Quién? ¿Paul? —preguntó.

—No, tonta, Adam. Él la besó —masculló dándole un codazo en toda regla Carol.

—¡Au! ¿En serio?

Asentí.

—Ahora ya sé lo que es que te den un beso electrizante.

Ambas se pusieron a chillar, llamando la atención de todo el mundo.

«Esto no te lo esperabas, ¿eh?».

¡Por supuesto que no! ¿Se habían vuelto locas o qué leches les pasaba?

—¿Todo bien por ahí, chicas? —se interesó el *sheriff*.

Lizzy levantó los pulgares.

—Todo genial, papá.

—Más detalles, por favor —imploró Caroline.

Y se los di, claro.

Con pelos y señales.

Nial

Bajé el volumen del televisor en cuanto me sonó el teléfono y vi en la pantalla de este el nombre del sargento Beghe.

—Irwing —pronunció—, ¿cómo van las cosas por ahí? ¿Alguna novedad?

Cada domingo, desde que me había instalado en el pueblo, y casi a la misma hora, teníamos esta conversación. En esta ocasión, tampoco es que hubiera mucho que contar, pero así eran las investigaciones; por nimio que fuera un dato, se dejaba registrado. Nunca se sabía si era el que al final resolviera el caso; no era la primera vez que eso pasaba.

—Sahale, el ayudante del *sheriff*...

—Sé quién es, Irwing, ve al grano.

—Sí, señor.

Y eso hice.

—Florence Mills, sesenta y cuatro años y con demencia senil, vive en una residencia de ancianos en Kingston. Sahale ha estado allí y no le han dejado verla. Necesita el permiso de un familiar y está costando un poco localizar alguno. Al parecer, no estaba casada y poco se sabe de ella.

—¿Algo más?

—Sí, señor. Helena Towers, misma edad que Florence, vive aquí en el pueblo, pero ha estado delicada de salud en el hospital y Sahale no podrá hablar con ella hasta que le den el alta. Su hija, que es la persona responsable, no ha puesto ningún impedimento a la visita, salvo esperar a que esté recuperada y en casa.

—Bien. Un informante le ha dicho a uno de nuestros detectives que una nueva droga de diseño está de moda. Nada que ver con la ketamina y mucho más potente que el fentanilo. Estamos en ello.

—Vale. Cualquier cosa..., ya sabe.

—Sí.

No hubo más que decir y colgó.

Así era mi jefe, más cortante que una navaja de afeitar recién afilada, pero muy bueno en su trabajo, que era lo que importaba; también era buen tipo y siempre se podía contar con él, fuera lo que fuese lo que uno necesitara.

Me froté la cara, cansado.

La noche había sido demasiado larga.

¡Puto beso! ¿Quién huevos me mandaría dejarme llevar? ¿Tan difícil me resultaba estar cerca de ella y contenerme?

«Obvio que sí».

Gruñí por lo bajo, buscando entre los papeles uno de los informes que solicité unos días atrás y leí otra vez:

«Caroline Mills, veintisiete años, soltera y sin hijos. Analista corporativa. Estudió en la Universidad Estatal de Tennessee. Trabaja en una gestoría en Kingston. Blablablá. Blablablá. Blablablá. Sin antecedentes penales. Hija de Jason y Priscila Mills. No tiene hermanos. Sus abuelos...».

Sí, solicité este informe para asegurarme de que esta mujer, que tenía pensado buscarme, no fuera una delincuente en potencia o algo así. Más valía prevenir que lamentar. No iban a encontrar a Nial Irwing en ninguna red social ni en foros ni en suscripciones en línea. Nada. No era gilipollas y nunca usaba mi verdadero nombre para conectarme a Internet; además, todas las conexiones estaban encriptadas; no obstante, sí que tenía la mosca detrás de la oreja con el tema de la aplicación de reconocimiento facial. ¿Sería tan buena como para que las hiciera pensar que yo podía ser el Nial adolescente? Lo dudaba mucho, pero no estaba de más ser precavido, ¿verdad?

Volví a poner el informe en su sitio y me estiré.

«¿Una cerveza?».

Joder, me vendría de perlas con un bocata.

El Anny's estaba a reventar. Todos pendientes de la televisión, del partido que se estaba retransmitiendo. No era seguidor de ningún equipo de fútbol, no me gustaba.

Por fin vi a una pelirroja al fondo, con el mamón ese de Sahale; su mujer, fijo. Sonreí y dije un hola general, acodándome en la barra.

Me hormiguearon los labios en cuanto la vi sentada en la mesa de siempre con sus amigas; justo como si estuviera besándola otra vez. ¿Eso era posible?

¿Tucker me estaba fulminando con la mirada o eran imaginaciones mías?

—¿Puedes venir ahí detrás un momento? —inquirió de malos modos en cuanto se cruzaron nuestras miradas.

«¿Y ahora qué coño le pasa a este?».

No tardé en averiguarlo.

CAPÍTULO 14

Nial

Fue cruzar la puerta que daba a los baños, al almacén y a una especie de oficina, y mi cara quedó empotrada en la pared en cuestión de un segundo con el antebrazo de Tucker presionando en la base de la nuca para que no pudiera despegarla de ahí.

Protesté, forcejeando para soltarme. No lo conseguí. Y tampoco quería montar un escándalo, así que...

—¿Qué cojones te pasa, tío? —mascullé entre dientes y como pude.

—Eso me vas a explicar tú a mí, campeón.

—¿De qué demonios hablas?

—Ayer, disparado como una flecha, saliste de aquí para acompañar a Ruby a casa. ¿Qué fue lo que pasó entonces?

—¿Qué? —Conseguí mirarlo por encima del hombro.

El muy capullo no bajaba la presión y empezaba a dolerme la zona.

—¿Acaso estás sordo? ¿Quiero saber qué pasó?

—¡Nada, joder! ¡No pasó nada!

—¡No mientas!

Resoplé y me removí, pillándolo por sorpresa y pudiendo quedar así cara a cara.

Apreté la mandíbula y los puños. No entraba en los planes de domingo enzarzarme en una pelea con el único amigo que creía haber hecho en Mountain Brooks, pero si tenía que darle un puñetazo o dos, no lo dudaría ni un ápice.

—Maldita sea, Tucker, te juro por Dios que no sé de qué me hablas.

Entrecerró los ojos, observándome por debajo de las pestañas.

—¿No la besaste?

«Mierda, ¿cómo lo sabe?».

La calle estaba desierta; solo ella y yo.

«Pobre iluso...».

—¿La besaste, sí o no, Adam?

Me desinflé como un globo que acabara de encontrarse con la punta de un alfiler, asintiendo.

Me dio un golpe en el pecho, pero no con fuerza.

—Me cago en toda tu estampa, Adam, ¿a ti qué coño te pasa? ¿La besaste cuando estaba en un momento vulnerable?

Resoplé, sabiendo de sobra que no le debía ninguna explicación; lo que yo hiciera o dejara de hacer no era asunto suyo, para nada; sin embargo, entendía ese afán de protección, Ruby era su amiga y, teniendo en cuenta lo que había pasado hacía unos años, pues...

—La besé porque me gusta y no pude evitarlo, ¿vale?

—¿Te gusta?

—Acabo de decírtelo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Desde que era un mierdecilla, pero, evidentemente, eso él no podía saberlo; al menos no de momento.

Inspiré hondo y exhalé.

—Desde el primer día que la vi en casa del *sheriff*. Fue ella la que me abrió la puerta y...

De repente, caí en la cuenta de que era probable que Tucker también sintiera algo por ella por la forma en que la trataba y eso, de ahí lo exagerado de su reacción, ¿o no?

Esta vez fui yo el que entrecerró los ojos.

—¿Que me guste y la haya besado te supone un problema, Tuck? —indagué.

Reculó hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe.

El estómago se me encogió temiendo su respuesta.

—¿Qué estás insinuando, capullo? ¿Que siento algo por Ruby Miller?

—Te lo estoy preguntando, no insinuando, tío.

—¿Te has vuelto loco? ¡Por supuesto que no! Ruby ya lo ha pasado bastante mal en esta vida, ¿vale? Te mataré si le haces daño.

—¿Por qué crees que voy a hacerle daño?

—Porque me lo dice mi instinto. Y te puedo prometer que este pocas veces falla.

—¿Y qué pasa si esta es una de esas veces?

Alguien lo llamó fuera.

—Tú date por advertido —farfulló antes de salir por la puerta.

Solté el aire que, al parecer, contenía en los pulmones desde hacía unos cuantos segundos, y entré en el aseo para caballeros, abrí el grifo y me eché agua en la cara.

«Menuda mierda, ¿eh?».

Sí, una muy grande.

Cuando me tranquilicé, poco tiempo después, volví a la barra, donde Tucker me había dejado una cerveza. No la bebí, ya no me apetecía. Deposité un billete a su lado y me marché. Lo hice siendo consciente, en todo momento, de la mirada de ojazos verdes y sus amigas. ¿Se habían percatado de lo ocurrido allí dentro? Me daba igual.

«A tomar por saco».

Una vez en la calle, en lugar de ir a casa y encerrarme en una habitación a trabajar, seguí el camino que llevaba a la que se había convertido en mi zona favorita del pueblo; el claro del bosque, junto al río. Me senté en la peña y busqué el teléfono en el bolsillo para llamar a mi madre. Hablé con ella unos cuantos minutos, dejando que me contara su semana y los nuevos cotilleos del barrio; no había nada como escuchar la voz de una madre para que todo el mal rollo se esfumara. Aunque la mayoría de las veces me sacaba de mis casillas, la echaba de menos. Muchísimo. Y la quería con locura. Yo también le relaté mi semana; no al pie de la letra, pero sí unas pinceladas; las suficientes para que se quedara tranquila y no ponerla en peligro.

—¿Qué pasa, hijo? Te noto triste.

—Estoy bien, mamá. Un poco cansado, eso es todo.

—¿Te estás alimentando bien?

Sonreí.

—Sabes que eso es lo único que hago en condiciones.

Me despedí de ella poco después, paseando la vista por el horizonte sin fijarme en nada en concreto; no obstante, algo me llamó la atención.

«¿Qué hace esa furgoneta en el culo de la montaña?».

Eso me gustaría saber a mí.

El sonido de una rama al ser pisada detrás de mí me puso alerta, pero no miré en ninguna

dirección.

Solo cerré los ojos, concentrado.

Ruby

Algo estaba pasando ahí dentro con esos dos, no me cabía ninguna duda. No es que se escuchara gran cosa, pero solo había tenido que fijarme en el rictus del imbécil y la mirada asesina de Tucker para darme cuenta.

Y no era la única.

—¿Habéis visto eso?

Caroline fue la primera en hacer un comentario al respecto y Lizzy y yo nos limitamos a asentir.

—¿Qué creéis que les haya pasado?

Suspiré y murmuré:

—Ni idea.

—Ayer todo parecía estar bien entre ellos, ¿no? —añadió Liz bajando la voz.

—Lo parecía, sí —dije.

—¿Deberíamos decírselo a tu padre para que interfiera? —exclamó Caroline.

Alcé los ojos de la mesa, asustada.

—¿Tan grave te parece que sea?

Se encogió de hombros.

—Llevan ahí dentro bastante rato, ¿no os parece?

Sí, ya habían pasado varios minutos y solo se oían murmullos quedos pero contundentes; como si estuvieran discutiendo o algo así.

—Tucker no estaba enfadado cuando llegamos, ¿no?

No, no lo estaba; su semblante cambió cuando vio entrar a Adam por la puerta, me di cuenta de eso. Pero ¿por qué? ¿Escucharía nuestra conversación y...?

Me sobresalté cuando la puerta se abrió de golpe y salió Tuck, metiéndose tras la barra para servirle la consumición al tío Garrett que, por lo visto, le había estado llamando a gritos; a continuación, dejó una cerveza en el lugar que solía ocupar Adam y entró en la cocina. Pasaron unos cuantos minutos más antes de que esa puerta volviera a abrirse y saliera él; tenso y de muy mala leche, por lo que se podía apreciar a simple vista. No bebió la cerveza, la pagó y se marchó sin más, dejándome una sensación rara en la boca del estómago.

¿Por qué esa «sensación» me decía que todo esto tenía que ver conmigo? ¿Solo eran imaginaciones mías?

Lizzy suspiró.

—¿Sabéis? —dijo—. Puede que Tuck escuchara nuestra conversación y se pusiera en modo protector.

—¿Lo dices por lo del beso? —Quiso saber Caroline. Liz asintió—. Tiene sentido, Tucker siempre ha sido muy protector con Ruby. Recordad cómo fue con Paul las primeras veces que vino al pueblo.

Cierto, mi ex también tuvo que vérselas con la protección de Tuck cuando empezamos a salir; de hecho, le tuve que pedir a nuestro amigo que aflojara un poco y lo dejara en paz; cosa que empezó a hacer cuando ya llevábamos unos cuantos meses de relación.

—Adam y yo no estamos saliendo —repliqué.

—Pero te besó —añadió Liz—. Lo que demuestra su interés.

—¿Creéis que debo ir a hablar con él? —dudé.

—¿Con Tucker?

Puse los ojos en blanco.

—No, Carol, con Adam.

—Ah, vale, no lo había pillado. ¿Quieres hacerlo?

—¿El qué?

—Joder, Ru, ¿hablar con él?

—Claro que quiere. ¿No le ves la cara? —se mofó Liz.

—¿Ahora respondes por mí? —refunfuñé.

—Anda, ve y luego nos cuentas, ¿vale?

Ambas sonrieron como idiotas, animándome a que me pusiera la chaqueta y me fuera de allí pitando.

Y lo hice, por supuesto.

Lo hice con mucha tranquilidad para no llamar la atención de mis padres y de nadie más que estuviera ocupando las mesas de los mayores. Seguro que para Sahale nada de esto estaba pasando desapercibido.

No fue su mirada la que me encontré al salir precisamente, sino la de mi padre.

«Vaya por Dios».

Me interceptó a medio camino.

—¿Todo bien, cielo?

Carraspeé.

—Sí, papá, todo genial. Se me olvidó que tenía que enviar un trabajo hoy y...

Achinó los ojos, convirtiéndolos en dos ranuras muy finas.

—¿No puedes hacerlo desde el móvil?

—Tengo el archivo guardado en una carpeta del ordenador. Además, pesa demasiado, ya sabes...

No, no sabía porque a él se le daba fatal todo lo que tuviera que ver con esas cosas.

No hicieron falta más explicaciones; me dio un beso en la sien y me dejó continuar con mi camino.

«Dios, esto de que sigan tratándote como si fueras una niña..., ¡uf!».

Sí, ¡uf!

Llamé a la puerta de Adam varias veces sin obtener respuesta, lo que me llevó a pegar la oreja a la madera, como si fuera la más cotilla del lugar, y escuchar con atención; nada de ruido. No parecía que estuviera en casa, aun así, insistí unas pocas veces más con el mismo resultado; ninguno.

Exhalé con fuerza.

«¿Y si ha ido a dar un paseo para relajarse?».

No lo pensé a la hora de girar sobre los talones, desandar los pasos dados y tomar una dirección distinta. Dirección que me llevó a internarme por el camino que llevaba al claro del bosque; mi lugar favorito del mundo y donde lo había visto aquella vez que casi me deshidrato por babear de esa forma tan humillante. No tardé en divisarlo, sentado en la peña, al teléfono. Me quedé quieta, observándolo. Parecía más tranquilo e, incluso, escuché su risa desde aquí. Habló unos pocos minutos más para después darle vueltas al teléfono entre los dedos. ¿Qué miraba con tanta atención?

Pisé una rama al dar un paso en esa dirección, aproximándome un poco más a él.

Ojalá le hubiera advertido de mi presencia antes, pero no lo hice.

Un error garrafal, sí.

CAPÍTULO 15

Ruby

Estaba a punto de llegar a la peña cuando, sin que me lo esperara y dándome un susto mortal y el porrazo del siglo, se me abalanzó con todas sus fuerzas, tirándome al suelo. No ahogué ninguna protesta; chillé como una loca, de dolor y por la sorpresa, claro.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que era yo la que estaba bajo su cuerpo, quejándome. En cuanto lo hizo, se incorporó sobresaltado y con la cara desencajada.

—Hostia, Ruby, perdona, yo... —Me toqueteó el cuerpo, nervioso, por todas partes—. ¿Te he hecho daño? ¿Te duele algo?

—Para... —balbucí.

—¿Quién demonios se acerca a una persona con tanto sigilo? —exclamó más para sí mismo que para mí.

Resoplé, incorporándome un poco con una mueca.

—¿Dónde te duele?

Lo fulminé con la mirada y gruñí:

—¡En el culo, Adam! Me duele la rabadilla del culo. Ni se te ocurra —advertí al ver sus intenciones.

Retiró los dedos en un santiamén.

—Lo siento, joder. Lo siento muchísimo.

Se puso en pie, estirando la mano hacia mí para ayudar a levantarme; no tuve más remedio que aceptarla, de lo contrario, aquí me quedaría el resto del día. Me sacudí la ropa y me froté la zona que me dolía del trasero y la parte baja lumbar.

«¡Au, au, au!».

—¿Puedes caminar?

Asentí, cojeando un poco hasta la peña, donde me senté con mucho cuidado, levantando la vista hacia él.

—Tú lo haces todo el maldito tiempo, ¿sabes? Lo de acercarte por detrás sin hacer ruido y eso. Y yo nunca me he abalanzado así. ¡Nunca!

Suspiró.

—Tienes razón, perdona. ¿Te importa? —Señaló la peña a mi lado y negué con la cabeza—. ¿Por qué has venido?

Lo tenía bastante claro al salir del Anny's; ahora, sin embargo, empezaba a creer que había metido la pata y que no debería haberme molestado.

Ambos teníamos la vista clavada al frente, como si esperásemos que del agua fuera a salir algo espectacular.

Me encogí de hombros.

—Te marchaste de ese modo que..., no sé, puede que me haya preocupado un poco.

Me perdí la sonrisa, minúscula, que esbozó.

Inhalé hondo.

—Tucker te ha advertido sobre mí y te ordenó que ni te me acercaras, ¿verdad?

Ahora sí que se cruzaron nuestras miradas.

Ojalá pudiera descifrar lo que vi en la suya, porque hizo que me cosquilleara algo en el vientre y sintiera calor en las mejillas.

—¿Cómo sabes lo que pasó allí dentro? —preguntó, pasmado.

—Digamos que no es la primera vez que lo hace.

—¿Tu ex? —Asentí—. Pero tú y yo no estamos saliendo, y nadie vio lo que pasó anoche frente a tu puerta.

«Pobre iluso».

—En Mountain Brooks hasta los árboles tienen ojos, Adam, nunca lo olvides. De todos modos, fui yo. Yo les conté a las chicas lo del beso y él lo escuchó, de ahí su reacción.

Sus labios se curvaron de una manera muy sexi.

Entrecerré los ojos.

—No estaba alabándote como besador en potencia, que lo sepas.

—Ya, lo que tú digas. ¿Y por qué lo hace? ¿Por qué te sobreprotege?

—Supongo que por lo que pasó hace años.

Guardé silencio.

—¿Estuvisteis juntos o algo así?

—No.

Resopló.

—No puedes hacer eso.

—¿El qué?

—No contarme exactamente qué pasó y dejarme con las ganas de saberlo.

Hacía mucho tiempo que no hablaba del tema y no sentía muchas ganas de hacerlo, pero tenía razón, no podía dejar la explicación a medias.

—Me secuestraron cuando tenía quince años. Y Tucker, siendo un chaval, acompañó a mis padres a la zona de rescate. Me ha cuidado desde entonces, a mí y a las chicas. Sobre todo a mí.

Me extrañó muchísimo que no alucinara con lo del secuestro.

Me observó con tanta intensidad que el pulso me latió desbocado, cerrándome la garganta.

Carraspeé.

—¿No vas... no vas a decir nada? —musité.

—Aún estoy procesándolo. ¿Quieres...? ¿Quieres hablarme de ello?

—Ya te dije que fue hace tiempo y, aunque algo así nunca se olvida, está superado.

—¿Seguro?

—Eso creo, sí.

Y entonces empecé a hablar.

Sin apenas darme cuenta, fui relatándole lo que había sido el peor suceso de mi vida hasta el momento; que había llegado al pueblo creyendo que era hija de Steve y que, antes de aquello, me enteré de que mi verdadero padre era Jack; que cuando esos tipos me cogieron, yo salía del campamento *hippie*, y que lo hicieron porque Steve les debía mucha pasta.

—Llevaban mucho tiempo extorsionando a mi madre, ¿sabes? Llegó a venderlo todo para que no nos hicieran daño, por eso volvimos al pueblo.

—¿Tú lo sabías?

—No, no tenía ni idea.

—¿Por qué Steve tenía esa deuda?

—Era adicto a muchas cosas de las que no quiero hablar.

—Entiendo —murmuró.

—Murió de repente, dejando a mi madre con todo ese marrón encima, sin saberlo.

—¿Te hicieron... daño?

—No físicamente, pero en cuanto al tema psicológico...

—Ya, me hago una idea.

—Mamá fue la que salió malparada. Unos días antes le habían dado una paliza e intentaron violarla. Mi padre lo impidió y el *sheriff* encerró al tipo en el calabozo. Resultó que ese desgraciado era el hermano del jefe de la banda y el único que sabía dónde escondían el dinero que estafaban. Su intención era volver a su país. Me secuestraron para hacer un intercambio; él, por mí.

—¿No fue por la deuda de Steve?

—Por ambas cosas, supongo. Fue gracias a Nial que...

¿Por qué se había puesto tan tenso de repente?

Nial

El relato de Ruby me estaba poniendo los pelos de punta; la rabia me corroía y me sentía un inútil por no haberlo impedido.

«No podías, aunque quisieras».

Tampoco lo intenté. Aquel día me quedé como un pasmarote sin apenas reaccionar siquiera. Les arrancaría las pelotas con mis propias manos si ahora tuviera la oportunidad. Les haría tanto daño que lamentarían el resto de sus días haberle puesto un solo dedo encima.

«¡Hijos de puta!».

—... Me secuestraron para hacer un intercambio —estaba diciendo—. Él, por mí.

Fruncí el ceño, confundido.

—¿No fue por la deuda de Steve?

—Por ambas cosas, supongo. Fue gracias a Nial que...

No pude evitar ponerme tenso al escuchar mi propio nombre con tanta gratitud y delicadeza. Nada había sido gracias a mí, porque yo no había hecho nada, joder. ¿Cómo podía insinuarlo siquiera?

«Te está mirando raro».

Sí, ¿verdad?

«No la cagues y disimula».

—¿Pasa algo? —indagó.

—No, no, tranquila. Es solo que me parece muy duro todo lo que me estás contando. Lo siento mucho.

—No fue tu culpa.

—Tampoco tuya y mira lo que pasó.

—Bueno, las desgracias ocurren. Nadie está libre de padecerlas. Y si no hubiera sido por Nial, a lo mejor ni lo contaba.

¿Otra vez con eso? Maldita fuera, que yo no hice nada aquel día. Decir que estaba intrigadísimo era quedarse corto.

«Pues pregunta».

¿Y si metía la pata?

«¡Hazlo!».

—¿Nial? —pronuncié, bajando la voz.

Dios, se me hacía tan raro preguntar por mí mismo...

—Nial era mi novio por aquel entonces. Vivía en el campamento *hippie* que hay a las

afueras y estábamos juntos cuando pasó todo. Su madre llamó a la mía, y si él no le hubiera indicado a Sahale, con todo lujo de detalles, la dirección que había tomado esa gentuza, probablemente Maverick no hubiera sido tan rápido a la hora de montar el operativo de rescate.

Vaya... Yo no lo recordaba así para nada. Yo me recordaba, más bien, cagado de miedo y sin saber qué hacer. Y mi madre dando voces, pidiendo ayuda y más tarde al teléfono. ¿Hablé aquel día con el ayudante del *sheriff*? ¿Cómo era posible que tuviera tantas lagunas?

—Los acorralaron en una cabaña abandonada del bosque —siguió diciendo—, y Tucker fue el encargado de darle la noticia a mi padre, que se puso como loco. También el encargado de llevarlos allí y de asegurarse de que no cruzaran el perímetro policial. —Suspiró—. Aunque mi madre sí que lo cruzó, ¿sabes?

—¿Que hizo qué?

—Cruzar el perímetro policial. —Se limpió las lágrimas que empezaron a rodarle por las mejillas—. Aquellos tipos me pusieron una pistola en la cabeza, abriendo la puerta de la cabaña y obligándome a salir delante de ellos. Mi madre, al verme, pues..., hizo una locura y echó a correr en mi dirección.

—¿Y qué ocurrió?

—Hubo disparos, vi a mi madre desplomarse en el suelo y alguien me dio un golpe en la cabeza, dejándome sin sentido.

No conocía mucho a su madre, solo habíamos hablado unas pocas veces de aquella, pero acababa de convertirse en mi heroína.

Sorbió por la nariz, sollozando.

—Tuve tanto miedo, Adam, tanto que, aún todos estos años después, me angustia pensar en ello.

La congoja en la garganta no se alivió tragando saliva.

Tampoco carraspeando.

La abracé.

—Gracias a Dios estás viva para contarlo, Ruby, y yo no podría estar más feliz por ello.

Intentó sonreír, pero le salió un sonido extraño.

—Menuda película te he contado, ¿eh? ¿Comprendes ahora la actitud de Tucker?

—Sí, yo en su lugar haría lo mismo —afirmé con vehemencia.

—Te creo, los tíos sois todos unos neandertales.

—Y las mujeres unas exageradas.

Esta vez sí que se rio.

Guardamos silencio unos minutos, recuperando la compostura y todo eso. Lo cierto era que sí, su vivencia había sido una puta película, plagada de acción, drama y mucho amor; porque solo una madre sería capaz de hacer lo que hizo la suya.

«Una persona enamorada también».

No lo dudaba, no obstante, el amor de una madre... Nadie en la vida nos querría, jamás, como lo hacían ellas, que siempre estaban dispuestas a dar sus vidas a cambio de las nuestras.

—¿Y bien? —Ruby llamó mi atención.

Qué bonitos se veían esos ojos, aunque fueran brillantes por las lágrimas derramadas. Eran increíbles y me tenían atrapado.

—¿Y bien qué?

—¿Vas a hacerle caso a Tucker y mantenerte alejado de mí?

—¿Debería hacerlo? —pronuncié con la voz tomada.

«¿Qué estás haciendo, tío? Corre en la otra dirección, pero ya».

—No lo sé, esa es una decisión que debes tomar tú.

—En realidad, no fue eso lo que me pidió.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—Sus palabras textuales fueron: «Te mataré si le haces daño».

—¿Y vas a hacerme daño?

«Sí».

CAPÍTULO 16

Nial

No fue esa la respuesta que le di, sino que eché balones fuera y atropellé unas cuantas palabras que parecieron dejarla tranquila, al menos de momento. El daño que iba a hacerle no era porque fuera un cabrón y me fuera a portar mal con ella; sería un daño por mentir, o quizá debería decir, más bien, por omitir parte de la verdad que me había traído aquí; pero, sobre todo, por quién era yo en realidad y todo este paripé. ¿Qué podía hacer si así me lo exigía la operación encubierta que llevaba a cabo? En ningún momento imaginé, mientras se preparaba todo el proceso con el sargento y los demás, que algo así pudiera ocurrir; que ella siguiera viviendo en el pueblo, y que aquello que sentí hacía tantos años reviviera con tanta fuerza como lo estaba haciendo.

Tragué lo que tenía en la boca y bebí un sorbo de agua.

También hablamos un poco de mí; bueno, de Adam, y del trabajo que realizaba para Arizona: supervisar cosas, mantener al día el correo electrónico y el ordinario; atender llamadas, ayudar a los de mantenimiento... No, no eran esas las tareas que realizaba, no se acercaban ni por asomo; sin embargo, era lo que todo el mundo, y ella, debían de creer y punto. Hablarle de mi madre fue sencillo, y todo lo que le dije, verdad; era una mujer fuerte que había pasado por una situación difícil al morir mi padre y que, toda su vida, se había dedicado en cuerpo y alma a nosotros; la adoraba y la quería hasta el infinito.

Sonreí ante esa certeza.

Más tarde, al oscurecerse el cielo, regresamos juntos al pueblo y la acompañé a casa, despidiéndome de ella en la puerta, como el día anterior, pero sin el beso; ese, por muchas ganas que tuve de dárselo, me lo guardé en un rincón, alucinando conmigo mismo por esa fuerza de voluntad que no tenía ni idea de dónde había salido.

Ahora estaba en casa, con un vaso de agua delante, un bocadillo y un batiburrillo de pensamientos que parecían querer volverme loco.

«Te estás buscando un marrón muy grande, tío».

Lo sabía, y, aun así, no me veía capaz de pararlo.

En cuanto terminé el bocadillo, me encerré en la habitación que había dispuesto como despacho de operaciones, repasando en el tablón lo que teníamos hasta ahora; que, por cierto, era bien poco. Odiaba lo lenta que avanzaba la investigación y los caminos que no parecían llevarnos a ninguna parte en concreto.

Me repantingué en la silla, con la vista clavada al frente, ensimismado. ¿Esa nueva droga de la que me había hablado el sargento tenía algo que ver con lo que estábamos haciendo ahora? ¿Qué más se sabía de ella, aparte de que era más potente que el fentanilo? Hice unas cuantas anotaciones; más que nada, dudas que me urgía aclarar en la próxima conversación con el jefe. ¿Qué hacía una furgoneta en el culo de la montaña y cómo podía llegar hasta allí arriba? Esto último lo subrayé varias veces con énfasis; me había llamado la atención y sentía muchísima curiosidad. Tucker era el indicado para ayudarme con esto y...

Me erguí al escuchar los golpes fuertes en la puerta y miré el reloj. ¿Quién hacía una visita después de medianoche? ¿Había ocurrido algo?

Me apresuré a abrir, por si las moscas.

«Hablando del rey de Roma».

—¿Tucker? —me extrañé al verlo ahí parado—. ¿Qué haces aquí?

—Siento la hora, tío, pero creo que te debo una explicación. Y puede que una disculpa. Ya sabes, por lo de antes.

—No me debes nada y entiendo perfectamente por qué lo haces, créeme.

—¿Lo sabes?

Asentí, haciéndome a un lado para dejarlo entrar y guiándolo al pequeño salón. No me pasó desapercibida la mirada que le echó a la habitación antes de que me diera tiempo a cerrar la puerta de esta.

—¿Te pillo trabajando? —indagó sin disimulo alguno.

—Sí, un poco.

Entrecerró los ojos.

—Arizona te explota, tío.

—Ya ves... ¿Una cerveza? —ofrecí, desviando el tema.

—Vale.

Le indiqué con la mano que tomara asiento en el sofá y fui al frigorífico a por un par. Las abrí y volví con él.

—Así que lo sabes, ¿eh? —dijo después del primer sorbo.

—Sí, Ruby me lo contó esta tarde.

Frunció el ceño.

—¿Fue a buscarte?

—¿Por qué te parece tan raro?

—No lo sé. Supongo que porque la conozco bien y no suele ser tan impulsiva. Y mucho menos que le hable a alguien, que prácticamente acaba de conocer, de su pasado.

—Entiendo. Las proteges a todas porque son tus amigas, pero sobre todo a ella por lo que sucedió.

—Así es. Lo pasó mal y tardó bastante tiempo en recuperarse de aquello.

Suspiré, sintiéndome fatal por ella.

—Lo imagino. Algo así no se supera de la noche a la mañana.

—No. Y lo siento. Siento haberte empujado, arrinconado y también lo de las amenazas. Aunque las decía en serio.

Sonreí.

—Lo sé.

—¿Estamos bien?

—Claro, todo olvidado.

—¿Seguro?

—Seguro.

Entrechocamos los botellines de cerveza y él se arrellanó en el sofá.

—¿Vas a decirme ahora en qué estabas trabajando ahí dentro?

Lo miré con fijeza, serio.

—¿La verdad? —inquirí.

—La preferiría, sí.

—No puedo hablarte de ello. Al menos de momento.

—¿Es algo ilegal?

—No, todo lo contrario.

—Podría ayudarte, ¿sabes? —manifestó.

Asentí.

—Lo harás, estoy seguro de ello.

Bebimos sin apartar la mirada ninguno de los dos.

Y luego nos enfrascamos en una conversación que nada tenía que ver con la anterior.

Pasaban de las dos de la madrugada cuando le eché la llave a la puerta. Tarde o temprano tendría que contarle a Tucker a qué me dedicaba en realidad. Era preferible eso a tenerlo como una mosca cojonera tratando de averiguarlo por su cuenta.

«Es un tío listo».

No lo dudaba.

Como tampoco dudaba que podía ser de gran ayuda para el caso; después de todo, era un marine y estaba entrenado.

Me dormí en cuanto apoyé la cabeza en la almohada. Algo que no ocurría desde hacía demasiado tiempo.

«No te acostumbres».

Nunca lo hacía.

Ruby

Empecé a dejar de llamar imbécil a Adam unos cuantos días después de la conversación en el claro del bosque, junto al río; como si esta hubiera sentado un punto de inflexión o algo así; no sé si acabaríamos teniendo una relación sentimental o no, pero sí tenía claro que podía llegar a ser un buen amigo. Uno que sabía escuchar, consolar y besar muy bien, para qué engañarnos. Aunque solo lo había hecho una vez, sí, me refería a eso de besarme, seguía teniéndolo muy presente, para mi desgracia.

Terminé con el pedido del panadero y miré hacia la puerta cuando la campanilla sonó.

Se me curvaron los labios al instante.

—Hola, mamá, ¿cómo tú por aquí?

—Parece que nunca vengo a verte.

—Pocas veces, la verdad.

—Anda, anda, no te quejes y dame un beso.

Eso hice, con muchas muchas ganas.

—Cuéntame —pedí, metiendo la libreta en uno de los cajones.

—Acabo de recoger del cuarto de revelado las fotografías de tu cumpleaños y pensé que igual te apetecía echarles un vistazo mientras nos tomábamos un café.

—Y pensaste bien, mamá. ¿Arriba o en el Anny's?

—Prefiero arriba, si no te importa.

Meneé la cabeza.

—¿Por qué iba a importarme? Me queda hacer caja y un par de cosas más. ¿Me esperas o vas subiendo?

—Subo y así voy preparando el café, ¿te parece, cariño?

—Perfecto. En diez minutos o así estoy contigo.

—No tengo prisa, papá cena hoy con Garrett y Nathaniel en el asador.

—¿Reunión de machos cabríos? —Me reí.

Puso los ojos en blanco.

—No seas mala, Ruby.

Le hice un gesto con la mano y desapareció de mi vista en cuanto dobló la esquina de la casa.

Esos tres se reunían casi todas las semanas para cenar y ponerse al día. No entendía por qué ellas no hacían lo mismo; que lo hacían, pero no tan a menudo como ellos. Tontas que eran, porque la vida duraba un suspiro y había que aprovecharla al máximo.

Conté las monedas y luego los billetes, separando primero el cambio y metiendo en un sobre el resto con su tique correspondiente. Lo guardé en la mochila, que siempre iba conmigo, y repuse unos pocos productos, dejando las estanterías bien alineadas para mañana; apagué las luces del almacén y del pequeño cuarto que usaba como oficina; recogí mis cosas, cerré con llave y bajé la persiana.

Mamá ya me esperaba sentada a la mesa de la cocina con sendas tazas de café humeantes.

—Huele de maravilla, mamá. ¿Has traído pastel?

—No, bizcocho que hizo la abuela esta tarde. Es de ciruelas y nueces.

—Dios, qué bien me conoces.

—Te parí, Ruby Miller.

Dejé las cosas por ahí de cualquier manera y me senté a su lado, apoyándole la cabeza en el hombro.

—¿Qué iba a hacer yo sin ti, madrecita del alma querida?

—Anda, anda, pelota, que te traje la mitad del bizcocho.

—¿En serio?

Soltó una carcajada.

—Eres incorregible —afirmó.

—Venga ya, no exageres, que no es para tanto, mamá.

Pero sí que lo era, sí. ¿Quién me iba a conocer mejor que ella?

«¿Lizzy y Caroline?».

Sí, pero no hasta el mismo punto que mi madre. Incluso mi padre sabía de sobra cómo era: cabezota, golosa y leal con los míos. Tampoco era para tanto, ¿no?

Me puse cómoda y llevé a la boca un trozo de bizcocho.

¡Caray, estaba para morirse del gusto!

—Bueno, ¿eh? —exclamó.

—Superior.

Cuando tuvimos las panzas llenas y un par de cafés más tarde, mamá sacó del enorme bolso que siempre llevaba una caja.

—Me he tomado la libertad de colocarlas en un álbum —dijo, entregándome las fotos.

—Gracias, eres la mejor.

El beso en la mejilla debió de escucharse en toda la casa.

Las fotografías eran una maravilla, como todas las que ella hacía. Tenía una delicadeza a la hora de captar las cosas, que, a veces, me dejaba pasmada. No había en el mundo una cámara fotográfica que se le resistiera ni imagen que saliera desenfocada. La mejor y más perfeccionista del planeta.

—Esta con la abuela podemos enmarcarla y regalársela por Navidad.

—Buena idea, me gusta. El marco plateado, con partes brillantes y mate.

—Veré qué puedo hacer al respecto. ¿Qué me dices de esta con las chicas? ¿No estáis geniales?

Lo estábamos, sí.

Yo las abrazaba después de haberles echado la bronca por invitar a Adam al cumpleaños y

las tres sonreíamos como niñas pequeñas.

—Me encanta esta de aquí, contigo y con papá.

—Es muy bonita —coincidió.

—¿Podemos hacerla más grande y ponerle también un marco? Me gustaría colocarla en el salón, junto al reloj de pared que me hizo papá, ¿recuerdas?

Asintió.

—Por supuesto que podemos.

—¡Genial!

Me acarició la cola de caballo con parsimonia.

¿Me estaba preparando para decirme algo?

Eso era tan típico de ella...

—¿Sabes qué me ha llamado mucho la atención de varias de las fotografías, cielo?

¡Ay, Dios, a ver con qué me salía ahora!

—Sorpréndeme —murmuré con la boca pequeña.

Señaló a Adam en varias de las imágenes.

Fue inevitable ponerme nerviosa.

—La forma en la que él te mira en todas y cada una de ellas, fíjate.

Y lo hice, conteniendo la respiración y poniéndome colorada.

«¡Madre mía!».

CAPÍTULO 17

Ruby

Me costó horrores convencer a mamá de que entre Adam y yo no había nada de nada y que solo nos estábamos conociendo; y era la verdad, un beso no significaba que tuviéramos ningún tipo de relación, salvo la mencionada ya antes: amistad.

«Y todavía ni eso siquiera».

Enjuagué las tazas, los platos y las cucharillas antes de meterlo todo en el lavavajillas. Ahora me daba la risa al pensar en ello, pero ojito con mi madre, era muy perspicaz y siempre presumía de sabérselas todas y no equivocarse nunca; suponía que como el resto de las madres del mundo. Como si eso supusiera una amenaza para los hijos o algo así; lo cierto es que siempre daba en el clavo, la muy puñetera. Y la abuela Annabel también, ya puestos.

—Él era el trabajo que habías olvidado enviar el domingo, ¿me equivoco? —preguntó en un momento dado.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo? —me hice la tonta.

Entrecerró los ojos, sonriendo de esa forma tan suya.

—Cariño... Tú debes de creer, a estas alturas, que tu padre es tonto y que yo me chupo el dedo.

—¿De qué hablas, mamá? —me azoré un poco.

—Tranquila, entiendo que aún sea pronto para reconocer nada y que siga turbándote la facilidad con la que veo las cosas venir.

Resoplé, no demasiado fuerte.

Tenía razón, siempre me dejaba flipando. De pequeña, cuando quería saber algo, me decía que tenía una bola de cristal que se lo mostraba todo y, claro, yo tardaba un suspiro en contarle lo que fuera. Me la creía a pies juntillas y llegué a buscar la dichosa bola en cualquier lugar que se me ocurriera. Así se enteraba la muy jeta de todas mis cosas, sí.

—¿Sabes qué? —había exclamado antes de irse.

—¿Qué?

—Eres una chica preciosa, trabajadora y soltera que está en todo su derecho de rehacer su vida y ser feliz. Si para encontrar esa felicidad tienes que llamar a varias puertas, pues adelante.

—¡Mamá! —protesté.

¿Me estaba insinuando lo que yo creía o la había entendido mal?

Suspiró, mirándome a los ojos.

—Ruby, cielo, nadie va a juzgarte, ¿sabes? Y lo que diga el resto del mundo te tiene que dar igual, porque es tu vida y solo tú decides cómo y con quién vivirla. No lo olvides.

Esa era una verdad como un templo, sin embargo, parecía olvidarse que en Mountain Brooks nadie se mantenía al margen de nada y que todo se sabía. Y yo no quería andar en boca de nadie, bastante lo había hecho cuando aquellos tipos...

«Esta gente te quiere, Ruby Miller. No lo hacen con maldad».

Lo sabía, y yo también los quería a todos y cada uno de ellos, y no por eso me iba a dejar llevar y actuar a lo loco. Además, ¿de qué estábamos hablando si entre Adam y yo no había nada?

Encendí el portátil, dispuesta a trabajar un poco en los proyectos de diseño. No llegué ni a abrir la carpeta del archivo y volví a apagarlo en cuanto me llegó el mensaje de Caroline:

Petarda2: «Aún no nos has contado lo que pasó el domingo. Y yo tengo algo que enseñarte. En cinco minutos en el Anny's. Haremos videollamada con Lizzy. Y no admito un no por respuesta, ¿entendido?».

¡Caray, cómo le gustaba dar órdenes a esta mujer! Por supuesto que lo había entendido, pero ¿hacíamos bien en seguir hablando de ciertos temas donde Tucker pudiera enterarse de todo? Mmm, lo dudaba. No me molesté en responder, simplemente obedecí; me apetecía pasar un rato con las chicas, aunque una de ellas solo estuviera presente a través de una pantalla.

Me calcé, cogí las llaves y salí por la puerta.

Caroline había montado su centro de operaciones en la mesa de siempre; hasta se había traído su ordenador y todo, para que luego no dijeran que era toda una profesional.

«Menudo cante».

Ya, se iba a enterar todo quisqui de lo que nos proponíamos, tiempo al tiempo.

—¿No te parece que estás exagerando un poco? —mascullé sentándome frente a ella.

—No, si quiero verle bien la cara a Lizzy. La pantalla del teléfono es demasiado enana y paso de forzar la vista.

—Y luego dices que no eres una exagerada. Anda que...

—Tuck, ¿le traes una infusión de esas para que se relaje?

—¡Oye!

Le di un manotazo y se carcajeó, la muy idiota.

Mientras esperábamos a que Lizzy se conectara, Carol terminó de responder un correo electrónico de trabajo y yo paseé la mirada por el bar, un poco ansiosa.

—No está —murmuró Tucker dejando a mi lado una cerveza.

Noté el calor en las mejillas al instante.

—¿Qué?

—Adam aún no ha llegado, pero no tardará mucho —dijo, bajando la voz.

Me aclaré la garganta un par de veces.

—Y crees que eso me importa porque...

Sonrió de medio lado, mirándome de frente.

—Tú sabes por qué, Ruby.

¡Por Dios! ¿Podía irse a tomar por saco este rubor que siempre me dejaba en evidencia? Aun así, traté de disimular al decir:

—Pues no creas, no lo tengo yo muy claro, ¿eh?

—Ya, ya, lo que tú digas, Miller.

«¿Miller?».

¡Uyyyy!

Me guiñó el ojo antes de volver tras la barra.

«¿Y este qué se ha creído?».

Incrédula, miré a Caroline que, por lo visto, ni ella ni Liz, que ya estaba allí con nosotras, se habían perdido detalle.

La primera negó con la cabeza y la segunda farfulló con guasa:

—Ya estás tardando en desembuchar, petarda.

¡La madre que las parió!

Nial

Me dirigí a la granja de los Brooks en cuanto recibí el mensaje de Maverick adelantando la reunión un par de horas. Me extrañó, pero como era él el que mandaba y el que estaba ocupado en otros casos, pues ¿para qué decir nada?

Llegué media hora antes y fui directo a la cocina.

—Hola, Anne —saludé.

La mujer se sorprendió de verme.

—¿Qué haces tú por aquí? Creí que acompañarías a Arizona a la ciudad.

Carraspeé.

—Sí, eso iba a hacer, pero al final me dijo que no hacía falta y que podía tomarme la tarde libre —inventé sobre la marcha.

—Tener la tarde libre no es quedarse deambulando por aquí. —Entrecerró los ojos—. Déjame adivinar..., tienes hambre.

Sonreí.

—Un poco, sí.

—En el frigorífico hay carne asada que sobró del mediodía.

—Gracias. —Le guiñé el ojo.

—No seas zalamero, Adam Ruzek.

Mientras ella lavaba un montón de judías verdes, yo me hice un bocata de carne asada, pimientos y unos cuantos champiñones. Tenía un hambre que me moría, y eso que me había puesto las botas a la hora de la comida.

«La quemaste en la caminata».

Sí, eso pensaba yo también; eso, y que había consumido demasiada energía para nada. Me pasaba por listo y por no pedir indicaciones a nadie de cómo llegar al culo de aquella montaña que se veía desde el claro del bosque. Decidí probar suerte cuando vi la misma furgoneta allí plantada por tercera vez esta semana. Me mosqueaba tanto aquello, porque allí arriba no debía de haber nada, que ni me lo pensé cuando metí en una mochila una botella de agua y unas barritas de esas de proteínas y cereales.

Espóiler: me perdí y me comí la caja de las barritas, de una sentada, por culpa de la frustración.

—Muchacho, come más despacio que te vas a atragantar —me regañó Anne.

¿A qué edad dejaba de ser uno un muchacho para esta gente? Porque ya estaba cerca de los treinta, así que...

—Esto está cojonudo, Anne.

—Dices demasiadas palabrotas, chico.

—Gajes del oficio —dije sin pensar.

Y era cierto, porque había empezado a decir tacos cuando me dieron la primera investigación y nada me salía bien.

Dejó en el escurridor las judías, mirándome curiosa:

—¿A qué te dedicabas antes de venir al pueblo?

¡Mierda!

«Piensa rápido, joder».

—¿Camionero? —inquirí.

—Preguntas o afirmas.

Tragué lo que tenía en la boca.

—Afirmo, afirmo.

—Adam —tronó la voz de Maverick a mis espaldas—, me gustaría hablar contigo un

momento. ¿Puedes venir al despacho?

—Claro, señor. Enseguida.

Me limpié la boca con la servilleta de papel y metí en el frigorífico lo que quedaba del bocadillo.

—Luego lo termino —le susurré a Anne al pasar a su lado.

—Sé que lo harás.

Salí de la cocina y recorrí el pasillo a paso ligero.

Sahale ya estaba en el despacho.

Cerré la puerta detrás de mí, sentándome a continuación en la silla de siempre.

—¿Y bien? —indagué.

—Sahale ha ido esta mañana a ver a Helena Towers.

Miré al susodicho.

—¿Has descubierto algo interesante?

—No mucho. Ella y Florence trabajaban para la misma empresa de limpieza.

—¿Qué empresa? —Quise saber.

—No recuerda el nombre, solo que tenía su sede en Kingston. Fue a la quiebra hace un par de años o así.

—¿Conocemos al dueño de la empresa? —preguntó Maverick.

—Aún no, estoy en ello.

—¿Helena no conocía a su jefe? —me extrañé.

—Al parecer, no. Con ellas trataba una encargada. Una tal... Ellen. Un gestor les ingresaba la paga semanal en el banco.

—¿Y eso no es muy raro? —insistí.

—Si era una empresa grande, y debía de serlo, no. Un jefe delega en sus personas de confianza —respondió Maverick.

—Entiendo.

Hice una anotación mental y seguí prestándole atención a Sahale.

—Helena no sabe nada de Florence desde hace más de diez años. Dijo que era una mujer muy reservada. Que no solía hablar con nadie. Y que a veces parecía ausente y asustada.

—¿Una mujer maltratada tal vez?

Negué con la cabeza desviando la vista a Maverick.

—Que sepamos, no estaba casada ni vivía con nadie.

—Eso no significa que no fuera maltratada —gruñó el otro.

—Pero ¿no vivía sola? —exclamé.

—¿Y? ¿Acaso solo se puede maltratar a alguien en una casa?

¡Qué mal me caía este tío a veces, hostia! Pero tenía razón y yo parecía nuevo en este oficio, joder.

—Entonces, ¿cuál va a ser el siguiente paso? ¿Averiguar quién era el dueño de la empresa de marras? —propuse.

—¿Y qué importa eso?

«Respira e ignóralo».

Sí, que el Señor me diera paciencia, porque, si no...

Inspiré y exhalé.

—¿Recuerdas en dónde y cómo iba la ketamina que le pillaron a mi padre en aquella redada? —hablé entre dientes.

—Perfectamente.

—Pues por eso es importante averiguarlo, tío listo.

—El chico tiene razón, Sahale.

—Ya —reconoció a su pesar—. Me hago cargo.

—Bien. Creo que esto era todo por hoy, ¿no?

Fui el primero en salir del despacho.

Sahale me interceptó antes de que me diera tiempo a recorrer el pasillo por completo.

—Una brújula —rezongó.

—¿Perdona?

Curvó los labios un poco hacia arriba.

—Es lo que necesita alguien que no sabe por dónde anda para no perderse.

«Ja. Ja».

¡Capullo!

CAPÍTULO 18

Nial

Se me quitó la mala leche, tenía que empezar a rebajar el volumen de palabrotas, en cuanto crucé la puerta del Anny's y vi a ojazos verdes sentada a la mesa con su amiga Caroline y un despliegue de cosas que las mantenía la mar de entretenidas; tanto que ni se enteró de que entré y la miré durante varios segundos, embobado; estaba preciosa y me encantaba cuando llevaba el pelo recogido en una cola alta y podía disfrutar de la vista de ese cuello tan bonito que tenía.

Ocupé uno de los taburetes y esperé a que Tuck me atendiera. Tampoco es que hiciera mucha falta, empezaba a tenerme calado bastante bien, y eso, a veces, me asustaba.

Miré por encima del hombro.

¿Hablaban con la hija del *sheriff* a través del ordenador? Sí, lo hacían y apenas se escuchaba nada de lo que estaban hablando; hecho que me molestó un poco, porque quería enterarme de la conversación. ¿Deformación profesional? Tal vez, aunque también había mucho de interés personal.

—Siguen con la búsqueda del noviete aquel que Ruby tuvo cuando era una adolescente.

Pegué un brinco, sobresaltado.

—Perdona... ¿Qué?

Se rio al verme el careto de... No sé de qué, pero seguro que de algo muy gracioso.

—Relájate, hombre. Eso pasó hace muchos años y lo más seguro es que ni encuentren a ese tío.

Bueno, eso esperaba, pero no por los motivos que él creía, sino por otros que nada tenían que ver con lo que insinuaba.

—Sigo sin saber de qué me estás hablando —disimulé.

Resopló, negando con la cabeza.

—Se te da fatal mentir y disimular.

—Ah, ¿sí?

Pues jodido me parecía, teniendo en cuenta a qué me dedicaba y que estaba aquí haciéndome pasar por otra persona. Tan mal no lo estaría haciendo, ¿no? A lo mejor sí e, iluso de mí, pensaba todo lo contrario.

«No te agobies, sabes de sobra lo bien que haces tu trabajo».

Empezaba a no tenerlo tan claro desde que llegué a Mountain Brooks y, por momentos, tenía más importancia la relación con la chica de ahí atrás que lo que me había traído aquí.

Bebí de la cerveza que ya tenía frente a mí y exclamé:

—¿Siempre crees saberlo todo?

Compuso un gesto de burla, chasqueando la lengua.

—Tío, yo siempre me entero de todo.

—Eres un fantasma.

—Por eso mismo me entero de todo, ¿sabes? Aquí se relaja la gente y habla como si yo no estuviera —susurró.

—Ya veo. Tendré que tener cuidado contigo entonces, por si se me escapa algo.

—¿Tienes muchos secretos, Adam Ruzek?

—¿Y tú, Tucker Jones?

Desafiarnos con la mirada empezaba a ser ya una costumbre entre nosotros.

—Hazme una hamburguesa de esas que lleva queso de cabra, anda —pedí, apartando la vista.

«¿Miedo a que pueda leerte la mente?».

¿Miedo? Eso era quedarse corto. Muchas de las veces me perdía y no sabía cuándo me hablaba en serio o me estaba vacilando, para qué mentir.

Mientras Tuck me hacía la hamburguesa, presté atención a lo que se cocía en la mesa de atrás, como siempre que estaba aquí y las chicas ahí.

«¿Y por qué no te sientas con ellas?».

¿No sería tomarse demasiadas confianzas? Podía ser que no quisieran que nadie se enterara de qué se traían entre manos. A lo mejor era también un secreto, aunque, tratándolo aquí con el fantasma de Tuck, sería más bien uno a voces.

—Qué va, ese tío no se parece nada a tu Nial —reconocí la voz de Lizzy.

«¿Tu Nial?».

Sonreí para mis adentros, hinchándome como un pavo.

—Piensa que han pasado muchos años, Liz.

—¿Y qué? La estructura de su cara no tiene nada que ver, ya te lo digo.

—Opino lo mismo —secundó Ruby—. Fíjate en esa nariz, ¿no crees que es demasiado chata?

Inconscientemente, me llevé dos dedos al puente de la mía.

—¿Y si se la ha operado?

¿Qué? Ni de coña. Me gustaba mi nariz, grande y con personalidad.

—Además, Nial ya era bastante alto cuando salimos. Ese de ahí parece achaparrado y entrado en carnes.

Me imaginé a su amiga fulminándola con los ojos.

—Estamos con el reconocimiento facial, Ruby, no corporal. Y Nial podría estar gordo y tener michelines después de todo este tiempo.

¿Gordo y con michelines? Me palpé el estómago.

¡Y una mierda, estaba en plena forma!

—¿Qué haces? —Tuck me pilló toqueteándome el vientre.

¡Mierda!

—Creo que tengo alguna molestia por esta zona.

Entrecerró los ojos.

—¿Crees?

—Sí, algo raro.

—¿Me llevo la hamburguesa?

—No, no, ya que está hecha, me la como.

—A ver si te va a sentar mal...

Con el hambre que volvía a tener, lo dudaba.

—Me arriesgaré.

—Valiente —se guaseó—. ¿Por qué no vas con ellas y dejas de escuchar a hurtadillas?

—¿No es eso mismo lo que haces tú mientras todos piensan que trabajas?

—Capullo. Podrías ayudarlas a buscar a Nial.

El estómago me dio un vuelco.

¿Ayudarlas?

«No es la primera vez que piensas en ello».

No, y parecía ser una buena idea, si ellas me dejaban, claro. No me costaría nada despistarlas de mi identidad; al menos hasta que el caso no estuviera resuelto y pudiera ser sincero con todo el mundo; en especial, con ella.

Abrí el sobre de mostaza, esparciendo el contenido por encima de la carne.

—¿No te atreves? —insistió este idiota.

—¿Por qué no recoges esos vasos de ahí, limpias las migas de aquella mesa y me dejas cenar en paz?

Se me carcajeó en la cara.

Llené la boca de hamburguesa, casi gimiendo de placer al masticarla con lentitud. Estaba cojonuda; en la vida había probado una tan deliciosa como esta. Joder, qué manos tenía este idiota para la cocina.

—¿Te perdiste esta tarde dando un paseíto, Adam?

Me atraganté, tosiendo como un loco.

Tucker me golpeó la espalda con brío.

Y, entonces, Ruby se enteró de que estaba aquí.

«Por fin».

Sí, aunque estuviera a punto de morir ahogado.

Bebí agua cuando pude coger aire de nuevo.

—¿Cómo lo sabes? —mascullé.

Se encogió de hombros, pero no respondió porque Ruby se aproximó y parecía preocupada.

—¿Estás bien?

Tuck se retiró con sigilo, guiñándome un ojo, y yo inhalé y exhalé comprobando que el funcionamiento de los pulmones y demás estuvieran al cien por cien.

—Sí, gracias.

—No te vi llegar —murmuró.

—Estabas muy concentrada y no quise molestar, por eso no dije nada.

—Es que estamos buscando a Nial. ¿Recuerdas que te hablé de él el otro día?

Asentí.

—Y lo buscáis porque...

—Bah, sé que es una chorrada, sin embargo, me gustaría saber qué fue de su vida.

«Es poli, está delante de ti y nunca te olvidó».

Me mordí la lengua, conteniendo esas palabras y sintiéndome un ser miserable y rastrero.

Esos ojazos...

«No me odies, Ruby Miller».

Ruby

El cosquilleo que me recorría la columna vertebral cuando me miraba así era inexplicable. Y cada vez era más grande la sensación que tuve cuando lo vi por primera vez; esa que parecía decirme, con mucha insistencia, que ya nos habíamos visto en alguna parte.

«Lo recordarías si fuera el caso, ¿no?».

Eso quería pensar, porque un espécimen como él no se olvidaba tan a la ligera.

—¿Quieres que os eche una mano? —propuso, sacándome del batiburrillo de pensamientos raros.

—¿Echarnos una mano con qué?

Vale, admitía que no solo existía ese cosquilleo ni la sensación extraña, sino que también amenazaba con empezar a aflorar la capacidad de dejarme agilipollada con solo una mirada. ¿Qué narices me estaba ocurriendo con ese tío?

—Me refería a buscar a Nial.

—Ah, vale, sí, sí, por supuesto.

Dios, ¿me podía sentir más tonta y ridícula ahora mismo? Lo dudaba muchísimo.

—Me siento con vosotras en cuanto termine la hamburguesa, ¿vale?

—Perfecto, tómate tu tiempo. Te... espero allí.

Odiaba que me temblara así la voz, maldita fuera.

¿Tucker acababa de guiñarle el ojo y levantar los pulgares o eran imaginaciones mías?

«Imaginaciones tuyas».

Mmm, no lo tenía muy claro que dijéramos.

Regresé a la mesa con Caroline y Lizzy, pensativa y con el ceño fruncido; ¿qué se traían esos dos entre manos? ¿Algo que tenía que ver con nosotras? ¿Conmigo? ¿Con él? ¿Con los dos? ¿Significaba ese gesto que Adam ya tenía la confianza de Tucker?

—Te van a salir unas arrugas horribles como sigas frunciendo así el ceño, Ru. ¿Qué te pasa?

Miré primero a Caroline y después a Liz, que asentía desde la pantalla del portátil de la primera.

Inspiré hondo.

—Adam se ha ofrecido a ayudarnos con la búsqueda de Nial —solté como si nada.

—¿En serio? —exclamó Lizzy.

—Sí.

—¿Y cómo puede ayudarnos?

—No lo sé, Carol, supongo que nos lo dirá ahora cuando venga y se siente con nosotras.

—Ay, coño, ¿se va a sentar con nosotras?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No sé, pensé que a lo mejor quedabais vosotros dos a solas. Ya me entiendes.

No, no la entendía. ¿O sí?

—Chicas, tengo que dejaros, Nate acaba de llegar.

Caroline y yo nos miramos a los ojos, pensando lo mismo; ninguna lo soportábamos, así que fue inevitable.

—No seáis puñeteras, conozco esas miradas. No vayáis a pensar que porque esté detrás de una pantalla no las pillo.

—Perdón.

—Perdón —murmuramos ambas a la vez.

—Sé que no os gusta lo estirado que es y todo eso, pero es mi novio y le quiero. Asumidlo de una vez y respetadlo, ¿vale?

—Joder, Liz, lo sentimos, de verdad —farfulló Caroline.

—Sí, somos unas amigas de lo peor, perdónanos.

—Me tengo que ir, hablamos en otro momento.

La pantalla tardó un segundo en quedarse a oscuras y nosotras con muy mal sabor de boca.

—No lo soporto —masculló entre dientes Carol.

—Ya, yo tampoco, pero tiene razón, debemos respetarlo y cortarnos un poco cuando se trata de él.

—¿Crees que tardará mucho en hablarnos? —se preocupó.

—Nah, ya sabes que los enfados de Liz duran poco.

Les resté importancia con la mano y no por ello sintiéndome mejor.

—Yo también me marchó ya, tengo que terminar el análisis de una empresa que sale a concurso pasado mañana. Ya me vas contando, ¿de acuerdo?

—Sí, vamos hablando.

Me quedé como un pasmarote, viéndola marchar.

Adam no tardó en ocupar el lugar de Caroline.

Estaba a punto de decirme algo, no obstante, tenía toda su atención concentrada en el cristal de la ventana, observando algo con mucho detenimiento.

Entonces, preguntó tenso:

—¿De quién es esa furgoneta?

¿Se había puesto muy raro o también me lo estaba imaginando?

CAPÍTULO 19

Ruby

Miré por encima del hombro, siguiendo la dirección que me indicaba con el dedo índice. La furgoneta en cuestión era la que Cooper conducía para repartir los pedidos del colmado; sin embargo, creía recordar que no era suya, sino de su hermano; este se la prestaba porque él pasaba más tiempo en la ciudad que aquí; además, conducía un coche de esos que ni ruido hacían, como si fuera una nave espacial.

—Te refieres a esa blanca, ¿verdad?

Tenía que ser, porque no había otra a la vista.

—Sí, justo esa. ¿Conoces al dueño? ¿Vive por aquí? ¿A qué se dedica? —Cogió carrerilla.

—Eh, frena un poco, ¿no? ¿A qué viene tanta pregunta? Ni que fueras un poli y me estuvieras interrogando.

Se quedó lívido y el rictus de esa cara que tanto me gustaba cambió por completo.

—Parece que has visto a un fantasma. ¿Estás bien?

Asintió con lentitud.

—Lo siento, no era mi intención atosigarte. Creo que me he pasado.

—No importa. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí, seguro.

Desvió la mirada; parecía nervioso y algo alterado, pero ¿por qué?

—La furgoneta la conduce Cooper, pero es de Brady.

Volvió a mirarme con interés renovado; no por mí, sino por la información.

—¿Y quién es Cooper?

—Es el chico que trabaja conmigo en el colmado, tienes que conocerlo. Reparte los pedidos y me ayuda con el almacén. ¿Por qué? ¿Te ha pasado algo con él?

Negó con la cabeza, pensativo.

—No, es solo que me parece que conduce demasiado rápido por el pueblo. Un día de estos tendrá un disgusto, ya lo verás.

Achiné los ojos.

¿Cooper conduciendo rápido? Eso no me lo creía. De cualquier otro, sí, pero no de él. Era un chaval encantador que siempre vivía pendiente de su madre. Se preocupaba por las personas mayores y le hacía mucha compañía a su abuelo Jo.

—Probablemente, no fuera Cooper el que condujera —razoné—. O puede que tú estés confundido. Esa no es la única furgoneta blanca que existe.

—¿Cuántas como esa hay en el pueblo?

Me encogí de hombros, calculando y dándome cuenta de que, en realidad, sí, esa era la única de ese estilo por aquí.

—Solo esa, ¿verdad?

—La del pescadero también es blanca y viene dos o tres veces a la semana. Aunque creo que es más grande. ¿Me vas a decir de una vez a qué viene tanta pregunta? Y no me salgas con lo de conducir rápido porque no me lo trago. Máxime si incluyes a Cooper en la misma frase.

Chasqueó la lengua.

—No importa, olvídalo.

Me crucé de brazos, molesta.

—No puedes hacer eso, Adam.

—¿El qué?

—Preguntar, preguntar y preguntar, y cuando te toca a ti responder, echar balones fuera y quedarte tan ancho.

Suspiró.

—Lo siento, créeme que solo es curiosidad.

—Ya, qué remedió me queda.

El sexto sentido me decía que me estaba mintiendo a la cara y que algo había pasado con esa furgoneta u otra muy parecida; algo que no quería contarme, pero que a él lo tenía preocupado o interesado, aún no lo tenía muy claro. Lo que Adam no sabía, o parecía haberse olvidado, era que, aquí, en Mountain Brooks, tarde o temprano, nos enterábamos de todo, así que lo dejé correr; por ahora.

Respiré hondo y exhalé con lentitud.

—¿Y bien? ¿Cómo piensas ayudarnos con lo de Nial? —exclamé, cambiando el rumbo de la conversación.

Volvió a tensarse. Lo noté en los hombros y en lo blancos que se le pusieron los nudillos de la mano al coger la botella para darle un trago.

Me escudriñó con intensidad.

Yo hice lo mismo.

Durante unos segundos eternos y electrizantes.

—¿Quieres tomar otra? —Señaló la consumición.

—No.

—¿Damos un paseo?

Miré la hora en el reloj.

¿Un paseo ahora, cuando empezaba a oscurecer?

«Quiere estar a solas contigo».

¿No sería más bien que se arrepentía de haberse ofrecido a ayudarnos con la búsqueda de Nial? En la última media hora se estaba comportando muy raro y no entendía nada.

—Vale —accedí—, demos un paseo.

La silla chirrió cuando la aparté para ponerme en pie; me puse la chaqueta y me colgué de los hombros la pequeña mochila mientras él se acercaba a la barra a pagar la cuenta. Algo le susurró Tucker que le hizo gruñir; conociéndolo, seguro que alguna advertencia. Adam no parecía de los que obedecieran mucho ante tales cosas.

Me despedí de Tuck y del resto de la gente, esperando a Adam fuera, junto a la puerta.

Cinco minutos después, ambos caminábamos en silencio en la dirección opuesta a casa.

—¿Qué tenéis de él? —indagó rompiendo el silencio por fin.

Yo no sabía cómo hacerlo, sinceramente.

—¿Te refieres a Nial?

—Es la persona a la que estáis buscando, ¿no?

¿A qué venía ese tonito condescendiente?

—Oye, si te arrepientes de tu ofrecimiento, no pasa nada, ¿vale?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué?

Resopló.

—Perdón, estoy cansado.
—Pues lo dejamos y punto.
Di media vuelta, pero no me permitió dar un solo paso.
—Dime qué tenéis de él —pronunció más calmado.
En serio... ¿Qué leches le pasaba a este tío? Su actitud empezaba a mosquearme y prefería irme a mi casa que tener este runrún en la cabeza.
«Ya, claro, como si ese “runrún” fuera a desaparecer porque tú te vayas a casa».
—Fotografías, eso es lo único que tenemos.
—¿Fotografías?
—Sí. Caroline, que es una experta navegando por Internet, se ha descargado una aplicación de reconocimiento facial y piensa que puede darnos una orientación de cómo sería él después de tantos años.
—¿Y esa aplicación es de fiar?
—No lo sé, ella dice que sí, que la policía empezó a utilizarla para casos de desapariciones muy antiguos.
—Ah, ¿sí?
—Eso dice, aunque a veces es un pelín exagerada.
—¿Puedo verlas?
—¿Las fotografías? Las tengo en casa, Carol las ha escaneado y las lleva en el portátil. ¿Por qué...? —Carraspeé—. ¿Por qué quieres verlas?
Sonrió de medio lado.
—¿Para saber cómo es el chico en cuestión? Mira, conozco a alguien que, con una imagen y unos cuantos datos, puede decirnos hasta si tienes antecedentes policiales y todo.
—¿En serio?
—Como lo oyes —se jactó—. ¿Me las vas a enseñar o no?
Ay, Dios, ¿eso había sonado raro o solo me lo parecía a mí?
Menos mal que el color de las mejillas no se me veía, o eso creía, porque, si no...
—¿Ahora? —balbucí.
—Ya que estamos, sí, ahora sería un buen momento.
El pulso se me disparó a la vez que los latidos del corazón.
¿Adam en casa por la noche y solos? ¿Con esto tan potente que vibraba entre nosotros, aunque nos empeñáramos en obviarlo? ¿No era una idea pésima?
«Tienes una mente un poco calenturienta».
Ya me daba cuenta, ya.
Evité abanicarme con la mano y sonreí para disimular el azoramiento que, de pronto, llevaba encima.
—¿Te encuentras bien?
¿Que si me encontraba bien?
¡Pues claro que no!
«Respira, respira, respira».

Nial

Tenía una carcajada a punto de salir de la garganta; a duras penas la contuve, gracias a Dios. No quedaría muy bien que se me escapara en este momento, cuando ella parecía estar teniendo un dilema consigo misma; uno peliagudo, por la consternación que mostraba y... ¿la vergüenza?

Joder, ¿en qué estaría pensando para ponerse así de improviso? Me moría por saberlo, pero no iba a preguntar, por supuesto; pasaba de complicarle la vida un poco más.

«Como si no lo estuvieras haciendo ya bastante, macho».

Yo diría más bien que la que se estaba complicando era la mía, pero, bueno, podíamos dejarlo en que eran las dos y punto; de todos modos, tarde o temprano iba a odiarme, así que ¿qué más tenía que perder?

Aparté la mirada, dejando que se relajara y el rubor de las mejillas disminuyera. Un rubor que había empezado a ascender por el cuello en cuanto le pedí que me las enseñara.

¡Mierda!

Volvieron las ganas de reír y tosí para disimular.

Tenerlas creyendo que un colega podía dar con Nial no era mala idea; así Carol no insistiría con el tema y, cuando me preguntaran, les daría largas y santas pascuas.

Ruby respiró hondo varias veces.

—¿Te encuentras bien?

Me miró como si quisiera arrancarme la cabeza o algo.

Apreté los labios, esperando una respuesta que tardó varios segundos en llegar; justo después de dos o tres bocanadas de aire más.

—Creo que me ha sentado mal la cerveza que me tomé en el Anny's. Náuseas y eso —explicó.

Hostias, ¿pensar en estar a solas conmigo le había dado ganas de vomitar? ¿Qué coño significaba eso?

«Nervios, capullo».

Ah, vale, eso podía ser, sí.

Sin planearlo ni nada, me acerqué y la abracé, pillándola por sorpresa. Le acaricié la espalda arriba y abajo con la palma abierta.

—¿Mejor? —indagué después de un rato.

—Sí, gracias.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día?

—No, vamos.

No aparté la mano de la suya, entrelazando los dedos.

«¿Y si alguien os ve?».

Me la sudaba. De tirados, al río.

Tardamos en llegar a su casa..., no sé, ¿diez minutos? Sin hablar, cada uno perdido en sus pensamientos. No tenía ni idea de cuáles eran los suyos, pero sí muy claros los míos; y, por el bien de ambos, esperaba no llevarlos a cabo bajo ninguna circunstancia.

«¿Podrás contenerte?».

No estaría demás rezar por ello.

No sirvió de nada.

En cuanto la puerta se cerró detrás de mí, a oscuras y en medio de una cocina llena de sombras, fue ella la que se abalanzó buscándome la boca. Fue ella la que me aprisionó contra el frigorífico, tirando al suelo unos cuantos imanes. Fue ella la que me enroscó los brazos alrededor del cuello e introdujo la lengua con fogosidad, moviéndola alrededor de la mía con un movimiento lento pero a la vez urgente, y poniéndome de cero a mil en cuestión de milésimas de segundo.

¿Quién podía resistirse a algo así? Yo no, desde luego.

La mente ya se me nubló del todo con el primer beso y me sobraba la ropa; la mía y la de

ella. Ansiaba sentir el calor de ambas, rozándose; ansiaba meterle la mano entre las piernas y empaparla del todo para mí; y, sí, también ansiaba perderme en su interior, llenándola por completo, llevándonos a los dos al lugar en el que deberíamos estar, juntos; el puto paraíso.

«Sin embargo...».

Gruñí, forzando la separación de los labios y apoyando la frente en la suya. La respiración muy agitada. El corazón a dos mil revoluciones por minuto.

—Ruby...

Cerró los ojos.

—No digas nada y vete, por favor.

Asentí.

Dadas las circunstancias, era lo mejor.

CAPÍTULO 20

Nial

Me costó Dios y ayuda bajar aquellas escaleras y doblar la esquina del edificio, dándome la luz de una farola de lleno en la cara. Sí, había sido lo mejor, teniendo en cuenta que le estaba mintiendo y haciéndole creer que era otra persona; sin embargo, joder, me sentía como el culo y la respiración no terminaba de aposentarse y volver a su ritmo normal. ¿Quién frenaba algo así? ¿Quién en su sano juicio se apartaba de los mejores labios que había probado en la vida y lo volvían loco?

«¿Uno al que aún le queda algo de sentido común?».

¿Sentido común? ¿Seguro que a mí me quedaba de eso?

Entré en casa y encendí la luz, dejando las llaves sobre el aparador.

¿La había incitado de alguna manera a actuar así y ser tan impulsiva o le había salido de dentro? Porque cuando cruzamos aquella puerta, yo estaba pensando en lo mismo y rezando para que la contención no me fallara.

«No digas nada y vete, por favor», escuché de nuevo su voz al susurrarme esas palabras. ¿Se había arrepentido de sus actos antes o después de que yo me apartara? Seguro que ahora estaría cagándose en toda mi estampa y creyéndome el tío más miserable del universo.

Resoplé, frotándome la cara, sin saber qué pensar.

Pasé por la cocina y cogí del frigorífico un botellín de agua antes de encerrarme en la habitación de trabajo. Allí encendí el flexo que había sobre el pequeño escritorio y me senté en la silla giratoria; era comodísima, pero no estaba a gusto de todos modos; la silla no era la culpable, por supuesto. Me recliné en esta y repasé la reunión con Sahale y Maverick, obligándome a dejar de pensar en lo que no debía y enfrascándome de lleno en el trabajo. Cogí una de las cartulinas, dispuestas sobre la mesa, y empecé a escribir las anotaciones mentales que había hecho durante la reunión de hoy; ¿cuál era la razón social de esa empresa de limpieza? ¿Quién o quiénes eran sus dueños? Las otras personas detenidas y que murieron igual que mi padre eran de los alrededores de Kingston y Knoxville; en la primera tenía su sede dicha empresa, pero ¿en la segunda? ¿En los pueblos colindantes? ¿Qué contratos tenían por la zona? Bebí del botellín de agua y cogí otra cartulina, centrándome en la señora Florence Mills, subrayando su nombre varias veces. ¿Existía alguna denuncia interpuesta por esta mujer en las comisarías cercanas? Ya sabíamos que era una mujer rara y solitaria. ¿Tenía motivos para serlo o era esa su naturaleza? ¿Por qué no éramos capaces de encontrar a ningún miembro de su familia? ¿No tenía o no querían saber nada de ella?

«Si tuviera familia, saldría en los registros civiles, ¿no?».

Cierto.

Entonces, ¿la había traído la cigüeña o qué cojones pasaba con ella? Porque no me lo explicaba, joder. ¿Ni siquiera tenía un representante legal que se hiciera cargo de sus cosas? Alguien tenía que estar haciéndose cargo de costear la residencia y tratamientos, ¿no?

«Eso es, exponlo mañana en la reunión».

Sí, a ver si el gilipollas de Sahale no me tocaba mucho las narices. Que sí, que era buen tío y todo eso, pero a mí ya me tenía un poco hartó esa conducta tan... ¿suya y radical?

Terminé con el agua y suspiré, cansado.

Antes de irme a la cama, también escribí todo lo descubierto hoy de la furgoneta blanca. Ruby tenía razón y no sería la única de la zona; estaba esa y la del pescadero, que ella recordara, claro. Cambié el rotulador para recalcar tres palabras: Cooper, Brady y pescadero, dibujando a continuación tres líneas paralelas.

Bostecé, llevándome la mano a la boca.

«Hora de cerrar el chiringuito por hoy».

Aún me llevó más de quince minutos meterme en la cama y ojalá pudiera decir que el cansancio me dejó noqueado en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, pero no fue así. Para mi desgracia, di más vueltas que el molinillo de café del bar más concurrido de Tennessee. Luego, soñé muchísimo. Con Ruby y con el empotramiento contra el frigorífico.

Me desperté seis horas más tarde.

Empalmado.

Y más caliente que el picaporte de una sauna.

La ducha fría me sentó de puta madre, espabilándome y limpiándome del sudor de la noche que pasé entre esas imágenes tan subidas de tono; ya podía ese sueño hacerse realidad, para qué engañarnos si era lo que deseaba con todas mis fuerzas.

«Entonces, ¿por qué la frenaste ayer?».

Porque no era así como quería que sucedieran las cosas entre nosotros y fin de la historia.

Me hice un café y lo acompañé con tres bizcochos individuales y rellenos de chocolate; me vestí, me peiné con los dedos y me calcé una vez en la puerta.

No me miré al espejo antes de salir a la calle.

«¿Has pensado ya cómo vas a enfrentarte a Ruby cuando la veas?».

Frené el paso en seco.

Hostia, pues no, no lo había pensado. Igual ni me dirigía la palabra. ¿Por qué me sentía tan culpable si se suponía que había hecho lo correcto?

«Porque eres gilipollas».

Genial, gracias.

«Y controla esa boca».

Gruñí por lo bajo, encaminándome al Anny's, donde había dejado aparcado el coche el día anterior.

Tucker estaba colgando en la pared de fuera el cartel de pizarra con el menú de hoy.

—Buenos días, madrugador —me saludó—. No parece que hayas pasado buena noche.

—Deja de dar por saco, anda.

Inspiré, llenando la pituitarias de...

—¿Qué es eso que huele tan bien? —exclamé con la boca hecha agua.

—Gofres. Recién hechos. Calentitos y muy esponjosos.

—¿Los has hecho tú?

—¿A ti qué te parece? —Sonrió burlón—. ¿No entras a comer un par?

Me encogí de hombros.

—Si insistes...

—Insisto.

No tuvo que decírmelo dos veces.

Qué mano para la cocina tenía este cabrón y qué buenos estaban estos gofres, coño; eran esponjosos, deliciosos y se deshacían en la boca.

Gemí de puro placer culinario.

—En la vida vi a nadie que disfrutara de la comida como lo haces tú, tío.
—Comer es uno de los mejores placeres de la vida, ¿no te parece?
—Totalmente de acuerdo, sí. —Me llenó la taza de café otra vez—. Oye, ayer al final no me dijiste qué hacías por allí arriba cuando te perdiste.
Verdad, me había olvidado de que el muy capullo se había reído de mí por eso.
—Una ruta.
Me escudriñó con los ojos entrecerrados.
—¿Una ruta?
—Ajá.
Mastiqué, tragué y bebí.
—Por allá arriba no hay una mierda, tío, ¿qué ruta ni qué ruta?
—No sé, Arizona me dio la tarde libre y me apetecía conocer monte —hablé con la boca otra vez llena.
—¿Monte? ¿En serio?
—Sí, pero como ya sabes, me perdí. Por cierto, ¿cómo hago para subir a la montaña esa que se ve desde el claro del bosque? —Aproveché la circunstancia.
—¿Te refieres a la que va bordeada por un camino de cabras?
—Sí, justo esa.
—Para coger ese camino tienes que salir del pueblo y girar a la derecha. Andando.
Me limpié con la servilleta.
«¿Andando? ¿Y la furgoneta qué?».
—¿Son muchos kilómetros? —Quise saber de todos modos. Ya averiguaría lo demás.
—Cinco o seis.
—¿Y seguro que por allá arriba no hay nada interesante ni digno de ver?
—Ya te lo dije, no. ¿Por qué estás tan interesado en ella?
—Por nada en concreto.
—Ya —masculló.
Saqué un billete de la cartera y lo dejé sobre la barra.
—Delicioso desayuno, cariño —dije para despedirme.
El trapo de cocina me dio de lleno en la cara.
Y salí del bar riéndome a carcajadas.
«Próximo destino».
La granja de los Brooks.

Ruby

¡Estúpida, estúpida, estúpida!
¿A quién se le ocurría abalanzarse sobre un tío así, de buenas a primeras? Pues a mí, claro.
«A ver, de buenas a primeras no, no exageres».
Daba igual, lo había hecho y punto.
¡Qué vergüenza, por Dios! ¿Cómo iba a mirarle ahora a la cara? Seguro que el pobre aún estaba flipando y todo. Es que ¡madre mía!, ¡madre mía, qué fuerte! Yo no era así y nunca lo había sido. Me desconocía por completo, en serio. ¿Dónde estaba la Ruby Miller de siempre y quién era esta impostora?
El reflejo del espejo me devolvió unas cejas fruncidas, sombras debajo de los ojos y poco más.

«No pasa nada, mujer».

¿Que no pasaba nada? ¿Nada? ¡Anda que no! Para mí pasaba todo, leches; que yo nunca había sido tan impulsiva ni me había dejado llevar de esa manera tan... ¿fogosa? ¿Desesperada? ¿Necesitada?

«Necesitada, no».

Sí, necesitada y mucho, para qué engañarnos si era la pura verdad. A saber lo que Adam estaría pensando de mí. Me cago en la leche, no quería ni imaginarlo siquiera.

«Pues no lo hagas y deja el tema».

Ya, como si fuera tan fácil.

Me trencé el pelo y me eché crema hidratante en la cara.

No existía nada en el mundo de la cosmética que arreglara el estropicio de cara que me traía; de eso estaba segura, vaya.

El sonido del teléfono me asustó.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño.

—Es muy temprano para que me llames, ¿va todo bien?

—Bueno... —dudó—, depende de cómo lo mires.

No pude evitar ponerme nerviosa.

—¿Qué pasa, mamá? Me estás asustando.

La inhalación al otro lado del aparato me enervó aún más.

—¿Mamá? —apremié.

Soltó el aire de golpe igual que las palabras:

—Papá va de camino, ayer te vio de paseo con el chico ese e ibais cogidos de la mano...

Dejé de escucharla y se me nubló la mente.

¿Qué? ¡No! ¡Mierda! ¡No!

Pero sí. Era un sí como una casa de grande.

—... Mucha suerte, tesoro.

Me dejó con la boca abierta y la palabra en la punta de la lengua.

«¿Y si te haces la dormida?».

Imposible.

«¿La enferma?».

Ni de coña, a ver si encima se iba a pensar que habíamos pasado la noche juntos y que yo estaba agotada de...

«¡Puaj!».

Los golpes en la puerta no tardaron en sonar. No corrí a abrirla, evidentemente, me lo tomé con mucha calma; tanta que papá insistió e insistió como un millón de veces más.

Me salió una sonrisa trémula al verlo.

Él me recorrió de arriba abajo con la mirada y luego escudriñó lo que se veía de la cocina con mucho interés.

—¿Estás bien? ¿Por qué has tardado tanto en abrir?

Me apartó, colándose dentro, alerta y con los ojos buscando en todas direcciones.

Se me escapó la risa.

—Estoy sola, papá.

Achinó los ojos para mirarme, cruzando los brazos.

—Te ha llamado tu madre, ¿eh?

—Sí.

—Mala pécora.

Tenía veintiocho años, ¿cómo iba a caerme una bronca por ir de la mano con un chico?
Porque no habría bronca, ¿verdad?

CAPÍTULO 21

Ruby

Pues no, no hubo bronca, solo una charla amigable con un padre que parecía encantado de la vida por que su hija se hubiera echado un novio nuevo. Incluso me animó a quedar más con él, dejándome tan estupefacta que no supe siquiera qué decirle al respecto. A ver, siendo una persona adulta, no creía necesitar el beneplácito de mi progenitor para estos menesteres; máxime cuando entre Adam y una servidora, en realidad, no existía nada de nada; salvo unos pocos besos de los buenos, eso sí.

«Menos mal que no se te escapó lo que le hiciste al pobre chaval la otra noche».

Caroline me miraba con la boca abierta, más o menos como había hecho yo, hacía dos días, con las palabras de mi padre.

—Entonces, ¿solo fue a tu casa para felicitarte? —exclamó.

—Por lo visto, sí. ¿Qué más iba a hacer? Ya sabes cómo es. Bueno, cómo son. A los dos se les ve el plumero a leguas y seguro que llevan este par de días partiéndose de risa a mi costa.

—¿Crees que tu madre te llamó alarmándote para ponerte nerviosa a propósito y asustarte?

—¿Acaso lo dudas? Porque yo no. Ella fue la primera que dijo que era tonta si no disfrutaba de la vida, cómo y con quién me diera la gana. Seguro que mi padre me vio esa noche con Adam y, cuando llegó a casa, a saber qué fue lo que le contó a mamá. A ninguno de los dos les caía bien Paul. Y sobra decir que a mi padre le hubiera gustado darle un buen susto. O puede que un par de puñetazos.

Giramos en la bifurcación y cogimos la cuesta, subiendo por la parte de atrás de la granja de los Brooks en dirección a ningún sitio en concreto. Carol quiso quedar en el Anny's, pero a mí me daba muchísima vergüenza encontrarme allí con Adam, así que la convencí para variar un poco nuestra rutina.

—Lo de los puñetazos no lo descartes aún —masculló.

No lo hacía, sobre todo si a Paul le daba por cumplir esa amenaza que lanzó la última vez que nos vimos, el día de mi cumpleaños. No dudaba, ni por un segundo, de que mi padre con mucho gusto lo mandaría a la mierda de una buena patada en el culo.

«Y a ti te encantaría verlo, ¿eh?».

Pues no, la verdad; pero en vista de que no sabía captar la indirecta, bastante directa, de que no quería volver a verle ni a saber de él, pues ¿qué iba a hacer si no me hacía caso y un día de estos se presentaba aquí a dar por saco? Esta vez lo tenía bastante claro, no sería yo la que frenase a mi padre.

—Y, bueno, cuéntame... ¿Se las enseñaste a Adam?

Un calor inmenso me recorrió el cuello y parte de la cara.

A Carol se le escapó la risa y se guaseó:

—Me refiero a las fotos, no a las... —Frenó en seco, observándose por debajo de las pestañas—. ¿Qué más le has enseñado a Adam aparte de las fotos, Ru?

—Nada —aseguré con énfasis, apretando los labios.

«Demasiado rápido para que se lo crea».

Ya, acababa de darme cuenta de que, con esa reacción, su interés sería más grande y no

dejaría de darme la lata hasta que tuviera en su poder toda la información.

Chasqueó la lengua, cruzándose de brazos.

—¿Nada? ¿Y por eso te pones tan colorada? ¿A quién quieres engañar? Te conozco desde hace mil años, Ruby Miller, desembucha ahora mismo si no quieres que...

—Le besé, ¿vale? Me abalancé sobre él en cuanto cruzamos el umbral de mi casa, maldita sea —confesé abochornada ante tanta presión.

—¿Que hiciste qué? Repítelo.

Llené los pulmones de aire, apartando la mirada.

—Me abalancé sobre él en cuanto cruzamos el umbral de mi casa, ¿contenta? Un poco más y violo al pobre hombre.

El eco de sus carcajadas rebotó contra los árboles que nos rodeaban.

—No te rías, no tiene gracia —refunfuñé como una niña pequeña.

—Ostras que no, Ru, solo de imaginarlo...

Se limpió las lágrimas que se le deslizaban por las mejillas a toda velocidad.

—Pues no lo hagas, no te lo imagines. Y deja de reírte, coño.

Se dobló por la mitad, cogiéndose la barriga.

—Ojalá... ojalá pudiera, pero es un... un... no parar.

Y venga a reírse la muy arpía.

Cogió aire, volvió a soltarlo y se enderezó, con los labios temblorosos.

—Por favor —supliqué—, para ya.

Negó con la cabeza, murmurando:

—Te juro que lo estoy intentando con todas mis fuerzas.

Le di una patada a una piedra pequeña.

Sí, estaba siendo un poco infantil. ¿Y qué?

Se llevó la mano al pecho y suspiró.

—¿Ya? —gruñí.

Suspiró.

—Ya. Y, ahora, explícame con todo lujo de detalles.

Nos sentamos a la orilla del camino y lo hice, se lo conté todo, palabra por palabra, y después de secarme el sudor de la frente sin mentalizarme de que podía ser que las carcajadas regresaran cuando tuviera en su poder toda la información.

No lo hicieron. No regresaron.

—¿No vas a decir nada? —demandé al verla tan callada.

Caray, eso era tan raro en Carol que asustaba un poco. No sé, al esperar otra reacción por su parte, ahora ya no sabía qué pensar.

—Debe de gustarte un montonazo para que hayas hecho algo tan impulsivo, Ruby, tú no eres así.

Cerré los ojos.

—Ya lo sé, pero me atrae tanto... No puedo explicar con exactitud lo que me pasa cuando estoy con él, ¿sabes? Es raro y... electrizante.

—¿Te había pasado alguna vez? —indagó.

—No con esta intensidad. No sé si me explico. Con Paul..., bueno, sus besos y todo eso me gustaban y me ponían, por supuesto. Sin embargo, lo que sentía con él no está al mismo nivel de lo que siento cuando beso a Adam. Se me pone el vello de punta con un solo roce suyo, Carol. ¿Lo ves normal?

—Lo que veo normal es que ese tío te flipe, cariño, está como un cañón. Te desafía y te da

vidilla. Y es justo lo que necesitas para pasar página con Paul de una vez por todas.

—Ya he pasado página con Paul, ¿te lo has perdido o qué?

—Ya sabes a qué me refiero, Ruby.

—No, no lo sé.

—¿Te ves teniendo una relación con Adam a largo plazo o solo divirtiéndote?

Me encogí de hombros.

—¿Y si me enamoro de él qué?

Me clavó la mirada, seria.

—¿La verdad? —Asentí—. Creo que estás a un tris de caer rendida a sus pies, cielo.

—¿Y eso sería bueno o malo?

—Depende de si ambos estáis en la misma honda o no.

—Entiendo.

—Relájate y diviértete, Ruby. No hay prisa y tú mandas, siempre, que no se te olvide.

—No parece que Adam sea de la clase de tío que va a lo suyo y no respeta. Si él no me hubiera parado, Carol, uf...

—Bueno, el innombrable tampoco lo parecía y mira lo que resultó.

—Tienes razón —admití—, aun así...

—Ya tienes el beneplácito de tus padres, Ruby Miller, ¿qué más necesitas?

Me reí.

—¿El de Adam quizá?

—Buah, nena, el suyo lo tienes con un chasquido de dedos, te lo puedo asegurar.

—Ya veremos.

—¿Lizzy lo sabe? —preguntó.

—No ha vuelto a hablar conmigo desde el otro día, así que no, no lo sabe.

—Ya, conmigo tampoco habla.

—Tiene un cabreo de los gordos —aseguré.

—Estoy pensando...

—¿Qué? —la interrumpí.

—¿Y si vamos el fin de semana a Nashville y nos disculpamos como Dios manda? —propuso, sacándome una sonrisa enorme.

—Me gusta la idea.

—Bien, yo me encargo. —Chocamos los cinco—. Una última cosa, lo de este cambio de rutina...

—Olvidalo.

Me puse en pie, extendiéndole la mano para ayudarla.

Se sacudió la tierra del trasero, mirándome burlona.

—¿Significa eso que si ahora vamos al Anny's no vas a morirte de la vergüenza si él está allí?

Resoplé, haciéndome la indignada.

—Significa que lo dejes estar.

—Cobarde.

—Petarda.

Los tres kilómetros y pico de regreso al pueblo los hicimos en un suspiro; al menos eso fue lo que me pareció a mí. Posiblemente, porque estuviéramos enfrascadas en la preparación del fin de semana en la capital; solo esperaba que, con la idea de Carol, no estropeáramos los planes de nuestra amiga y empeoráramos aún más las cosas al aparecer por allí de sopetón. Al que no iba a

gustarle, fijo, era a Nate; podía asegurar, sin miedo a equivocarme, que él tampoco nos soportaba a nosotras y que por eso no venía tanto al pueblo como a nuestra amiga le gustaría. De lejos se le notaba que llevaba fatal eso de compartirla con sus amigas de toda la vida.

«Aj, capullo».

Sí, pero era su capullo y no nos quedaba otra que tragar y respetar. Era su elección, y si la hacía feliz, pues nos tocaba cerrar el pico y no complicarle las cosas con nuestras miraditas y comentarios fuera de lugar.

A Carol le sonó el teléfono.

—Soy yo, sí. —Puso los ojos en blanco—. ¿Ahora? Vale, si no queda más remedio... De acuerdo, dame diez minutos y te vuelvo a llamar. Perfecto, hasta dentro de un rato.

Guardó el teléfono y me miró.

—Lo siento, las cosas están raras en la empresa y necesitan que les envíe unos archivos para la reunión de mañana. ¿Hablamos más tarde para concretar lo del fin de semana?

—Sí, perfecto.

Miré el reloj en cuanto perdí de vista a Caroline y me fijé en que la luz del estudio de mi madre estaba encendida; seguro que estaba terminando algún trabajo de última hora.

Crucé la carretera y corrí cuando vi que una moto venía a más velocidad de la permitida.

—¡Más despacio! —chillé desde la acera.

Ojalá lo pillara el *sheriff* o Sahale, así se enteraría de lo que valía un peine por no respetar los límites de velocidad el capullo ese.

Las campanillas que colgaban encima de la puerta del estudio de mamá sonaron cuando la abrí.

—Hola —saludé al encontrarme con sus ojos—, ¿qué haces trabajando todavía?

Algunas de las fotografías de mi cumpleaños estaban dispersas por el mostrador, hecho que me extrañó un poco.

—La abuela me ha pedido unas copias y estaba guardándoselas en un álbum —explicó.

¿Por qué parecía estar nerviosa?

—¿Va todo bien, mamá?

Escudriñó una de las fotografías y exhaló con fuerza, soltando de golpe:

—Tengo la sensación de que conozco a este chico de algo y no sé de qué.

Su dedo índice señalaba la imagen de Adam.

El estómago me dio un vuelco.

Pues ya éramos dos.

CAPÍTULO 22

Nial

Sutton era uno de los pueblos que colindaba con Mountain Brooks y no tenía nada que ver con este. Para empezar, disponía de un colegio grande, un centro comercial y una sala de cine; por no hablar del número de habitantes, que era bastante superior. También contaba con un edificio que presumía de ser el ayuntamiento y que ocupaba la plaza central del pueblo.

Primera vez que estaba aquí.

Y era por trabajo.

Crucé dicha plaza, levantando a mi paso el vuelo de un grupo de palomas y fijándome en todo lo que alcanzaba a ver a mi alrededor. Giré la cabeza cuando uno de esos bichos pasó rozándome la sien con las alas.

¡Putos pajarracos!

«¿No te gustaría ser un pájaro?».

¿A qué venía esa pregunta? ¿Chorradas de una mente que iba por libre y podía estar saturándose al no encontrar nada que esclareciera el puñetero caso? No, no me gustaría ser un pájaro; sin embargo, si lo fuera, tenía muy claro en quién cagarme encima.

Subí los tres peldaños que llevaban a la puerta del ayuntamiento y crucé esta como si no fuera la primera vez que entraba allí. No había concertado ninguna cita y lo más probable era que no me atendieran y el viaje hubiera sido en balde, pero aquí estaba de todos modos; igual tenía suerte y me sorprendía.

La señora del mostrador sonrió al ver que me acercaba; amable, dispuesta y atenta. Parecía un buen comienzo, ¿no?

—¿Puedo ayudarle en algo?

Le expliqué quién era y lo que necesitaba averiguar.

—Un momento, por favor, voy a ver si el administrador municipal puede atenderle, porque imagino que no tiene una cita programada, ¿me equivoco? —tanteó, ojeando la agenda que tenía frente a las narices.

Le mostré la mejor de las sonrisas.

—No, no se equivoca.

—Me lo imaginaba.

Levantó el auricular del teléfono fijo y marcó una extensión que memoricé por si las moscas; nunca se sabía. Habló unos pocos segundos, sin perder nunca esa sonrisa y sin cambiar el tono de voz. Más que hablar parecía susurrar; el tono era calmado, bajo y envolvente.

—William le atenderá en diez minutos —dijo, tapando el auricular con la mano—. Segunda planta, puede esperar en la salita del fondo —indicó después.

—Muchas gracias... —Miré la plaquita de identidad que llevaba prendida de la solapa de la chaqueta y sonreí—, Bertha.

—No hay de qué, joven, para eso estamos.

Pues sí, para eso estaban, pero no siempre te encontrabas con gente tan dispuesta a colaborar como ella, sinceramente.

En lugar de coger el ascensor, subí por las escaleras, atento a todo lo que pudiera captar a mi

paso; no fue gran cosa: un cotilleo a la derecha, la entrega de un paquete a la izquierda y el sonido de una cafetera al fondo.

No me dio tiempo a llegar a la salita.

—¿Adam Ruzek? —sondeó un chico de mi edad, más o menos.

—Sí. ¿William?

Asintió, indicándome con un gesto de la mano que lo siguiera.

El despacho estaba justo al lado.

—Y bien, señor Ruzek, ¿qué puedo hacer por usted?

—Tutéeme, por favor.

—Solo si tú también lo haces.

—Por supuesto.

—Adelante.

Me puse todo lo cómodo que pude en esta butaca moderna en la que me había sentado, frente a su mesa, y solté de carrerilla lo que había venido a buscar sin profundizar demasiado en la investigación que nos traíamos entre manos; rezando y esperando que creyera que era un periodista novato y que mi trabajo era escribir un artículo del mantenimiento de los edificios estatales y públicos; colegio, parques, el mismo ayuntamiento...

Para hacer más creíble el paripé, saqué un bloc de notas del bolsillo y un bolígrafo.

—¿En qué consiste el artículo, exactamente? —preguntó.

—Necesito saber qué tipo de contratos hace el ayuntamiento con las empresas de limpieza y mantenimiento, entrevistar a algún trabajador de dicha empresa y corroborar si se cumple el servicio y los usuarios están satisfechos, ya me entiende.

—Veamos, para empezar, el mantenimiento de los edificios sale a concurso y el mejor postor se lleva el contrato por cinco años. La empresa que se ocupa de ello, en la actualidad, solo lleva trabajando para el ayuntamiento desde hace un par de años y, hasta donde yo sé, todo el mundo está encantado.

Fruncí el ceño, entendiéndolo a la perfección.

—¿Qué puede decirme de la empresa anterior? —inquirí.

Me miró extrañado.

—¿A qué empresa se refiere?

Le dije el nombre de la que yo sospechaba, esperando que arrojara algo de luz a mis pesquisas y a las de Sahale, ya que estábamos.

—Ah, sí, Limpiezas River. Hace bastante tiempo que no trabaja con este ayuntamiento ni con ningún otro. Tengo entendido que tuvo que echar el cierre debido a la falta de liquidez y algún que otro tema escabroso.

—¿«Tema escabroso»? —repetí sus mismas palabras con mucho interés y cuidado.

—Sí, hubo ciertos rumores, no sé si malintencionados o no, sobre la empresa.

—¿Qué tipo de rumores?

—Oh, bueno, ya sabes, los típicos: despidos improcedentes, alguna denuncia por acoso, incumplimiento de contratos... Todo fue un poco extraño, porque era la empresa que más facturaba de la zona y la que siempre solía llevarse el gato al agua al pujar grandes cantidades de dinero, ¿sabes?

«¿Blanqueamiento de capital quizá?».

Podía ser, sí.

«Si había pasta gansa, ¿entonces por qué se fue a pique?».

Eso me gustaría a mí saber.

Cada vez estaba más convencido de que esa empresa estaba metida en el ajo y había sido la causante de las desgracias de muchas personas; incluida la de mi familia.

Hice unas cuantas anotaciones en el bloc y tamborileé con el bolígrafo sobre este, pensativo.

—¿Puedo ver los contratos que este ayuntamiento firmó con esa empresa? —solicité, explicando a continuación—. Puede que algún extrabajador quiera concederme una entrevista.

Vi sus dudas reflejadas en la cara y supliqué:

—Por favor, soy nuevo en esto y el artículo es muy importante para mi carrera, ¿sabes? Si lo hago bien, puede que me contraten en el periódico local o, con suerte, en el de Kingston.

—Todos los comienzos son difíciles, lo sé por experiencia. Sin embargo, necesitas cubrir una solicitud y enviarla al departamento correspondiente. No puedo saltarme los trámites burocráticos así como así, compéndelo.

—Vamos, hombre, échame una mano y te prometo que te lo compensaré.

Suspiró.

—¿Quedará entre nosotros?

Asentí.

—Juro que sí.

Uno nunca hablaba de sus fuentes de información, a no ser que estuvieran implicados de algún modo, claro.

—No puedo enseñártelos directamente, peligraría mi puesto como administrador municipal, no obstante, si busco los archivos en el ordenador, dejo la carpeta abierta y luego voy al baño, pues... —pronunció todas esas palabras mientras tecleaba en el aparato.

Después, con un guiño, me dejó solo durante diez minutos.

Diez minutos en los que no descubrí gran cosa, pero sí me dejó constancia de que iba por el camino correcto al encontrar entre los trabajadores el nombre de una de las víctimas; en concreto, Joey Prysmian, que se encargaba del mantenimiento del colegio y, en aquella época, cargaba con bastantes deudas a sus espaldas. No, esto último no venía en ningún archivo del ayuntamiento, venía en el expediente del caso y lo tenía sobre la mesa del escritorio, en casa.

Cerré el bloc, le puse el capuchón al bolígrafo y guardé ambas cosas en el bolsillo interior de la cazadora.

Cuando William regresó, le di las gracias y me despedí de él, no sin antes volver a prometerle que su nombre no saldría reflejado en ninguna parte; al igual que me encargaría de que no quedara constancia de mi visita.

—No te preocupes por eso —dijo restándole importancia con la mano—. Al no tener una cita concertada no queda registrada, así que... —Se encogió de hombros.

—Genial. ¿Seguidor de los Titans? —exclamé señalando los complementos del equipo de fútbol expuestos en una de las estanterías.

—Hasta la muerte.

Le estreché la mano.

—Gracias por todo, William.

Una vez en el coche, me aseguré de que recibiera un bono de suscripción vip para ver a su equipo favorito cada vez que jugara en casa, desde un palco especial. Esa fue mi forma de agradecerle la ayuda prestada. También escuché dos mensajes que tenía en el contestador; uno era del sargento Beghe y el otro de Maverick; y ambos requerían mi presencia con celeridad. ¿Qué cojones habría pasado? ¿Estaba en algún lío por algo que ni recordaba?

Metí primera, me llevé una chocolatina a la boca y me incorporé al tráfico de la tarde.

Solo tardé veinte minutos en llegar a Mountain Brooks.

Me rugieron las tripas al pasar por delante de la cocina, pero seguí directo al despacho de Maverick donde, al parecer, les urgía mi presencia.

Llamé a la puerta y entré, quedándome de piedra al segundo.

¿Qué hostias hacía Tucker aquí? ¿Y por qué me miraban todos con esas caras?

Entorné la mirada, suspicaz.

—¿Qué sucede? —interrogué.

No me senté. Ni de puta coña. No lo haría hasta que me dijeran qué estaba ocurriendo, joder.

Maverick suspiró sin perderme de vista.

—Tucker Jones —masculló—, te presento a Nial Irwing.

«¿Qué coño...?».

Tuck ladeó la cabeza en mi dirección con mucha lentitud.

Tragué saliva, incómodo.

—¿Nial Irwing? —articuló—. No me jodas, tío.

No abrí la boca; no fui capaz.

—Nial trabaja con la Brigada de Inteligencia de Nashville y está aquí en una operación encubierta, Tucker, por eso se hace llamar Adam Ruzek —expuso Maverick.

—Entiendo —susurró, no muy convencido.

Yo seguía sin tener nada clara su presencia aquí, para qué mentir.

Sahale carraspeo y soltó, leyéndome la mente:

—Tucker tuvo sospechas sobre ti, comprobó la matrícula de tu coche y descubrió que era falsa. Tardó un suspiro en hablar con nosotros y ponernos al corriente. Por eso está aquí.

¡Mierda!

Me erguí, cabeza alta y mentón al frente.

—¿Sospechaste de mí? Pero ¿por qué, tío?

Se encogió de hombros.

—Para empezar, me extrañó mucho que siempre controlaras las cámaras de seguridad de la carretera general y que nunca acompañaras a Arizona a ningún lado. Lo siento, pero me costaba tragar eso del reconocimiento de los caminos y todas esas mierdas. Y, después, está lo de la insistencia por subir allí arriba. Siempre alerta, a la expectativa, no sé. Teniendo en cuenta las cosas que han sucedido en el pueblo, ¿qué quieres que te diga?

—Me preguntaste y te respondí que te hablaría de ello cuando pudiera —dije con los dientes apretados.

—Ya, pero no iba a dejar pasar el tiempo y arriesgarme a que pusieras a mi gente en peligro.

—Joder, Tuck, podías haber confiado un poco más en mí.

—No confío ni en mi sombra, tío.

«¿Y ahora qué?».

Sí, eso mismo, ahora qué.

CAPÍTULO 23

Nial

Ya era noche cerrada y la oscuridad del aparcamiento en la granja de los Brooks parecía la boca de un lobo; seguramente, otro apagón. Si no fuera por la luna llena, que arrojaba un poco de luz, ni siquiera vería la cara de Tucker y esos ojos encendidos que me escudriñaban con rabia, interés y algo más que no fui capaz de descifrar; ¿lástima tal vez? Esperaba que no fuera eso, odiaba que me tuvieran ese sentimiento cuando se enteraban de la desgracia de mi vida.

Me apoyé en el coche y esperé la reacción que no tardaría en llegar.

Ahí dentro, en el despacho de Maverick, se había hablado de todo y Tucker ya estaba al día de la situación; la verdadera, sí, nada de omitir ningún tipo de información. Ya que no quedaba más remedio, era necesario que supiera toda la historia, el proceso de la operación encubierta y lo que teníamos hasta el momento. En esa reunión improvisada, tuve que contarles la paranoia que tenía con la furgoneta blanca de los cojones y todas las veces que la había visto allí arriba aparcada, como si fuera una mancha de la propia naturaleza. No entendieron que me generara tanto interés y no les dieron importancia a mis sospechas; según Maverick, era época de caza y la veda estaba abierta desde hacía semanas. No quedé a gusto con la explicación y comprobaría el lugar con mis propios ojos; no tenía nada que perder por subir y echar un vistazo por los alrededores de la zona. También repasé con ellos las anotaciones del bloc conseguidas hacía unas horas en el ayuntamiento de Sutton, donde había visto, con toda la claridad del mundo, el nombre de Joey Prysmian en el expediente de la empresa de limpieza. Al darles el nombre de dicha empresa, Sahale hizo una pregunta al respecto, como si dudara de la veracidad de mis pesquisas y el criterio de mi trabajo. Si él era concienzudo a la hora de trabajar, yo también. ¿Que cómo estaba tan seguro de que River era el nombre de la empresa que investigábamos? Pues porque era una de las más grandes de la ciudad de Kingston y la única que se había ido a la mierda hacía un par de años; todo coincidía, maldita fuera, que dejara de joderme y se centrara en hacer su trabajo, que para eso estaba. Maverick había añadido que ese nombre le sonaba de algo y que, por más que lo intentaba, no le salía de qué. Tarde o temprano, lo averiguaríamos, y el pálpito que tenía desde hacía poco me decía que íbamos por el buen camino. Que le dieran por culo a Sahale y a sus preguntas tocapelotas; me tenía bastante hartó y un día de estos me iba a ver cabreado de verdad.

«No es mal tío».

Lo sabía, aun así, las ganas de arrearle eran tremendas.

«Ronda los cincuenta tacos, hombre».

¿Y qué importaba? Estaba en plena forma y seguro que se defendía de puta madre.

Tucker se movió, adelantándose y acercándose.

Me erguí, pero no descrucé los brazos.

—¿Nial Irwing? —exclamó con los dientes apretados.

—Lo siento —me disculpé de nuevo.

—¡Estás ayudándola a buscarte, joder!

—Fue idea tuya —repliqué.

En realidad, también se me había ocurrido a mí, pero bueno...

—Eso fue cuando pensé que eras Adam Ruzek, no... no...

—Ellas no van a encontrar a Nial y, de esta forma, puedo darle a Ruby alguna pincelada de mi vida sin que sepa que soy yo, ¿entiendes?

Cerró los puños a los costados.

—Lo único que entiendo es que así las tienes controladas, que es lo que te interesa.

Exhalé con fuerza.

—No pueden saber nada de mí, Tucker, al menos hasta que la investigación termine y pueda ser franco con ella y contarle toda la verdad.

—Le harás daño y yo tendré que matarte, Nial —pronunció mi nombre con lentitud—. ¿Recuerdas que te lo advertí? Pues yo siempre cumplo mi palabra.

Y me arreó un puñetazo que me echó la cabeza hacia atrás, crujiéndome el cuello y parte de la mandíbula.

«¡La hostia, menudo derechazo!».

¡Su puta...! ¡Ag, qué dolor!

Sin embargo, no me defendí y dejé que me cayera otro golpe del otro lado; luego, me enganchó por el cuello de la sudadera, aproximándose a su cara.

De la nariz, me goteaba la sangre.

Y la cara me dolía que te cagabas.

—Esto es solo un anticipo —graznó—. El día que Ruby derrame una sola lágrima por tu culpa, juro por Dios que te reviento a palos, Nial Irwing.

Me quedaba más claro que el agua que el palizón que me iba a caer sería de órdago, pero no podía hacer nada por evitarlo, salvo alejarme de Ruby y olvidarme de ella.

«¿Demasiado tarde para eso?».

Me temía que sí.

Me enderezó, colocándose bien la ropa.

—Ahora volvamos a tu papel, Adam, y dime cuándo tienes pensado volver a subir allá arriba.

Me limpié la nariz con lo que más a mano tenía: la manga de la sudadera.

Escupí.

—¿Por qué piensas que volveré a subir?

Se rio de medio lado.

—Porque, si yo estuviera en tu lugar, sería lo que haría. De hecho, ahora que mi hermana ha venido a pasar unos días y me echa una mano en el Anny's, pienso acompañarte.

—¿Qué? ¡Ni de coña, tío!

—Sí, sí que iré contigo y fin de la historia. ¿Mañana te viene bien? Cuanto antes lo hagamos, antes saldrás de dudas.

—Tucker...

—Me da igual lo que digas, iré contigo. ¿A qué hora quedamos? —insistió el muy cabezota.

Negué y expliqué:

—No puede ser mañana. Hay una reunión importante en Nashville y el sargento Beghe quiere que asista. Estaré fuera todo el fin de semana.

—¿El lunes?

—Ya veremos.

Suspiró.

—Vamos al Anny's, anda. Te invitaré a una birra y te ayudaré con eso —dijo señalándose la cara.

—Me la has dejado hecha un cuadro, capullo, que te den a ti y a la cerveza.

—Pudiste haberte defendido y no lo hiciste, ¿por qué?

Volví a escupir.

—Vete a la mierda.

Me subí al coche y salí marcha atrás, cruzando la mirada con él a través del cristal de la ventanilla.

Su dedo corazón fue lo último que vi antes de perderme en aquella negrura de noche.

Ruby

No le dije nada a mi madre de que compartía con ella la misma sensación sobre Adam y tampoco fui más allá sobre el tema; la conocía tan bien que seguro que estaría dándole vueltas hasta que diera con ello por su cuenta. Lo que sí le comenté fueron los planes que Caroline y yo habíamos hecho para el fin de semana y el motivo de estos.

—Así que Lizzy está enfadada, ¿eh?

—Y con razón, mamá, somos las peores amigas del mundo.

Sonrió, abrazándose.

—Eso no es cierto, lo sabe ella y vosotras también. Yo me haré cargo del colmado el sábado para que podáis iros el viernes.

—¿En serio?

—Sí, es un buen plan y me alegro de que hayáis decidido ir a pedirle disculpas a vuestra amiga en persona. Sabrá lo mucho que os importa en cuanto os vea aparecer. —Me acarició el pelo—. Aunque creo que eso ya lo sabe de sobra.

Le tomé la palabra, por supuesto.

Y por eso ahora estaba esperando a que Carol se dignara a salir de casa de una maldita vez; ansiosa por que nos pusiéramos en marcha, y que las casi tres horas que teníamos por delante hasta llegar a la capital pasaran en un suspiro. Incluso tenía preparada la música que nos acompañaría durante el trayecto; una recopilación de las canciones que más nos gustaban a las tres y que solíamos escuchar siempre que hacíamos una escapada juntas; lo que venía siendo una vez al año.

Volví a tocar el claxon, impaciente.

Carol vivía con su padre a las afueras de Mountain Brooks y en la dirección opuesta a la granja de los Brooks. Su madre los había dejado hacía años por un hombre mayor de la ciudad y no habían vuelto a saber más de ella. Pocas veces hablábamos del tema, aunque, en su momento, lo hicimos durante horas infinitas. Como ella misma decía, agua pasada no movía molinos y aquello estaba superado. Habían sufrido los dos y derramado muchísimas lágrimas por su culpa, no obstante, la herida hacía tiempo que cicatrizaba bastante bien.

—¡Hasta el domingo, papá! —chilló la loca esta, dándome un susto de muerte.

El señor Kenwood, su padre, se acercó al coche.

—Id con cuidado, ¿vale?, ya sabéis que hay mucho inconsciente en la carretera. Llamadme si os surge algún problema. Y avísame cuando lleguéis, pequeña.

Carol puso los ojos en blanco y yo me reí.

—Lo haremos, señor Kenwood.

—¿Cuántas veces te he dicho a lo largo de todos estos años que utilices mi nombre de pila, Ruby Miller?

Volví a reírme.

—Es la costumbre, señor... Jason —corregí al final.

Era guapo, alto y fuerte.

¿Por qué nunca habría rehecho su vida?

«Seguirá enamorado de su esposa».

Exesposa, se habían divorciado poco después de que ella los dejara y él no había puesto ningún impedimento a sus peticiones.

Nos pusimos en marcha, dejándolo allí plantado, despidiéndose con la mano.

—¿Galletas?

Miré a mi amiga, risueña.

—El viaje solo acaba de empezar, Carol, ¿ya tienes hambre?

—No, pero es lo acostumbrado. —Encendió la radio, tecleó por ahí y subió el volumen—.

¡Igual que esto! —gritó como una posesa.

¡Qué mal estaba de la cabeza!

¡Y cuánto la quería, leches! A las dos. A ella y a Lizzy. Eran lo mejor que me había pasado en la vida y por nada en el mundo quisiera perderlas.

Tamborileé en el volante con los dedos, siguiendo el ritmo de la música. Cantar se nos daba de pena, para qué engañarnos, pero lo hacíamos de todos modos; era catártico y sentaba de maravilla; además, el trayecto se nos hacía más corto y nos mantenía entretenidas.

Llegamos a Nashville pasadas las diez de la noche y, como era demasiado tarde para dejarnos caer por casa de Lizzy y darle la sorpresa, fuimos directas al hotel que Carol reservó días atrás.

—¿Deberíamos llamarla y decirle que estamos aquí?

—Entonces ya no sería una sorpresa, Caroline, tú siempre tan ansiosa.

—Se alegrará de vernos, ¿verdad?

¿Ahora le entraban las dudas?

«Tú también las tienes».

Inspiré hondo y respondí, no muy convencida:

—Eso espero.

CAPÍTULO 24

Ruby

Desperté desorientada, buscando a tientas a mi derecha sobre la mesita de noche el teléfono para ver qué hora era; no entraba mucha luz por la ventana y supuse que aún estaba oscuro ahí fuera. Me asusté al rozar unas piernas y fue entonces cuando recordé que no estaba en casa, sino en Nashville, y que Caroline dormía a mi lado como una bendita; de hecho, hasta roncaba y todo. Eran las ocho y cuarto de la mañana y los opacos cortinajes resultaban ser los culpables de que apenas viera cómo clareaba el día; los habíamos echado anoche y ni me había dado cuenta.

Bostecé, tapándome la boca.

—¿Puedes parar con los pies, Ru?

—Lo siento, ¿te he despertado? Porque hace un minuto roncabas como un oso.

—Yo no ronco, respiro muy profundo —se defendió.

—Si tú lo dices...

—¿Qué hora es? —preguntó, frotándose la cara.

No es que la viera mucho, pero se intuía.

—8:18. ¿No te da mal rollo que la habitación esté tan oscura?

Se rio.

—¿Ya echas de menos tu casa?

Me encogí de hombros, aunque no pudiera verme.

—No estoy acostumbrada a este tipo de cortinas, son un poco lúgubres.

—Lúgubre eres tú, que ya estás dando el coñazo —se quejó.

—Tengo hambre.

—Y yo sueño. No sé qué haces despierta tan temprano si nos acostamos tan tarde.

Cierto, habíamos estado dándole a la lengua durante horas, hablando de todo y de nada; pero era madrugadora por naturaleza, así que, conociéndome como lo hacía, no sabía por qué narices se sorprendía.

Me puse de lado, mirándola.

—¿Cuál es el plan? —Quise saber.

Suspiró.

—No hay plan.

—¿No hay?

—No.

—Jolines, pensé que tenías uno.

—Solo con el hotel y parte de la mañana. En cuanto al resto, iremos sobre la marcha.

—Pues vale.

Me incorporé, dispuesta a salir de la cama.

—¿Se puede saber adónde vas?

—Al baño. Pis, ducha... Ya sabes, a ponerme en plan.

—¿No puedes estarte quietecita y relajada un poco más?

—Me aburro.

—Pues haberte traído un libro o algo.

La miré por encima del hombro con el ceño fruncido y exclamé:

—¿Hola? ¿Te llamas Caroline y eres mi amiga desde hace un millón de años? No me gusta leer, esa es Lizzy.

Se tapó hasta la cabeza con la manta, dándome la espalda.

—Vete y déjame dormir, petarda.

Y eso hice.

Al menos durante el tiempo que duró la ducha y todo eso de arreglarme para bajar a desayunar. Luego me tocó esperarla, como siempre. Culpa mía por dejarla remolonear como una niña pequeña.

El bufé del hotel era libre, pero tenía un horario y llegamos por los pelos. Nos tocó desayunar deprisa y corriendo, algo que me fastidió sobremanera porque era sábado, estaba en la ciudad y me encantaba disfrutar de este momento del día siempre que podía.

¡Maldita marmota esta que tenía por amiga!

Salimos del hotel y nos encaminamos a una de las calles más céntricas de la capital, donde ya se veía el bullicio, miraras donde miraras. Nashville era una ciudad que siempre estaba llena de gente, muy turística y con infinidad de cosas por hacer. La música *country* se escuchaba por todas partes y el olor de los tomates verdes fritos me inundó las fosas nasales al pasar por uno de los tantos puestos callejeros de comida que atestaban las aceras. Era una maravilla pasear y deleitarse con todo lo que nos rodeaba; sobre todo en los mercadillos. Me chiflaba andar de puesto en puesto y rebuscar entre los miles de tesoros que se escondían entre tantas cosas. Compré un par de pulseras, unos pendientes y estaba a punto de regatear por un gorro de lana monísimo, para el invierno, cuando Carol dijo, llamando mi atención:

—¡Ostras, Ru!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Juraría que acabo de ver a Adam.

Miré en todas las direcciones y después la miré a ella con los ojos entrecerrados.

—Estás de coña, ¿no?

Negó con la cabeza.

—De verdad que no. Si no era él, ¡guau!, se le parecía mucho.

—Nah, fijo que no era.

Aun así, creyéndolo por completo, me quedó una sensación rara en la boca del estómago; pero solo hasta que llegamos a la biblioteca en la que trabajaba Lizzy, que me olvidé por completo y me centré en lo que veníamos a hacer.

Solo tuvimos que esperar quince minutos para gritar:

—¡Sorpresa!

La pobre salía mirando algo en el móvil y casi la matamos del susto.

—¿Qué hacéis... aquí? —preguntó alucinada con la mano en el pecho.

—Pues como hace días que no sabemos nada de ti, hemos venido a verte y a pedirte perdón en persona —explicó Caroline.

—Sí, porque somos las peores amigas del mundo —la secundé.

A Liz se le iluminó la cara.

—Qué cabronas, casi me da un infarto.

Nos abrazamos las tres.

—¿Nuestra visita sorpresa estropea algún plan? —indagué.

—Ninguno, Nate está de viaje. No tenéis ni idea de lo que me alegra que hayáis venido.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí, Carol, ¿eres tonta?

—¿Significa eso que estamos perdonadas? —tanteé.

Se encogió de hombros, sonriendo.

—Eso depende de lo que tengáis preparado para el fin de semana.

—Estar contigo, ese es el plan —susurré.

Nos contempló, emocionada.

—Sois las mejores, chicas, y os quiero infinito.

—Como nosotras a ti, cielo.

Apretamos el abrazo durante unos cuantos segundos, llenándonos de energía de la buena.

—Venga, vayamos a quemar la ciudad, que se note que estamos aquí.

Sí, esa fue Caroline, que ya tenía ganas de liarla parda.

Lizzy nos llevó a uno de sus restaurantes favoritos, donde una camarera nos ubicó en un rincón, junto a uno de los grandes ventanales. El lugar era precioso, y el olor que salía de la cocina, exquisito. Bastaron unos pocos minutos para ponernos cómodas y empezar a hablar por los codos; como siempre que estábamos las tres juntas. Ponernos al día era una obligación, y saltábamos de una cosa a otra, sin ton ni son, pero entendiéndonos a las mil maravillas. Adoraba estos momentos y las adoraba a ellas.

La felicidad nos salía por cada poro de la piel.

De ahí, unas horas después, Liz fue a su casa y nosotras regresamos al hotel para asearnos, cambiarnos de ropa y volver a la calle a mezclarnos con toda esa gente que ya disfrutaba de la magia y la noche de Nashville, que estaba en todo su esplendor, como si fuéramos unas turistas más.

Cenamos en un vietnamita y nuestra amiga nos llevó a una cervecería que estaba muy de moda y de la que siempre nos hablaba; tenía música en directo y una barra kilométrica. Era una pasada y enseguida me sentí a gusto, aunque no creía que fuera por el lugar, sino por la compañía; como venía siendo todo el día.

Le sonreí de oreja a oreja al camarero que nos sirvió las consumiciones, unas cervezas con sabor a chocolate que no me gustaron nada. Las segundas que bebimos tenían un toque a cereza y canela, algo raro para mi paladar. Pedí la tercera normal, sin florituras ni leches. Reíamos, cantábamos, bailábamos... Estaba siendo una noche genial, de esas que nunca se olvidan.

Le di un sorbo al botellín cuando Liz preguntó como si nada:

—¿Qué hay de la búsqueda de Nial? ¿Me he perdido algo?

Caroline negó con la cabeza.

—El único parecido que saco en esa aplicación es con ese modelo italiano, ¿sabéis quién os digo?

—Ni idea —respondimos ambas.

—Sí, joder, el del anuncio ese de colonia, el que está tan bueno.

—Todos están buenos —replicó Liz.

—¿Te refieres a Mariano Di Vaio? —articulé.

—¡Ese!

—¿Crees que Nial se parece a él?

Puso los ojos en blanco.

—Es la aplicación la que lo cree, cariño, no yo.

—¿Sabéis quién sí se le parece?

Carol y yo miramos a Liz.

—¿A Nial? —exclamé.

—No —dijo—, al modelo italiano.
—¿Quién? —interrogó Carol.
—Ese de ahí.
Se me desbocó el corazón en cuanto me crucé con esa mirada.
—Me cago en la puta —susurró Carol—. ¿No es Adam?
Sí que lo era.
Y estaba para comérselo.
Me rugieron las tripas y sonreí para mis adentros.
«¡Ñam!».

Nial

Miré el reloj, harto de estar metido en este edificio todo el puto día, reunido con el sargento Beghe y el resto de los compañeros que trabajábamos con él, codo con codo. El laboratorio de narcóticos había descubierto que esa nueva droga que pululaba en las calles, más fuerte que el fentanilo y toda esa mierda, podía haber sido la causante de la muerte de mi padre y de las otras tres víctimas en la cárcel. Al parecer, por lo poco que aún se sabía, esa droga podría haber salido de México y cruzado la frontera en unos pequeños viales de cristal; y estos, a su vez, vendrían envueltos en unas toallas de gruesa felpa. No era seguro, pero uno de los informantes de la calle así lo atestiguaba. Y cuando el río sonaba, agua llevaba, ¿no era ese el dicho? Sin embargo, nada se había encontrado de ella en la calle, y lo único que sí teníamos eran unos cuantos muertos; y eso sin contar la sospecha de las cuatro víctimas del caso de Mountain Brooks. Tanto los médicos forenses como la gente del laboratorio coincidían en que era una sustancia que se activaba al ingerir líquidos; cuanto más se bebía, más efecto tenía y más adicción creaba. Ninguna droga era invisible. Y alguien estaba traficando con esta delante de nuestras narices sin que supiéramos cómo; pero lo averiguaríamos, eso seguro. También me cercioré, junto con el sargento y un par de compañeros, de que esas tres víctimas del caso que nos ocupaba por aquel entonces, menos mi padre, todos tenían un contrato firmado con la puñetera empresa de limpieza. La mosca que tenía detrás de la oreja no dejaba de zumbear, estábamos cerca de algo y eso me alteraba y me ponía nervioso.

Me crujió el cuello cuando lo moví.

—¿Una copa? —propuso uno de los compañeros.

No dudé en aceptar.

La cervecería estaba a reventar, como siempre; no obstante, encontramos un buen sitio al final de la barra. Me senté en un taburete, hecho polvo. La música era buena y pedimos unas cervezas y unos nachos con bastante queso.

Me froté la cara, exhalando.

Cogí el botellín que tenía enfrente y le di un sorbo, echando un vistazo a mi alrededor entre tanto gentío.

Fue entonces cuando la vi.

Y el pulso se me aceleró.

CAPÍTULO 25

Nial

El botellín de cerveza quedó suspendido en el aire, igual que las pocas neuronas que debían quedarme. No eran imaginaciones mías, ¿verdad? Ruby Miller estaba allí mismo, a unos escasos metros de donde yo me encontraba y con esos ojazos verdes clavados en mí. Sí, ella también me había visto y parecía alegrarse de ello.

Me temblaron las piernas.

Y una sonrisa de medio lado me bailó en los labios.

Por supuesto que yo también me alegraba de verla aquí, precisamente en el mismo lugar. ¿Coincidencia? ¿Destino? Me daba igual, no iba a quejarme ni a darle vueltas a lo que fuera que la había traído a la ciudad y casi a mis brazos. ¿Era un cabrón con suerte? Lo era.

Nos mantuvimos la mirada durante mucho rato, decidiéndonos, suponía; aunque yo lo tenía bastante claro, para qué mentir. Las oportunidades había que aprovecharlas cuando se presentaban y esta era una muy buena que no pensaba dejar pasar delante de las narices; ni de puta coña, vamos.

Inspiré y espiré.

Era tan jodidamente preciosa... Tan...

Comencé a caminar en su dirección con lentitud y sin evaluar los riesgos; sin evaluar todo lo que estaba en juego. El corazón me latía desaforado, veloz, atropellándose a sí mismo. Llevaba semanas muriéndome por ella, conteniéndome cada vez que la tenía cerca y prohibiéndome a mí mismo lo que parecía estar destinado a ser para mí. Orgulloso de esa fuerza de voluntad tan férrea que parecía poseer sin saberlo.

A la mierda con todo.

Nos encontramos a medio camino.

Parecíamos estar solos en un bar atestado de gente; sus amigas nos miraban y mis compañeros debían de estar flipando de lo lindo. Incluso dejé de escuchar la música de ese grupo que lo daba todo en la pequeña tarima de madera. Tenía todos los sentidos puestos en la mujer que me sonreía a un palmo de distancia. Le brillaban los ojos con intensidad y determinación. Pobre de mí, no tenía nada que hacer.

Mentiría si dijera lo contrario.

No hubo saludo. Por así decirlo, fuimos directos al grano; nos devoramos la boca. Con ansia. Con ímpetu. Con ganas. Sus labios me supieron a algún tipo de fruta, quizá fresa o puede que cereza. Subí las manos por toda su espalda y le dejé una en la base de la nuca, aproximándola y pegándola tanto a mí que parecíamos uno. Su aliento era mi aliento. Y su calor, mi calor. Una especie de gemido raro me escapó de la garganta cuando sentí el tacto de sus manos en el estómago, bajo la sudadera y la camiseta, rodeándome al instante la cintura. La deseaba tanto, joder, tanto...

Para mi desgracia, rompió el contacto separándose despacio, poco a poco, como a cámara lenta.

Y echó la cabeza un poco hacia atrás para mirarme.

—Hola —susurró con picardía, rozándose contra la dureza de mi entrepierna—, parece que te alegras de verme.

Enarqué una ceja.

—¿Solo te lo parece?

Los vítores a sus espaldas nos sacaron del pequeño rincón que, en cuestión de unos pocos minutos, nos habíamos creado a nuestro alrededor. Era Caroline la que chillaba y nos señalaba, dejándonos en más evidencia todavía; como si no nos estuvieran mirando ya bastante, coño.

—Tu amiga está como una puta cabra, ¿lo sabías? —Me reí.

—Por eso la adoro. ¿Qué haces aquí?

—Yo podría hacer la misma pregunta.

Nos hicimos a un lado para dejar pasar a un grupo de gente.

—Teníamos a Lizzy un poco mosqueada y decidimos venir a pasar el fin de semana y arreglar las cosas.

—¿Las tres mosqueteras enfadadas? Eso sí que es raro.

Se encogió de hombros.

—Pasa en las mejores familias. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—No estoy enfadado con nadie.

—Ja, qué gracioso el chaval.

—Arizona me dio un par de días libres y vine a ver a mi madre —mentí, sintiéndome fatal por ello.

«Es lo que hay».

Lo sabía, pero cada vez me costaba más seguir con esta pantomima.

«No será para siempre».

Ya, pero puede que para entonces sí sea demasiado tarde.

—¿Os unís a nosotras? —Señaló a mis espaldas.

Mierda, por un momento, había olvidado que me acompañaban tres de mis compañeros.

Carraspeé.

—Claro —respondí—, ve yendo tú que ahora nos acercamos.

Esperé a que se alejara y volví con ellos, informándoles de la situación y pidiéndoles que se dirigieran a mí por el nombre que utilizaba en la operación encubierta, ya que ellas eran de Mountain Brooks.

—Si hubiera sabido que las mujeres de ese pueblucho eran tan bonitas, me hubiera apuntado a la operación de marras —graznó Jon a mi lado.

Lo fulminé con la mirada.

—Ojito con lo que dices y haces, tío —advertí.

Alzó las manos en el aire, diciendo:

—Tranquilo, lo pillo. Ojos llenos, manos vacías.

Asentí.

—Gracias.

No hubo más que decir.

Saludé a las chicas, hice las presentaciones y me coloqué al lado de Ruby, perdido en cada gesto, palabra o movimiento suyo. Me tenía subyugado por completo. Embobado. Agilipollado.

«Enamorado...».

Eso también, y desde hacía muchos años, además.

¿Era posible que un sentimiento despertara con esta fuerza después de tanto tiempo? Sí que

lo era.

«Para muestra un botón».

Exacto.

No me daba miedo sentir lo que sentía, en absoluto.

Lo que me daba miedo de verdad eran las consecuencias de lo que estaba por venir. Eso sí que me acojonaba; no obstante, lo dejé de lado por una noche y me permití dar rienda suelta al sentimiento que con más fuerza tiraba. Ese del que no me atrevía a decir palabra; al menos de momento.

«¿Que sea lo que Dios quiera?».

Amén a eso.

Ruby

Me miré en el espejo del baño y sonreí como una idiota. Tenía un color diferente en las mejillas y me brillaban los ojos como nunca lo habían hecho. Y no, no era por culpa de las cervezas. Era gracias a él. Lo que fuera que me estuviera pasando con Adam no quería que se terminara en la vida. Nadie me había hecho sentir como lo hacía este hombre, y era una pasada. No entraba en mis planes pillarme por un tío después de dejarlo con Paul, pero aquí estaba, deseando hacer con este lo que nunca deseé hacer con nadie más.

Se me puso la piel de gallina.

Y la respiración se me aceleró.

«¿A por todas, Ruby Miller?».

Asentí al reflejo que me devolvía el espejo.

A por todas.

Caroline vino a mi encuentro antes de que me diera tiempo a llegar de nuevo a la mesa, poniéndome en la mano la tarjeta electrónica de la habitación del hotel.

—Me voy a dormir con Lizzy —anunció, dejándome un pelín descolocada.

—Pero no hace falta, yo... —balbucí.

—Cielo, sí que hace falta. Sé una tigresa y esta vez empótralo como Dios manda, ¿de acuerdo?

Se me escapó una carcajada.

¡Qué cosas tenía esta mujer! Pero tenía razón, esta vez no lo dejaría escapar así como así. Que me fulminara un rayo si lo permitía.

Los amigos de Adam ya se habían ido y Lizzy tenía la cazadora puesta y el bolso en la mano.

Me guiñó un ojo y después me abrazó.

—A por él, tigresa —dijo, haciéndome reír.

Quería a mis amigas, en serio, pero a veces les cosería la boca con alambre para que no pudieran decir ni mu.

Las vi marchar y me giré hacia Adam.

—¿«A por él, tigresa»? —masculló con las cejas alzadas.

Noté que me ponía de todos los colores.

Me dio igual.

—Perdónala, no sabe lo que dice.

—Ah, ¿no?

Tragué saliva, enseñándole la tarjeta del hotel.

—¿Nos tomamos la última?

¡Madre mía! ¿Quién era esta mujer que hablaba por mí? Atrevida. Coqueta. Lanzada. Me desconocía por completo, leches, pero ni de coña iba a pedirle que volviera a su rincón. Ya que se había atrevido a salir de su escondite, pues ¡bienvenida era!

—¿Estás segura? —preguntó con tiento.

—¿Tú no? —interrogué a mi vez.

Me flipó ver cómo se ensanchaba esa boca pecaminosa que tenía.

—¿Tú qué crees, tigresa?

Solté una carcajada, sabiendo que me acordaría de esto el resto de mi vida. Del apodo, y de lo que fuera a pasar en esa habitación de hotel que estaba ansiosa por pisar.

Caminamos por la calle cogidos de la mano. Y no sé él, pero yo notaba ese crepitar a nuestro alrededor y en cada poro de la piel. Era algo que no sabía explicar; invisible y, sin embargo, tan tangible. Nuevo para mí. Electrizzante. Poderoso. Candente.

¡Ay, Dios!

Cruzar el vestíbulo del hotel fue una odisea.

Y ya en el ascensor, para qué omitirlo, nos desmadramos bastante. Fue ver cómo se cerraban esas puertas y, tras mirarnos a los ojos con una intensidad abrumadora, lanzarnos el uno a por el otro como dos famélicos ante un bufé libre. Besar lo era..., joder..., era... ¡uf! Me izó por las nalgas y le enroqué las piernas alrededor de la cintura; estábamos descontrolados. Mucho. Tanto que ni me importaba hacerlo aquí mismo y que alguien nos pillara. No pasó. El ascensor fue más rápido que nosotros y salimos de él a tientas con la ropa descolocada y los labios hinchados.

Me tembló un poco la mano al pasar la tarjeta por la ranura de la puerta.

Una vez dentro, ni nos planteamos siquiera coger una bocanada de aire. Tampoco nos desvestimos del todo, no había tiempo que perder y los preliminares ya nos habían puesto a cien, así que... Gemí cuando noté el frío de la puerta en la espalda. Copas del sujetador arrugadas, tirantes sueltos sobre los hombros y esa lengua en los pezones. ¡Ay, esa lengua que los rodeaba en círculos...! ¿Y los dientes?

Jadeé con fuerza:

—Adam...

Bajé la mirada para ver cómo se colocaba el preservativo y, ¡guau!, menuda imagen. Y todo eso era para mí. Solo para mí.

Me besó.

Lengua con lengua. Alientos húmedos. Respiraciones agitadas; fuera de sí. Abrí más las piernas para recibirlo en mi interior, arañándome la espalda contra la pared con cada embestida. Potente. Dura. Urgente.

¡Ay, madre!

—Sí, sí... —gemí de nuevo.

Me lamió el cuello y le tiré del pelo.

—Voy a correrme —avisó.

Pues ya éramos dos.

El orgasmo fue bestial.

Alucinante se quedaba corto.

Y la primera vez que yo lo sentía así.

Nos dejamos caer al suelo y nos miramos.

—Ni siquiera hemos llegado a quitarnos toda la ropa —murmuró, avergonzado.

Me reí.

—Somos un desastre.

—Sí, uno maravilloso —añadió.

Me perdí en esos ojos.

Y en todo lo que tuviera que ver con él.

¿Me estaba enamorando?

CAPÍTULO 26

Ruby

Tener que dejar el hotel, en apenas unos minutos, me estaba costando muchísimo. No porque no tuviera ganas de regresar al pueblo, sino porque no quería separarme de Adam. La noche había sido increíble, en todos los sentidos, y por nada en el mundo me apetecía que terminara; las horas habían pasado demasiado rápido.

Suspiré, metiendo las últimas pertenencias de Caroline en su bolsa de viaje.

—¿Estás bien? —indagó.

Se estaba atando los cordones de las botas, pero me miraba a mí con atención.

—Sí.

—¿Y ese suspiro? —insistió.

Me encogí de hombros, sentándome a su lado.

—No quiero irme. No quiero dejar esta habitación —respondí con algo de pesar.

Sonrió.

—Nos vamos a ver en el pueblo dentro de unas horas, Ruby.

—Lo sé, pero allí ya no será igual.

Frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Pues que allí nada de lo que hagamos pasará desapercibido, ¿entiendes? Imagino que ya te has dado cuenta, en todas estas semanas, de que en Mountain Brooks todo es de dominio público.

—¿Tienes algo que esconder? —preguntó, burlón.

—¿Y tú?

Me puse algo nerviosa al ver que tardaba en contestar.

—Adam... ¿Tú tienes algo que esconder?

—No.

Asentí.

—Yo tampoco.

—Bien.

—Vale. ¿Significa eso que entonces seguiremos allí con lo que empezó... aquí? —balbucí al final.

Me miró con fijeza.

—Por si no te habías dado cuenta, no empezó aquí, sino allí. Y, sí, me gustaría mucho seguir con esto, si tú también quieres, claro. No suelo ser el típico tío de una noche, ¿sabes?

Sonreí.

—No lo sabía, pero, para ser sincera, me lo imaginaba.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en que...?

—Sí —lo interrumpí—, estoy de acuerdo.

Y me besó.

Lo hizo de esa forma tan suya y que empezaba a gustarme tanto; presionándome la nuca contra su cara y su boca contra la mía.

«Dios, estos labios son puro fuego».

Gemí contra ellos, protestando:

—No es justo que empieces ahora algo que no vas a terminar.

Se le escapó la risa.

—Es para que tengas algo más en lo que pensar durante el viaje —susurró.

—¿Te parece poco todo lo que pasó anoche?

Me clavó los ojos con intensidad.

—Todo me parece poco contigo, Ruby —admitió, dejándome pasmada—. Y lo digo en serio.

Exhalé.

Caroline tenía razón.

Estaba a un tris de caer rendida a sus pies.

—¿Nos vamos? —inquirió, sacándome de la nube de algodón y azúcar.

—Qué remedio.

Cerramos la puerta a nuestras espaldas y esperamos el ascensor.

—¿Seguro que no quieres que te acerque al edificio de Lizzy? No tengo el coche lejos y sería un placer.

—También sería un placer para mí, pero fijo que tendrás cosas que hacer antes de regresar al pueblo.

Aplasté el dedo en el botón plateado y brillante y el ascensor descendió a demasiada velocidad para mi gusto.

Una vez en el vestíbulo, me acerqué al mostrador de recepción y esperé a que la chica me cobrara y todas esas cosas que se hacían cuando dejabas un hotel mientras él me esperaba fuera.

Lo observé antes de salir sin que se diera cuenta.

Joder, sí que se parecía a ese modelo italiano que salía en televisión en el anuncio ese. ¿Por qué no me había fijado antes?

«¿Y desde cuándo te fijas tú en esas cosas?».

También era cierto. Además, no era de las que miraran mucho la televisión, la verdad.

—¿Todo bien? —Quiso saber en cuanto crucé la puerta giratoria y enorme del hotel.

—Todo perfecto.

Nos despedimos aquí mismo, en la acera y dando un pequeño espectáculo que abochornó un poco a los viandantes, no a nosotros. Besar a Adam empezaba a convertirse en una de mis cosas favoritas del mundo. No sabía si lo nuestro llegaría a ser algo serio o solo pasajero, preferiría lo primero, ya puestos; sin embargo, estaba convencida de que esta sería una de las partes que más echaría de menos de estar con él; saborear estos labios y perderme en ellos hasta que se me incendiaran cuerpo, mente y alma.

El claxon del taxi sonó por tercera vez.

—Tengo que irme —murmuré, separándome del todo.

—Nos vemos en nada. Cuidado en la carretera.

—Tú también.

Le dije adiós con la mano.

«Estás perdida».

Ya, empezaba a darme cuenta de ello.

Fue Carol quien me abrió la puerta del apartamento de Lizzy.

Soltó una carcajada al verme.

—¿Qué? —medio gruñí en broma.

—Estás resplandeciente, cariño, el revolcón te ha sentado de maravilla.
—Exagerada.
—Para nada y lo sabes. Seguro que lo has notado cuando te miraste al espejo esta mañana.
—Apenas me he mirado al espejo esta mañana.
—Poco tiempo, ¿eh?
—Me dejaste sin el coche, petarda —me quejé.
—¿No te trajo Adam?
—Se ofreció, pero preferí venir en taxi.
—Tonta que fuiste, porque precisamente lo hice con esa intención y que exprimieras con él el tiempo al máximo.
—¿Dónde está Liz?
—Estoy en la cocina haciéndote el desayuno de las tigresas.
—Dios mío, ahora mismo me caéis fatal. Os odio.
Nos sentamos a la mesa de la cocina y bebí del vaso de zumo recién exprimido. Caroline ocupó la silla de al lado y Liz la de enfrente.
—Eso es mentira y también lo sabes —dijeron a la vez, más sincronizadas que el equipo nacional de natación para el campeonato mundial.
Me llevé la tostada a la boca, mordí, mastiqué y tragué, con los dos pares de ojos pendientes de cada uno de mis movimientos. Sabía lo que querían, por supuesto, pero me iba a hacer de rogar, por cabronas.
Pasaron cinco minutos de reloj y luego otros tres más. El pie de Liz se movía debajo de la mesa y los dedos de Carol tamborileaban la madera, ambas impacientes.
Fue la última la que al final perdió del todo la paciencia y chilló:
—¿Y bien? ¿Vas a contarnos de una maldita vez cómo te fue con él?
Bebí de la taza de café, disfrutando del sabor amargo y caliente, y volví a dejarla sobre la mesa.
Inspiré y espiré.
—Creo que me estoy enamorando de Adam Ruzek —confesé para sorpresa de nadie.

Nial

Conduje con tranquilidad hasta el barrio en el que vivía con mi madre; sonriendo como un idiota, más feliz que una perdiz por lo que había pasado entre Ruby y yo anoche, sin que ninguno de los dos lo hubiéramos planeado. Joder, el puto destino debía estar teniendo algo que ver con todo esto, porque no me lo explicaba. ¿Cuántas probabilidades había de que los dos viniéramos a la capital el mismo fin de semana y nos encontráramos en la misma cervecería con lo grande que era esta ciudad? ¿Una entre un millón? ¿Ninguna? Pues lo habíamos hecho, nos habíamos encontrado y habíamos pasado la noche de la mejor de las maneras. La mejor noche de mi puñetera vida.

Silbé la melodía de la canción, inventando la mitad.

Todo en ella me gustaba, como antaño, aunque de aquella solo fuera un adolescente que no tenía ni idea de la vida y de lo que se avecinaba. Ruby era una mujer increíble, apasionada y maravillosa con la que se podía hablar de todo. Inteligente, leal y preciosa, por dentro y por fuera. Y yo era un cabrón con suerte por haberme topado con ella otra vez, aunque fuera metido en la piel de otra persona. Así era imposible evitar pensar que estuviéramos destinados a encontrarnos, fuera en el papel que fuese. Que nuestras vidas iban a la par y que estar juntos era

lo indicado. Lo correcto. Lo puto mejor del mundo. Al menos yo lo veía así.

Aparqué cerca del edificio y caminé hasta el portal.

Solo esperaba que, llegado el momento, y teniendo en cuenta la circunstancia que me había llevado a ello, entendiera mi situación y no me odiara cuando supiera toda la verdad. Rezaría si tenía que hacerlo. Suplicaría. Rogaría si hacía falta. Bien sabía Dios que no me avergonzaría por hacerlo, al contrario.

«No tendrás tanta suerte en eso».

Lo imaginaba, aun así, no perdía nada por tener algo de esperanza, ¿no? ¿No decían que esta era lo último que se perdía? Pues yo la mantendría hasta el final, por lo menos lo intentaría con todas mis fuerzas.

Metí la llave en la cerradura y giré a la izquierda.

Mi madre estaba metida en la cocina, peleándose con los cuartos traseros de un pollo.

—¿Necesitas ayuda con eso?

Pegó un brinco, mirando por encima del hombro, agrandando los ojos al verme.

—Cielo, me has asustado. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué no me avisaste de que venías? —
Limpió las manos en un trapo—. ¿Ya ha terminado todo?

Me reí, acercándome para besarla en la frente.

—¿Quién es el policía, mamá, tú o yo?

—Lo siento, puede que se me haya pegado.

La abracé.

—Vine a una reunión con la brigada y era preferible no avisarte, ya sabes. Además, quería darte una sorpresa. Y, no, aún no ha terminado, pero mi instinto me dice que estamos cerca.

—¿De verdad?

—Sí.

Me rodeó la cintura con los brazos.

—No sabes lo que me alegro de verte, cariño. Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti, mamá.

—¿Te quedas a comer?

—Claro que sí. Lo de ayudarte con las patas traseras del pobre animal iba en serio.

—Pues, hale, todas tuyas. —Se hizo a un lado—. ¿Te apetece una copa de vino?

Miré la botella que tenía sin abrir sobre la encimera y asentí.

—Solo si tú también te tomas una.

Me lavé las manos, las sequé con otro trapo y busqué el sacacorchos en el cajón de la mesa. Un minuto después tenía las copas servidas y le daba una a mi madre.

—Salud —dijimos los dos a la vez, entrechocándolas antes de beber.

Mientras ella se afanaba con unas patatas y unas cuantas verduras, yo limpiaba el pollo, lo untaba de mantequilla y lo rociaba de especias. Sí, me gustaba cocinar, no obstante, no lo hacía muy a menudo. Mi madre puso a precalentar el horno y yo introduje la fuente en este quince minutos más tarde.

Bebí de la copa, sentándome a su lado.

—¿Cómo van las cosas por allí? —indagó.

—El pueblo ha crecido y hay gente nueva. También comercios y edificios pequeños. Te encantaría verlo con tus propios ojos.

—Bueno, eso me gustaría mucho.

Le conté que Anthony Brooks había muerto hacía ya varias semanas, que me hospedaba en la casa de Jack, el carpintero, y que Holly, la del colmado, la abuela de Ruby, también había

fallecido. En definitiva, la puse al día de todo aquello de lo que no me gustaba hablar por teléfono estando en medio de una investigación. Nuestras conversaciones eran las justas y las necesarias para saber que nos encontrábamos bien.

—¿Te acuerdas de Ruby, mamá?

—Claro que me acuerdo de la pobre chica. ¿Por qué me lo preguntas, cielo?

Suspiré.

—Porque sigo enamorado de ella.

CAPÍTULO 27

Nial

Lo primero que hice al llegar al pueblo fue pasarme por la granja de los Brooks, necesitaba hablar con Maverick y ponerlo al corriente de la reunión que se había mantenido en Nashville con la brigada; en eso había quedado con el sargento cuando me despedí.

Dejé el coche en el aparcamiento y me apeé, internándome por el camino de atrás en lugar de ir por la puerta principal como hacía siempre. Me había llamado la atención el grupo de gente que había en el patio y la curiosidad, como era habitual, me llevó a ver qué era lo que estaba pasando allí.

Sonreí.

Turistas, eso era lo que pasaba. Turistas escuchando cómo funcionaba la cría de caballos y todo lo que tenía que ver con la huerta; plantar, regar, cosechar y cuándo era la mejor época para ello. Todas esas cosas de las que no tenía ni idea, pero que no me importaría saber.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba hasta mañana —pronunció la voz de Maverick a mis espaldas.

Me giré.

—Ya, pero tenía que hablar contigo.

Asintió, haciéndome un ademán con la cabeza para que lo siguiera al interior.

—¿Va todo bien? —preguntó una vez dentro del despacho en el que solíamos reunirnos cada día.

Tomé asiento frente a él y suspiré.

—Este fin de semana he estado en la capital, reunido con la brigada.

Apoyó los codos en la mesa, contemplándome con interés.

—Imagino que si me lo cuentas es porque esa reunión tuvo que ver con la investigación que nos atañe, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Le dije al sargento que te pondría al día en cuanto llegara y aquí estoy, cumpliendo mi palabra.

—¿Y bien?

—Para empezar —dije—, debes saber que, menos mi padre, las otras víctimas que perdieron la vida en prisión cuando se estaba a punto de revisar su condena tenían un contrato laboral con la empresa Limpiezas River.

—Me lo imaginaba.

—¿Sí?

—Sí, algo tenía que haber entre ellos, aparte de lo que ya sabíamos, que los uniera.

—Entonces, ¿tú también piensas que estamos en el camino correcto?

—Lo creo, sí. Y Sahale también.

—Pues ya somos tres.

—¿La reunión ha tenido que ver con esas tres víctimas?

—No, pero sí con lo que les provocó la muerte. Al menos eso es lo que se sospecha.

Entrecerró los ojos y pidió:

—Explícate.

Y eso hice.

Le hablé de esa nueva y potente droga que estaba matando a la gente a una velocidad pasmosa; lo que opinaban los del laboratorio de narcóticos, y lo que casi aseguraban los médicos forenses.

—¿Dices que esa droga es más adictiva que el fentanilo, la cocaína, la ketamina y todas esas mierdas?

—Sí. ¿No habías oído hablar de ella? ¿No te llegó ninguna información al respecto?

—Lo cierto es que no. Supongo que porque aún no se haya detectado ningún caso por la zona. Que sepamos, claro.

—Puede ser, sí. Un informante de la calle, uno que habla a menudo con la brigada, dejó caer que esta droga la introducían en el país por la frontera con México.

—Ah, ¿sí?

—Al parecer, es una sustancia incolora, inolora y viene en unos viales, pequeños y de cristal, que a su vez se envuelven en toallas de gruesa felpa para protegerlos.

—Ese informante ha sido demasiado explícito, ¿no crees?

—Pertenece a una banda callejera llamada Dragones Púrpura.

—¿Y confiáis en él?

—Hasta el momento, nunca nos ha fallado. Su hermano pequeño murió por culpa de esa banda y ya sabes lo que pasa cuando perteneces a una de ellas, que, una vez dentro, es imposible dejarla.

—Ya, a no ser que salgas con los pies por delante.

—Exacto.

—Busca venganza.

—Eso parece.

—¿Son los Dragones Púrpura los encargados de distribuirla?

—De momento, no, pero intuimos que no lo descartarán. A ese respecto no se sabe nada y eso es lo que les mosquea. Mueven esa droga por la ciudad, a la vista de todo el mundo, y, sin embargo, es invisible. Tanto que están casi seguros de que fue la que mató a las cuatro víctimas de nuestra investigación.

—¿Y por qué han llegado a esa conclusión?

—Por la similitud de las muertes.

Y pasé a explicarle de qué manera se habían encontrado a las primeras personas en morir por causa de esa droga y las de nuestro caso. Estómagos encharcados en líquido, sobre todo agua; pieles reseacas, ojeras hasta los pies y color de la piel amarillenta. En el caso de las víctimas de la calle, algunos aparecieron rodeados de botellas de agua vacías, de ahí los estómagos encharcados. A uno lo encontraron con la cabeza dentro de una fuente; otro murió bebiendo de una piscina...

—En fin, no tenemos claro a lo que nos enfrentamos —dije para concluir—; no obstante, sí sabemos que el líquido activa su potencia. Y, cuanto más se bebe, más adicción crea, por lo tanto, es letal a corto plazo.

Se reclinó en la silla, exhalando con fuerza.

—Joder, esta mierda solo acaba de empezar.

—Así es, y estoy convencido de que nuestros pasos nos llevan en la dirección correcta para atajarlo antes de que sea demasiado tarde —asegué con énfasis.

Compuso una mueca, reclinándose en la silla.

—Eres demasiado iluso si crees que esos narcotraficantes operan solo en el estado de

Tennessee.

—No es eso lo que creo, para nada.

—¿Entonces?

—Lo que creo es que, casualidades de la vida o no, nuestra investigación y la de esa nueva droga tienen mucho en común. ¿O te parece una casualidad? Todos los hilos se unen en alguna parte y daremos con ella.

—Pero no atajaremos toda esta mierda, Adam, ni de coña.

—Por algo se empieza, ¿no?

Sonrió con poca gana, algo normal teniendo en cuenta la movida que teníamos entre manos.

—Me gusta tu actitud —manifestó.

—Gracias —respondí complacido.

Antes de salir del despacho, supe que Maverick había pedido un favor a uno de los jueces de Kingston para que emitiera una orden de investigación contra Florence Mills y así poder averiguar quién se encargaba de ella; porque alguien debía de hacerlo, eso por descontado. Una baza que tuvo que jugar si queríamos que el asilo en el que estaba ingresada nos diera la información que necesitábamos.

«Bien jugado».

Pues sí.

Eran cerca de las ocho cuando aparqué el coche frente al colmado. Me moría por ver a Ruby y, sin siquiera pensarlo ni haberlo planeado, aquí estaba; solo unas cuantas horas separado de ella y ya le echaba de menos. ¿Cómo podían llegar a cambiar tanto las cosas en un fin de semana? ¿Se sentiría agobiada con mi presencia? ¿Por qué sentía este desasosiego en el pecho? ¿Y por qué estaba siendo tan inseguro?

«Porque sabes lo que pasará tarde o temprano».

Ignoré a propósito la puta voz que me hablaba en la cabeza con frecuencia. Solía escucharla y prestarle atención la mayoría de las veces, pero hoy no me gustaba por dónde iban los tiros, la verdad.

¿Debería haberla llamado antes de plantarme aquí sin avisar?

«Aún estás a tiempo».

¿De qué? ¿De llamarla o de salir corriendo en la dirección contraria?

No hubo respuesta.

Ya la sabía.

Aun así...

Ruby

Salí del baño y enrosqué una toalla alrededor del cuerpo y otra en la cabeza. Me había duchado en el hotel por la mañana, pero los viajes un poco largos siempre me dejaban bastante hecha polvo y con los músculos agarrotados.

«Sí, claro, los viajes largos... ¿No estarás así por el exceso de ejercicio?».

Sonreí como una idiota y suspiré.

¡Ay, Dios, parecía una colegiala! Más me valía disimularlo un poco si no quería que mis padres me sometieran a un tercer grado, como habían intentado hacer hoy cuando llegué de Nashville y fui a cenar con ellos. Desvié las bolas como toda una profesional del béisbol. No tendría tanta suerte la próxima vez, sobre todo si me sonrojaba cada vez que pensaba en él y en la noche de ayer.

Sonó el teléfono en alguna parte y corrí a buscarlo.

Estaba en el sofá, entre los cojines.

Sentí calor por todas partes en cuanto miré la pantalla.

—Hola —susurré.

—¿Te apetece dar un paseo?

En vista de la reacción, parecían apetecerme más otras cosas, pero bueno...

—¿Ahora?

—Sí. Uno corto. ¿Hasta el claro del bosque tal vez?

—Vale, salgo enseguida.

Busqué en el armario algo que ponerme, desenredé el pelo frente al espejo y me senté en el suelo para calzarme.

¡Madre mía, tenía la respiración tan acelerada que parecía haber corrido una maratón de cien kilómetros por lo menos! ¿A qué venían estas palpitaciones? ¿Y el encogimiento de estómago?

«Eres una chica lista. Deja de hacerte preguntas tontas, ¿quieres? No finjas no saber la respuesta».

Cerré la puerta detrás de mí y doblé la esquina de la casa, topándome de frente con el culpable de todos los sonrojos, las palpitaciones y las respiraciones agitadas.

¡Ay!

Le brillaban los ojos y esbozaba esa sonrisa de medio lado que tanto me ponía.

¡Ay!

Estaba guapísimo, más que esta mañana cuando me despedí de él en la puerta del hotel. Llevaba la misma ropa, el pelo revuelto, como si hubiera estirado de él recientemente, y parecía cansado; sin embargo, podía asegurar que sí, que estaba muchísimo más guapo que hacía unas horas recién levantado.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Caroline y Lizzy me habían dicho que me lo tomara con calma y que disfrutara del momento y del buen sexo; que no pensara en otra cosa que no fuera pasármelo bien. Y que olvidara, de momento, esto de que me estaba enamorando de Adam. Agradecía sus consejos y todo eso, por supuesto, pero mentiría si no me reconociera a mí misma que ya era demasiado tarde para la última recomendación.

«¿A la mierda con todo?».

Sí, y que fuera lo que Dios quisiera, como siempre.

—Hola —musitó.

—Hola —respondí con apenas voz.

¡Qué ganas tenía de sentir la suavidad de esos labios, leches!

Miré a mi alrededor sin ver a nadie en concreto, pero segura de que había muchos pares de ojos pendientes de nosotros; lo de sentir esos labios tendría que esperar a no tener público detrás de las cortinas.

—¿Y si dejamos el paseo para otro momento y entramos? —Me sorprendí cambiando de planes.

Tragó saliva.

—¿Estás segura?

¡Vaya que sí lo estaba!

Nos devoramos la boca al doblar la esquina, ocultos de todas esas miradas curiosas.

Y nos lo dimos todo en la encimera de la cocina.

CAPÍTULO 28

Ruby

En Babia. En la inopia. Atontada. Abstraída... Cualquiera de esos sinónimos me venía de perlas, teniendo en cuenta que no dejaba de pensar en Adam y en el sexo tan glorioso que mantuvimos ayer aquí arriba, en casa. Bueno, que manteníamos y punto, porque lo del hotel también había sido de otro mundo, para qué engañarnos.

Emití un suspiro que más bien pareció un jadeo.

La mano me quedó suspendida en el aire cuando iba a abrir una caja, recorriéndome la espalda una corriente eléctrica al verlo en mi mente lamiéndome los pezones sobre la encimera de la cocina, donde me había posado el trasero con una urgencia que podía parecer desmesurada, pero que era pura necesidad. Volví a notar los pezones como piedras dentro de las copas del sujetador. Esa lengua rodeando, lamiendo, humedeciéndome la piel que ardía con cada segundo que iba pasando; esos dientes, mordiendo, tirando a veces con demasiada fuerza, poniéndome tan cachonda que creía haber gritado en varios momentos sin poder controlarme; esas manos, ascendiendo por las pantorrillas y el interior de los muslos, sumando a la caricia los dedos fríos que introdujo con parsimonia y sin apartar los ojos de los míos, no queriendo perderse nada de nada.

Gemí, asustándome a mí misma.

Abrir la puñetera caja estaba resultando ser una odisea, con lo fácil que era, jolines. Intenté concentrarme en la simple tarea un millón de veces; no obstante, las imágenes eran demasiado poderosas y sentidas como para no volver a revivirlas una y otra vez. ¿Siempre iba a ser así? ¿Me iba a dejar idiota hasta el fin de los días? Por mi bien esperaba que no, que en algún momento lo asimilara todo y mi vida volviera a ser la de siempre.

«Nunca volverá a ser la de siempre. Ya no».

Imposible. Tenía otras cosas en las que pensar y trabajos que realizar que necesitaban de toda mi atención; no podía andar quedándome en los laureles cada vez que me acostaba con él; tendría que haber alguna manera de normalizarlo.

«Es el mejor sexo de tu vida».

Lo era, sí, y por eso andaba como andaba, gimiendo por los rincones, la ropa interior empapada y deseando tocarme ahí todo el rato.

«¿Como lo hace él?».

Nunca podría hacerlo como Adam; era único, sobre todo con esa boca que iba haciendo maravillas allá donde se posara; podía dar fe de ello.

Volví a sentirme agitada.

No pude evitar cerrar los ojos. Lo veía tan claro... Pecho firme, duro, musculado; igual que el estómago. ¡Ay, Señor, qué surcos tan perfectos! Las caderas balanceándose, adelante y atrás; empujando, a veces con ímpetu, otras, con contención, pero siempre dándome un placer inexplicable y grandioso; siempre llevándome a la cima de un precipicio que me moría por saltar; siempre provocándome el más increíble y maravilloso de los...

¡Zas!

Un chasquido de dedos delante de la cara.

—¿Se puede saber qué te pasa, Ruby Miller?
Abrí los ojos de golpe.
Vaya por Dios, si tenía que pillarme alguien en este estado, tenía que ser ella y no otra.
¡Maldita suerte la mía!
¡Y maldita Caroline!
Se llevó una mano al pecho, exagerada como era ella, y exclamó:
—¡Madre mía! ¿Estabas teniendo fantasías sexuales?
—¿Qué? —me horroricé.
La puñetera era tan perspicaz...
Me puse de todos los colores y me ardieron las mejillas, delatándome, como siempre.
—¿En serio? —Se escandalizó—. ¿Eran con Adam? Os visteis ayer, ¿verdad?
—¿Qué quieres?
Sonrió de oreja a oreja.
—Que me lo cuentes todo con pelos y señales —respondió.
Resoplé.
No sabía de qué me asustaba si la conocía tan bien.
—¿Por qué estás aquí y no en tu oficina dando por saco allí? —indagué un poco brusca.
La vergüenza que estaba pasando me obligaba a estar a la defensiva, qué le íbamos a hacer.
Se encogió de hombros.
—Hoy entraba más tarde y mi padre me dio esto para que se lo fueras preparando.
Dejó sobre el mostrador un trozo de papel con varias cosas anotadas.
—Vendrá a por ello a media mañana, cuando salga de la consulta del doctor Walsh.
—¿Está enfermo? —Quise saber.
—No, una revisión rutinaria, ya sabes.
—Vale. ¿Algo más?
Frunció los labios, fingiendo pensar.
—Ah, sí, que desembuches de una vez y me cuentes qué pasó ayer con el macizo de Adam Ruzek.
—Eres una morbosa, Caroline, y no pienso relatarte, al dedillo, mis encuentros sexuales con él.
—Venga ya, Ru, no seas así, lo necesito.
—¿Que lo necesitas? ¡Cochina!
—Cariño —susurró—, mi vagina es una jodida ciudad fantasma. ¿Tienes idea del tiempo que hace que el tren del orgasmo no pasa por esta estación? —Se señaló la zona con las manos—. ¿Lo tienes? ¡Meses! —enfaticó—. ¡Muchos meses! Así que sé buena amiga y comparte tus orgasmos conmigo, ¿quieres?
Fui incapaz de contener las carcajadas.
—Eso, cabrona, riéte de mí.
Inspiré hondo y exhalé con fuerza y los labios temblorosos.
—No me río de ti, Carol, me río por las cosas que se te ocurren.
—¿Soy una dramática?
—Puedes serlo, sí.
—Tú también lo serías si nadie te regara el huerto, ¿vale?
Y otra vez a reírme con ganas.
Entrecerró los ojos, pero curvó los labios hacia arriba.
—Te veo esta tarde en el Anny's y me lo cuentas.

—Allí no.
—¿Por qué?
—Porque paso de que Tucker se entere de que Adam se quedó a dormir y de cuántos orgasmos me provocó.
Abrió la boca, flipando.
—¿Se quedó a dormir?
Asentí.
—Se marchó esta mañana muy temprano para que nadie lo viera.
Suspiró, mirándome con cara de pena.
—Pobre ilusa...
—¿Qué?
—Hasta las piedras hablan en Mountain Brooks, cielo, pareces nueva por aquí.
—¿Tú crees que...?
—Pronto lo sabremos —me interrumpió.
Me di una torta mental.
El sexo me estaba volviendo poco cautelosa y demasiado atrevida. En todos los sentidos.
«No tienes que esconderte de nadie».
Lo sabía, no obstante, eso de andar de boca en boca, uf...
—¿En el asador argentino entonces? —propuso Carol.
Negué con la cabeza.
—En mi casa.
—Perfecto, yo pongo la merienda.
—Y las orejas —me burlé.
—Esas vienen de serie, cariño. Acuérdate de prepararle eso a mi padre. Nos vemos luego, y ni se te ocurra escaquearte.
—Lo que tú digas, petarda. Anda y ve a que te aguanten otros.
Me guiñó el ojo con picardía y pronunció solo con los labios:
—Te quiero.
—Sí, sí, y yo a ti también.
Espabilé en cuanto salió por la puerta.
Dejé de pensar en lo que no debía y me centré en el trabajo. Menos mal, porque mi madre no tardó en aparecer.
Y, sí, para mi desgracia, ya le había llegado el rumor.

Nial

Entré en casa con sigilo, pendiente de que nadie estuviera en las ventanas y me vieran regresando a casa a las cinco de la madrugada y con una cara de satisfacción de la hostia. El paseo de ayer se había convertido en un maratón de sexo del bueno; de ese que unas veces se disfrutaba a fuego lento, y otras, te podían las ganas y era un aquí te pillo, aquí te mato. Brutal, fuera como fuese. Sinceramente, el mejor sexo que había tenido en la vida. No es que yo fuera de esos que andaban follando por ahí a diestro y siniestro, no, eso no era lo mío; no obstante, no iba a negar que sí que tuve mis rollos y que alguno duró más de lo que debía, confundiéndome y haciéndome creer que era amor o, al menos, algo muy parecido. Ahora tenía claro que fue más bien esto último y que, por lo que sentía estando con Ruby, ese sentimiento nunca lo tuve por nadie más. Solo con ella.

Me descalcé, yendo directo al baño.

Me duché, me puse ropa cómoda y, por un momento, me quedé pensativo y sin saber qué hacer a continuación. Pensar en ella no era una buena opción, me pondría duro como una piedra y tendría que masturbarme, como acababa de hacer en el baño.

¿Cuándo cojones me había vuelto tan insaciable?

«Sabes la respuesta a eso, tío, es muy obvia».

¿La era? ¿Para mí y para quién más?

Hice café y me serví una taza, quemándome en la lengua con el primer sorbo, por impaciente. Entonces se me ocurrió que, ya que estaba despierto y todo eso, podía desayunar, hacerme un bocata, pillar un par de botellines de agua y unas chocolatinas de las que me había traído de la ciudad, meterlo todo en una mochila, junto con algunas otras cosas que podría necesitar, y volver a subir allí arriba; pero esta vez siguiendo la ruta que Tuck me había indicado, a ver si así no me perdía en el puto bosque.

«Buena idea».

Me puse a ello, recordando la cara que se le había quedado a mi madre cuando le dije que volvía a estar enamorado de Ruby igual que cuando era un adolescente. Bueno, igual no, con mayor intensidad. Se había quedado sorprendida y, a la vez, entusiasmada con la idea de que, por fin, hubiera encontrado al amor de vida; hecho que ya había sucedido años atrás y que se postergó por circunstancias de la vida. De aquella solo éramos unos niños, joder, lo sabía, sin embargo, seguía creyendo que el destino tenía que ver mucho en toda nuestra historia.

Cerré la cremallera de la mochila y me la llevé a los hombros, cerciorándome, antes de volver a salir por la puerta, de que no me dejaba nada encendido.

Miré al cielo, que empezaba a clarear por entre las montañas, y me colé por una de las callejuelas hasta la carretera general.

El coche seguía aparcado en el mismo lugar de ayer.

Frente al colmado.

«Idiota».

Frené en seco al ver una sombra sentada en el capó.

Tucker.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñí por lo bajo.

—Esperarte.

—¿Por qué?

—Porque voy contigo.

Me fijé que a sus pies tenía una mochila parecida a la mía.

—¿Adónde, si puede saberse? —mascullé entre dientes.

Sonrió de medio lado.

«Cabronazo».

—Supuse que, ya que habías madrugado tanto, te arriesgarías a subir allí arriba tú solo.

«Lo sabe. Sabe que has pasado la noche con ella».

—¿Supusiste? —inquirí.

Alzó los hombros.

—¿Intuición masculina? —se burló.

—¿Eso existe? —exclamé, sacando las llaves del coche del bolsillo de los pantalones.

—Estoy aquí, ¿no?

—Ya. Sube, anda.

Y obedeció sin rechistar.

CAPÍTULO 29

Nial

Conduje hasta donde pude y dejamos el coche aparcado a un lado de la carretera para que no estorbara a nadie; aunque no creía que hubiera mucha gente que viniera por estos lares, teniendo en cuenta lo que veía; camino estrecho, lleno de maleza, piedras y surcos; un camino, exactamente, como aquí mi acompañante describió en su momento: de cabras y, además, monteses.

—¿Seguro que es por aquí?

—Ya te lo dije, no hay otro camino —respondió saliendo del coche.

Hice lo propio, cogiendo la mochila del asiento de atrás y llevándomela a los hombros; igual que él.

—Entonces, ¿cómo cojones hace esa furgoneta para llegar arriba? Por aquí es imposible, joder.

Alzó los hombros.

—No tengo ni idea y por eso estamos aquí, para averiguarlo.

—Volar no vuela.

Se rio.

—A lo mejor piensas que era una furgoneta y era otra cosa.

Lo miré mal y resoplé.

—¿En serio?

—Yo qué sé, Adam, tampoco es tan descabellado pensar eso.

—Y qué podría ser según tú, a ver, ¿un fantasma que aparece y desaparece por arte de magia?

—¿Acaso viste que se moviera?

Gruñí entre dientes:

—Me estás poniendo de mala hostia, así que déjalo y comprobémoslo.

Me aseguré de tener bien atados los cordones de las botas de montaña y me coloqué la gorra que siempre llevaba en el maletero antes de comenzar a andar con paso ligero.

—Tómatelo con calma, tío, de lo contrario, cuando llegues a mitad de camino, estarás muerto. No parece que hayas dormido mucho que digamos.

Vaya por Dios, hombre, ya tardaba en sacar a relucir que sabía con quién había pasado la noche.

—Estoy bien, y ni se te ocurra ir por ahí.

Cerré la boca, inspiré hondo y reanudé la marcha con él pisándome los talones y riéndose por lo bajo.

«Capullo».

Recorrimos uno o dos kilómetros en silencio, todo cuesta arriba y con bastante dificultad, para qué engañarnos. El puñetero camino se estrechaba más, si cabía, por momentos, teniendo que tener cuidado a la hora de dar los pasos; y, para colmo, las zarzas y matorrales dificultaban la visión del suelo y uno no sabía dónde pisaba. Una odisea, vamos.

«Tendrías que haber traído un palo o algo para apartar toda esta mierda».

Ya, claro, como si hubiera sabido lo que iba a encontrarme y tuviera palos en casa para la ocasión. Anda que...

—¿Os encontrasteis en Nashville por casualidad o lo planeasteis para pasar el fin de semana juntos en la ciudad? —indagó a mis espaldas Tuck.

Sabía de sobra a lo que se refería, aun así, me hice el loco; algo que, por lo visto, no se me daba demasiado bien con él, pero me dio igual.

—No sé de qué me hablas —mascullé con la respiración agitada.

Me estaba costando más de lo pensado hacer la ruta de los cojones.

—Se te da fatal eso, macho.

—¿«Eso»? —recalqué.

—Lo de parecer tonto y hacer como si nada.

¿Por qué demonios no se le notaba el esfuerzo que estábamos realizando con cada zancada? No parecía costarle coger aire tanto como a mí.

«Es un marine».

Y yo policía y, sin embargo, ¡hostia puta!

Paré y me limpié el sudor de la frente con la manga de la sudadera.

—¿Por qué lo haces si sabes que, tarde o temprano, vas a cantar como una cotorra? —se burló.

—Para fastidiarte y tenerte en ascuas —confesé.

—Entonces, ¿fue planeado?

—Te juro que solo casualidad. Una muy buena, la verdad.

—Sé que ellas fueron a ver a Lizzy, pero ¿y tú?

Me quité la mochila de la espalda y metí la mano para sacar una de las botellas de agua.

Antes de darle un sorbo, se la ofrecí y dijo que no con la cabeza.

Bebí dos buenos tragos e inspiré, tratando de llevar aire a los pulmones. ¿Desde cuándo estaba en tan baja forma? Viviendo en la ciudad iba al gimnasio tres o cuatro veces por semana y estaba entrenado; no tanto como él, eso lo reconocía, pero, coño...

—El sargento Beghe nos convocó a toda la brigada a una reunión de urgencia y, evidentemente, tuve que ir.

—¿Y eso? —se sorprendió.

Suspiré.

—Una nueva droga que está cargándose a la gente. Al parecer, más potente que cualquier otra porquería que ya existe.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

Rebusqué de nuevo en el interior de la mochila hasta enganchar un par de chocolatinas. Le pasé una a Tucker y hablé mientras le daba mordiscos a la que tenía en la mano, poniéndolo al día del tema en cuestión. Prefería hablar de esto y no de la relación con Ruby.

Se quedó atónito.

—Joder —pronunció—, no tenía ni idea. Aún no ha llegado a oírse nada al respecto. ¿El *sheriff* lo sabe?

—Claro, ayer mismo, en cuanto llegué al pueblo, fui a la granja a verlo y se lo conté.

Asintió.

—¿Y dices que está relacionado con vuestra investigación?

Mastiqué el último bocado de la chocolatina y tragué.

—Eso parece, sí.

—No doy crédito —murmuró con la boca llena.

—Ya, es una movida muy gorda y no ha hecho más que empezar.

—Que sepamos —replicó.

—Sí, eso es. Que sepamos.

Guardé el envoltorio en uno de los bolsillos laterales de la mochila y volví a beber otro trago de agua.

—¿Cómo es que estás aquí conmigo y no en el Anny's? ¿No se supone que ya deberías estar abriendo y todo eso?

Resopló.

—Mi hermana acaba de divorciarse y ha venido a pasar una temporada a la granja. Lo está llevando mal y echándome una mano dice que no piensa tanto, así que...

—Entiendo. Y lo siento —dije.

—Son cosas que pasan. Su marido era un gilipollas y un cantamañanas.

—Entonces no hay mal que por bien no venga, ¿no?

—Eso dicen.

Dos minutos después, reanudamos la marcha de nuevo en silencio, y cada uno sumido en sus propios pensamientos. Pasó una hora, más o menos, y doblamos una bifurcación muy pronunciada, haciéndose la pendiente más cuesta arriba, por así decirlo. Me ardían los pulmones y empezaban a pesarme las piernas una barbaridad.

—Ya falta poco —anunció con voz grave—. Apenas dos kilómetros más y ya estaremos en el lugar que dices.

«¿Dos kilómetros más?».

Pues tenía razón cuando insinuó que no iba a llegar vivo arriba. Y me dio un gustazo de la hostia comprobar que ya se le notaba el esfuerzo, casi tanto como a mí. Menos mal, porque empezaba a pensar que era un extraterrestre o algo así.

Me reí para mis adentros de mi propia tontería. Qué cosas se le ocurrían a uno cuando el oxígeno solo se quedaba en los pulmones y no llegaba al cerebro.

El sol apretaba de lo lindo cuando llegamos a una especie de pequeña llanura, donde me senté en el suelo a descansar un poco las piernas y, de paso, aprovechar para zamparme el bocata. Me rugían las tripas desde hacía rato y ya tenía ganas de hincarle el diente.

Tucker soltó una carcajada sentándose enfrente de mí.

—¿De qué te ríes, idiota? —inquirí.

—Tío, te pasas la vida comiendo.

—¿Y?

—Y nada. Mi abuela, que en paz descanse, diría que es una bendición verte comer así.

Fruncí el ceño.

—¿Así cómo?

—Con tanto apetito y disfrutando de cada bocado.

—¿Tú no lo haces?

—Depende. De niño era mal comedor y de adolescente un idiota. Pero, sí, creo que ahora disfruto más de la vida. Sobre todo de la comida.

—¿Qué te pasó? —Le señalé la pierna.

Apenas se le notaba la cojera, no obstante, ahí estaba.

—Un error de uno de los compañeros en unas maniobras. Estábamos en un campamento inmundo y teníamos que arreglarnos como pudiéramos para manipular unas granadas y tal. A él

se le fue de las manos y...

Tragó saliva, emocionado.

—¿Murió?

—Sí. Yo quedé malherido. Muchos meses de recuperación y, al final, me dieron la licencia absoluta y una pequeña paga. Una puta mierda, tío.

—¿Te gustaba estar en la marina?

Miró al cielo y se frotó la frente, como si así quisiera apartar los pensamientos y las imágenes que pulularan por allí dentro.

—Me encantaba —admitió—. Aquel era mi lugar.

Exhalé por la nariz.

—Debes quedarte con lo positivo, tío. Estás vivo y eso es lo que cuenta.

—Cierto, agradezco cada día por la nueva oportunidad.

Le miré con pesar.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo eso.

—Gracias.

Comimos en silencio. Bueno, yo lo hice, él se dedicó a mirar al frente y beber sorbos pequeños de una especie de cantimplora metálica, de esas térmicas que conservaban el agua fría varias horas. Seguro que por mi culpa ahora estaba recordando los malos momentos vividos después de ese accidente donde su compañero perdió la vida y él estuvo a punto de irse con él. Tenía que haber mantenido el pico cerrado y no curiosear en su vida, pero como él siempre hacía preguntas sobre la mía, pues... En fin, mejor dejarlo correr y no darle vueltas.

—¿Cómo es que Inteligencia se hace cargo de un caso que claramente es de narcóticos? —preguntó de repente.

Tragué y me limpié la boca con el dorso de la mano.

—Narcóticos nos pidió ayuda al fallecer los imputados del caso. Ahora víctimas.

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

—Muchos meses.

—¿Desde que murió tu padre?

—De manera oficial, sí. Yo llevo años, casi desde que salí de la academia de Policía, intentando esclarecer el caso que lo encerró entre rejas. Me tomaron en serio cuando los cuatro fallecieron y narcóticos se presentó en las oficinas. Entonces fue mi turno de poner sobre la mesa todo lo que había investigado por mi cuenta.

—Ya sabes lo que dicen: nunca es tarde si...

—... la dicha es buena, sí —terminé por él.

—Eres un buen tío.

Fue mi turno de emocionarme.

—Eso intento.

—Será una lástima tener que partirte esas piernas.

Se me escapó la risa y exclamé:

—Lo estás deseando, cabronazo.

Ambos nos pusimos de pie a la vez y, sin mediar más palabras, volvimos a ponernos en marcha. Y esta vez no hicimos ningún parón hasta que no estuvimos en el lugar indicado; que no fue hasta casi otra hora más.

En cuanto llegamos, lo vi con toda la claridad del mundo, igual que él; huellas de neumáticos por todas partes.

—Estabas en lo cierto —admitió.

Miré alrededor, fijándome bien en todo lo que veía con mucha atención.

—¿Adónde coño lleva ese agujero de ahí? —Señalé con la cabeza, apoyando las manos en las caderas.

Estaba cubierto de zarzas y ramajes, pero no de forma natural, sino premeditada.
¿Sospechoso o solo me lo parecía a mí?

—Joder, no me acordaba de las minas de plomo.

El corazón se me paró unos pocos segundos.

¿Las minas de qué?

CAPÍTULO 30

Nial

Tucker, pasmado, observaba lo poco que se veía del agujero ese que alguien trató de cubrir con toda esa porquería; estaba claro que ese alguien quería o pretendía ocultar algo que, a simple vista y sobre todo para personas como nosotros, que estábamos acostumbrados a fijarnos en todo, saltaba a la vista.

La cabeza ya me echaba humo.

—¿Qué acabas de decir? —pregunté.

Tuck desvió la mirada en mi dirección con el ceño fruncido, pensativo.

—Dije que me había olvidado de las minas de plomo, las que se cerraron hace más de cincuenta años.

—¿Y cómo es eso posible?

Se encogió de hombros.

—Supongo que como con el tiempo se dejó de hablar de ellas y por aquí no suele subir nadie, pues..., no sé, no me dio por pensar en ellas cuando comentaste lo de la furgoneta de marras. Además, estas tienen la entrada por la parte de abajo y no por aquí. Ese camino estaba cerrado e intransitable, al menos para vehículos.

—Las huellas de neumáticos y lo que yo vi dicen lo contrario, ¿no crees?

Asintió.

—Por eso me he quedado descolocado. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza que las estuvieran utilizando.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —indagué.

—¿Qué estás pensando tú? —me devolvió la pregunta.

Suspiré, poniéndome en lo peor.

—Pienso que si se han tomado tantas molestias para tapar un agujero, es porque algo gordo o nada legal se esconde dentro.

—Entonces, sí, pensamos lo mismo. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Averiguar de qué se trata.

Caminé hacia el puto agujero, con la mente puesta ya ahí dentro y con algo bailándome entre las costillas; algo nada bueno y que pudiera ser que nos estallara en las narices. También era posible que me estuviera equivocando y este fuera el escondite de algunos de los chavales del otro pueblo y utilizaran las antiguas minas para tonterías, poniéndose en peligro sin pensar en ello.

—¿Qué haces? —Me detuvo Tuck, cogiéndome del brazo—. No puedes entrar ahí como si nada, tío, es peligroso.

—¿Peligroso? —mascullé.

—Joder, pues claro. Son unas minas muy antiguas, Adam, no conocemos su estado interior ni somos unos descerebrados para hacer las cosas a lo loco. Pensemos y luego actuemos.

—Tienes razón, pero...

—Pero nada, echemos un vistazo por aquí fuera, a ver si descubrimos algo, y bajemos a hablar con el *sheriff* de esto. Posiblemente él tenga más información de la que yo dispongo.

Suspiré, resignándome a no poner un pie ahí dentro, de momento.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera.

—Mi manera es la correcta.

—Lo sé, y por eso vamos a hacerlo así.

—Bien. Tú ve por ahí y yo por el lado contrario —dijo.

Me reí.

—¿Qué pasa? —Se puso a la defensiva.

—Pasa que el poli soy yo.

—Y yo el que mejor conoce el lugar.

—Bueno, tampoco es que lo conozcas mucho que digamos.

—Por supuesto que sí.

Meneé la cabeza y solté, burlón:

—Vamos, Tucker, no me jodas, hombre, que ni siquiera te acordabas de las putas minas.

—¿Echamos un vistazo o no?

—Grita si ves algo o tienes miedo.

—Eres un mamón —graznó, haciéndome reír de nuevo.

Lo perdí de vista en cuanto dobló el recodo del camino que bordeaba las minas por el lado derecho; el mismo camino que, al parecer, utilizaban los vehículos, o puede que solo la furgoneta de las narices para llegar hasta aquí. Digo yo que si hubiera habido mucho movimiento de coches y tal, alguien más se hubiera dado cuenta y no solo yo, ¿no?

«Y tú porque estabas en el lugar indicado».

Cierto, de no haber estado en el claro del bosque aquel día, sentado en la peña, junto al río, la furgoneta no me habría llamado la atención y ahora mismo no estaríamos aquí con la sensación de estar a punto de abrir la caja de Pandora.

Me acerqué al agujero y palpé hasta encontrar el cierre metálico oculto entre la maleza; una gruesa cadena de hierro y un candado enorme. Contuve la respiración y tiré con fuerza. No pasó nada. Necesitaría algo mucho más contundente que un tirón, lo sabía, pero por probar no se perdía nada.

«¿El tiempo?».

Maldita sea, no estaba perdiendo el tiempo; eran cosas que se hacían y punto.

Me interné entre la maleza, fijándome bien en el suelo y parándome de tanto en tanto para otear alrededor. No se escuchaba ni un ruido; ni siquiera el trinar de los pájaros o los zumbidos de los insectos. Hacía calor, pero no tanto como para agobiarse. Era lo que tenía el mes de octubre, que igual hacía frío que lucía el sol; como un periodo de adaptación al cambio de estación; una de cal y otra de arena.

Tropecé con algo y estuve a punto de caer al suelo.

Me cagué en todo lo cagable y di patadas hasta encontrar lo que se había interpuesto en mi camino; y no era una piedra, como había creído en un principio. Era... Era... ¿Qué coño era esto? Me agaché para verlo mejor y... ¡Hostia puta! ¿Era uno de esos aparatos de radiofrecuencia que se utilizaban para bloquear las señales de móviles, mensajes de texto y todo lo que navegara a través de la red?

«¿Un inhibidor de señales?».

Eso quería decir, justo eso.

Empezaron a sudarme las palmas de las manos.

¿Por qué demonios había un aparato de estos en medio de la nada junto a unas minas si en estas no hubiera algo que ocultar? Me pitaron los oídos, diciéndome que no me equivocaba y ahí

dentro había algo gordo. Algo que, quizá, podría estar relacionado con nuestra investigación y que hubiéramos dado con ello por pura casualidad.

«Bendita casualidad».

Eso esperaba.

Seguí caminando cuesta abajo, encontrando a mi paso no solo ese inhibidor, sino cinco más. La puñetera montaña estaba rodeada de estos aparatos por todas partes.

¡Joder, joder, joder!

El grito de Tucker me sobresaltó.

—¿Qué coño...? ¿Tuck? —exclamé dando media vuelta.

—¡Adam!

Gritó de nuevo y salí a trompicones de entre la maleza, arañándome la cara con las ramas bajas a mi paso, y dejándome guiar por su chillido hasta él.

Me asomé al agujero.

Tucker estaba en el fondo y se sujetaba el brazo con la mano haciendo un gesto de dolor.

—¿Qué cojones ha pasado?

—Una trampa para merodeadores, tío. No la vi. Creo que el hombro se ha salido de su sitio.

—Tranquilo, ahora mismo te saco de ahí.

—¿Cómo? —vociferó.

Sonreí de medio lado.

—Soy un poli con recursos, Tuck, no me subestimes.

—Joder, no lo hago, es que duele muchísimo.

—No seas nenaza y aguanta.

Corrí al sitio donde había dejado la mochila. En ella, además de comida y bebida, siempre guardaba cosas que se pudieran necesitar en casos de emergencia, por si las moscas. Pillé unos guantes, una cuerda y una sudadera, volviendo junto a Tuck en cuestión de segundos.

—Eh —dije lanzándole la cuerda—, átala alrededor de la cintura. ¿Ves algún saliente de piedra que puedas utilizar como punto de apoyo?

—No, solo veo barro.

—Está bien. —Me coloqué los guantes e inspiré hondo—. Entonces ve apoyando los pies en la pared mientras yo tiro de ti y recemos para que el barro esté lo suficientemente húmedo para no desprenderse con facilidad. ¿Listo?

Asintió y yo tiré con toda la fuerza del mundo.

Tardé un buen rato en poder asirlo por las axilas y sacarlo del todo del agujero, sentándolo en el suelo.

—No te muevas —pedí.

—¿Sabes colocar un hombro en su sitio?

—¿Tú qué crees?

—Creo que no eres médico y mejor ni lo intentes.

—¿Aguantarás el dolor hasta llegar al pueblo?

—¿Ahora me subestimas tú?

Cogí la sudadera, hice un nudo con las mangas y luego se la pasé por el cuello, envolviéndole el brazo con ella y ajustándola al costado como si fuera un cabestrillo.

—Buena idea —murmuró.

—De la cabeza me sale algo más que pelo, ¿sabes?

Se rio con poca gana.

—Gracias por sacarme de ahí.

Le guiñé el ojo.

—Para eso están los amigos.

Lo ayudé a ponerse en pie y le sacudí la ropa.

—¿Has visto algo que mereciera la pena? —curioseó.

Exhalé con fuerza por la nariz antes de responder:

—Inhibidores de señales, por toda la parte izquierda y cada cinco metros, más o menos.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Joder, tío, esto no pinta bien. Tenemos que hablar con Maverick cuanto antes.

—Totalmente de acuerdo. Te dejaré en la clínica del doctor Walsh e iré a verlo a la granja.

—Bien.

Tres o cuatro horas más tarde lo dejaba en manos de Betsy, la enfermera del pueblo y esposa del doctor, encargándose de todo.

Me despedí y salí pitando hacia la granja, prometiéndole mantenerlo al tanto. Ni Maverick ni Sahale tenían idea de lo que iba a contarles. La caja de Pandora no solo estaba a punto de abrirse, sino de explotar por los aires.

Dejé el coche en el aparcamiento y salí de él azorado, ansioso y, por qué negarlo, también con algo de miedo. Miedo a lo desconocido. Miedo a lo que estuviéramos a punto de enfrentarnos. Y miedo a que toda esta mierda nos estallara en la cara.

«Respira hondo y tranquilízate».

Eso no era tan fácil, por mucho que me lo planteara.

Crucé el umbral de la puerta de entrada, dejé los deliciosos aromas que salían de la cocina atrás y recorrí el pasillo hasta el despacho de Maverick con grandes zancadas. Por suerte, los dos estaban allí, reunidos y, al parecer, esperándome.

—Llegas tarde —indicó Sahale.

—¿Tarde? —Miré el reloj.

Mierda, con todo lo sucedido, el santo se me había ido al cielo; pero ya estaba aquí, que era lo importante.

Maverick me escudriñó con los ojos entornados, suspicaz.

—¿Qué ocurre, Adam?

Cogí aire y exhalé.

—Tucker y yo hemos subido al puto culo de esa montaña.

—¿Y? —inquirió el otro.

—Sí que llegan los vehículos hasta allí. Está rodeada de inhibidores de señal por todas partes. Y Tucker se cayó en una trampa que parecía estar hecha para merodeadores.

Maverick se puso en pie, alarmado.

—¿Qué? ¿Se ha hecho daño?

—Magulladuras y un hombro dislocado —respondí—. Acabo de dejarlo en la clínica.

Ambos intercambiaron una mirada, entendiéndose.

¿Qué acababa de perderme?

CAPÍTULO 31

Ruby

No tenía ni idea de quién había hecho correr el rumor de que Adam y yo dormimos juntos la noche pasada, pero, caray, la pólvora se quedaba corta con la rapidez que este se propagó en cuestión de poco tiempo; de hecho, podía jurar, sin miedo a equivocarme, que el noventa por ciento de las personas que hoy entraron en el colmado y compraron algo solo lo hicieron con la intención de saber más del chisme de las narices. En serio, ¿cómo lo hacían? ¿Cómo conseguían estar al tanto de todo? ¿Existía una línea telefónica por la que se mantenían en contacto? ¿No tenían vida propia? ¿Eran espías? ¿Trabajaban para el Gobierno? Sí, ya sé que estaba exagerando, sin embargo, si me dijeran que esto último era cierto, no me sorprendería en absoluto. Y no sabía por qué, pero me imaginaba a mis abuelas, Holly y Annabel, junto con Anne, siendo las artífices del equipo de cotilleos más rápido del lugar y poniéndolo todo en marcha hacía como un millón de siglos.

«Relájate».

Imposible, estaba cabreada y punto.

Con Paul no pasó esto. Bueno, algo sí, no obstante, fue lo justo y necesario al tratarse de una persona nueva que llegaba al pueblo y que salía con una de las chicas; una de las favoritas, además. Las tres lo éramos; probablemente, porque durante mucho tiempo fuimos las únicas de por aquí y la gente nos apreciaba y nos adoraba. Lo de cotillear no lo hacían con mala intención, pero llegaba un punto, al menos ahora me estaba pasando con Adam, que tocaba mucho las narices que todo el mundo estuviera o quisiera estar al tanto de mi vida privada y que no se molestaran ni en disimular.

Gruñí por lo bajo y luego inspiré hondo.

Me bastó solo una mirada para saber que mi madre estaba al tanto de todo cuando vino a verme a media mañana. Y ya no me quedó ninguna duda, que no la había, cuando dijo con retintín:

—Creo que alguien ha hecho el camino de la vergüenza hoy muy temprano. Y ni se te ocurra echar balones fuera como hiciste ayer, Ruby Miller. —Me miró por debajo de las pestañas—. ¿También pasasteis el fin de semana juntos en Nashville?

Resoplé como un rinoceronte y se lo conté todo.

¿Qué otra cosa podía hacer? Era mi madre y, hasta donde yo sabía, ella también pasó por todo esto en su época, cuando salía con papá y más tarde se escapó con Steve. Con ella fue peor porque, al regresar, por aquí todo el mundo la miraba mal y cuchicheaba a su paso. Nunca le importó lo que dijeran. Ojalá me pareciera más a ella y me dieran igual los dimes y diretes.

—Así me gusta —murmuró complacida cuando terminé—, que le hagas caso a tu madre y disfrutes de la vida, que solo es una y nunca sabemos cuándo se va a terminar.

A ver, que no lo expliqué todo con pelos y señales, que tenía confianza con ella, pero hasta cierto punto. Intimidades sexuales las justas.

Llamaron a la puerta y abrí.

Y ahí estaba Caroline, sonriente y con una bandeja en las manos.

—Pasteles de la mejor confitería de Kingston —anunció entrando en la cocina—. ¿Qué? ¿A

qué viene esa cara hosca?

Dejó la bandeja sobre la encimera y se cruzó de brazos.

Volví a resoplar, esta vez como una niña pequeña.

—Adam y yo estamos en boca de todo el mundo. Hasta mi madre vino poco después de que tú te fueras con el cuento, ¿te lo puedes creer?

Asintió.

—¿Y de qué te extrañas, cielo? Para bien o para mal, esto es Mountain Brooks. Ya deberías estar acostumbrada a que todo se sepa y se propague. Afortunadamente, nos quieren. Imagínate que nos odiaran. —Puso los ojos en blanco.

—¿Como odiaron a mi madre?

—A ella no la odiaban, solo la tenían un poco atravesada por haber hecho sufrir a uno de sus muchachos. Todo aquel que le hace daño a alguno de los suyos..., ya sabes. —Hizo el gesto de rebanarse el cuello con la mano.

Me reí.

Tenía razón, cuchicheaban a nuestras espaldas, pero también nos protegían. Y los chismes no eran malintencionados, al menos los de la gran mayoría.

Suspiré, resignada.

—¿Café o chocolate? —ofrecí.

—Chocolate, por favor.

Carol se quitó la chaqueta del traje y la colgó del respaldo de la silla.

Me pareció preocupada.

—¿Va todo bien? —indagué mientras preparaba su chocolate y mi café.

—Más o menos.

—Explícate.

—Hay problemas en la empresa y van a hacer recortes. Mi puesto es uno de los que peligra.

—Vaya... ¿Desde cuándo?

—El rumor nos llegó tiempo atrás, pero no fue hasta hace un par de meses que empezó a cobrar credibilidad.

—¿Y por qué no nos lo habías dicho, cielo?

Se encogió de hombros.

—Porque no quería darle importancia. Además, la muerte del señor Brooks, tu ruptura con Paul, la llegada de Adam... Preocuparos no entraba en mis planes.

—Pues mal hecho. —Me enfadé—. Porque somos tus amigas, e igual que nosotras te lo contamos todo a ti, tú debes hacer lo mismo, ¿entiendes? Yo, aquí, hablándote de mis chorradas, y tú pasándolo mal de verdad. ¿Te parece normal?

—Tus cosas no son chorradas, Ru.

—En comparación con lo tuyo, sí que lo son, cariño. Ven aquí, anda. —La abracé con fuerza y susurré—: Lo siento mucho.

—Aún no es oficial. Y, para colmo, el sábado quieren hacer una cena de empresa, por si acaso. Yo es que flipo, vaya.

—¿Y vas a ir?

—Qué remedio, va todo el mundo. Eso sí, te juro que la voy a liar parda.

Sonreí.

—No esperarías menos de ti, Caroline Kenwood.

Chocamos los cinco.

—¿Salón o cocina?

—Salón y sofá —respondió.

Una vez acomodadas y mientras nos llevábamos trozos de pastel a la boca y bebíamos nuestras bebidas calientes, fuimos hablando; sobre todo de mí y de Adam, como ya venía siendo habitual. También de su situación y de lo que sucedería llegado el caso de que la despidieran.

—No sé, siempre puedo dedicarme a buscar desaparecidos con esa aplicación —se guaseó.

Que no le faltara el humor era bueno, teniendo en cuenta que estaba a punto de perder el trabajo de sus sueños.

—Esa aplicación es una porquería —mascullé.

—No lo sabemos, aún no hemos encontrado a Nial. ¿Adam no te ha dicho nada al respecto? Fruncí el ceño.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Bueno, hace semanas que te ofreció su ayuda para encontrarlo, ¿no?

—Cierto, sin embargo, en Nial es en lo último que pienso cuando estoy con Adam, créeme —confesé, ruborizándome.

—Entonces, ¿no te ha dicho nada de nada?

Negué con la cabeza.

—Y tampoco es que me importe mucho —añadí.

—Vale, pues yo sigo pensando que ambos se parecen al modelo ese. Y Liz está de acuerdo.

—Si tú lo dices...

—¿Te imaginas que Nial y Adam fueran la misma persona?

Me atraganté con el café.

—¿Qué? —chillé—. ¿Qué coño llevaba el pastel que te has comido, chiflada?

—Podría ser, ¿no? Si te fijas bien...

—No digas bobadas, por favor, eso es imposible. No tiene nada que ver el uno con el otro.

¿Verdad que no?

¿Por qué de repente sentía esta especie de presión en el pecho?

¡Uf!

—Tu madre, como experta fotógrafa que es, sabría decirnos si el ángulo de sus facciones coincide, ¿no te parece?

La presión del pecho se acrecentó al recordar aquel día que entré en el estudio de mamá y la encontré escudriñando las fotografías de mi cumpleaños sobre el mostrador. ¿Cuáles fueron sus palabras? Ah, sí: «Tengo la sensación de que conozco a este chico de algo y no sé de qué». La misma sensación que tuve yo desde la primera vez que lo vi, en la entrada de la granja de los Brooks, hacía bastantes semanas.

«¡Madre mía! ¡Madre mía!».

¿Existía esa posibilidad de verdad?

El corazón me dio un vuelco.

Algo en mi interior me decía que sí, que claro que existía.

—Cariño, ¿te pasa algo? Solo era una broma, no creas que...

El sonido del teléfono la interrumpió.

El mío, no el suyo.

—¿Mamá? —balbucí.

La cabeza me echaba humo.

—Cariño, ¿te has enterado de lo que le ha pasado a Tucker?

Sacudí la cabeza, tratando de despejarla.

—¿A Tucker?

Caroline ya me miraba expectante, apretándome el brazo con una mano.

—Al parecer, él y Adam fueron a hacer una ruta al otro lado del pueblo, a la montaña, y se cayó en una trampa o algo así.

¿Una trampa? ¿De esas para animales?

Me asusté al imaginármelo con púas clavadas en el cuerpo y sangrando a chorretones.

—¿Que se ha caído? Pero ¿está bien? —Levanté la voz.

—¿Qué pasa? —inquirió Carol alarmándose también.

Le hice un gesto para que guardara silencio y seguí escuchando la explicación de mamá.

—Adam consiguió sacarlo de allí. Y, para lo que pudo haber sido, solo se ha dislocado el hombro. Gracias a Dios.

«Sí».

—¿Dónde está ahora? —Quise saber.

Era nuestro amigo y podría necesitar ayuda con el Anny's.

«A todo esto..., ¿fue a hacer una ruta y no abrió el bar?».

¿Era todo muy raro o solo me lo parecía a mí?

—Sigue en la clínica del doctor Walsh, donde lo dejó Adam hace un rato.

—¿Y el Anny's?

—Papá dice que su hermana, la que se divorció hace poco, está allí.

Caray, mamá estaba al tanto de todo, igual que lo estaba yo ahora. Sí, por lo visto, a todos los de este pueblo nos habían cortado por el mismo patrón; eso o que lo de cotillear era una plaga que se propagaba sin remedio y nos infectaba a todos, quisiéramos o no.

«¿Como un virus de información?».

Algo así, sí.

Hablé con mi madre unos poco minutos más y luego dejé el teléfono en el reposabrazos del sofá.

—¿Qué le ha pasado a Tucker?

Miré a Carol y, con el corazón desbocado, la puse al día. No sabía si por lo que mi madre me acababa de contar o por lo que seguía dándome vueltas en la cabeza y que nada tenía que ver con lo de Tuck.

—Joder, qué fuerte. ¿A qué fin subieron allá arriba si nadie va? ¿Están locos?

—Ni idea, Carol, puede que sí.

—¿Y si los dos hubieran caído en la puñetera trampa? ¿Eh?

—Tampoco tengo respuesta para eso.

Se puso a rebuscar en el bolso hasta dar con el teléfono.

—¿Qué haces?

—Llamar a Lizzy y contárselo.

Fue así como lo confirmé.

Sí, éramos dignas habitantes de Mountain Brooks.

Y jamás volvería a tomarme mal los cotilleos.

No los buenos, al menos.

CAPÍTULO 32

Ruby

En cuanto Carol salió por la puerta, me puse frenética. El corazón me bombeaba tan rápido que ni siquiera era capaz de respirar hondo para calmarlo. ¿Adam y Nial podían ser la misma persona? Sí, seguía con el runrún, dale que te pego y, con cada minuto que pasaba, más convencida estaba de que hacía rato que la respuesta a esa pregunta era muy afirmativa. No todo podían ser casualidades, serían demasiadas.

Otro fogonazo me vino a la mente.

Esta vez llovía a mares y él había hecho de buen samaritano llevándome en el coche hasta la granja de la abuela Annabel; también hizo una pregunta que en su momento me llamó la atención y de la que ahora me daba cuenta: «¿Desde cuándo te haces cargo del colmado de tu abuela?». Mi respuesta: «¿Cómo sabes que el colmado era de mi abuela?». Y su explicación, con encogimiento de hombros incluido, creía recordar: «Supongo que lo escuché en alguna parte». Ya, claro, escuchó en alguna parte algo de lo que hacía demasiado tiempo que no se hablaba; de hecho, había indagado al respecto, pero como de aquella me caía tan mal y tenía tantas ganas de salir del maldito coche, aunque estuviera diluviando, pues...

¡Ag! No podía creerme lo estúpida que había sido.

«¿Qué me dices de lo extrañado que se quedó cuando supo que Jack era tu padre?».

Cierto.

Y de que ahora viviera en el colmado de la abuela Holly, como si supiera que antes lo hacía en otro lugar.

Una gota de sudor me resbaló por el cuello hasta la base de la nuca, quedándose ahí.

Encendí el ordenador, temblándome el pulso.

No tenía ni idea de cómo buscar en páginas ni nada de eso, la experta era Caroline, no yo; sin embargo, me sentía tan confundida y, a la vez, parecía tenerlo todo tan claro que no dudé a la hora de teclear y comenzar a abrir páginas al azar que me llevaran a alguna parte en concreto y saciaran todas las curiosidades que me surgían en la cabeza desde hacía una hora, por lo menos. Miraba sin ver. Leía sin prestar atención. O me calmaba un poco o esto no me llevaría a ninguna parte, jolines.

Dirigí la mano al pecho, sobre el corazón, e inhalé hondo.

Una, dos, tres veces.

Y volví a centrar la mirada en la pantalla.

Mi amiga tenía razón, todos los Nial Irwing que aparecían nada tenían que ver con el que andábamos buscando; ni edad ni nacionalidad ni nada de nada. Incluso eché un ojo en una web en la que se hablaba de los desaparecidos de la zona, delincuentes y hasta fallecidos sin identificar. ¿Cómo era posible que existiera todo esto en la red y yo no lo supiera?

«¿Porque nunca has tenido la necesidad de buscar a alguien tal vez?».

Suponía que sí, que era por eso. ¿Qué necesidad tenía yo de entrar en este tipo de páginas? Caray, pues ninguna. Hasta ahora, claro. Seguí buscando y rebuscando como una loca sin dar con nada en concreto. Pasaron los minutos, convirtiéndose en horas; dos o tres, no estaba muy segura. De pronto, leí algo por encima que me hizo retroceder y clicar en el enlace de la noticia.

Era de hacía varios meses y decía lo siguiente: «Thomas Irwing, detenido en el año 2018 en una redada rutinaria, por encontrarse en posesión de sustancias ilegales y en gran cantidad, muere en extrañas circunstancias días antes de ser revisada su condena...».

Dejé de leer cuando todo empezó a darme vueltas.

¿No era así como se llamaba el padre de Nial? No estaba segura, pero me sonaba tantísimo ese nombre que ni me plantearía jurar que así era sin miedo a equivocarme.

«Para y cálmate».

No lo hice.

¿Me estaba obsesionando con el tema? ¿Veía cosas donde no las había? ¿Me estarían jugando la mente y el instinto una mala pasada?

«Aléjate del ordenador. Date una ducha. O sal a dar un paseo».

Debería hacerlo, sí, más que nada por mi salud mental, que empezaba a peligrar a pasos agigantados.

«¿Y si te lo estás inventando todo?».

¡Maldita Caroline, que había soltado la bomba dejándome con esta desazón en el cuerpo y temiéndome estar siendo engañada por el tío del que me estaba enamorando! Pero ¿qué razón iba a tener Adam para hacerme algo así? O Nial, ya puestos; habíamos perdido el contacto hacía demasiados años, no tenía sentido y era surrealista, miraras por donde lo miraras.

Gruñí, desesperándome.

¿La mejor manera de salir de dudas no era preguntando? Pues bajé la tapa del portátil, sin apagarlo, me calcé, cogí el teléfono de encima de la mesa y salí por la puerta como alma que llevaba el diablo. Adam iba a tener que responder unas cuantas preguntas. Y más le valía que fuera con la verdad por delante, de lo contrario, se iba a enterar el muy imbécil.

No lo encontré en su casa. No estaba en el Anny's. Y tampoco en el claro del bosque, lugar que se había convertido en el favorito de ambos. ¿Se lo había tragado la tierra de repente y por arte de magia?

«No seas tan dramática. Estará trabajando».

Con lo tranquila y feliz que vivía hacía unas horas, y ahora andaba como una loca por todas partes, buscándolo. Yo no era así. Yo no me obsesionaba. No exageraba. No me montaba películas. No dramatizaba. Nunca.

Giré sobre los talones y volví a casa.

Tarde o temprano, ya fuera de una forma u otra, las respuestas vendrían a mí.

Solo tenía que esperar.

Y eso iba a hacer.

Nial

Las minas pertenecían a un terrateniente del pueblo de al lado y del que Maverick ni siquiera recordaba su nombre. Habían sido cerradas alrededor de los años cincuenta, alguno más de los que Tuck pensaba en un principio, y sin ningún motivo aparente; hecho que llevó a muchos a emigrar y buscarse las castañas fuera del estado de Tennessee; como se vio obligado a hacer Anthony Brooks en su momento. Casualidades de la vida o no, aún no las tenía todas conmigo, dichas minas estuvieron en el punto de mira y se llegó a sospechar que en ellas se estuviera haciendo algo ilegal. A falta de pruebas concluyentes, no pudo conseguirse una orden de registro de la propiedad y, con el tiempo, todo quedó olvidado. Así me lo habían contado Maverick y Sahale, y así se lo estaba resumiendo yo a Tucker, que seguía en la clínica del doctor Walsh en

observación.

—¿Y el *sheriff* no sabe cómo localizar a los herederos de las putas minas? Porque digo yo que serán de alguien, ¿no? —exclamó, irritado.

—Dijo que iba a echarle un ojo a los archivos del señor Brooks. Al parecer, tenía documentada la historia de toda la zona.

—¿Y si no encuentra nada al respecto en ellos?

—Supongo que entonces no quedará otra que revisar el catastro y toda esa mierda burocrática.

Asintió con una mueca de dolor.

—¿Coinciden los tiempos de esas sospechas con lo que le sucedió a tu padre?

Exhalé con fuerza.

—Diría que sí, pero no me atrevo a jurarlo.

—¿Cuánto se tarda en conseguir que un juez conceda una orden de registro?

—Pues depende de varios factores.

—Si esta vez tampoco se consigue que el juez haga caso, ¿qué?

—A ver, no sé en qué se basaron la otra vez para solicitar la orden, pero, teniendo en cuenta lo que vimos el otro día, no creo ni que lo dude. Sospechoso es de cojones.

—Ya, pero es lo único que tenemos.

También era verdad, y mentiría si dijera que no había reparado en lo mismo que él. Por eso tenía pensado plantarme en la zona, por la entrada que daba al otro pueblo, y vigilar hasta que se me cayeran los ojos. Sí o sí, descubriría lo que se hacía allí dentro. Eso como que me llamaba Nial Irwing, joder.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió mirándome con los ojos entornados.

—Nada, ¿por? —mentí.

—«Nada» y una mierda, Adam, que nos vamos conociendo. Ni se te ocurra ir tú solo allí, ¿me oyes? Ya viste lo que me pasó a mí. No sabemos a qué nos estamos enfrentando y puede ser peligroso.

—Lo sé.

—Pues entonces nada de hacer el gilipollas.

Chasqueé la lengua, un poco ofendido y sin ninguna intención de hacerle caso. Haría lo que me saliera de las pelotas. Estábamos demasiado cerca de algo como para esperar.

—Adam... —advirtió.

—Acabo de decirte que ya lo sé, pesado.

—Me cago en la puta, que te lo estoy diciendo en serio —se sulfuró—. No hagas gilipolleces, ¿quieres?

Lo miré a los ojos con los labios apretados en una línea finísima.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar y tu instinto te dijera que estás en el camino correcto? ¿Dejarlo pasar y esperar?

Negó con la cabeza.

—Haría lo que estuviera en mi mano por descubrir la verdad.

—Pues eso es lo que voy a hacer, Tucker, te guste o no. No pienso quedarme de brazos cruzados.

Me fulminó con la mirada y estuve seguro de que, de poder, me arrearía un puñetazo por cabezota. Pero, coño, llegados a este punto, y con esa mosca zumbándome detrás de la oreja con tanta insistencia, pues de tirados al río y que fuera lo que Dios quisiera.

—¿Qué te dice el sargento de la brigada?

—Aún no he hablado con él. Salí de la granja de los Brooks y vine directo a verte a ti.

—Pero vas a decírselo, ¿no?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

Sonrió.

—Por alguien cuerdo y sensato me parece que no.

—Mamón —gruñí—. ¿Cómo estás tú?

—Magullado y muy dolorido.

—¿Te van a dar el alta?

—No, pasaré aquí la noche, por si hay conmoción o algo de eso, ya sabes.

—Pues me quedo contigo por si necesitas algo.

—Betsy estará aquí, Adam, no es necesario. Lárgate a tu casa o vete a ver a Ruby.

Suspiré.

—Ahora no puedo estar con ella, sabría que me pasa algo y no quiero mentirle cuando pregunte.

Sonrió con ironía.

—Llevas haciéndolo desde que llegaste, ¿qué importa una mentira más?

Tragué saliva.

—A mí me importa, Tucker. Y por nada del mundo la pondría en peligro, ¿entiendes? Así que deja de tocarme los cojones.

Alzó el brazo que no llevaba en cabestrillo.

—Vale.

—¿Vale?

—Te juro que sí —aseguró.

—Bien.

Me quedé a pasar la noche con él.

Me fui a casa antes del amanecer, agotado.

Cada día faltaba menos para que mi padre pudiera descansar en paz.

Y yo también lo haría.

CAPÍTULO 33

Nial

Esperé tres días para poner en marcha el plan de ir a vigilar la entrada de las minas. Tres días durante los cuales, desde el claro del bosque, estuve pendiente de ver si la furgoneta de marras aparecía en algún momento. No lo hizo. Al menos no en el transcurso de la cantidad de horas que pasé como un idiota allí plantado, en la peña, mirando hacia arriba. Una de dos, o sabían, quien quiera fuera, que lo sabíamos, y estaban dejando pasar un tiempo prudencial, o se estaba utilizando otra entrada; probablemente, la principal.

Miré el reloj por cuarta vez, ansioso.

El sargento Beghe me había dado carta blanca para hacer lo que me proponía; estaba conmigo en que, mientras Maverick repasaba los archivos de las narices hasta dar con algo, esta era la mejor forma de averiguar si las minas se utilizaban para lo que sospechábamos, que no era nada bueno. Solo esperaba no cagarla y que, tanto el *sheriff* como el sargento, no me cortaran las pelotas por ello.

Metí en la bolsa el agua y los bocatas.

Tucker estaba en su casa desde la mañana siguiente del accidente y seguía llevando el brazo en cabestrillo. No trabaja, pero sí que lo controlaba todo sentado en uno de los taburetes del Anny's y volviendo tarumba a su hermana que, por cierto, me parecía una mujer encantadora y bastante atractiva. No era ciego y uno se fijaba en las mujeres guapas, aunque estuviera pillado por otra hasta las trancas. Otra a la que llevaba evitando todo este tiempo para no tener que contarle milongas y ponerla en peligro. Si era verdad que allí dentro, en las minas, se hacían cosas chungas e ilegales, como sospechábamos, esa gente no se lo pensaría dos veces a la hora de salvarse el culo cogiendo a alguien como rehén y toda esa mierda por la que ella ya había pasado, por desgracia, años atrás.

Los golpes en la puerta me sobresaltaron.

¿Quién coño llamaba así a las cinco y cuarto de la madrugada en casa de alguien? Que no eran horas para hacer una visita, coño.

Los ignoré y seguí metiendo cosas en la mochila: prismáticos, auriculares, barritas de cereales, unos caramelos, unas...

Más golpes en la puerta.

Resoplé y fui a ver quién era, no me quedó otra.

—¿Ruby? —balbucí al verla.

«Esa cara de mosqueo no augura nada bueno».

Tampoco hacía falta ser muy listo para darse cuenta de eso.

—¿Puedo pasar?

Me hice a un lado, indicándole con la cabeza que sí, y la seguí hasta la cocina.

—¿Te marchas? —Frunció el ceño señalando la bolsa que había sobre la mesa.

Carraspeé.

—No, es solo que tengo que hacer un trabajo para Arizona fuera del pueblo y me va a llevar tiempo.

Cruzó los brazos sobre el pecho, mirándome de frente.

—¿Por qué estás evitándome, Adam?

—No lo hago —mentí.

La sonrisa sardónica me puso los pelos del cogote de punta.

—¿Tengo pinta de ser tonta?

Tardé unos segundos en contestar, sabiendo con certeza que, dijera lo que dijese, me iba a poner en un aprieto.

«Ya lo estás, campeón».

—No.

—No es la primera vez que me mienten a la cara, ¿sabes?

—Ruby... —traté de decir, sintiéndome como una mierda.

No me dejó seguir.

—No somos nada, y el que nos hayamos acostado unas cuantas veces no me da derecho a pedir explicaciones, lo sé, pero estoy furiosa y preferiría que fueras sincero conmigo, así que ¿hay algo que quieras o debas contarme?

Moví la cabeza con lentitud.

—Adam..., te estoy dando la oportunidad de hablarme claro de lo que sea que está ocurriendo y te juro por lo más sagrado que no voy a juzgarte. Sea lo que sea, lo entenderé.

Tragué saliva.

—No sé de qué va todo esto, Ruby.

—Sí que lo sabes.

—No.

Compuso una mueca rara.

—¿Cómo murió tu padre, Adam?

Noté un sudor frío en la base de la nuca y un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Lo sabía. No tenía ni idea de cómo demonios se había enterado, pero lo sabía; o, al menos, lo sospechaba, y estaba buscando una confirmación por mi parte.

—Ruby...

Entrecerró los ojos, interrumpiéndome de nuevo:

—¿Has encontrado algo sobre Nial Irwing, Adam?

Joder, vaya que si lo sabía, ahora no me quedaba ninguna duda al respecto. Ese «Adam» había sonado como una hostia a mano abierta.

—No lo he buscado —confesé.

—¿Por qué, si te ofreciste a hacerlo?

Inspiré hondo y exhalé con lentitud.

—Ya sabes por qué —admití.

—¿Lo sé?

Me encogí de hombros como si me diera igual. No lo hacía. Nada de lo que tuviera que ver con ella, con nosotros, me daba igual. Nunca lo haría.

—No estarías aquí haciéndome estas preguntas si no fuera así, ¿no?

—¿Estás reconociendo que me mentiste?

—No. Estoy aceptando que no te conté algo de lo que no podía ni puedo hablar aún.

—Entonces, ¿eres...?

Asentí.

Ella ahogó una exclamación y retrocedió dos pasos.

—¿Todo...? ¿Todo este tiempo... tú...?

Cerré los ojos, solo para abrirlos un segundo después.

—Por favor, Ruby, no me lo pongas más difícil de lo que ya es —rogué—. No puedo hacerlo, no es el momento.

—¿Tienes idea de cómo me siento ahora mismo? ¿De lo estúpida que me haces parecer? —dijo con rabia y dolor.

Sobre todo esto último.

Y yo era el causante, joder.

—No era esa mi intención.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál era tu intención? ¿Reírte de mí tal vez?

El corazón me latía tan deprisa que parecía el centrifugado de una lavadora.

—No tienes ni idea, Ruby —murmuré.

—¡Pues háblame!

—No. Ahora, no.

—¿Cuándo?

—Cuando todo pase.

—¿Estás... metido en algún lío? —Le tembló la voz.

Sonreí con desgana.

—No, estoy en el bando de los buenos.

—¿Qué leches significa eso?

—En su momento, lo entenderás.

—¿Estás en... peligro?

No respondí.

—¡Joder, Adam! —Me buscó los ojos con intensidad—. ¿O debería de decir Nial?

Tampoco respondí.

Giró sobre los talones, dirigiéndose a la puerta.

Fui tras ella y, cuando estaba a punto de salir por esta, susurré:

—No me odies, Ruby.

Su respuesta me dejó clavado allí durante varios minutos, viéndola desaparecer.

—¡Que te jodan, ya es tarde para eso!

Ruby

Salí de su casa como una exhalación y recorrí la distancia hasta la mía hecha una furia. Tenía la esperanza de haberme equivocado al ir encajando las piezas y que Caroline no hubiera tenido razón al insinuar, a lo tonto y de broma, que Adam y Nial podían ser la misma persona por parecerse ambos al puñetero modelo italiano de las narices. No estaba equivocada. Y su bromita había estado de lo más acertada.

«Es Nial».

¿Y qué si lo era? Me había estado mintiendo todo este tiempo haciéndose pasar por otra persona, y no lograba entender por qué.

«No te lo explicó».

Exacto, he ahí el quid de la cuestión: no me lo había explicado.

Los goznes de la puerta de casa temblaron cuando la cerré tras de mí.

Tres días, ¡tres!, había sido capaz de aguantar y morderme la lengua, pero, después de otra noche de insomnio por su maldita culpa, y con la curiosidad golpeándome el cerebro con tanta insistencia, no pude evitar ir a pedirle unas explicaciones a las que, en un principio, no creí tener derecho; sin embargo, ahora, ¡uf!, ahora me las debía, coño.

Tosí al beber agua y atragantarme con ella.

Me apetecía más un tequila, pero en vista de que apenas comenzaba a amanecer, pues...

Dejé el vaso con un golpe seco al lado del fregadero.

¿Quién más estaría al tanto de su doble identidad? Los padres de Lizzy tenían que saberlo, y Sahale seguro que también; no se le escapaba una y, aunque pareciera no estar pendiente de nada, siempre lo estaba de todo.

«¿Tucker?».

Ay, mierda, no, Tucker lo mataría si supiera que Adam no era Adam y sí Nial.

¿Cuándo empezó a convertirse mi vida en una telenovela de esas que veía mi abuela? ¿Cuando mi madre abandonó Mountain Brooks embarazada de mí y se casó con Steve? ¿Cuando regresamos años después con unos mafiosos pegados al culo? ¿Cuando me secuestraron? ¿Cuando Paul me fue infiel con todas esas mujeres, regalándome unos cuernos impresionantes y muy pesados? ¿Cuándo, eh?

Busqué el teléfono y le marqué a Caroline.

—Más vale que tengas un buen motivo para despertarme a las... ¿seis de la mañana? ¿Te has vuelto loca, Ru? —gruñó medio dormida.

—Tenías razón —grazné.

Bostezó y también debió de estirarse.

—¿Con qué, petarda?

Resoplé.

—Pues con qué va a ser, Carol, con lo de Adam y Nial, por supuesto.

—¿Qué pasa ahora con esos dos? —preguntó sin mucho interés tratándose de ella.

—¿Que son la misma persona?

Se le escapó la risa.

—Joder, Ru, sí que te has vuelto loca.

—Lo digo en serio, Caroline.

—¡Venga ya!

—Totalmente en serio.

—Pero ¿eso no era imposible según tú?

—Sí, eso creí.

—¿De verdad estás hablando en serio, Ruby?

—¿Tú qué crees?

—¡Me cago en la puta!

—Sí, eso mismo digo yo.

Entonces pasé a relatarle cómo me había sentido desde el minuto uno de conocer a Adam Ruzek; esa sensación de que no era la primera vez que nos veíamos y el cosquilleo en el estómago cuando lo tenía cerca. Las preguntas sutiles, por su parte, y la sorpresa por mis respuestas. La sensación que también tenía mi madre... Pequeñas piezas que, al ir uniéndolas, aunque no parecieran tener nada en común, formulaban la respuesta correcta: esas dos personas eran la misma. Y aún no sabía si para bien o para mal.

—Ruby, cariño, ¿no serán meras coincidencias?

Exhalé por la nariz.

—Se lo pregunté, Carol, y no lo negó.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Y no le diste una patada en los huevos?

Me reí a mi pesar.

Así era mi amiga, más bruta que un arado.

—Al parecer, tiene una explicación que todavía no puede darme.

—¿Por qué?

Alcé los hombros, aunque no pudiera verme.

—No tengo la respuesta a eso, pero imagino que la tendré.

—Si aprecia algo sus pelotas, más le vale.

Sí, más le valía, porque no tenía pensado quedarme de brazos cruzados.

—¿Crees que es un poli y que está aquí en una operación de esas supersecreta?

El estómago me dio un vuelco.

¿Se refería a eso cuando me dijo que estaba en el bando de los buenos?

¡Caray!

¿Nial era policía?

CAPÍTULO 34

Ruby

Se me hizo muy complicado realizar las tareas diarias y estar en el colmado con la gente yendo y viniendo; funcionar como una autómatas no era lo mío, pero eso fue lo que hice; disimulé todo lo que pude y atendí a la gente con una sonrisa, recibí a un par de proveedores y preparé pedidos que más tarde Cooper entregó; limpié unas cuantas baldas, repuse la zona de los refrescos y pagué unas cuantas facturas a través de Internet; para cuando llegó la hora de bajar la persiana, tenía más cansancio psicológico que físico y tenía unas ganas inmensas de meterme en la cama.

No lo hice.

En su lugar, me puse y le di caña a los azulejos de la cocina, al horno y al congelador; tiré unos cuantos productos, que a saber cuánto tiempo llevaban allí dentro, y lo dejé como una patena. La cosa no terminó ahí, pasé al salón, luego al baño y también repasé las habitaciones; la mía y la que usaba como despacho. Para mi desgracia, cuando estaba cabreada y preocupada, me daba por hacer este tipo de cosas y no paraba hasta haberlo dejado todo como los chorros del oro.

Y, no, no estaba chiflada.

Aunque lo pareciera.

Mi madre me pilló sentada a la mesa de la cocina, quitándome los guantes de goma.

Entró sin llamar.

Mi puerta, como la de la mayoría de por aquí, siempre estaba abierta.

—Ruby, tesoro, ¿va todo bien? —preguntó con cautela al verme.

Alcé la vista de las manos y traté de sonreír.

No lo conseguí.

Se acuclilló frente a mí y me miró con esa cara de preocupación que solo ponen las madres.

—Cariño...

—No me pasa nada, estoy bien.

Me daba vergüenza que supiera lo tonta que era.

—No, no lo estás, así que no me mientas. Huele a lejía, jabón y algo más que no logro identificar. Pareces preocupada, pero juraría que también... ¿cabreada? De ahí los productos de limpieza y todo lo demás, ¿no?

Esta vez sí que logré esbozar una queda sonrisa.

—Es imposible ocultarte nada, me conoces demasiado bien.

Asintió, acariciándome la mejilla con ternura.

—Te parí, cielo.

—Lo sé.

—¿No vas a contarme qué pasó para que estés así?

Me pasé la lengua por los labios secos y le hice un gesto para que cogiera la silla que estaba al otro lado de la mesa y se sentara junto a mí.

—¿Y bien? —exclamó segundos más tarde, cogiéndome de la mano.

—¿Te acuerdas de Nial, mamá?

No me pasó desapercibida la mirada que me echó; reservada y atenta.

—Sí que me acuerdo de él, ¿por?

Inspiré y espiré, tratando de que el pulso volviera a su ritmo normal.

No lo hizo.

Me aclaré la garganta y solté:

—Él y Adam son la misma persona.

Tragó saliva y susurró:

—Ya.

«¿Ya?».

¿Qué significaba eso?

Sus ojos no se agrandaron por la noticia ni de su boca salió exabrupto alguno, cosa que me extrañó muchísimo tratándose de mi madre.

—No pareces muy sorprendida por la noticia —insinué.

Compuso un gesto con la boca al suspirar.

—Justo venía a decirte eso mismo —dijo sacando un par de fotografías y un papel del bolso —. No estaba segura al cien por cien y esperaba que me dieras tu opinión al respecto.

—Mamá, si no estuvieras segura, no estarías aquí. No te parí, evidentemente, pero te conozco de sobra y no me engañas.

—Lo siento.

Extendió sobre la mesa las fotografías y el papel, que resultó ser un retrato hecho por ella misma.

—Recuerdas que te dije que tenía la sensación de conocer a Adam de algo y que no sabía de qué, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues una cosa llevó a la otra y...

—Ya veo, es perfecto.

¡Caray, vaya que si lo era!

Como diseñadora gráfica entendía de dibujo técnico y todo eso, sin embargo, en cuanto al dibujo artístico..., bueno, podría decir que no se me daba mal del todo, pero tampoco tan bien como a mi madre; ella era un hacha en todo esto, y Caroline tenía razón; solo una experta como ella podía sacarnos de dudas.

«No hay ninguna duda...».

No, no la había.

—¿Cómo lo hiciste?

Se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—Fui sacando los ángulos de la cara, copiando la nariz, resiguiendo los labios... Ya sabes...

—¿Se lo has dicho a papá? —tanteé.

Tucker le daría una paliza cuando se enterara, pero mi padre... ¡Ay, Dios! Mi padre iba a cargárselo con sus propias manos y entre todos se desharían de su cadáver.

—Aún no. ¿Cómo lo supiste tú, cielo? ¿Te lo dijo él?

Negué con la cabeza.

—Fue una insinuación de Carol y, al igual que te pasó a ti, una cosa llevó a la otra y...

—¿Cómo te sientes?

Tardé un segundo en evaluarme y masculé entre dientes:

—Engañada, furiosa y como una idiota, para qué engañarte.

—¿Has hablado con él?

—Ajá.

—¿Y?

—¡Y nada, mamá! —me alteré—. No puede hablarme de ello, de momento. Eso fue lo que me dijo, el muy imbécil.

—Cielo, sus motivos tendrá. Siempre te he enseñado que no hay que juzgar un libro por la portada o el camino que hayan recorrido otros pies que no sean los tuyos.

Me acarició la cabeza como cuando era pequeña, de esa forma que me calmaba y me hacía sentir segura; no obstante, me aparté de golpe cuando terminó de hablar, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Lo estás defendiendo? —chillé.

—No, pero me niego a juzgarle, Ruby. ¿Olvidas lo que le hice a tu padre? Le mentí sobre ti, sobre Steve y sobre mi vida en Memphis.

—No es lo mismo —protesté.

—Sí que lo es, cariño. Ahora no quieres verlo, pero lo harás con el tiempo y cuando dejes que te explique por qué actuó como lo hizo. —Exhaló con lentitud y me sonrió con tristeza, recordando—. Papá se enfadó muchísimo conmigo, claro que lo hizo, y aquí estamos, juntos y felices. No apreciaríamos todo lo que tenemos si no hubiéramos pasado por todo eso, ¿sabes? Así es la vida.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer según tú? ¿Esperar? ¿Olvidarme del tema? ¿Dejar que se ría de mí todo lo que quiera?

—Lo que te salga del corazón, Ruby, eso es lo que tienes que hacer.

Gruñí por lo bajo:

—Lo que ahora mismo me sale del corazón es arrancarle el suyo y tirarlo al río para que se lo coman las truchas.

Sus carcajadas me hicieron reír.

—Y seguro que tu padre estaría muy orgulloso de ello.

Me sequé las lágrimas con la manga de la sudadera. No sabía si lloraba de risa o de rabia; puede que hubiera un poco de ambas cosas.

Suspiré.

—Gracias, mamá, por tener siempre en la punta de la lengua las palabras exactas.

Se puso seria.

—Te quiero más que a mi vida, cariño.

—Lo sé, yo a ti también.

—Y, llegado el caso, estaré más que encantada en desmenuzar su corazón contigo y ayudarte a llevarlo al río.

—No esperaba menos de ti.

—¿Verdad que no?

Tenía unos padres geniales. Con sus más y sus menos, sí, pero geniales, al fin y al cabo.

Y decir que los adoraba era quedarse muy muy corta.

Nial

La sensación en la boca del estómago era de las chungas, de esas que no presagiaban nada bueno; también podía ser por lo sucedido hacía un rato con Ruby y todo eso, que me había dejado hecho polvo y sin poder hacer nada por evitar que se llevara el disgusto de su vida y creyera que era un cretino que solo estaba aquí para pasar el tiempo y burlarse de ella. Ojalá hubiera podido ser claro y explicarle mi situación, pero no era el momento; y ahora menos que

nunca, joder. Tenía que estar centrado en la investigación y ponerme las pilas para no echarlo todo a perder a la mínima oportunidad. Uno nunca sabía por dónde iban a ir los tiros, y lo mejor en estos casos era mantener la cabeza fría y libre de otras preocupaciones. Ya me ocuparía de lo personal cuando todo esto terminara; solo esperaba que no fuera demasiado tarde para arreglar lo nuestro. Porque había un «lo nuestro», ¿no?

«No lo dudes».

Coloqué la bolsa en el asiento, miré atrás por encima del hombro y me subí al coche.

Estaba a punto de ponerme en marcha cuando la puerta del copiloto se abrió y Tucker se coló dentro.

Maldije para mis adentros y lo miré.

Venía despeinado y con la respiración acelerada, como si lo hubiera perseguido una manada de lobos o algo así. Traía puesta ropa de camuflaje, botas militares y su mochila pasó a hacerle compañía a la mía en la parte de atrás.

Contemplé su brazo en cabestrillo y dije:

—¿Qué coño te crees que estás haciendo, Tuck?

—¿Acaso no es obvio? Voy contigo.

—No.

—Sí.

—He dicho que no.

—Y yo he dicho que sí.

Resoplé, tratando de no perder la poca paciencia que me quedaba después del encontronazo con Ruby.

«Recuerda, mente fría».

¡Como si fuera tan fácil!

—Tienes el brazo jodido, Tucker, sal del coche y vete a dar por saco a otra parte.

—Ya casi ni me duele, solo lo llevo aquí colgado por prescripción médica, nada más.

—¿Y te parece poco? —casi grité.

—No exageres, anda, que solo vamos a vigilar.

No sé ni para qué me molestaba en hacerle entrar en razón.

¡Puto cabezota!

Giré la llave en el contacto y pisé el embrague metiendo primera.

—¿Cómo sabías que iría hoy y no otro día? —indagué.

—No lo sabía.

Jadeé, pillándolo al vuelo.

—¿Me has estado controlando?

—Solo un poco.

—¿Un poco?

Alzó los hombros, sonriendo de medio lado.

—Lo justo y necesario.

Conduje los diez kilómetros que separaban Mountain Brooks del Álamo, pueblo en el que se encontraban las minas de marras, sin mediar ni una sola palabra con él. Sí, me cabreaba que siempre quisiera salirse con la suya sin importarle una mierda que estuviera poniéndose en peligro.

Estaba como un cencerro, maldita fuera.

Paré en un semáforo, el único que debía de haber en todo el pueblo, y tamborileé con los dedos sobre el volante, notando sus ojos fijos en mí.

—¿Qué? —pronuncié, resignado.

—Ruby se ha enterado, ¿eh?

Lo miré *ipso facto*.

¿Cómo cojones...?

—La vi salir hace un rato de tu casa hecha una furia, por eso lo digo.

Me mordí los labios y apreté los puños.

—Espera a partirme las piernas cuando acabe con esto, ¿vale?

—Tengo el brazo jodido, ¿recuerdas?

No volví a abrir la boca hasta media hora más tarde, contándoselo todo.

¿Esa puñetera mirada era de pena?

Sí que lo era.

CAPÍTULO 35

Nial

El suelo estaba húmedo y frío, teniendo en cuenta que nos manteníamos ocultos entre un puñado de zarzales y aquí no daba el sol ni de coña, era lo más lógico. Mi ropa oscura no destacaba con el lugar y Tucker parecía haberse mimetizado con el resto de la maleza; menudo agujero más cojonudo habíamos encontrado; desde aquí, veíamos a la perfección la entrada a las minas y la carretera que las bordeaba. Imaginé que esta era la que llevaba a la cima del lado de Mountain Brooks, donde Tuck y yo habíamos estado el otro día.

Me llevé los prismáticos a los ojos.

A simple vista, parecía que hacía demasiado tiempo que allí no entraba nadie; solo lo parecía. Si uno se fijaba bien, se daría cuenta de que las cadenas gruesas que colgaban del portón estaban oxidadas, pero no así el enorme candado que las mantenía unidas y cerradas; era exacto al que vimos el otro día, pero en la parte de arriba. Un dato para tener muy presente, por supuesto.

—¿Te has fijado en eso? —señaló Tuck a mi lado.

—Sí, el candado está reluciente —susurré.

—Una metedura de pata de novato.

—O puede que solo estén muy confiados, ya sabes...

—¿Crees que los vecinos de por aquí saben algo? —exclamó en voz baja.

Odiaba hablar en murmullos, pero era lo que había.

—Ni siquiera creo que haya vecinos. Al cruzar esa carretera antes me ha dado hasta un escalofrío, joder, parecía un puto pueblo fantasma.

—Ha sido raro, ¿verdad? —admitió.

—Ya te digo. ¿Cuántas casas has contado? ¿Ocho? ¿Diez?

—Diez. Y todas cerradas a cal y canto.

Sí que era raro de cojones que no nos hubiéramos encontrado con nadie; aunque tampoco debería de extrañarnos. Si las minas llevaban tantos años cerradas y la gente de por aquí se había quedado sin el sustento, pues lo más lógico era que se buscaran la vida en otro lugar, ¿no?

Un abejorro me rozó la oreja y le di un manotazo al aire.

¡Condenado bicho!

Seguí escudriñando con atención. Esta vez le tocó el turno al edificio que teníamos como a cincuenta metros, pequeño, paredes de piedra vista y con la mayoría de los cristales de las ventanas rotos. Unas ventanas que no debían ni de medir medio metro; claustrofóbicas. Me dio la impresión de que todo podría desplomarse de un momento a otro. Entonces, vi la cruz roja sobre el dintel de la destartada puerta y lo tuve claro; la enfermería. Al lado contrario, estaban los pozos por donde se traía al exterior el mineral extraído, y puede que un par de rutas de escape.

—En el aparcamiento hay señales de que un vehículo estuvo por aquí no hace mucho —dijo Tuck.

—¿Huellas de neumáticos recientes?

—Sí, y manchas de aceite.

—Ya veo —mascullé fijándome en el lugar que indicaba con el dedo.
—Y los ejes de ventilación parecen estar tapiados con tablas. ¿Los ves?
—Sí, hechas a medida, además. ¿Qué me dices de los túneles?
—No lo sé, no las tengo todas conmigo.

Asentí.

Ya éramos dos.

Entrar ahí sería peligroso, no obstante, llegado el caso, no dudaría en hacerlo; eso lo tenía más claro que el agua. El sargento me había dado vía libre y yo iba a tomarle la palabra si lo veía necesario.

Estiré el brazo derecho, rebuscando en la mochila.

En cuanto me llevé la chocolatina a la boca, me relamí de gusto; hacía rato que el cuerpo me pedía algo de azúcar.

Tucker sonrió sin mirarme.

—Menudo enganche tienes a esa porquería, tío.

—No estoy enganchado, gilipollas.

—Anda que no.

—Cierra el pico, ¿quieres?

Mastiqué y tragué.

—Ruby te perdonará —pronunció de repente.

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—¿Qué?

Suspiró.

—Está enamorada de ti y te perdonará. No es que le hayas mentido porque seas un capullo, tenías tus motivos.

Tragué la saliva que se me fue acumulando en la boca y que nada tenía que ver con el chocolate.

—¿Por qué dices que está enamorada? ¿Te ha dicho algo?

—Joder, pues claro que no. No hablo con ellas de esas cosas.

—¿Entonces?

—Veo cómo te mira y sonrío cuando estás cerca. Se nota. Tampoco hay que ser muy listo para darse cuenta.

Se me puso un cosquilleo en la boca del estómago.

—¿Lo dices en serio o me tomas el pelo?

—Lo digo en serio, idiota.

—¿Significa eso que no vas a partirme las piernas?

—De eso no vas a librarte con tanta facilidad.

Un pájaro aleteó por encima de nuestras cabezas y guardamos silencio, prestando atención.

Solo se escuchaban el agua de uno de los afluentes del río Tennessee, el zumbido de los insectos y las hojas de los árboles al mecerse e ir cayendo al suelo.

Me incorporé sobre los codos, inquieto.

¿Por qué de pronto tenía este runrún en la cabeza? ¿Había pasado algo por alto? ¿Qué coño era?

«Piensa, Nial. Piensa».

Volví a observarlo todo con detenimiento; cada piedra, cada verja de hierro y cada ventana; los huecos por donde se suponía que bajaban los mineros y los equipos de trabajo; el aparcamiento y el montón de basura que había cerca de unos bidones.

Maldita sea, ¿qué era?

—¿Se puede saber qué coño te pasa, tío? —me bramó Tuck al oído.

Apreté los dientes.

—No lo sé. Una sensación rara, como si se me escapara algo. ¿Nunca te ha pasado?

—Un millón de veces.

—¿Y qué haces al respecto? —indagué, curioso.

—Dejar de pensar en ello y cuando menos lo esperas, ¡zas!, ahí está, delante de las narices.

Exhalé con fuerza.

—No creo que eso funcione conmigo. Soy demasiado obsesivo.

—Se avecina tormenta —anunció cambiando de tema.

—¿Y cómo...? —Un trueno sonó a lo lejos y cerré la boca.

—Te lo dije. Será mejor que nos larguemos o...

—Para, para —interrumpí—. ¿Oyes eso?

Nos quedamos quietos como estatuas.

—No, el qué.

El ruido de la grava al ser pisada por las ruedas de un coche nos llegó con más claridad. Y enseguida lo tuvimos, como quien dice, delante de las narices.

Se me aceleró el pulso, llegando a hiperventilar un poco.

«¡La puñetera furgoneta blanca!».

Frenó junto a la entrada principal.

—¿Esa no es...? —bisbiseé.

—Sí, la furgoneta con la que Cooper reparte los pedidos del colmado de Ruby —susurró, haciéndome un gesto con la cabeza.

Se abrió la portezuela y se bajó otro muchacho, no el que me llevaba los pedidos a casa.

Bajé los prismáticos.

—¿Quién coño es ese?

—Brady, el hermano de Cooper. Joder, tío, esto es muy fuerte. ¿Qué coño pinta él aquí?

Lo miré como si fuera tonto.

¿En serio me estaba haciendo esa pregunta?

Resoplé.

El chico miró al cielo y torció los labios, componiendo una mueca de desagrado. Era alto, delgado y con la cara llena de granos; no se parecía nada a su hermano; y eso que no me había fijado mucho en él, pero saltaba a la vista; sobre todo en el pelo rojo de Cooper.

Volví a colocar bien los prismáticos.

El chaval caminó hasta la parte trasera de la furgoneta y abrió las puertas, mirando a un lado y a otro antes de empezar a descargar unas cuantas cajas de cartón; cajas que no parecían pesar mucho y que...

—¡Hostia puta! —ladré entre dientes.

Tucker también lo había visto y tenía los ojos abiertos de par en par, sin dar crédito aún.

—¿Estás...? ¿Estás pensando lo mismo que yo? —balbuceó.

—Joder, más claro el agua, tío.

Ambos clavamos los ojos en el rótulo de las cajas.

«Limpiezas River».

¡Limpiezas River, coño! *River*, río... El cartel de la entrada, desconchado y ajado, lo anunciaba: «Las minas río arriba». ¡Eso era lo que me rondaba la puta cabeza! ¡Lo que se me había pasado por alto! Y ahí estaba, joder.

¿Acaso no era evidente?

Nos agazapamos aún más cuando el tal Brady se inclinó hacia un lado, oteando a nuestro alrededor.

¡Mierda! ¿Nos habría visto o escuchado?

Giró sobre los talones, dirigiéndose a la boca de la mina.

Sacó unas llaves y abrió el reluciente candado. A continuación, y sin perder tiempo, porque estaba empezando a llover de lo lindo, fue introduciendo las cajas en el interior. Debió de sonarle el teléfono, porque lo sacó del bolsillo y se lo llevó a la oreja. El ruido a nuestro alrededor era ensordecedor; entre los truenos y la lluvia golpeando las ramas por encima de nuestras cabezas, no pudimos escuchar nada de lo que hablaba. De lo que sí nos dimos cuenta, al menos yo, fue que parecía cabreado por algo; algo que lo llevó a no cerciorarse bien de haber cerrado el candado cuando se marchó unos cuantos minutos después.

Solté el aire contenido en los pulmones de golpe y anuncié:

—Es nuestra oportunidad.

—Nuestra oportunidad, ¿para qué? —se alertó Tuck.

Lo miré mal.

—Pues para entrar ahí y averiguar qué coño hay en esas cajas, lumbrera.

—¿Te has vuelto loco?

—No, solo pienso que estamos en el lugar indicado y que es el mejor momento para ello, Tuck.

—¿Es una broma? Es una jodida propiedad privada.

—¿Y qué? Ha dejado el candado sin echar. No tiene por qué enterarse nadie, maldita sea. Y puede que lo que descubramos sea muy gordo.

—O puede que lo haya dejado así porque no tarde en regresar.

—Ese hoy ya no vuelve. No con la que está cayendo.

Me limpié la cara, arrastrándome por el suelo hasta salir del escondite.

—Adam, joder —gruñó detrás de mí.

—Quédate aquí y vigila. Si alguien va a cargársela por esto, seré yo.

—No pienso dejar que entres ahí solo.

—Pues sería lo más conveniente.

—Lo conveniente sería que nos largáramos y pusiéramos en conocimiento del *sheriff* todo el asunto —replicó.

—Ni de coña.

No esperé a que viniera detrás de mí cuando me encaminé a la entrada de la mina y eché mano al candado, pero lo hizo.

Sonreí para mis adentros.

Adoraba a este tío y no pensaba negarlo.

Una vez dentro, tuvimos que caminar unos cuantos metros en penumbra por un estrecho pasadizo de tierra y con las paredes apuntaladas con vigas de madera.

—Esto puede derrumbarse en cualquier momento, Adam.

Sí, cabía esa posibilidad, no obstante, seguí caminando hasta llegar a una explanada grande y llena de las mismas cajas.

Fui abriendo algunas: guantes, trapos de limpieza, mascarillas...

¿Qué huevos...?

Un ruido a nuestras espaldas nos sobresaltó.

El ruido de algo que parecía estar a punto de hacerse pedazos.

—Adam, vámonos —apremió Tuck.

Cedí ante su nerviosismo.

Estábamos a mitad del estrecho pasadizo cuando pasó.

Un crujido y una avalancha de algo.

Una viga me dio en la cabeza y caí hacia delante.

Y, sin que apenas nos diéramos cuenta, nos vimos atrapados y sepultados por kilos y kilos de tierra.

Ya podíamos darnos por muertos.

CAPÍTULO 36

Ruby

La tormenta del siglo se desató poco después del mediodía; justo cuando ya había cerrado el colmado y por la calle no había un alma. Y aquí me quedé, esperando a que escampara, aunque no tenía mucha pinta de ello, la verdad. Fue de repente, como imaginaba que sucedería algo apocalíptico; el cielo se cerró de golpe y el azul intenso pasó a ser de un color gris oscuro. Los relámpagos lo iluminaban con fogonazos rápidos y muy seguidos, como si alguien por allá arriba estuviera disparando una ráfaga con *flash* en modo estroboscópico, obligándote a parpadear. El viento sopló con fuerza, arrastrando todo lo que encontró a su paso y zarandeando con brío ramas de árboles; vi pasar rodando un cubo de basura por la acera y me eché hacia atrás. La lluvia golpeaba con fuerza contra los cristales, haciendo un ruido ensordecedor, y empapándolo todo en cuestión de segundos. La tormenta estaba a un tris de convertirse en ciclón; ojalá a papá le hubiera dado tiempo a ir a buscar a la abuela Annabel y ambos estuvieran bien; ella solía asustarse mucho con este tipo de cambios meteorológicos.

Pegué un grito cuando se fue la luz.

Menos mal que no necesitaba velas ni nada que se le pareciera, el generador no tardó en ponerse en marcha, gracias a Dios. Debería de estar acostumbrada a este tipo de situaciones y todo eso, pero no lo estaba; siempre me pillaban de improviso. Esta vez, al menos, estaba en el colmado y no por ahí caminando, como ya me había ocurrido alguna vez. Tenía comida, bebida y hasta ropa de abrigo. Mi casa estaba encima de mi cabeza, sí, no obstante, a ver quién era la valiente de salir ahí fuera, arriesgándose a volar por los aires como el cubo de la basura o como Dorothy en *El mago de Oz*.

Me crucé de brazos tras el gran ventanal y contemplé la calle.

«Menudo desastre».

Pues sí.

Y todo en cuestión de unos pocos minutos.

La camioneta del padre de Lizzy cruzó a mucha velocidad la carretera general. Hecho que me llamó mucho la atención, teniendo en cuenta que era el *sheriff* del condado y tenía que predicar con el ejemplo.

«A no ser que haya ocurrido algo...».

Le siguió el todoterreno de Sahale.

Y poco después fue papá el que frenó de golpe frente al colmado.

¿Qué estaba haciendo aquí con la que estaba cayendo? ¿Se había vuelto loco? ¿Dónde estaban mamá y la abuela?

Le costó un triunfo llegar hasta el edificio; el pobre, por culpa del maldito viento, daba un paso adelante y cinco hacia atrás.

Mantener la puerta un poco abierta para que entrara fue una odisea.

—¡Joder! —gruñó sacudiéndose de encima el agua que arrollaba por el chubasquero.

—Pero ¿cómo se te ocurre venir hasta aquí, hombre?

—Tu madre estaba preocupada, ya sabes cómo es.

—¿Y no pudiste llamarme por teléfono en lugar de ponerte en peligro conduciendo con este

temporal?

—La red telefónica se ha caído y, ya puestos, también la de Internet.

—Pues, como puedes comprobar, estoy perfectamente.

—Me lo imaginaba, pero, ante la duda, aquí estoy.

Me abrazó, poniéndome pingando.

—¡Papá! —protesté.

Su sonrisa me llenó de calidez el pecho.

—¿Has visto a la abuela? —Quise saber.

—Sí, la dejé con tu madre en casa. Las dos están bien.

—Genial.

Oteó el espacio con interés.

—Por casualidad..., Adam no estará contigo, ¿no?

«¡Ay, madre!, ¿se había enterado ya de todo y lo buscaba para matarlo?

Negué con la cabeza incapaz de pronunciar palabra.

—¿Seguro? —reiteró.

—Sí.

—¿Y no le has visto?

«No desde esta madrugada».

—No —afirmé.

—¿Tampoco sabes nada de él?

¿A qué venía tanta pregunta y tanto interés de repente?

«Sí que lo sabe todo».

Por supuesto que lo sabía. A mamá siempre le había costado trabajo guardar secretos con él; era lo que tenía hacerse promesas. En eso habían quedado cuando se casaron y ambos lo cumplían a rajatabla.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Quieres decirme algo?

Pasó los dedos por el pelo mojado y resopló.

—He oído que no los encuentran. Ni a él ni a Tucker.

Se me contrajo el vientre.

¡Mierda, Tuck se había adelantado! Fijo que se lo había cargado y ahora estaría deshaciéndose de su cadáver.

—¿Cómo... que no los encuentran? —balbucí con miedo.

—Rob, el panadero, fue el último en verlos esta mañana, creo. Dijo algo de que los vio pasar juntos en el coche antes del amanecer.

¿Antes del amanecer? ¿Significaba eso que Tuck había ido a por él al poco de irme de su casa?

«Pudiste evitar su muerte y tú sin saberlo».

Me dieron ganas de echarme a llorar.

Papá me escudriñó con los ojos entornados.

—¿Estás bien, cielo?

¿Qué podía decirle? ¿Que temía por la vida de Adam a manos de uno de mis mejores amigos? ¿Que si no moría en las manos de este sería en las suyas? ¿Que no quería que ninguno de los dos le hiciera daño porque prefería hacérselo yo misma? ¿Que estaba acojonada perdida?

«No es Adam, es Nial».

¿Y qué? ¿Acaso no eran la misma persona?

—¿Ruby?

Suspiré y dije:

—Tranquilo, estoy bien.

Asintió poco convencido.

—No tendrás por ahí algo caliente que pueda llevarme al gaznate, ¿verdad? Estoy muerto de frío.

—Claro que sí, perdona. Soy una desconsiderada.

Fui a la trastienda, donde tenía una pequeña estufa de gas y un hornillo; a Cooper le encantaba tomarse un café a media mañana acompañado de las delicias que cocinaba su madre; yo solía unirme a él la mayoría de las veces; para nosotros ya era una especie de ritual, por decirlo de alguna manera.

Papá colgó el chubasquero de la manilla de la puerta y me siguió, sentándose en el pequeño taburete que tenía junto a la mesa en la que reposaban el ordenador, unas cuantas libretas y montones de bolígrafos por ahí desperdigados.

Le di la taza con el café y me apoyé a su lado.

—¿Tú no te tomas uno? —preguntó con cautela.

—No me apetece.

—Cariño...

Exhalé con fuerza.

—Mamá te lo ha dicho —dije sin interrogantes.

Apretó los labios y, sin apartar la vista, murmuró:

—Mentiría si te dijera que no sé a qué te refieres y que tu madre no ha hablado de nada conmigo.

—Me lo imaginaba.

Sopló el líquido oscuro y bebió un sorbo.

—No se lo tengas en cuenta, tesoro, está preocupada por ti.

—Lo sé. —Lo miré con intensidad antes de rogar—: No le hagas daño, por favor.

Se le escapó la risa.

—Con gusto le daría una paliza, sin embargo, sé que eres muy capaz de defenderte sola, así que esperaré a un lado por si necesitas ayuda.

Sonreí a mi pesar.

—Gracias —musité.

Me acarició la mano que tenía cerca de la suya, en el borde de la mesa.

—Mamá tiene razón, ¿vale? Espera a oír lo que sea que tenga que decirte antes de hacer nada. No es bueno juzgar a la ligera. Nuestra familia es un claro ejemplo de que nada es lo que parece, no lo olvides.

—No lo haré, prometido.

Guardamos silencio unos segundos eternos pero no incómodos. Fue entonces cuando escuché las sirenas a lo lejos y el helicóptero sobrevolando la zona. ¿La tormenta había amainado de golpe y porrazo?

«Como viene, se va».

—¿Tú también oyes eso? —inquirió papá preocupado.

—¿Crees que será porque hay muchos destrozos en la zona?

Se bebió todo el café que le quedaba de un solo trago.

—No tengo ni idea, pero voy a averiguarlo.

—Voy contigo.

—De eso nada, Ruby. Tú asegúrate de que no tienes ningún desperfecto y luego ve a casa, tu

madre se alegrará de verte.

—¿Nos avisarás de algún modo cuando sepas algo?

—Claro.

Le acompañé hasta la puerta, donde volvió a ponerse el chubasquero.

—Ten cuidado ahí fuera —pedí.

—Lo mismo digo, cielo. Te quiero.

—Y yo a ti, papá.

Lo vi alejarse por la acera y subirse a la camioneta; por la zona casi todo el mundo conducía una parecida. En cuanto lo perdí de vista, hice lo que me pidió y comprobé que la tormenta no hubiera ocasionado daño alguno al edificio; salvo unas pocas ramas caídas, el buzón y una contraventana descolgada, el resto estaba en perfectas condiciones.

Aquí fuera se intensificaron los sonidos de las sirenas y me angustié.

¿Qué leches estaba pasando? ¿Y por qué no se me iba de la cabeza la fatídica idea de que todo ese ruido tenía que ver con Adam y Tucker?

Inspiré hondo y traté de convencerme de que estaba equivocada.

No lo conseguí.

Me puse un jersey grueso, agarré el anorak de la percha y las llaves del platillo de la encimera de la cocina, y salí de casa con esa puñetera sensación en la boca del estómago. Seguro que me estaba sugestionando por nada, pero me costaba trabajo hasta coger el maldito aire para respirar. Para cuando llegué a casa de mi madre aún era peor y el corazón ya me latía desbocado.

¿Qué narices me estaba pasando?

Mi madre salió a mi encuentro.

—¿Lo sabes ya? —indagó, nerviosa.

Tragué saliva.

—¿Saber... el qué? —tartamudeé con miedo.

—Papá me ha visto a Rob, fue él quien se lo contó. Un derrumbamiento en las minas del Álamo. Al parecer, Tucker y Adam...

—¡No! —grité—. ¡No, no, no!

Imaginé a Tucker enterrando el cadáver de Nial en las antiguas minas de plomo y me dieron arcadas.

Un sudor frío me recorrió la espina dorsal.

—¿Adónde vas? —chilló mamá al verme dar media vuelta.

No respondí.

Simplemente me metí en el coche, di marcha atrás y salí zumbando de la parcela; tenía que ver con mis propios ojos lo que estaba pasando allí o no me creería lo que me contaran más tarde.

No tenía muy claro a qué velocidad crucé el pueblo y luego me interné en la autopista, pero lo hice sin ser consciente de lo que dejaba atrás y de que me estaba poniendo en peligro al ir tan rápido; no solo a mí, sino al resto de vehículos que circulaban en la misma dirección y tenían la desgracia de cruzarse en mi camino.

No frené.

No lo hice hasta que no estuve enfrente de las puñeteras minas. Al instante, me rodeó el caos y un miedo infinito. Policía, ambulancias, bomberos, incluidos los de la brigada de salvamento; un par de helicópteros sobrevolándonos; voces, sirenas retumbando por todas partes y caras llenas de pánico y desolación.

«Como la tuya».

Me temblaron las piernas y caí de rodillas.
¿Qué era todo esto? ¿Los chicos no estaban bien?
Las lágrimas me rodaron por las mejillas a borbotones.
«¿Cómo pueden estarlo?».

CAPÍTULO 37

Ruby

Me desperté de golpe y muy desorientada. Miré a mi alrededor, a las paredes que parecían estrecharse sobre mí, engulléndome junto con la cama; pósteres de adolescencia, un par de ositos de peluche, la estantería con los cuatro libros que tenía de aquella... ¿Estaba en casa de mis padres? ¿Qué hacía aquí? De pronto, recordé lo sucedido el día anterior; la tormenta, los desperfectos, las minas... En alguna parte de mí quedaba el resquicio de creer que todo aquello no hubiera sido más que una horrible pesadilla. No lo fue. El accidente había sido real.

«Muy real».

Me incorporé poco a poco, llevándome las manos a la sien; me estallaba la cabeza; me retumbaba como un puñetero tambor. Fue papá el que anoche, cuando por fin lograron sacar de las minas a Adam y Tucker, me trajo a casa. Mi mente no se acostumbraba a llamarlo por su verdadero nombre, y cada vez que reparaba en ello, el pecho también me dolía; como todo lo demás.

Cerré los ojos.

La oscuridad de la otra noche, las luces de las sirenas de los coches de Policía y de las ambulancias, rebotando en cada rincón del lugar; alumbrándolo todo de azul y rojo, tétrico y angustiante; se hizo tan larga la espera, tanto que no sabía cómo nos habíamos mantenido en pie los que les conocíamos. Bueno, yo creía haberme desplomado en dos ocasiones, pero tampoco es que lo tuviera muy claro; había partes borrosas y partes nítidas en los recuerdos, sin embargo, tampoco estaba muy segura de que fueran reales.

Los labios me temblaron al coger aire.

Me tapé los oídos al escuchar de nuevo las voces, la desesperación y el júbilo de cuantos me rodearon durante todo el proceso; sobre todo esto último al gritar alguien: «¡Los tienen! ¡Los han encontrado!». Sus cuerpos salieron en las camillas, cubiertos por esas mantas térmicas de color metalizado. No pude verlos. No me dejaron acercarme ni siquiera un poco. Estaban muy mal y había que llevarlos con urgencia al hospital más próximo. Papá impidió que me subiera a una de las ambulancias y los acompañara hasta Kingston. Y me cabreé. Me cabreé como nunca y di voces, patadas e, incluso, algún que otro puñetazo. Ahora me avergonzaba por mi comportamiento, por supuesto; no obstante, ayer..., bueno, ayer hubiera sido capaz de todo por poder ir cogiéndole la mano a Adam durante el trayecto al hospital.

«Los trasladaron en helicóptero, ¿no lo recuerdas?».

Meneé la cabeza un poco, espantando la sensación de irrealidad.

Sí, sí que lo recordaba, pero muy vagamente. Entonces, ¿por qué...?

«Porque fue lo que se pensó hacer en un principio».

Y estaban demasiado graves para hacer un recorrido de una hora en ambulancia hasta llegar al hospital. Puede que, cuando llegaran al centro de Urgencias, ya fuera demasiado tarde para ellos; por eso decidieron cambiar el plan y trasladarlos en helicóptero.

Solté el aire poco a poco.

¿Cómo era posible que estuviera tan dolorida si a mí no me había pasado nada?

«Es por culpa del estrés y la ansiedad. Te han dejado hecha polvo».

Miré hacia la puerta al escuchar los golpes quedos.

Me eché a llorar en cuanto entró mamá.

—Cariño...

Me apreté a su abrazo como si fuera una tabla salvavidas, sorbiendo por la nariz y empapándole la camiseta. Sus caricias, en la espalda y el pelo, fueron como un bálsamo de relajación. Enseguida empecé a notar que la congoja en el pecho se disipaba y el peso en los pulmones se hacía más liviano. ¿Cómo lo conseguía? ¿Cómo lo hacía para calmarme con tan poco esfuerzo? ¿Era un don que solo tenían las madres?

Hipé, limpiándome la cara con el borde de la enorme camiseta de papá.

—¿Se... se sabe algo? —bisbiseé.

Asintió con cara de pena y fue inevitable que me pusiera en lo peor.

Tragué saliva como pude, antes de formular:

—¿Han... muerto?

Compuso una fina línea con los labios, negando con la cabeza.

—No, y Dios no lo quiera —musitó.

—¿Entonces?

—Ambos están estables, dentro de la gravedad del accidente y de haber pasado todas esas horas allí, sepultados. Tucker despertó de madrugada, pero Adam...

Me atronó el corazón en el pecho al oír su nombre.

—¿Qué pasa con él?

Dios, el miedo a esa respuesta era tan intenso, tan real que hasta me mareé.

—Han tenido que inducirle un coma.

—¿Un... coma?

—Sí, con fármacos y eso.

—¿Por qué?

—Lo hacen para poner a dormir el cerebro y que el cuerpo consuma menos oxígeno y energía, nos lo han explicado el doctor Walsh y Betsy. Al parecer, sus lesiones son muy dolorosas y es mejor así.

—¿Hasta cuándo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que eso lo determinarán los médicos.

No supe qué decir ni qué pensar.

—¿Cómo te encuentras tú, cielo?

Me pasé la lengua por los labios resacos y murmuré:

—No quiero perderlo, mamá. Le quiero y se me partiría el alma si eso llegara a suceder.

Asintió con pesar, entendiéndome.

—Todo estará bien, cariño, ya lo verás. Solo necesitáis tiempo.

—¿Y... si eso es justo lo que no tenemos?

—Lo tendréis —aseguró, limpiándose una lágrima solitaria—. Lo tendréis.

Quise creerla y me agarré a esas palabras con desesperación y algo de esperanza.

La abuela Annabel se unió a nosotras.

Y poco después también papá.

Le pedí perdón por el comportamiento del día anterior, sintiéndome fatal por haberme enfrentado de aquella manera a él.

—Tranquila, mi niña, no estabas en tu mejor momento. No hay nada que perdonar.

—Pero yo...

—Sé lo que es estar de ese lado, Ruby —me interrumpió—, y entiendo perfectamente esa reacción. No le des más vueltas, ¿de acuerdo? Está todo olvidado.

—Gracias —susurré.

Inspiró y exhaló con lentitud, frunciendo el ceño al hablar con toda la tranquilidad del mundo:

—¿Por qué no me dijiste tú misma lo de Nial, Ruby?

Suspiré.

—Porque no sabía cómo hacerlo y tenía miedo.

Escudriñó a mamá y ella le hizo un gesto quedo con la cabeza, apenas perceptible.

—¿Y sabes por qué está aquí? —tanteó.

—No, no podía decírmelo aún. ¿Lo sabes tú?

—Sí, Maverick me ha puesto al corriente de todo.

—¿Y?

Volvió a exhalar, pero esta vez con fuerza.

—Nial es policía y vino aquí en una operación encubierta. La investigación lo llevó a las minas, por eso estaba allí. Tucker lo sabía y fue con él.

—¿Qué? ¿Policía?

¡Caray con Caroline, daba de pleno en todas las conjeturas!

—Sí, policía.

Y pasó a relatarme todo lo que sabía del caso que había traído a Nial de vuelta a Mountain Brooks y parte de lo que se había descubierto gracias a que tuvo la valentía de entrar en esas minas, poniendo su vida y la de Tucker en serio peligro; aunque, bueno, conociendo a este último, no creía que existiera alguien en el mundo capaz de hacerlo entrar en razón para quedarse fuera del asunto, dejando solo a Nial.

¡Qué fuerte me resultaba todo esto!

¡Y nosotros sin sospechar nada de nada!

Mi padre se había quedado corto aquel día cuando dijo que ese tipo era un gilipollas.

Demasiado corto, al parecer.

Nial

El dolor fue intenso cuando me moví, sin embargo, no fui capaz de abrir los ojos. Alguien me colocó una mano sobre la frente y capté el murmullo de una voz, pero no llegué a comprender lo que me decía; era un sonido vago, como lejano, que insistía en algo a lo que me fue imposible reaccionar. No tardé en dejar de escucharla, pero no de sentir la tibieza en el tacto de esa mano.

Silencio prolongado.

Y, de repente, sollozos quedos.

Esta vez sí conseguí abrir los ojos; o al menos parpadear. Lo hice con insistencia, sin lograr fijar la vista en nada en concreto; no obstante, teniendo en cuenta mis circunstancias, que no debían de ser muy buenas, era un gran paso.

Me mataba el dolor de cabeza y me quejé, llamando la atención de alguien.

—Nial, tesoro, ¿estás despierto? Vuelve conmigo, cariño mío.

¿Esa voz lastimera era la de mi madre? ¿Por qué estaba aquí? ¿No correría peligro?

Sí, dentro de mi inconsciencia, recordaba la visita a las minas, el derrumbamiento del

pasadizo de los cojones y la hostia tan grande que me dio aquella viga de madera en la cabeza, dejándome más allá que acá. Lo que no recordaba era el resto, pero sí que nos había dado por muertos a los dos. ¿Quién iba a rescatarnos si nadie sabía que estábamos en aquel puto agujero con toda esa tierra encima?

«Hombre de poca fe».

Respiré profundo y dejé de parpadear, manteniendo los ojos cerrados para no ver el sufrimiento de mi madre ni nada de lo que me rodeaba; era preferible así. Me lo había cargado todo, joder. Tanto esfuerzo para nada. ¡Maldita mi puñetera estampa y la poca paciencia! Debí hacerle caso a Tucker, debí... ¿Dónde estaba Tuck? ¿Qué le había pasado? ¿Estaba vivo? ¿Muerto? ¿Qué, por el amor de Dios?

Gruñí, removiéndome inquieto, forcejeando, pataleando.

Sentí un pinchazo y a dormir otra vez.

Y a saber por cuánto tiempo.

Tenía la boca seca y la garganta áspera, raspada; como si hubiera tragado kilos y kilos de tierra árida y esta me hubiera hecho heridas o algo. ¿No había sido así? ¿Fue todo un sueño o estaba viviendo una maldita realidad? ¿Dónde coño estaba, por cierto? ¿En la cama de un hospital? ¿En el cielo? ¿En el infierno? En vista de cómo me dolía todo el cuerpo, supuse que en este último. No podía ser todo tan trágico en el cielo, ¿verdad?

Apreté los dedos que me envolvían la mano.

—¿Nial? —balbució de nuevo esa voz a mi lado.

No me sentí con fuerzas para responder.

Puede que hubiera perdido el habla para siempre.

No fue así.

Lo comprobé en otro de esos momentos de escasa lucidez, esforzándome por mantener los ojos abiertos durante algunos segundos. El fogonazo de los fluorescentes del techo fue demoledor, pero no me importó y aguanté como un campeón. Distinguí a mi madre a la derecha y al tío Percy a la izquierda; ambos con la cabeza entre las manos, mirándose de tanto en tanto.

—¿Mamá? —pronuncié antes de perderla de vista y quedarme a oscuras de nuevo.

Esa voz cavernosa no era la mía. ¿O sí?

Lo era.

CAPÍTULO 38

Nial

Tres semanas.

Llevaba tres jodidas semanas postrado en esta cama de hospital; una desde que el doctor decidió que era el momento de ir quitándome la sedación y que me despertara por mí mismo, poco a poco. Mentiría si dijera que no me dolía el puñetero cuerpo como si un camión se me hubiera derrumbado encima.

«Un camión, no, pero sí parte de una mina».

Lo sabía, era un milagro que estuviera vivo; con algún hueso roto, una gran conmoción cerebral, magullado y hecho mierda, pero vivo, al fin y al cabo.

Inhalé con cuidado.

Mi madre había llorado como una magdalena un par de días atrás, cuando conseguí balbucir más de tres palabras seguidas. Sentía profundamente haberle hecho pasar este mal rato, a ella y al tío Percy. Dedicándome a lo que me dedicaba, por desgracia, estas cosas solían pasar tarde o temprano.

Contemplé el fluorescente del techo.

Qué fogonazos me había lanzado el muy cabrón desde ahí arriba; aún lo hacía de vez en cuando, clavándoseme en el cerebro y dejándomelo hecho papilla; ahora ya lo aguantaba más y mejor, no obstante, nunca pensé que una luz fuera capaz de hacer que me retorciera de dolor como esa lo hizo.

Volví a coger aire con lentitud.

Cada inhalación era una odisea.

¡Putas costillas!

Pensé en Ruby y en esos ojazos verdes que no sé si volverían a querer mirarme a la cara alguna vez; deseaba con toda el alma que sí. Pensé en si alguien ya le habría contado el motivo de mi regreso a Mountain Brooks, qué hacía allí y por qué. Suponía que en el pueblo ya se sabía toda la historia y que se había corrido la voz, como pasaba con todos los demás chismes. Ojalá no estuvieran odiándome con todas sus fuerzas; eso me dolería más que cualquiera de los golpes que llevaba en el cuerpo; sobre todo si ese odio venía de ella, la mujer a la que amaba por encima de todo. ¿Sería muy tarde para nosotros? Joder, me moría por verla, por hablar con ella y explicarme; me moría por abrazarla e inhalar ese olor que desprendía su piel. No en el hospital, según me contó mi madre, solo dejaron que me visitara la familia. Un coma no era moco de pavo, para qué engañarnos. Y la habitación la custodiaban dos policías, por si las moscas.

«Por si las moscas ¿qué?».

No tenía ni la más mínima idea. Ahora estaba esperando al sargento Beghe para que me pusiera al día y me echara una de sus épicas broncas por haberla cagado tanto; por no haber sido racional y por no saber frenar a tiempo; por habernos puesto en peligro a Tucker y a mí, al que, por cierto, ya había sido dado de alta y se recuperaba en la granja de sus padres. Al final iba a resultar que no estaba hecho para este trabajo. A saber qué sería de mí ahora.

«Todo va a salir bien, ya lo verás».

Ya me gustaría, ya.

La puerta se abrió, sobresaltándome, y entró el sargento.

Tensarme era inevitable.

—Irwing —masculló.

—Sargento.

—Estás hecho un asco.

«Qué amable y considerado, ¿no?».

Sonreí para mis adentros.

—Confieso que imaginé encontrarte peor —continuó.

No dije nada.

—Me alegro de que estés vivo.

—Gracias —respondí esta vez.

Asintió, avanzando hasta estar casi a mi lado.

—Imagino que querrás saber en qué derivó tu excursión a las minas. Aparte de estar a punto de palmarla, claro.

Asentí sin atreverme a mucho más.

Entonces sonaron unos golpes quedos en la puerta y ambos miramos hacia ella.

¿Maverick?

No contaba con que ambos vinieran a la vez.

—Siento la tardanza —se disculpó, añadiendo—, atasco en la autopista.

—No importa —dijo mi jefe.

—¿Cómo te encuentras, Nial? Menudo susto, ¿eh?

Joder, estos dos hombres, dedicándose casi a lo mismo, eran como la noche y el día. Ojo, que el sargento era un buen tipo, pero el *sheriff*... Él sí que era un claro ejemplo a seguir; como persona y como todo.

—Para lo que podría haber sido, no puedo quejarme —contesté—. ¿Cómo... cómo supiste que estábamos allí?

Miró de soslayo al sargento y luego explicó:

—Fue por las cámaras de seguridad de la carretera general del pueblo.

Asentí.

—Pero ¿qué había ocurrido para que me buscarais?

—Encontré en los archivos del viejo la conexión de las minas con la empresa de Limpiezas River y te llamé para adelantar la reunión del día y ponerte al tanto de lo que acababa de descubrir. Tu teléfono estaba muerto y envié a Sahale a tu casa. De repente, te había tragado la tierra y lo intentamos con Tucker, por si él sabía algo de ti. Y, al no encontrarlo tampoco, nos pusimos en alerta. Fue Rob, el panadero, el que nos dijo que os vio salir del pueblo. Recordé lo de los inhibidores de señales de las minas e imaginamos que estaríais investigando por la zona. Y no nos equivocamos.

—No —susurré—, no lo hicisteis.

—Sahale comprobó las cámaras, viéndoos salir del pueblo, sí. Entonces solicitó a tráfico las imágenes de las que hay en la autopista y ahí estabais, desviándoos hacia el Álamo. Vimos tu coche en el pueblo, y justo acabábamos de llegar al aparcamiento de las minas cuando oímos el estruendo. —Tragó saliva—. Nos costó horrores dar con vosotros. Tucker y tú estáis vivos de milagro.

No pude pasar la congoja de la garganta.

—Lo sé, fui un inconsciente. Gracias por no dejar de buscarnos y salvarnos la vida.

El sargento carraspeó llamando nuestra atención.

—Tu inconsciencia nos ha llevado a dismantelar lo que parecía ser el laboratorio de esa nueva droga de diseño que se está cargando a tanta gente ahí fuera —graznó.

«¿Qué?».

¿Lo decía en serio?

—Es cierto —aseguró Maverick—. Lo de allí dentro era de otro nivel.

—Pero las cajas... En ellas solo había guantes, mascarillas y trapos de limpieza —recordé.

—La droga lista para su distribución —masculló el sargento.

—Fue en el piso inferior donde hallamos el laboratorio y todo lo demás —pronunció Maverick.

Miré a uno y a otro, perdido por completo.

—No entiendo nada —admití—. ¿Solo se derrumbó el pasadizo por el que entramos Tucker y yo?

—El pasadizo y parte de la entrada. Por eso nos costó tanto dar con vosotros. De ahí todas vuestras lesiones.

—Joder —siseé—. ¿En qué parte de las cajas iba la droga? Porque no la vimos —pensé en voz alta.

—Lógico. Estaba mezclada con los materiales de fabricación de cada producto.

Observé a Maverick, pasmado, y pedí:

—Explícame eso.

—¿Sargento Beghe? —inquirió.

—Verás —pronunció este—, en el laboratorio nos confirmaron que esa nueva droga se aloja en el hueso esfenoides, secando el líquido cefalorraquídeo y produciendo mucha sed, alucinaciones y más tarde la muerte. Pero seguíamos a ciegas en cuanto a su distribución en las calles y toda esa mierda, ya sabes.

—¿Y? —apremié.

Ambos se miraron, asintiendo a la vez.

—Entonces recibí la llamada del *sheriff* Jackson, poniéndome al corriente de lo que se había encontrado en las minas y tuve una corazonada. ¿Y si era el agua la que convertía esa sustancia en droga letal?

—Fue en ese momento cuando me pidió que sacara cualquiera de los productos que había en la caja y lo rociara con agua —prosiguió Maverick.

—¿Qué pasó? —Quise saber, ansioso.

—Cogí una de las mascarillas y le eché agua encima, deshaciéndola por completo. Tardó cinco segundos en secarse y convertirse en un polvo blanco.

—¿La droga? —tanteé.

—La droga —afirmó.

—Y la idea de esa droga no viene de México, como creímos en un principio, sino de Corea del Sur.

¡Me cago en la puta! ¿Qué?

—Hasta donde sabemos, el que se dismanteló en las minas del Álamo era el único laboratorio que existía, en cuanto a producción y distribución. Sin embargo, imaginamos que no solo los detenidos tienen la fórmula de dicha droga. Las autoridades competentes del Gobierno ya están en ello, por supuesto.

Busqué los ojos del sargento con intensidad.

—¿Eso fue lo que mató a mi padre y a las otras tres víctimas? —le pregunté.

—Me temo que sí, Nial, todo cuadra.

Fruncí el ceño, sin acabar de comprenderlo.

—¿Qué es lo que cuadra, joder?

—El terrateniente propietario de las minas, del que ya te hablé en su momento —dijo Maverick—, resultó ser el bisabuelo de Jon Morton, dueño de Limpiezas River, padre de Cooper y Brady, y heredero de las minas desde las que operaba desde hacía mucho tiempo; primero, con cocaína y ketamina; y, ahora, con esto otro. Está casado con la hija de uno de los vecinos del pueblo, Jo. Se trasladó a vivir a la granja cuando cerró la empresa y murió su suegra, retomando lo que había dejado aparcado durante un tiempo en las minas. Cooper y Débora, su mujer, no sabían nada del asunto. Nunca lo supieron. Creemos que a ella la maltrataba, al menos psicológicamente. En cambio, Brady..., bueno, él está metido de lleno en toda la movida.

—¿Ha confesado? —Flipé.

El sargento asintió con los brazos cruzados y una sonrisa.

—De pe a pa. En cuanto le dijimos a lo que se exponía si no hablaba, cacareó como una gallina.

—Ah —apuntó Maverick—, se me olvidaba Florence Mills. Ella era el enlace con la gente del campamento y los trabajadores de la empresa de limpieza.

—Una vida complicada la de esa mujer —señaló el sargento.

—¿Por qué? —indagué.

—Es hermana de Jon, hija de una aventura de su padre con una camarera de un club de carretera. La abandonaron al nacer y se crio en orfanatos y casas de acogida. Su hermano se hizo cargo de ella cuando lo supo todo. Aunque también la utilizó como le dio la gana, el muy cretino.

—Ella no tenía mucho que perder —exclamó el sargento.

—No, pero se merecía una vida mejor.

—Entonces..., ¿se acabó? —Me tembló la voz, esperanzado y empezando a sentir un alivio enorme.

—Se acabó, Nial, has hecho un gran trabajo y tu padre, allá donde se encuentre, seguro que está muy orgulloso de ti. No obstante...

Mierda, sabía que no iba a tener la suerte de quedar impune de esto por muy bien que, al final, hubiera salido todo.

Chasquéé la lengua con pesar.

—... Has entrado en una propiedad privada sin una orden de registro, cuando solo tenías la autorización de tu superior para vigilar la zona. Y, como te dije antes, no solo eso, sino que pusiste en peligro tu vida y la de otra persona. Estás suspendido de empleo y sueldo durante tres meses. Puedes llevarme el arma y tu placa cuando te den el alta.

¿Tres meses? ¿En serio? ¿Resolvía uno de los casos más importantes de mi carrera en la brigada y no podían perdonar un pequeño detalle de nada?

«Sabes que te lo mereces».

¡Asco de vida, coño!

CAPÍTULO 39

Nial

Cerré la puerta del despacho del sargento Beghe en cuanto salí de él. La reunión ahí dentro no había estado mal del todo; mucho tiempo dedicándome en cuerpo y alma a la brigada y, para qué mentir, me costó bastante dejar el arma reglamentaria y la placa encima de su mesa. No me quejaba por los tres meses de suspensión laboral, teniendo en cuenta que me había tomado la libertad de hacer lo que hice, era lo justo, por supuesto. No iba a volver, y despedirme de la persona que fue mi mentor durante mi carrera aquí y de todos los compañeros, pues..., joder, me costaba la hostia.

—¿Seguro que esto es lo que quieres? —inquirió el sargento antes de estrecharme la mano.

—Sí, seguro.

Su sonrisa socarrona me hizo sonreír.

—Veo que no te ha costado mucho tomar la decisión.

—Ni siquiera me he parado a pensarlo —admití.

—Bueno, supongo que eso significa que en tu mente ya lo tenías claro.

—Imagino que sí.

—Te deseo lo mejor, Irwing. Y, en el caso de que necesites algo de nosotros, estas puertas siempre estarán abiertas para ti.

—Gracias, sargento, ha sido un honor trabajar con usted.

Inspiré hondo y miré por encima del hombro a la puerta ya cerrada. Un capítulo más en mi vida que finiquitaba; ahora tocaba ir a por el siguiente y, precisamente, no se encontraba en Nashville.

Los compañeros me esperaban en el enorme descansillo de las escaleras; los abracé a todos y cada uno de ellos y, prometiendo que volveríamos a vernos, salí del edificio que había sido mi hogar durante tanto tiempo.

La luz del sol me dio de lleno en los ojos, obligándome a parpadear. Me puse las gafas de sol y caminé decidido aunque dolorido. El hematoma que me cruzaba la espalda era enorme y seguía de un color oscuro que asustaba; lo de las costillas era para largo, un par de meses como mínimo, había dicho el doctor al darme el alta; y la conmoción cerebral me daría la lata mucho más tiempo aún, con jaquecas persistentes, vómitos e, incluso, puede que perdiendo el equilibrio alguna vez; debía tomármelo con paciencia y toda esa mierda.

Mi madre me esperaba al doblar la esquina del edificio, en el coche.

La asusté al entrar.

—Lo siento —me disculpé.

—Pensé que tardarías más y estaba ensimismada.

Suspiré.

—No tenía sentido alargarlo. Arrancar la tirita duele menos si lo haces de un tirón.

—Cariño, fue decisión tuya.

Asentí, poniéndome el cinturón de seguridad.

—Pero eso no significa que no duela, mamá, fueron muchos años y los echaré de menos.

—Es por una buena causa, ¿no?

—Eso espero. —Metí la llave en el contacto y la miré—. ¿Y tú?

—¿Yo qué, cielo?

—¿De verdad quieres hacerlo?

—De verdad de la buena. —Me puso en la mano una chocolatina ya abierta y se acomodó en el asiento diciendo—: Cuando quieras.

Las tres horas del trayecto se me hicieron eternas y, para cuando cruzamos el letrero de bienvenida, tenía el estómago encogido como nunca lo había tenido. Recorrimos la carretera general en silencio, mi madre fijándose en todo, lo nuevo y lo viejo. Sus ojos resplandecían y se la veía bien, contenta, feliz. Yo tenía un acojone encima que, ¡válgame el Señor!; hasta tenía las pelotas encogidas y todo. No nos cruzamos con nadie. Ni un alma por la calle. ¿Cómo era posible? Seguí recto y luego giré a la derecha, internándome por la estrecha calleja hasta llegar a casa. No había vuelto aquí desde el accidente; parecía haber pasado una eternidad, pero, en realidad, solo habían sido tres semanas de nada. Tres semanas en las que mi vida había dado un giro brutal, cambiándolo todo; esperaba que para bien.

«Estás vivo».

Sí, y ese era un aliciente muy bueno para seguir adelante y no tener miedo.

Le abrí la puerta a mi madre y la ayudé a salir del coche.

Contempló la casa; los dos lo hicimos.

—Es muy bonita —susurró.

—Aquí vamos a estar genial, mamá.

—Lo sé, cariño.

Me sorprendió encontrar un sobre pegado a la puerta.

Era para mí.

«Bienvenido, Nial:

Ven a la granja en cuanto puedas. Tenemos que hablar. Es importante.

Sheriff M.J.».

Fruncí el ceño, inquieto.

¿Acaba de llegar y ya quería hablar conmigo? ¿Y cómo sabía que vendría hoy y no otro día?

—¿Una cita? —indagó mi madre.

—Sí, Maverick reclama mi presencia en la granja, pero antes debo hacer otra cosa.

—Ve tranquilo mientras me instalo. No te preocupes por mí.

—¿Seguro?

—Claro que sí, cielo. Anda, ve y haz lo que tengas que hacer.

No lo hice sin antes enseñarle la casa y la que sería su habitación.

El colmado estaba cerrado. Y también las contraventanas de toda la casa. Mi instinto, no sabía por qué, me dirigió al claro del bosque; nuestro rincón favorito de todo Mountain Brooks. No tenía sentido para mí buscarla en cualquier otro lugar.

Y allí estaba ella.

La mujer de mi puñetera vida.

Mi primer y último amor.

Ruby

Me giré en cuanto escuché los pasos a mis espaldas. Pasos quedos, como si fueran dados con miedo o algo así. El corazón me latió en la garganta y contuve el aliento. ¡Caray, qué guapo

estaba! ¡Y cuánto tiempo sin verlo! Para mí toda una eternidad, para qué engañarnos. Cuando salí de casa hace un rato, sabía que sería aquí y no en otra parte donde nos encontraríamos; no podía ser de ninguna otra manera. Este era nuestro lugar; nuestro refugio a la vista de todo el mundo.

Me temblaron las manos y las metí en los bolsillos de la sudadera, sin atreverme a dar un paso en su dirección.

Fue él quien se acercó.

Con lentitud. Cautamente.

Me angustié un poco al verlo más de cerca; los rasguños de la cara y el cuello; los moretones de la frente, el pómulo y el ojo izquierdo; ese ojo aún tenía parte del derrame interior, cubriendo el blanco de un rojo ya no tan intenso, gracias a Dios. Estaba vivo de milagro. Ambos lo estaban. Él y Tucker. La cosa podría haber pintado muchísimo peor.

Qué ganas de abrazarlo, jolines.

Me contuve a duras penas.

—Hola —musitó.

Me emocioné al escuchar su voz. Había pasado tanto miedo por él... Tanto miedo de perderlo para siempre...

—Hola —respondí.

Sonrió de medio lado.

¡Ay, cómo me gustaba esa maldita sonrisa!

—Sabía que te encontraría aquí —dijo.

Asentí.

—¿Cómo te encuentras?

Me miró con intensidad.

—Ahora que te tengo delante y no has querido matarme, mucho mejor —bromeó.

—Aún —maticé—. No he querido matarte aún.

Se acercó un poco más, casi nos rozábamos.

Inhalé su aliento cuando pronunció:

—Te debo una disculpa enorme y tengo miedo de que nunca vayas a perdonarme. Hacerte daño era lo último que quería y luché por mantenerme alejado de ti, pero no pude. El corazón no olvida el lugar donde dejó sus mejores latidos, ¿sabes? Y, en cuanto te vi, hace todas esas semanas, supe que los mejores del mío los tenías tú. Te pertenecían a ti. Te pertenecen a ti, Ruby. Son tuyos, igual que lo soy yo.

—Nial...

Alzó una mano, interrumpiéndome:

—Te quiero, Ruby Miller, estoy enamorado de ti desde que era un mierdecilla que no sabía lo que quería de la vida. Una vida que dio demasiadas vueltas, pero aquí estoy, aquí estamos —inhaló y exhaló—. Mi padre...

—Lo sé, Nial, el mío me lo contó todo cuando estabas hospitalizado y lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Y no estás enfadada?

—Mentiría si dijera que no lo estuve.

Sus labios se curvaron un poco hacia arriba.

—¿Significa eso que ya no me odias?

—Nunca lo hice.

Me cogió las manos, pegándome a su pecho del todo.

—Entonces, ¿me perdonas? —me murmuró sobre los labios.

—Te perdono.

Entrecerró los ojos.

—¿Así de fácil? ¿Sin más explicaciones ni nada?

Alcé los hombros un poco.

—No las necesito.

—¿Por qué?

Le acaricié el moretón del pómulos con delicadeza.

—Porque te quiero y mis latidos también están contigo. Te pertenecen por...

Sus labios sellaron los míos.

Un beso posesivo. Hambriento. Profundo.

Y fugaz.

—Nial... —protesté.

Apoyó la frente en la mía, respirando con dificultad.

—Créeme, ojazos, lo deseo tanto como tú.

Sentí un escalofrío de reconocimiento; así me llamaba cuando éramos unos críos.

Sonreí y pregunté:

—¿Pero?

—Maverick me ha citado en la granja. Algo urgente, al parecer.

Suspiré, resignada.

—Voy contigo.

—¿No te importa?

—Nah, de paso veré a Lizzy. Además, tenemos toda la vida por delante, ¿no?

Me estrechó entre sus brazos, exclamando:

—Sí que la tenemos, joder.

Pobrecito, no sabía lo que le esperaba.

Quince minutos después, nos subimos a su coche y nos dirigimos a la granja. Allí, el silencio era sepulcral. Y nadie nos abrió la puerta principal de la casa, por eso tuvimos que rodearla e intentarlo por la de atrás. Me hice a un lado cuando doblamos la esquina y tosí con fuerza. Las luces del jardín se encendieron de golpe.

Se quedó pasmado.

—¿Qué cojones...?

Todo el mundo estaba allí, incluso su madre que, al igual que el resto, aplaudía y reía con entusiasmo. Así dábamos por aquí la bienvenida a los nuevos miembros de la familia de Mountain Brooks, con una gran fiesta; además, era nuestra forma de agradecerle, a él y a Tucker, que nos hubieran librado de ese tipo que se hacía pasar por uno de los nuestros. Si no fuera por ellos, que se tomaron la libertad por su mano, a saber qué podría haber pasado con el tiempo.

—¿Sorpresa? —Me reí.

Le brillaron los ojos al mirarme.

—¿Cómo sabíais...?

Señalé a su madre con la cabeza.

—Ella fue nuestra compinche.

—Hostia puta, cómo me ha engañado. Entonces, ¿ya sabes que voy a trabajar con Maverick y con Sahale?

—Mi amor, todo el mundo lo sabe. En Mountain Brooks no se nos escapa una, ¿recuerdas?

Me besó delante de todo el mundo.
Y yo estuve encantada de que lo hiciera.

EPÍLOGO

Algunas semanas después....

Ruby

Entré en el Anny's y sonreí al ver cómo había decorado Tucker todas las paredes y el árbol de la esquina. El tiempo volaba y, después de haberlo pasado tan mal, semanas atrás, justo lo que necesitábamos era una fiesta de Navidad. Bueno, más bien un adelanto, porque la fiesta, como tal, se hacía en el mismo lugar que todas las demás: la granja de los Brooks; Arizona Graham era la anfitriona por excelencia desde su llegada al pueblo y ese puesto no iba a quitárselo nadie, jamás, por muchos años que pasaran.

Me acerqué al árbol y abracé a Tuck.

—Eh, ¿qué tal vas? —Quise saber con interés.

La recuperación del accidente de las minas había sido largo y, tanto él como Nial, lo habían pasado bastante mal.

—Estoy bien, gracias. Cada vez más fuerte.

—Ya has acabado con la rehabilitación, ¿no?

—Sí, anteayer. Ya tengo el alta definitiva.

—Qué buena noticia, Tuck, me alegro.

—Aún no estoy al cien por cien, pero no tardaré en estarlo.

—No lo dudo.

Contemplé el árbol con atención y meneé la cabeza incrédula.

¿Las bolas que lo adornaban tenían nuestras caras en el interior?

Se me escapó la risa.

—¿Y esto? —señalé.

Se encogió de hombros.

—Fue idea de tu novio. Le dije que era una horterada, pero no me hizo caso, como siempre.

Le creí, a Nial se le ocurría cada cosa... Aun así, horterera y todo, me pareció un detalle bonito. Y a la gente de por aquí le iba a encantar, eso seguro.

—¿De dónde habéis sacado las fotografías de todos?

—Creo que se las pidió a tu madre.

—Me lo imaginaba.

Ella tenía montones y montones de fotografías de los habitantes del pueblo guardadas en cajas chulas. Decía que las hacía y las guardaba porque, cuando estuvo fuera tantos años, echó de menos cada persona y cada rincón. La entendí perfectamente, claro. Y, ahora, todos y cada uno de nosotros colgábamos del árbol de Navidad más extraño del mundo; incluso los que ya no estaban; la abuela Holly, el señor Brooks, Alice, esposa de Jo y abuela de Cooper... Las chicas y yo salíamos varias veces y me emocioné al ver que en una de ellas estábamos juntas, el día de mi cumpleaños. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces, sin embargo, solo habían sido unas cuantas semanas. Semanas duras y complicadas. Semanas que lo habían cambiado todo. Semanas muy significativas.

«Hablando de las reinas de Roma...».

Me giré cuando ambas gritaron al unísono:

—¡Feliz Navidad!

¡Caray, se las veía radiantes!

Nos dimos un abrazo de tres y pasamos a sentarnos a nuestra mesa de siempre; no sin que antes se interesaran por la salud de Tuck, por supuesto.

—Estoy como un cañón —dijo este.

—Además de verdad —replicó Carol con descaro.

Él soltó una carcajada y ella le guiñó el ojo con picardía.

Lizzy le dio un manotazo en el brazo.

—¿A ti qué te pasa? ¿Ahora te va Tucker? —exclamó tan alucinada como yo.

—Siempre me fue Tucker, ¿a quién no? Miradle, por favor, está buenísimo.

Nos reíamos y yo indagué:

—¿Lo dices en serio?

Puso los ojos en blanco.

—Que no van por ahí los tiros, que solo era una broma. ¿Acaso no me conocéis?

—Bueno, nunca habías sido tan descarada con él.

—Liz, cariño, soy descarada con todo el mundo.

Asentí.

—Tiene razón, Liz, lo es.

—¿Será que llevo mucho tiempo sin venir y no lo recordaba?

—Será eso, petarda, que nos tienes abandonadas —protestó Carol—. Nunca habíamos estado tanto tiempo sin vernos.

—Tenéis razón, lo siento, pero por estas fechas siempre estamos a tope en la biblioteca.

Tuck dejó sobre la mesa nuestras consumiciones y siguió a lo suyo. Aunque no dudé, en ningún momento, que tenía la oreja puesta en la conversación; por eso miré por encima del hombro antes de susurrar:

—Voy a pedirle a Nial que se venga a vivir conmigo.

—¿Qué? —chillaron las dos locas.

Bebí del botellín de cerveza.

—¿Por qué esperar a que lo haga él? ¿No queremos igualdad? Además, lo estoy deseando, leches.

—Y ya duerme contigo casi todas las noches, así que... —añadió Carol y continuó—. ¿Recordáis la cena de empresa a la que no quería ir?

Lizzy y yo asentimos.

—Pues esa noche me acosté con alguien.

Las dos aplaudimos, exagerando la reacción a la noticia.

—¿Ya no hay telarañas en la estación de la ciudad fantasma? —me burlé.

—Idiota —gruñó.

—¿Y quién es él? —curioseó Liz.

Suspiró.

—No lo sé, le conocí en el bar donde nos tomamos unas copas después de la cena. Una cosa llevó a la otra y... polvazo en el baño.

—¡Ay, Dios! —Me tapé la cara.

—¿Y estuvo bien?

—Uno de los mejores polvos de mi vida, Liz. Os lo juro.

—Bueno —exhaló esta—, ya que estamos con novedades... Nate me ha pedido que me case

con él y le he dicho que sí —soltó de sopetón, dejándonos pasmadas.

«¡Ostras!».

Mis ojos volaron a los de Carol.

Y el estruendo en la cocina nos obligó a correr hacia allí.

«¿Salvadas por la campana?».

No, por el porrazo que acababa de darse Tuck.

Nate no era santo de nuestra devoción, cierto; no obstante, debíamos alegrarnos por nuestra amiga porque ella era feliz con él. Punto.

Nos estaba cambiando la vida.

Nos gustara o no.

Nial

Los murmullos quedos me llegaron en cuanto crucé la puerta del Anny's. ¿O eran gemidos? Joder, Tuck no estaría tirándose a alguien en la cocina a punto de que llegaran los invitados a su fiesta, ¿verdad?

Me incliné sobre la barra, sin dar crédito a lo que veía.

¿Qué cojones estaba pasando ahí dentro?

—¿Se puede saber qué coño hacéis? —bramé ante la escenita de marras.

Mi novia y sus amigas tapaban a Tuck que, por alguna razón, se descojonaba en el suelo.

Una de ellas rezongaba entre dientes:

—No podremos ayudarte si no pones de tu parte, coño.

—¿Hola? —gruñí.

Ruby miró por encima del hombro.

—Amor —dijo entre risas—, ven y ayúdanos, anda. Tuck se ha caído al suelo y no podemos levantarlo.

¿Que Tuck qué?

Pasé tras la barra, internándome en el poco espacio que quedaba en la cocina, y les ordené:

—Largo, ya me ocupo yo.

Salieron sin rechistar.

—¿A ti qué narices te pasa? Estás todo el día por los suelos, tío. ¿Te encuentras bien? —indagué cuando conseguí ponerlo en pie.

El mamón seguía partiéndose de risa.

—Me duele el culo, pero estoy bien —respondió.

—¿Qué ha pasado? —me preocupé.

Igual le habían dado el alta demasiado pronto y perder el equilibrio era parte de los efectos secundarios de sus lesiones.

—No lo sé, debí de tropezarme con algo y me caí.

Escudriñé el suelo, buscando ese «algo» que lo hizo tropezar.

No había nada de nada por allí a la vista. Todo estaba como una patena de limpio.

Fruncí el ceño.

—¿Seguro que estás bien?

Me quitó del medio de un zarpazo, poniéndose serio de repente.

—Acabo de decirte que sí, joder.

¿Y ahora por qué se cabreaba conmigo?

Clavó los ojos en las chicas que, por alguna razón, brincaban alrededor de Lizzy y se

abrazaban todas a la vez.

—¿Qué les has dado de beber? —pregunté con sorna.

—Nada.

—Entonces, ¿qué les pasa?

Resopló.

—Ruby va a pedirte que vivas con ella, Carol se ha acostado con un desconocido y Lizzy va a casarse.

—¡Tucker! —gritaron las tres.

Busqué los ojos de Ruby sin importarme que quisieran cargarse a mi amigo por lo que acababa de decir. Que se fastidiara; él solito se lo había buscado, por bocazas.

¿Iba a pedirme que viviera con ella? ¿En serio?

Me acerqué, el corazón brincándome en el pecho, calentito.

—Hola —saludé cuando la tuve cerca.

Compuso una mueca.

—Hola.

Enarqué una ceja.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tu amigo ya lo hizo por mí.

—Ese no es mi amigo.

—¡Oye! —protestó Tuck—. Eso ha dolido, tío.

Lo ignoré.

—¿Decías? —insistí.

—Ahora me da vergüenza.

Asentí.

—¿Cuándo quieres que me mude?

Su preciosa sonrisa le iluminó la cara y me bailó en el pecho.

—Ya mismo —manifestó.

—Hecho.

—Eh, ¿y qué pasa con la fiesta? —rezongó Tuck.

—Que os divirtáis —pronuncié cogiéndola de la mano y empujándola hacia la puerta.

No, no nos perdimos la fiesta.

Sería una falta de respeto.

Además, uno nunca dejaba tirada a la familia en ocasiones especiales.

Miré a Ruby horas más tarde mientras dormía.

«Estás loco por ella».

Sí, sí que lo estaba.

En realidad, siempre lo estuve.

AGRADECIMIENTOS

GRACIAS, siempre y en primer lugar, a Dios, por su respaldo en esta andadura tan complicada y su fuerza para seguir adelante.

GRACIAS a mi marido y a mi hija, las dos personas más importantes de mi día a día. El motor que me empuja a seguir adelante. Mi razón de vivir. Mi todo. ¡Hasta el infinito y más allá!

GRACIAS a mi familia, en especial a mis padres, por inculcarme los valores más importantes de la vida: el amor, el respeto y la lealtad. Por serlo todo.

GRACIAS a mis hermanos, mis mosqueteros, por su apoyo incondicional y por quererme como me quieren. ¡Siempre juntos, todos para uno y uno para todos!

GRACIAS a mis chicas: Mari, Sheila, por vuestra implicación en todo lo que propongo, por vuestro entusiasmo, por vuestros mensajes..., por estar ahí siempre. ¡OS QUIERO MUCHÍSIMO!

GRACIAS a Kris Buendía, por esas portadas tan maravillosas que me hace y que dan siempre en el clavo. ¡ERES UNA CRAK!

GRACIAS a Llyc.Correcciones, por su profesionalidad a la hora de corregir el texto y sugerir algún cambio para mejorarlo. ¡EQUIPAZO!

Y por ultimo, sé que siempre me repito bastante en esta punto, pero, es que, aunque no lo creáis, es una de las partes del libro que más me cuesta escribir; no porque no tenga mucho que agradecer, al contrario; no obstante, siempre me da miedo olvidarme de alguien a la hora de nombrarlo, pues, afortunadamente, sois muchas las personas que estáis ahí dándome vuestro apoyo incondicional. ¿Cómo no voy a estaros agradecida? Ya sabéis que sin vosotros esto no tendría ningún sentido; mi trabajo no valdría nada de nada, así que, ¡MILLONES DE GRACIAS! a todos los que seguís ahí desde el inicio de esta, mi aventura, y a todos los que me dais una oportunidad sin conocerme.

Y, por ultimo, recordaros que una valoración de la novela siempre es bien recibida.

¡¡GRACIAS DE CORAZÓN!!

¡¡SE OS QUIERE!!

SOBRE LA AUTORA

Nació en 1977 en Oviedo, Asturias, donde reside desde los catorce años. Hasta esa edad, creció en un pueblo a las afueras de Oviedo, donde ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida y amante de la novela romántica, en todos sus subgéneros. Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta el año 2015 que decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza y darles vida, consiguiendo con ello realizar uno de sus sueños al autopublicar su primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en junio del mismo año.

Su mayor debilidad, su familia.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

No quería enamorarme y apareciste tú (junio de 2015).

Reeditada en agosto de 2016.

Reina de Corazones (abril de 2016)

Empezar de Cero (junio 2016)

Bienvenida al Club (diciembre 2016)

Un adiós inesperado (septiembre 2017)

Un sueño por cumplir (noviembre 2017)

Aposté por mí (mayo 2018)

Adrien (diciembre 2018)

Arthur (mayo 2019)

Luis (diciembre 2019)

Lo que nunca imaginé (abril 2020)

Quédate conmigo, amor (noviembre 2020)

El cuaderno de Emily (mayo 2021)

Cuando habla el corazón (diciembre 2021)

Para toda la vida (mayo 2022)

¿Polos opuestos? (septiembre 2022)

Voy a besarte (diciembre 2022)

Deja que ocurra (mayo 2023)

Un trato imposible (noviembre 2023)

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

ÍNDICE

DEDICATORIA

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA